



Luis Spota
MITAD OSCURA

EDITORIAL GRIJALBO, S.A.
MÉXICO, D. F. BARCELONA BUENOS AIRES

*A Juan Manuel Espinosa
a Teófilo Neme David*

A principios del verano de 1982, fui sometido a una intervención quirúrgica para librarme de un tumor de muerte que iba creciéndome en el abdomen. Deseo dedicar esta página de agradecimiento a quienes, con su experiencia y empeño, contribuyeron a salvar mi vida. Ellos son:

Don MANUEL CAMPUZANO, cirujano magistral; MANUEL RAMÍREZ MATA, internista y gastroen-terólogo de certera intuición.

Los especialistas del Instituto Nacional de la Nutrición "Salvador Zubirán ", de la ciudad de México:

JAVIER RAMÍREZ ACOSTA, RICARDO SOSA, EZEQUIEL LÓPEZ AMOR, HUGO CORONA, ARNOLDO KRAUS, ARTURO LISKER, PEDRO SILVA, JORGE F. TREJO, MAURICIO LISKER, GUILLERMO LLAMAS, EDUARDO ALZUA TORRES, CECILIA de CASTRO, JORGE VÁZQUEZ LAMADRID, MANUEL TIELBE y JORGE HERNÁNDEZ.

Las enfermeras y auxiliares:

MELANIA RICO, LOURDES, PATRICIA, ROSA MARÍA, SILVIA, EMMA ADRIANA, REINA, VERÓNICA, ROSA, OLGA, ARGELIA.

Mis amigos que me alentaron en las semanas de la convalecencia:

AZUCENA FERNANDEZ, JUAN MANUEL ESPINOSA, HORACIO RAMÍREZ MERCADO, PEDRO TORRES, médicos; y ABEL SANTACRUZ, que compartió conmigo su sangre generosa.

L.S.

*Otro modo de ser, humano y libre;
otro modo de ser. . .*
ROSARIO CASTELLANOS

Debemos buscar el comienzo de todo.
ALEJO CARPENTIER

*Amarte sólo en el recuerdo
ahora es castigado. . .*
GIUSEPPE UNGARETTI

*El bien y el mal no existen,
los crea cada uno.*
JUAN GARZÓN

*Extraños, extraños, extraños, un infinito de
extraños. Y yo, un extraño, solo. . .*
ANTONIO PORCHIA

*De una vida hago otra vida
y las dos forman mi ser.*
ELIAS NANDINO

*...no sólo es preciso renunciar a muchas cosas,
sino tener el valor de callar esa renuncia.*
CESARE PAVESE

COMO SIEMPRE que el doctor Monter aparecía a deshoras, con su viejo maletín de cuero negro y su clara sonrisa, preguntando "¿Qué tal va esa salud, don Belén?" , al tiempo que procedía a organizar sus instrumentos sobre el menos atestado de los dos burós, el abuelo Tebaqui empezó a regañar a su esposa Fala, por haber hecho venir, segunda vez en el día, a quien cuidaba de la salud de la familia desde que los Tebaqui (Belén, Rafaela y Aarón, todavía de brazos) dejaron su finca de Las Huertas, en la provincia de La Paz, para instalarse en la capital del país, precisamente en ese barrio y en esa misma enorme casa, muy-fin-de-siglo, que junto con las ocho idénticas que ocupaban la manzana le había comprado Tebaqui al padre de su mujer antes de que a éste lo postrara el fulminante derrame cerebral que terminaría por matarlo seis semanas más tarde.

—Ese hombre, Lara, te dejó enfermo.

—Puah.

—Te vi muy pálido, ahogándote, mientras subías la escalera.

—Puah. Pudiste haberme preguntado si yo quería que viniera el doctor.

—No te hará mal que te vuelva a tomar la presión.

—Puah. . . —El abuelo Tebaqui miró entonces a Tico, que se había quedado junto a la puerta, tímido, encogido, temeroso como siempre que debía comparecer ante ese hombre, duro y agrio, a quien había aprendido a odiar y cuya muerte deseaba en secreto desde hacía mucho. Sintió sobre sí, sobre su pálido rostro sin afeitado, sobre sus desteñidos pantalones azules, sobre su pelo largo y en desorden, sobre sus pies sin calcetines y sus maltrechos zapatos tennis, los ojos inquisitivos de Belén Tebaqui, que rápidamente los apartó como si no quisiera dejarlos un segundo más en ese nieto al que él también, aunque por motivos distintos, aborrecía.

—Será mejor que se calme un poco, don Belén. . . Recuerde usted su corazón. . .

—No me venga con jodederas, doctor. No usted, ¡carajo!. . .

Rápidamente intervino Rafaela Vidal Tebaqui, con el tono reprobatorio que le daba a sus palabras siempre que don Belén usaba en casa ese tosco lenguaje, que podría ser apropiado, y quizá necesario, para tratar a la gente de la Central de Abastos Buenavista, pero no para responderle al doctor Monter, que se limitaba a sonreír.

—Belén, ¡esa lengua tuya! Estás hablando tú también como cargador. . .

—Puah.

A los setenta y dos años, "muy vividos, sí señor", Belén Tebaqui era un hombre fuerte, resistente al desgaste y la fatiga, a pesar de que por su estatura mediana y lo escaso, ahora, de sus carnes, pues debía someterse a la diaria tiranía de la dieta de Houston, podía considerársele débil, enfermizo, vulnerable.

—Ahora, tranquilo, don Belén.

Tebaqui dejó en reposo su brazo para no interferir, con agitación y movimientos, en el trabajo de Monter, al que conocía desde que era estudiante y se procuraba algunos ingresos aplicando inyecciones a domicilio, y con el que sentía haber quedado en deuda desde el momento en que (también entonces como ahora llamado por Rafaela) apreció la extrema gravedad del ataque y dispuso lo necesario para volar con el enfermo esa misma noche a Houston y así lograr que le salvaran la vida con la ayuda de un marcapaso que le implantaron en el Hospital Metodista, uno de cuyos puntuales cardiólogos, el doctor Church, lo visitaba cada tres meses para comprobar el correcto funcionamiento del aparato y certificar, a satisfacción suya y de Martín Monter, el estado general del paciente.

La mirada de Belén Tebaqui recayó otra vez sin proponérselo en el hijo de Aarón. También sin proponérselo, estableció comparaciones. El bastardo Tebaqui en nada se parecía a quien había sido su padre. Quizás un poco en lo físico, y nada más. Tico Tebaqui volvió a sentirse incómodo. Desde niño, desde que lo arrancaron del caserío de Las Huertas para llevarlo a esa residencia que apestaba a viejo como todo lo que en ella había, incluidos el abuelo Belén y la abuela Fala, lo perturbaba que lo miraran de ese modo, largamente, como penetrándolo, como queriendo saber cuáles eran sus pensamientos, cuáles sus sentimientos. Entonces, replegándose, presentaba un rostro inexpresivo, una mirada vacía, lo que mucho más tarde Larry Vigo definiría como "un quedar en blanco, volverte de pronto invisible, para proteger la mitad oscura de ti mismo; esa oscura mitad en la que sólo tienen derecho de entrar los que tú autorices".

Los ojos del abuelo se apartaron de Alberto (llamarlo Tico, como la abuela, como Benigno Acosta, como la criada Julia, los choferes o los jardineros, le desagradaba) y se detuvieron nuevamente en la pantalla encendida del televisor en la que habían estado hasta un segundo o dos antes de que el doctor Monter, seguido por el hábito carmelita de Rafaela y, ambos, por la presencia silenciosa del muchacho, irrumpieran en su recámara de enfermo protegido por cuanto medicamento o equipo mecánico se consideró necesario acumular allí desde que retornó del extranjero, "en los puros huesos", como él decía, pero vivo, entero y, al cabo de meses de postración e inactividad, ansioso de volver a lo suyo, a la diaria pelea nocturna en la Central Buena-vista —el gigantesco proveedor no sólo del estómago de la ciudad sino ya prácticamente de todo el país.

—¿Cómo anda este carcamal, doctor?

Monter retiró de sus oídos el estetoscopio y procedió a librar el brazo de Tebaqui de la cinta gris verdosa que apretadamente se lo había ceñido una pulgada arriba del codo.

—Bien, bien. . . La baja quizá un poquito por encima de lo conveniente. . .

—Belén ha estado muy nervioso estos últimos días. . . —apuntó la abuela, como si el médico, que lo examinaba diariamente, lo ignorara.

—Eso ya lo sabe. . . —gruñó Tebaqui, sacudiéndose a causa de un calosfrío.

—Acelerarse, don Belén, es todo menos recomendable. . . Una vez más le diré que ya es tiempo de que se olvide de las preocupaciones que usted mismo se busca. . . Llévase a doña Fala al viaje a Tierra Santa que le tiene prometido, ¿desde hace cuántos años? . . .

—Por ahora está difícil. . . Vea cómo andan las cosas, aquí y en el interior. Imposible despegarme del mostrador, hasta que todo vuelva a su lugar. Usted entiende. . .

—¿Cuándo entonces, Belén? —preguntó ella, enlazadas sus manos sobre el pecho del hábito que usaba desde joven—. ¿Cuando no podamos ni movernos de lo viejos, de lo enfermos? . . . Se nos está acabando la vida, Belén, y nos va a faltar tiempo para. . .

—Tú, a callar. . . De ir a Tierra Santa, olvídate por un rato. . . Saliendo de este embrollo, lo pensaremos. . . —Encaró a Monter, que había guardado ya el estetoscopio y el baumanómetro—. En cuanto a usted, doctorcito, deje de andar alborotando a esta mujer. . . No más ideas raras. No más folletos de turismo para calentarle la cabeza. Iremos a Jerusalem, se lo prometí, cuando se pueda. No antes. . . Y ustedes dos, paren de chuparme la sangre con sus sermones. . .

Se tendió un poco, para descansar. Sentía el latir violento de sus sienes y una leve dificultad al respirar, como si el aire que le entraba por boca y nariz no fuera suficiente para llenar sus pulmones. "El hijo de puta de Heleno Lara, ese ingrato al que tantas veces le he quitado el hambre, me purgó verdaderamente, y me dejó así, como estoy sintiéndome, con la boca amarga, y éstos, la vieja y Monter, quieren que abandone mis asuntos, ahora que debo estar en la pelea, y me vaya de paseo. Puah." Con los ojos cerrados empezaba a notar que su pulso se hacía más lento, más parejo. "Largarme, así sea porque lo necesita mi cuerpo, es sacarle el bulto a los problemas, cosa que jamás he hecho y que no voy a empezar a hacer ya de viejo. . ." En los momentos que su poder, indiscutido durante más de tres décadas, peligraba en la Central de Buenavista (en ese universo que él había creado a partir de casi nada, "porque eso era la Central de Abastos: casi nada, un nido de ratas, un muladar sin madre y sin orden, en el que todos mandaban y ninguno obedecía, hasta que aparecí yo y el señor Onofre Roca se avino a dejarme hacer las cosas a mi modo para demostrarle a tanto cabrón como andaba suelto por ahí que lo primero es el orden y después el-principio-de-autoridad, principio que sólo establece uno echando los cojones por delante"); en esos momentos de crisis que acababan de culminar con la ruda entrevista de más de una hora con Heleno Lara, él no podía retirarse, dejar el campo libre, demostrar temor o fatiga frente a individuos como Macario Ugartechea-Urrutia y sus seguidores. "Muerto primero, cómo carajos no, antes que permitirles a esos cabrones capitalizar mis años de esfuerzo, mis desvelos de media vida; destruir lo que pacientemente he podido crear para bien de todos. . . Lo que parecen haber olvidado es que a mí nadie me quita lo mío sin correr el riesgo de que yo le dé a él antes por el culo."

Escuchó un ruidito, ¿cristal rozando, golpeando, metal? Centró con la mirada el perfil de Martín Monter.

—¿Qué coños va a hacerme ahora. . . ?

A contraluz, el doctor Monter veía cómo el líquido transparente que estaba extrayendo de una ampollita color tabaco pasaba, a través de la aguja, al interior de la jeringa.

—Duerme usted mal, don Belén. Con un sedante le procurare siquiera por esta noche el sueño que le hace falta. . .

—¿No irá usted a picarme las nalgas otra vez, doctor, eh?

—Tendré que hacerlo, don Belén. Y no sólo dormiré bien sino que también mejorará de su gripa —dijo Monter, a sabiendas de que lo último no era cierto.

Tebaqui, que había conocido el peligro y visto de cerca la muerte muchas veces en los años que pasó combatiendo contra los fanáticos en la sangrienta Guerra de la Fe o Cruzada de Cristo Rey; él, que tenía fama de no achicarse ante nadie, así tuviera enfrente un arma que podía herirlo o matarlo, o lo superara en fuerza, rapidez y corpulencia, él no podía soportar, nunca había podido, menos aún cuando sus calamitosas purgaciones, el mínimo dolor del pinchazo de una hipodérmica. Como seis veces en los últimos días, como ya una antes, por la mañana de ese, Belén Tebaqui cerró los ojos y apretó puños y mandíbulas en espera de que la aguja se hundiera en su carne dolorida. La violenta discusión con Heleno Lara lo había alterado tanto como lo alterara, una lejana noche, la llamada que desde Berna le hiciera el cónsul general para comunicarle la noticia que le provocó el colapso cardíaco que estuvo a punto de añadir la suya a las muertes que el teléfono anunciaba. Así no lo dijera, ni lo demostrara, agradecía a la abuela Tebaqui haber mandado por el médico. "¿Cómo no va a conocerme, después de tantísimos años juntos? Debí verme verdaderamente tan jodido cuando Lara se fue, que se asustó e hizo venir a Monter."

Se estremeció levemente, aunque, en verdad, no había sentido molestia. "El Presidente está pendejo si cree que sólo porque hoy doblé las manos, por orden suya, ante Heleno Lara, voy a seguir haciéndolo. . . Cedí a la presión de El Señor porque no me quedaba otra salida; pero ahora voy a empezar a negociar ésta que a los ojos de los tontos puede ser una derrota de Belén Tebaqui. . . Esto es un juego y hay que saber jugarlo. De eso, ni hablar. . . Voy a demostrarles, si eso piensan el Presidente, y Macario y los demás, que ni el viejo Tebaqui está acabado ni se le han caído los huevos, ni va a permitir que le digan cómo manejar la Urión Mutualista de Comerciantes Asociados, nuestra querida UVCA, a la que yo le di vida y, con el tiempo, el poder económico y la influencia política que hoy todos, les guste o no, le reconocen. . ."

—Descansará bien, don Belén. . . —dijo el doctor Monter.

Le pareció que la abuela Fala pedía a Tico, en voz baja, que abatiera el volumen del televisor. Belén Tebaqui, incorporado a medias, gruñó:

—No la apaguen. Quiero ver a Jacinto en el Informativo de las diez. . . —y luego bostezó ruidosamente antes de tenderse de cara al cielorraso.

¿Qué irían a decir de él después de que esa noche, luego de haberse negado tozudamente treinta meses, hubo de aceptar que los miles de elementos libres soliviantados por el ex chofer Heleno Lara, tenían derecho a sindicalizarse y a negociar con la UMCA cada dos años un contrato colectivo de trabajo, lo que para el sector patronal significaría padecer una considerable merma en sus ingresos? "El dinero es lo de menos. Lo que se da con la derecha se saca de otra parte con la izquierda. Lo que molesta es que traten de montársele a uno en el pescuezo." Volvió a bostezar. Con cierta delicadeza a través de la televisión y de la radio, y ofensivamente en ciertos periódicos afectos a los titulares escandalosos y los sobrenombres infamantes, ¿seguirían acusando a Belén Tebaqui (El Pulpo, El Enemigo del Pueblo, El Hambreador

sin Escrúpulos, El Extranjero Pernicioso) de ser responsable de que la capital y muchas ciudades de la República carecieran desde hacía casi ochenta horas de prácticamente todo lo que consumían sólo porque los estibadores de Lara habían decidido bloquear la Central Buenavista e impedir así el movimiento de los cientos de miles de toneladas de víveres que a ella llegaban en camionadas infinitas y que de ella salían en larguísimos convoyes, de la mañana a la noche, todos del primero al último día del año?

Quienes desde la sombra urdieron la maniobra de cercar Buenavista (¿El señor Presidente, para poner a prueba, y en aprieto político, a su ministro de Asuntos Laborales, que aspiraba a sucederlo? Este, ¿a manera de zancadilla con el propósito de exhibir, en su aparente tibieza, a su colega de Comercio y Abastecimientos? El alcalde, ¿para hacerles sentir a los tres la magnitud de su fuerza y acrecentar la de su grupo, próximo como estaba ya el proceso que culminaría con la selección del candidato del partido oficial a la Suprema Magistratura? ¿Algunos de los miembros de la Unión Mutualista de Comerciantes Asociados, adictos a la vaga "política de cambio" que postulaba el belicoso joven Macario Ugartechea-Urrutia?, ¿aprovecharían la oportunidad para tratar de sacudirse a Belén Tebaqui y darle fin así a lo que sus enemigos de afuera y de adentro llamaban "El largo reinado del terror", "El brutal imperio de la violencia" y "La feroz banda de usureros de la central de abastos"? Cerrados ya los ojos aunque todavía despierto, Belén Tebaqui sintió sobre las mejillas el roce de una de las manos tibias de su mujer y luego, en la frente, el contacto de sus labios secos. Escuchó, apenas susurradas, las palabras con las que Monter se despedía. Después, los pasos discretos que salían de la recámara. "¿En dónde estuvo la puta falla? Como por ahí andan diciendo, ¿estaré de verdad perdiendo el olfato, el toque, la astucia, la viveza que me ha permitido siempre, ¡siempre!, ir un tranco largo adelante de los otros?"

DESPUÉS de estar haciéndolo sin interrupción durante más de media hora, Tebaqui, amenazado por el estornudo, dejó de hablar. Fue entonces cuando Arqueles Olmos, el abogado de la UMCA, que también manejaba sus asuntos particulares, aprovechó la pausa para intervenir:

—Lo que el señor Tebaqui nos está diciendo. . . —pero su frase no pudo progresar porque el estornudo del presidente vitalicio de la Unión había estallado; y porque casi todos los ahí reunidos, desearon:

—¡Salud! —a coro; y sobre todo, porque el propio Tebaqui, luego de limpiarse la nariz y el labio superior con uno de sus pañuelos rojos de ferrocarrilero (los únicos que usaba desde que estuvo en el ejército), reanudó con una especie de rezongo:

—Yo sé lo que estoy diciendo, y lo que quiero decir, abogado. . .

La cara de Arqueles Olmos se hizo larga y sus ojos de hipertenso que llevaba años bebiendo excesivamente se abrieron más durante una fracción de segundo para esconderse después tras las líneas horizontales de sus párpados enrojecidos.

—Sí, señor. . . —A un hombre cerril y majadero como Tebaqui había que soportarle sus impertinencias, pues no sobraban clientes que pagaran, en esos tiempos, con su esplendor y puntualidad.

Tebaqui miró después rencorosamente, como si sólo a ellos se dirigiera, hacia quienes, al lado derecho, se agrupaban en torno a Macario Ugartechea-Urrutia; la

docena, o docena y media de socios, "de juniors, los muy pendejos", que habían exigido convocar a esa asamblea:

—En una palabra, para terminar quiero informarles que se nos han dado seguridades, por parte del Presidente de la República, de los ministros de Asuntos Laborales, y de Comercio, y del alcalde, que el "paro loco", amenaza de huelga de la que viene hablándose, no llegará a producirse por dos muy sencillas razones. Una, porque la autoridad lo impedirá con la Fuerza Pública; y, dos, porque. . . porque, bueno, vaya. . . —A su izquierda, en el presidium, se hallaba el abogado Olmos. Brusco le ordenó Tebaqui—: Explíqueles usted. Derechito al grano. . .

Con una lapicera en la mano para mejor llevar el compás de sus palabras, el abogado Arqueles Olmos (del Bufete Notaría Pública Olmos, Olmos y Asociados) explicó a los miembros de la mesa directiva de la UMCA y a quienes, sentados o de pie, colmaban la oficina de Tebaqui, que en otros tiempos había sido de Onofre Roca y aun antes bodega de legumbres (lo que explicaba ese olor a cosa fermentada que persistía en sus muros, pese a las incontables capas de pintura blanca con que habían sido recubiertos al paso de los años) por qué, como reiteradamente les había dicho don Belén, no había que temer a las amenazas de Heleno Lara:

—Sencillamente, señores, Lara y los suyos carecen de base legal para plantear cualquier movimiento huelguístico, no importa de qué tipo y/o con qué pretexto. . .

Impaciente, Tebaqui le quitó la palabra al abogado Olmos, y continuó por su cuenta:

—Los estibadores de Lara, son elementos libres, gente que aparece hoy y que no vuelve mañana o nunca. . . Es imposible, pues, que aleguen tener derecho de formar sindicato. . . En Buenavista, les consta a todos ustedes, tenemos los sindicatos que el Gobierno exige y que en verdad sentimos, y sabemos, que nos hacen falta. ¿Para qué nombrarlos aquí, ahora, digo yo. . . Si ningún contrato nos compromete con la gente de Heeno Lara, ¿contra quién va a declarar la huelga? ¿Quién es el patrón al que van a reclamarle, qué? Nadie. . . Así, pues, repito: ustedes, tranquilos. Las garantías que nos han dado en presidencia, en los ministerios y la palabra de apoyo del alcalde, son suficientes. . .

Los del grupo de Ugartechea-Urrutia parecían no compartir el optimismo de quienes, tuviera o no razón, obedecían siempre a Tebaqui. Se removieron. Juntaron cabezas. Unieron susurros. Trenzaron miradas hostiles. Deliberaban. Observándolos, Tebaqui se aprestó a machacarlos. ¿Con qué irían a incordiarlo? "Ese niño, Ugartechea-Urrutia, ¿por qué del viejo vasco sólo heredó el apellido y los millones, pero no el talento que siempre demostró tener en situaciones como ésta? Aquel Macario sí que era un verdadero mulo a la hora de luchar y defender lo que a su ojo merecía ser defendido."

Se levantó Ugartechea-Urrutia. Vestía una chaqueta de *tweed* color paja, con parches de gamuza en los codos, y gruesos botones forrados de cuero. Aficionado a los caballos de carrera, dueño de una cuadra en el Hipódromo Nacional, propietario de un gran criadero de Cuartos-de-Milla y socio del Jockey Club, usaba siempre, para tener entretenidas las manos, un fute con empuñadura de plata. Desentonaba su atildamiento con el desaliño de casi todos.

Los que deseaban congraciarse con el jefe Belén o el amo Tebaqui, como también lo llamaban, empezaron a abuchear a Macario cuando éste, luego de un carraspeo y de flexionar un par de veces el fute, se disponía a hablar. Las manos bien altas por en-

cima de la cabeza, el presidente vitalicio hacía señas para que la apretada muchedumbre permitiera manifestar sus opiniones, y aun sus desacuerdos, a Ugartechea-Urrutia, que era, les agradara o no, uno de los cuatro vicepresidentes de la UMCA.

Tranquilizada la asamblea por Tebaqui, expresó Macario Ugartechea-Urrutia:

—No dudo de la seriedad de las seguridades que tan importantes funcionarios han dado a nuestro presidente. Sin embargo, para que luego nadie se llame sorprendido, quiero dejar dicho aquí, delante de todos, que según mis propios informes el paro que está organizando Heleno Lara, ese paro que don Belén y el abogado Olmos no creen posible, pero que de producirse podría causarnos mucho daño, va a estallar pronto. . .

Lo interpeló Tebaqui:

—¿Qué tan pronto, Macario? ¿El año que viene? —y todos dejaron ir la risa.

Las manos muy cuidadas curvando una y otra vez el fuate, respondió serio el hijo único del indiano Ugartechea:

—Tal vez mañana o pasado, don Belén. O quizá, ¿por qué no?, esta misma noche. . . Sugiero a la mesa, y a ustedes, compañeros de la asamblea, que se busque un entendimiento con Lara antes de que la situación se vuelva crítica. . .

Como si hubiesen recibido orden de hacerlo (quizá bastó una secreta mirada de Tebaqui para encrespar de ese modo a la concurrencia) todos empezaron a gritar; a moverse los que estaban de pie; a levantarse de sus sillas con mucho ruido quienes las ocupaban; a buscar entre el humo y el estorbo de los otros cuerpos el camino de vuelta a las naves que integraban lo que era conocido como Buenavista —el mercado de abastos más grande y más activo de América Latina.

Macario Ugartechea-Urrutia, que desde niño conocía las tácticas de Belén Tebaqui, pues en cierta forma eran las mismas que su padre utilizaba cuando quería poner fin a una junta de molineros que estaba resultando fastidiosa para él, no se ofendió por el desaire ni tampoco, pues sería ya inútil, demandó que se le escuchara. "El paro va a estallar. Si lo sabré yo. Por eso mi gente está llevándose ya, a bodegas y frigoríficos más seguros, fuera del área de Buenavista, lo que tengo almacenado en los míos; eso que para fin de semana, si Heleno Lara se sale con la suya, podremos estar vendiendo cinco, diez, veinte veces por encima de su precio de hoy," pensó.

Lentamente fue disolviéndose la reunión. Pese al amago de la gripe y a una suerte de quebrantamiento del cuerpo y del ánimo, Belén Tebaqui estaba satisfecho. Una vez más, Macario el insidioso, Macario el enredador, Macario el perfumado, no había podido levantar en su contra a los miembros de la Unión ni a los delegados de los miles de locatarios de Buenavista. "Control. Eso es lo que he tenido siempre sobre la manada para que nadie se me salga del carril. . ."

—Aquí entre nos. . . —les dijo en voz baja a los de confianza que lo rodeaban— sólo a un loco, y Heleno Lara no lo es, podría ocurrírsele pelear contra la UMCA. . . A parar Buenavista no se atreve, ni con todo su poder, el Presidente de la República. . . En los casi doscientos años que lleva funcionando aquí la Central, en tiempos de paz o de revoluciones, ¿ha podido alguien, llámese como se llame y tenga el grado o el cargo que sea, parar el abasto? ¿Ha podido, díganme. . .? "

Le respondieron el silencio de los que lo escuchaban disciplinados y boquiabiertos, y sus cabeceos negativos. Una mujer gruesa, de espaldas cargadas, dueña de un depósito de semillas, opinó:

—De Lara hay que esperarlo todo, don Belén —había un claro rencor en sus palabras. Quizá varios recordaban que Heleno, de jovencito, había compartido cama con ella. La dejó por una que hacía la calle y no le regateaba la plata—. ¿Ha visto cómo vive ahora, el cabrón?. . . El dinero para trajes, y queridas, y casas, y grifa, y chofer y guardaespaldas, ¿ese dinero, don Belén, explíqueme, de dónde lo saca? No lo gana trabajando, porque es un güevón; entonces, ¿quién se lo da?

Belén Tebaqui pudo habérselo dicho. "Los enemigos de hoy llegan a ser frecuentemente los amigos de mañana, y viceversa." Eso lo había aprendido a golpes, a fuerza de vivir y equivocarse mucho, y sobre todo de escuchar, cuando era joven, cuando llegó a ser adulto y le fue necesario tomar sus propias decisiones, de Jerónimo Pío Rebollo, que tanta influencia tuvo sobre él desde que en filas sirvió a sus órdenes. ¿Tenía caso repetir entre hombres y mujeres en cuya discreción no confiaba, que el inquieto Heleno Lara, a cambio de no alborotar a 'sus' estibadores libres, pero sí de hostilizar a quienes Tebaqui le ordenaba, recogía cada mes respetables sumas de la caja secreta de la Unión? ¿Era prudente que él se traicionara a sí mismo revelando que ya otros, tan a sueldo como Lara (comandantes y agentes del Servicio Secreto; empleados de la Jefatura de Policía; patrulleros, motociclistas de tránsito; alcahuetes, prostitutas y prostitutos; soplones y pistoleros a los que de tiempo en tiempo Benigno Acosta contrataba) llevaban horas buscando al elusivo líder para entregárselo y discutir con él su nuevo precio?

—Lara es muy luchón, lo sabemos. Por eso tiene dinero. . . —les sonrió, malicioso. Añadió después—: Ahora, compañeros, como el señor Presidente dice, ¡vamos a hacer patria, trabajando! —y estornudó.

Cuando todos se hubieron ido dejando en la oficina la pestilencia de su tabaco y de sus humores, el contador Salud Solís, considerado como "el brazo derecho" de don Belén, del mismo modo que a Benigno Acosta lo tenían por ser su "brazo armado", se atrevió a sugerir:

—No tiene caso que se quede hoy, don Belén. Antes de que la gripa lo tire del todo, vaya a acostarse. . . Si algo se presenta, lo resolvemos aquí o lo molesto por teléfono en su casa, señor.

Tebaqui empezaba a sentirse mal, verdaderamente; tan mal que desde la víspera no había podido tomarle gusto a los cinco o seis habanos que había estado chupando sin encenderlos; consuelo que se concedía quien había debido renunciar a su arraigada costumbre de fumador desde que los médicos de Houston le dijeron "O el tabaco o su vida", y le recomendaron limitar, "como si a mis años eso fuera necesario", sus juegos amorosos.

Estuvo de acuerdo con lo que proponía Salud Solís —un hombre más pequeño y más flaco que él, eficiente como nadie, al que había conocido allí mismo trabajando lealmente para Onofre Roca, de cuya vida privada conocía poco, pero en cuya eficiencia y discreción confiaba sin reservas.

—Me voy entonces, don Salud. Mande avisar a Benigno.

—Lo está esperando en el coche, señor.

—Si llaman el Presidente o el alcalde, o alguno de los ministros, o si los muchachos traen a Lara acá, comuníquese conmigo a la hora que sea. . .

—Se hará así, don Belén. Cuídese. . .

TICO HABÍA sido el primero en abandonar la recámara de Belén Tebaqui inmediatamente después de que el doctor Monter le inyectó a éste la sustancia que lo haría dormir hasta muy tarde, por la mañana. Hubiera preferido regresar a su cuarto, tumbarse en la cama a mirar la televisión, quizá masturbarse un poco, o sólo seguir recordando; pero la abuela Fala le pidió que acompañara al médico al lugar donde había abandonado su automóvil.

—Puedo irme solo, doña Fala. . .

—A esta hora es peligroso andar en la calle, doctor. . . Esto ya no es lo que fue, y usted lo sabe. . .

El barrio había cambiado mucho desde la época en que el estudiante de medicina Martín Monter empezó a frecuentar a la familia Tebaqui. La degradación se había iniciado unos veintitantos años antes cuando las casonas de la era del dictador Iturribarria, cercanas a los dos o tres nuevos hoteles de muchas plantas que estaban siendo construidos por el rumbo, empezaron a ser arrendadas a comerciantes con ideas menos conservadoras que las de aquéllos que insistían en permanecer en el centro histórico de la ciudad (a pesar de la paulatina merma de las ventas) sólo porque allí, un siglo atrás, habían sido fundados por españoles y franceses los grandes almacenes, las tiendas de géneros, los bancos, las librerías, los restaurantes y las joyerías que frecuentaron muchas generaciones de capitalinos.

Poco a poco ese fue dejando de ser un barrio tranquilo, seguro, apacible, que se recogía al oscurecer y no tenía prisa de levantarse muy de mañana. Se había vuelto ruidoso, dominado durante el día por la prisa de todos; sofocado por los miles de vehículos que lo recorrían; ensordecido por el golpeteo continuo de los claxons y la estridencia que brotaba de las tiendas de discos; pisoteado por las muchedumbres de compradores que favorecían sus comercios; de ociosos que se limitaban a curiosear los escaparates; de "gentes sin oficio ni beneficio, doctor", que dejaban correr el tiempo en los cafés, en las plazas, en los jardines, mirando de vez en cuando el trasero de una turista o de una hembra estafalaria, o la braguita de los chicos prostitutas que andaban a la busca de clientes. De noche (que empezaba temprano en el breve invierno de la meseta, y tarde el resto del año) otras multitudes acudían al barrio, igual en busca de una aventura de sexo que de alguien que les vendiera cigarros de marihuana, papelitos de coca o anfetaminas; de una peña donde oír, nostálgicos, la música del lejano ayer que volvía a ponerse de moda; de un lugar donde cenar; de una sala de arte donde se proyectaran filmes europeos o de una pista de baile donde recibir el amanecer.

—Aún no es tarde, doña Fala. . .

—Lo es, doctor. Tico irá con usted. . .

Cuando se detuvieron en la desembocadura de la escalera donde Alberto los aguardaba con indolencia, expresó Monter:

—Me parece que don Belén, pese a que no debe hacerlo, está abusando demasiado de sí mismo. . . Esa idea loca de meterse a construir el Centro Comercial. . .

—Se lo he dicho y repetido mil veces. "Belén, ¿para qué te enredas en más disgustos, si ya estamos viejos y no te hace falta ganar más?" El caso que le hace a usted es el que me hace a mí. . . Lo de hoy, ¿fue un avisito que le dio su corazón, verdad. . . ?

El doctor Monter sabía qué precaria se había vuelto la salud de Tebaqui en los últimos meses, y asintió:

—Ya que por sus negocios no puede ir con usted a Europa, convénczalo de que se retire a descansar, siquiera un par de semanas, en Las Huertas. . .

—¡Qué poco lo conoce, doctor! Si Belén va a Las Huertas se dedicaría a remendar lo que miraran sus ojos: la casa, los establos, las caballerizas, los jardines, las trojes, el molino, los pozos, lodo. . .

—¿Por qué no lo lleva entonces a Laguna Blanca?

—Ahí sí que descansaría; pero a Belén no hay quien lo mueva de aquí. . . Me pregunto si de algo sirve tener una casa tan linda como la de Laguna —consultó a Tico—. Desde que pasó lo de aquel muchacho, ¿cuántas veces habremos ido a Laguna. . . ?

—Dos o tres, creo. . . —repuso Tico Tebaqui, y recordó el agua (el color del agua), su propia confusión; la mirada de Miky; el brazo que desaparecía entre el remolino, y el olvido a que se obligó para no tener remordimientos durante algún tiempo.

—Ve usted, doctor. Nadie aprovecha lo que Dios le ha dado. A Laguna Blanca no va Belén, porque está siempre ocupado; ni vamos nosotros para no dejarlo solo. . . —Rafaela Vidal Tebaqui le tomó las dos manos a Monter—. Hágale comprender a don Belén que es más importante para mí, para nosotros, su vida, su tranquilidad, que el montón de ladrillos a los que quiere darles su apellido. . .

—Le hablaré, doña Fala.

—No lo detengo más, doctor. Buenas noches. . .

El doctor Monter conocía a Tico Tebaqui desde que la abuela lo confió a su cuidado profesional. Aún al principio, la relación entre ambos fue buena, fácil, y con los años llegaría a ser magnífica. Compartían el hobby de la fotografía y (excepto la señora Vidal Tebaqui, que lo inició en él cuando era pequeñito) quizá nadie lo había estimulado tanto a que lo tomara en serio, como algo más que un pasatiempo. Antes que los de la revista, antes que Lorenzo Vigo en la agencia, fue Martín Monter quien lo hizo consciente de que tenía sensibilidad y talento para convertirse en fotógrafo profesional y vivir de su cámara, así no necesitara ganar dinero.

Por la abuela, Monter estaba enterado de que Tico llevaba varios meses pasando por otro periodo de abatimiento semejante al que padeció dos o tres años antes, cuando estudiaba todavía en el Instituto Militarizado Internacional. No había vuelto a la agencia (lo que podría ser explicable, después de lo ocurrido en San Eulalio, aquella noche) y se desinteresó de su trabajo particular en el cuarto oscuro. Estuvo recluido en casa muchas semanas y cuando un día decidió salir, se llevó la cámara; pero al parecer había perdido la voluntad de usarla. Se marchaba temprano, a veces sin desayunar, y volvía muy tarde. "¿Qué tanto haces allá afuera?", le preguntaba Rafaela Vidal Tebaqui. "Camino. Pienso." "¿Qué es lo que piensas?" "Cosas."

Ya en la calle, Monter quiso saber:

—¿Has estado tomando fotos. . . ?

—Sí. Nada de importancia. . . —y por el tono, inesperadamente agrio con que le respondió, supo Monter que al nieto de Belén Tebaqui le molestaba hablar del tema.

—Me gustaría verlas alguna vez. . . —dijo Monter, amable, y pensó que era Tico, más que el viejo, quien verdaderamente le preocupaba. ¿Qué estaba consumiéndolo? ¿Por qué había desertado de la fotografía, después de los premios y la pequeña fama que empezaba a ganar, si fue con su trabajo como le dio sentido a su vida y pudo demostrarle al señor Tebaqui que era un ser útil, productivo, capaz de bastarse a sí mismo, y no el golfo que le reprochaba ser? ¿Por qué, de pronto, sin que al parecer hubiera motivo, volvía Tico a ser esa especie de vagabundo soñoliento, sucio y desaliñado, abúlico, triste y silencioso, que fue durante la temporada que siguió a su decisión de no continuar en el IMI?

Antes de llegar al automóvil de Monter, en cuyo parabrisa una de las mujeres policías que patrullaban el barrio había dejado la copia de una infracción, un muchacho se cruzó con ellos. La mirada de Tico se encontró, de frente, con la del otro, al que no había visto nunca antes por allí, y que vestía pantalones vaqueros muy ceñidos y camisa negra, abierta. Por su desparpajo, por la insolencia de su sonrisa, por una cierta actitud provocadora en sus movimientos, Tico Tebaqui supo a qué se dedicaba, a esa hora y en esa calle, el jovencito de la melena rubia. "Estará creyendo que el doctor Monter es uno de los tantos maricas que andan por aquí, y que me ha levantado para que me acueste con él, o para que me la deje chupar en un Rudy's, en su coche o en un cuarto de hotel, a cambio de sus billetes. . ."

Suponer que el otro hubiera podido pensar eso de él, lo hizo sentirse muy triste y colérico.

CUANDO TEBAQUI llegó a su casa iba sintiéndose peor que en Buenavista. La piel de la cara y de las manos le ardía tanto como la del pecho, el cuello y la frente. Avisada por Salud Solís, Rafaela Vidal Tebaqui había puesto a calentar al bañomaría una botella de coñac y a hervir el agua para la infusión de canela que su marido consentía en beber, con un par de aspirinas, siempre que el catarro o algo más severo lo afectaba; y ahora estaba esperándolo en la puerta del jardín, preocupada igual por él que por Tico, del que nada había vuelto a saber desde que se marchó, cámara al hombro, después del desayuno.

Mientras remontaban la escalera al paso tardo de su esposo, Rafaela recibió la pregunta que siempre la mortificaba:

—El baquetón de Alberto, ¿llegó ya. . .?

—Todavía no. . .

—Son casi las doce, y, dime, ¿qué carajos puede estar haciendo a esta hora allá fuera?. . . Cuando trabajaba tenía siquiera pretexto para llegar tarde, o no venir a dormir. Hoy, ¿lo tiene?. . . Una cosa sí te digo: ese va a acabar mal, ya verás. . .

Por unos instantes Belén Tebaqui perdió el ritmo de la respiración y necesitó, para recuperarlo, apoyarse con las dos manos en el barandal.

—Belén, tranquilízate. Recuerda tu corazón. . .

Habían alcanzado el último rellano y la abuela se adelantó para abrir la puerta de la recámara en la que él dormía a solas desde que renunció a seguir preñándola cada año con la esperanza de que le diera más hijos y no criaturas que nacían muertas o que

sólo alcanzaban a vivir unas pocas horas, como las ocho que alumbró después de Aarón. Siempre se preguntó Tebaqui si las gonorreas que le envenenaron la sangre en sus días de cuartel, y aquel terco chancro que llevó encima tanto tiempo, tendrían algo que ver con la incapacidad de su esposa para darle la descendencia que él buscaba, y con la de las otras mujeres, una docena por lo menos, que él había embarazado fácilmente y que apenas transcurridos los primeros seis meses parían cuerpos defectuosos o expulsaban la pedacería de sus abortos incontenibles. Por eso, ni en sus mayores arrebatos de cólera, nunca se había atrevido a culpar a *la legítima*, o a sus queridas, cuando las tuvo, porque le interesaba crear un linaje de Tebaquis al cual heredarle su inmensa fortuna de fundador de una dinastía —hombre que no conoció a su madre adolescente que a su vez tampoco supo quién la violó, en un descampado cercano al caserío de Las Huertas, una noche de viento norte y apretada llovizna.

En la recámara, la respiración acezante, Belén Tebaqui seguía gruñendo:

—Un día de éstos voy a pararle los pies a ese güevón, ya verás. . .

Rafaela se limitaba a asentir, a escuchar mansamente los resoplidos de su esposo que necesitaba siempre tomarla contra alguien de la casa para desahogarse si sentía estar enfermo. Sumisa, como se había acostumbrado a ser de tanto vivir con hombres solitarios (su padre, Prudencio Vidal, cuando soltera; Belén Tebaqui, después), lo ayudaba a quitarse la chaqueta, a deshacer con sus dedos que ya quemaban el tosco nudo de la corbata y a soltar la hebilla de su cinturón.

—Lo que debes hacer, Belén, es acostarte y ponerte en paz. . .

—¡Puah! —hizo él, dejándose caer sobre la orilla de la cama de hospital para que Fala le soltara las agujetas de los botines y le pusiera las pantuflas de fieltro con las que se dirigiría al cuarto de baño de la recámara a lavar en el chorro del grifo las placas dentales que dejaría remojando toda la noche dentro de un vaso con agua carbonatada.

En ese momento, el grueso anillo de plata con una ostentosa piedra azul que usaba Benigno Acosta en el meñique de la izquierda, golpeó comedidamente la puerta, que la abuela había dejado sin cerrar:

—¿Se puede, señor. . . ?

—¿Qué pasa, Benigno? —cansadamente, Tebaqui había empezado a desabotonarse la camisa.

—Don Salud está al teléfono. Manda decirle que sería bueno que volviera usted a Buenavista ahora mismo, porque el asunto de Lara se ha enredado mucho; así dijo. . . Quiere explicárselo personalmente. . .

No consiguió Belén Tebaqui hablar con Salud Solís. La línea telefónica parecía haber quedado, de pronto, fuera de servicio. Ningún ruido, ningún indicio sonoro. Sólo silencio. Marcó los números de otros teléfonos cercanos a su oficina: o emitían la señal de ocupado o nadie acudía a responder. Al cabo de media hora, refunfuñó el presidente vitalicio de la UMCA:

—Ni remedio. Habrá que ir. . . Trae el coche. . .

—No salgas a enfriarte a estas horas, Belén —rogó la señora Tebaqui—. Espera aquí hasta que puedas hablar con don Salud. . .

—Si ha llamado Solís es que me necesitan allá. ¡Puah!

Un temor preocupó a Tebaqui: los que por orden suya buscaban a Heleno Lara, ¿habrían estado más rudos con él de lo necesario y lo habían lastimado seriamente?

¿O se les habría pasado la mano y el revoltoso Lara estaba ya muerto? "De tenerlo en condiciones de hablar, me lo hubieran traído acá", pensó con desaliento. Con su pañuelo rojo Tebaqui se aligeró la nariz. ¿Qué explicación darles a quienes las exigirían (el Presidente, los ministros, el alcalde, la prensa) si algo grave le hubiese sucedido al hombre tras el cual desde el principio de esa tarde había puesto a un número considerable de perseguidores?

Se le ocurrió otra hipótesis. Heleno Lara, ¿habría empezado ya a cumplir su amenaza, formulada estentóreamente en Buenavista dos meses antes, de recurrir a lo que fuere, al sabotaje y a la violencia de hacer falta, para obligar a la UMCA a reconocer al sindicato que estaba organizando; amenaza a la que Belén Tebaqui y los socios de la Unión respondieron triplicando la vigilancia policiaca y duplicando la de los bomberos?

La violencia. "Más de setenta cumplidos y, quiera que no, sigue uno metido en ella." La había conocido antes de los quince años. Pasaba la leva por las aldeas del altiplano atrapando a cuanto varón tuviera edad para manejar un fusil. "No porque necesitáramos esa indiada —habría de confiarle lustros después el ya para entonces general y senador Jerónimo Pío Rebollo, su primer jefe en el servicio y, hasta el día de su plácida muerte en la cama de una linda veinteañera, su protector, consejero y mejor amigo— sino porque llevándonos a todos evitábamos que se enrolaran con los Combatientes de Cristo Rey. . . Un peón en filas era un enemigo menos disparando contra el Supremo Gobierno. De no haberte ido con la partida que mandé a limpiar Las Huertas, tal vez tú, Belén, habrías terminado como todos los que en esa región siguieron a los curas: colgado de un poste del telégrafo con los calzones abajo, la lengua de fuera y capado por una bayoneta." De esos tiempos bárbaros, Belén Tebaqui recordaba, en sus momentos de vacilación, que la violencia al principio aterra, asquea y avergüenza; pero que después llega a convertirse en costumbre. "Lo difícil, Tebaqui, es aceptar que en cierto momento eres tú, o es el otro, el que debe morir. Ganar o perder. Matar o dejar que te maten: nadie va a decirte qué es preferible; a la hora de la verdad eso sólo tú puedes decidirlo.

Fuera ya de filas, pero siempre amigo del teniente coronel Rebollo, que iniciaba en La Paz, aunque no fuera nativo de esa provincia, una larga carrera política que lo llevaría cuatro veces a la Cámara de Diputados, dos a la de Senadores y una, interinamente, a la gubernatura, Tebaqui descubrió que su antiguo superior acertaba también cuando decía que no pocas ocasiones es la violencia lo único aconsejable de usar si se quiere arreglar, "por las buenas", lo que parece no tener arreglo.

... y lo que parecía no tenerlo era la situación, por demás difícil, y en la mayoría de los casos angustiosa, en que el principal traficante de leche de La Paz y de las cuatro provincias vecinas había colocado a los pequeños estableros de Las Huertas, con la fuerza de su dinero, sus brutales cobradores y sus poderosos padrinos políticos. ¿Quién osaba enfrentarse a Onofre Roca, sin arriesgarse a que lo mataran, a que a golpes de pico o con ráfagas de metrallera le perforaran los botes como les había ocurrido ya a los que en Las Villas, Sierra Gorda y El Árbol, se negaron a entregarle su producción; pues por ella estaba pagando mejores precios un introductor independiente llamado Anselmo Partida, dispuesto siempre a mejorar cualquier oferta que les hicieran Roca o algún otro intermediario?

En su carácter de presidente de la modesta Unión Regional de Productores de Leche y sus Derivados de Las Huertas, que había fundado su suegro, Belén Tebaqui había sido invitado también a reunirse, en secreto, con Anselmo Partida. Tal discreción era necesaria, dijo el emisario, porque el señor Partida no ignoraba el grave peligro que corrían, sólo por acercarse a él, quienes tenían trato de negocios con Roca —el hombre que en unos pocos años, sin haber puesto jamás pie en la zona, pero usando las armas como argumento, se había apoderado de cuanto producían los estableros de esa parte del país: leche, quesos, mantequilla, crema, suero, que eran revendidos en los depósitos de distribución al mayoreo que poseía en la Central de Abastos de Buenavista de la capital de la República.

El encuentro de Tebaqui con Anselmo Partida se produjo una noche, ya tarde, en la bodega del negocio de compra-venta de fertilizantes que regenteaba el hombre que concertara la entrevista. Desde el primer golpe de vista a Tebaqui le simpatizó Anselmo Partida: era alto, sólido, apenas en sus cuarenta, ventrudo, de pelo y bigote algo amarillos y ojos verde-azul muy claros. Le gustó, sobre todo, su franqueza, su estilo para ir directamente al centro de las cosas. Como Tebaqui, Partida también bebía coñac, y coñac bebieron, copa tras copa, hablando de Onofre Roca y reprobando su manera de hacer negocios, hasta que llegaron al punto al que Partida deseaba llevar la conversación.

—Arreglado lo que hay que arreglar, es justo, amigo Belén, que obtenga usted un pequeño beneficio personal, como presidente que es de la Unión, por cada litro que me vendan sus compañeros. . . Al principio no será de mucha importancia la suma que recibirá, pero irá creciendo en la misma proporción que crezcan las entregas. . .

Era esa la primera vez que Tebaqui recibía, sin haberlo pedido o siquiera insinuado, un ofrecimiento de tal naturaleza, un soborno abierto. Se sintió algo incómodo, pero no a disgusto. No era rico, y quería serlo pronto, para así demostrarle a Rafaela Vidal que se había casado con ella por amor (aunque fuese todo, menos hermosa) y no por interés de beneficiarse con su fortuna, que había sido vasta antes de la Guerra Religiosa; pero que se había reducido mucho, hasta casi desaparecer, porque el señor Vidal, muertos sus dos hijos varones, los curas guerrilleros que tanto molestaron al gobierno en esa comarca, desatendió sus negocios, dejó arruinar los establos, malvendió en su tristeza lo mejor de su ganado de leche y de carne y, sin oponerse siquiera, pues no tenía ganas ya de pelear, permitió que le arrebataran sus buenas tierras de cultivo, sus potreros y represas: tierras, ganados, establos y fincas que él, Belén Tebaqui, siempre con esfuerzo, mucha palabra y poco dinero, había ido poco a poco recuperando.

—Lo que me ofrece, ¿por qué no lo usa para mejorarnos el precio de la leche a todos?

Brevemente había reído Anselmo Partida y había bebido de un golpe, antes de salir a orinar al patiecko, la pulgada de coñac que todavía contenía su vaso. Al volver le palmeó una rodilla a Tebaqui:

—La leche la pagaré al mejor precio, siempre. . . La comisión que usted va a ganar bien ganada se la tendrá. Eso, seguro. Es algo legítimo, y forma parte de los gastos normales de cualquier negocio. Es, como si dijéramos, un estímulo. . .

Lo que Partida proponía, y que Tebaqui consideraba adecuado para empezar a minar el poder de Onofre Roca en Las Huertas (primer paso para intentar lo mismo en el resto de La Paz y en el altiplano), era rehusarse a seguir vendiéndole.

—Se encabronará.

—Délo por descontado.

—Empezará a golpearlos, como lo ha hecho antes.

—Si estamos bien unidos, a sus golpes contestaremos con los nuestros.

—Nos matará gente para asustarnos: choferes, vaqueros, ordeñadores. Tal vez alguno de nosotros también caiga. . .

—Habrá que echarle güevos. . .

—Tal vez, precisamente porque les faltan, varios de la Unión prefieran no participar. .

—Tampoco le preocupe eso. . . La mecha la encienden siempre tres o cuatro. Los demás sólo sirven para hacer bulto. . .

—Tendremos violencia. . .

—Él también tendrá la nuestra. . .

—¿Y sus influencias políticas. . . ?

—Compraremos, como él lo hizo, las que nos vayan haciendo falta. . . De eso me encargo yo. Usted, Tebaqui, dedíquese a convencer a la gente de que me —le sonrió con un guiño—, nos vendan. . .

—Nada puedo garantizarle. . .

—Haga la lucha. Lo oirán si sabe hablarles. Y usted sabe. . .

Muy temprano, desde antes de la hora de los ordeñadores, el presidente de la Unión Regional procedió a visitar a cada uno de sus compañeros y a exponerle en detalle lo que Anselmo Partida ofrecía. Disipó el temor de quienes demostraban tenerlo. Avivó el rencor de quienes lo profesaban contra Roca y estimuló la codicia de los que ansiaban obtener utilidades mayores. Al mediar la tarde, Belén Tebaqui estaba ya seguro de que la asamblea, convocada para las siete de la noche, aceptaría la oferta de Partida.

De los treinta y cuatro socios con voz y voto, treinta respondieron afirmativamente; uno dijo que prefería seguir vendiéndole a Roca, amigo personal, la leche de sus establos; otro prometió pensar si convenía a sus intereses particulares cancelar sus viejos negocios con don Onofre y meterse en unos nuevos con Anselmo Partida; dos no se presentaron.

Belén Tebaqui advirtió, cuando la recogieron, a los treinta que habían alzado la mano favorable:

—Debemos esperar ataques. . . Si aguantamos los primeros, que serán los más bravos; si protegemos debidamente a nuestros trabajadores, nuestro ganado y nuestras instalaciones, Roca ni nadie podrá vencernos. . .

Ese amanecer no fueron los camiones de Onofre Roca los que se llevaron de Las Huertas, como lo habían hecho durante años, la leche de los socios de la Unión, sino, por primera vez, los carrostanque de Partida. La violencia empezó, como Tebaqui había dicho, la noche de ese mismo día, cuando el chofer de un camión de Pascual Larrosa e hijo, que transportaba botes vacíos rumbo al establo de Joaquín Mollinedo, fue ejecutado junto al camino por cuatro sujetos, cuyas señas proporcionó el ayudante que alcanzó a perderse en la oscuridad.

Enterado de lo sucedido, Anselmo Partida dejó a las órdenes de Tebaqui, quien a su vez los comisionó con Benigno Acosta, a seis forasteros cetrinos y flacos, cinco de ellos hermanos, hábiles para manejar el revólver, de los que sólo dijo que se apellidaban Ferro y eran "muchachos de Playa Chica, de absoluta confianza".

Que por lo menos tres de ellos eran certeros con la Magnum lo demostraron antes del alba, cuando, en una reyerta de cantina, fingida por los otros tres que habían llegado convenientemente antes, acribillaron a cuatro que no ocultaban su condición de ser pistoleros del Jefe Roca.

En el curso de las tres semanas siguientes hubo más enfrentamientos, una docena de muertos de uno y otro bando; media de incendios y un intento, que no prosperó, de envenenar el agua de la represa que abastecía a los establos de la zona. Benigno Acosta y los Ferro de Playa Chica se encargaron de que ninguna cuenta quedara sin saldar. Durante la cuarta semana la violencia se intensificó. De la capital del país, de la de la provincia de La Paz y de lugares aún más lejanos, llegaron a Las Huertas, obedeciendo órdenes de Onofre Roca, diez, quizá quince gatilleros, y a lo largo de varios días la comunidad vivió la angustia de las balaceras, de los asaltos a los camiones que llevaban leche a los depósitos de Partida, de las noticias de secuestros y asesinatos de capataces, vaqueros y administradores y de cadáveres de hombres desconocidos que aparecían en cunetas polvorientas o colgados de los árboles y de los postes como en los tiempos de la Cristiada, con la lengua sobré el pecho, desnudos de la cintura para abajo, y sin genitales.

Sólo en una acción armada participó directamente Belén Tebaqui, cuyos vehículos no habían sido nunca atacados ni tampoco molestado ninguno de los que para él trabajaban en la ordeña, la refrigeración, el envase y el reparto de la leche que producían sus animales. En esa acción, bien manejada por Benigno Acosta, cayeron siete de los de Onofre Roca, que viajaban, sin cuidarse mucho a bordo de un jeep, siguiendo la ruta que un delator anónimo dibujó en un trozo de papel estraza para conocimiento del presidente de la Unión Regional.

Tebaqui consideró que a esa victoria de sangre debía sacarle provecho, psicológicamente, pues sentía que estaba a punto de ganar.

—Ustedes —ordenó a los que registraban los cuerpos desparramados en torno al jeep— levanten a esa gente y llévenla a entregar al depósito de Onofre Roca, de parte de la Unión. . .

SIN ANUNCIAR previamente su visita, Jerónimo Pío Rebollo llegó a Las Huertas en el tren mixto de las 12:05 y regresó a la capital del país, donde cumplía su primer período como diputado federal representando a la provincia de La Paz, a las 20:15 en el Rápido del Norte. De esas siete horas, dedicó una al rancho que había adquirido el año anterior; otra, a examinar un lote de vacas suizas que le ofrecían en venta, y las cinco restantes a comer en la Casa Grande con Belén y su esposa Rafaela, y, ya en el despacho que había sido de don Prudencio Vidal, a beber coñac y a charlar a solas con Tebaqui.

—Sabiedo que venía a mi distrito —explicó Rebollo, luego de un leve eructo— un viejo amigo mío, que podría serlo también tuyo en cuanto quisieras, me pidió que me acercara a ti para ver la manera de encontrarle arreglo, pronto y por las buenas, a algo que sólo causa molestias a quienes andan enredados en el pleito de la leche. . .Rebollo

acercó la llamita del fósforo que acababa de encender, al habano que Tebaqui se disponía a fumar:

—Ese amigo suyo, mi coronel, ¿no será Onofre Roca?

—Es él, sí —el diputado le dio fuego a su propio tabaco y la bocanada le envolvió la cara, la cabeza, parte del pecho. Tosió brevemente—. ¿Cuánto llevas peleando en su contra. . . ?

—Va para siete meses. . . Pero, conste, no fuimos nosotros los que buscamos el pleito. Fue él quien nos arrastró a la enemistad. . .

—Ustedes abandonaron a Roca sin haber motivo. Eso es lo que él me ha dicho. . .

—Pues le miente, coronel. Roca nunca quiso hablar con nosotros, ni pagar lo adecuado. Entonces apareció otro, y nos fuimos con él porque ese sí oía y garantizaba.

—¿Anselmo Partida? —Al asentir Tebaqui, se pintó una sonrisa en la boca de Jerónimo Pío Rebollo—. ¿Les ha pagado Partida?

—Hasta el último centavo. Puntualmente.

—Qué raro.

—¿Por qué?

—Anselmo Partida anda con el agua al cuello, casi en quiebra. Allá, en la capital, se sabe que le debe a los bancos, a los proveedores, a cuantos hacen o han hecho negocios con él. . .

—Pues a nosotros jamás nos ha fallado. Nos adelanta dinero, si hace falta. ¿Se acuerda de los Vázquez, de Emilio y Juancho Vázquez? Ayer mismo les ha prestado casi trescientos mil para que amplíen el establo.

Lentamente, frunciendo labios y entrecerrando ojos, el coronel Rebollo suspiró con el puro entre los dedos medio y anular:

—Raro, muy raro. . . Tch, tch. . . En fin, Belén. . . Quiero que sepas que no he venido desde allá, dejando mi trabajo en la Cámara, sólo para hablar de Anselmo Partida, sino de algo más serio, más grave y más importante para todos y, en especial, para ti. . .

—Dirá usted. . . —Tebaqui suspendió el suave balanceo de su mecedora con asiento y respaldo de bejuco, y se puso en guardia.

—En el Centro se reconoce que quien es capaz de parársele enfrente a Onofre Roca y pelearle de tú a tú en su propio estilo, debe ser un tipo de muchos cojones. . . Bien, donde debe saberse se sabe ya que Belén Tebaqui, así de menudito, se pisa los suyos. . . Pero a veces, te habla la experiencia, el exceso de valor lejos de ayudar, perjudica; y tú estás en peligro de que eso te suceda, lo que resultaría contraproducente para ti y para tus compañeros de la Unión. . .

Levemente temblorosa de pronto la mano, Tebaqui inclinó la botella para servir más coñac dentro de la copa del diputado y coronel Rebollo:

—¿Qué peligros ve usted, coronel, para mí y para la Unión?

—El más inmediato: que Anselmo Partida los deje colgados de un momento a otro. Igual de grave éste: que el señor Presidente se moleste contra ti todavía más de lo que ya está. . .

—¿Contra mí? Si ni siquiera me conoce. . .

—El señor Presidente siempre conoce a todos, Belén, especialmente a los que le causan problemas como tú —Rebollo movió ante Belén Tebaqui el largo "Montecristo"—. Eso nunca, nunca lo olvides. . . Y si el señor está enojado contigo es porque te considera responsable de haber provocado, al enfrentarte a Roca, una revolución. . . La Revolución de la Leche, que está cundiendo ya como los malos ejemplos. . .

—Nuestra intención, mi coronel, nunca ha sido. . .

—Hoy, aquí, son ustedes los lecheros. Mañana, con cualquier pretexto, con el mismo que usaron ustedes, serán los que producen harina, o pan, o grasas, o los que surten de pescado al interior del país. . . Si cada uno jalara por su lado, si se rompiera (como lo has roto tú) el principio del orden; si los vivales como Anselmo Partida siguieran deslumbrándolos con ofrecimientos que no podrán cumplir, ¿te imaginas qué pasaría? ¿a dónde iríamos a parar? ¿al comunismo, Belén? Dime: ¿a eso buscas llegar? . . .

—Usted me conoce, coronel, y sabe que yo. . .

—Te conozco. . . Mis palabras no las malinterpretes, Belén. . . Intervengo en esto como amigo tuyo. . . Debo decirte, Belén, que el Presidente estima mucho, en lo personal y en lo político, a Onofre Roca, porque siempre había cuidado, para el Partido y para el Gobierno, la disciplina de estableteros, distribuidores y detallistas de la leche, hasta que apareciste tú. . . Y entre otras cosas, he venido a que arreglemos este enredo. . .

—¿Cómo. . .?

El diputado Jerónimo Pío Rebollo extendió los brazos para desperezarse. Belén Tebaqui abrió el balcón para que el aire del jardín limpiara de humo el despacho, que conservaba exactamente igual a como lo había tenido siempre el suegro Vidal. Abajo, en el prado donde años atrás había sido servido el banquete de la boda, jugaba Aarón, y Rafaela Vidal Tebaqui, encinta una vez más, recorría tijera en mano y cestita de mimbre al brazo, la rosaleta.

—Sencillamente: hablando con Roca.

—Nunca quiso hacerlo. Menos querrá ahora. . .

—Tú, olvídate de eso. . . Hoy el señor Presidente quiere que le demos gusto, y la única manera de contentarlo será buscar el arreglo. . .

—Roca, ¿estará dispuesto a. . .?

—Siempre lo ha estado —se paró junto a él y por unos segundos miraron al niño que correteaba y a Rafaela que seguía cortando las más lindas de sus rosas—. Desde el principio, don Onofre te ha dado pruebas de querer buscar el entendimiento directo contigo. . .

—No sé cómo. . .

—¿Acaso no significa nada para ti que las tuyas hayan sido las únicas propiedades y los tuyos los únicos elementos que la gente de don Onofre respetó siempre, porque así lo había ordenado su jefe? ¿O supones que es por suerte que no te hayan matado a nadie, ni envenenado tus animales, ni atacado tus camiones? Don Onofre Roca está demostrándote así que quiere buscar tu amistad. No se te olvide, Belén, que el enemigo de hoy puede ser tu compadre mañana. . . —¿Quiere usted decir. . .?

—Quiero decir, Belén, que al Presidente le daría mucho gusto saber que has aceptado hablar con Onofre Roca. . . Piénsalo, pero me gustaría llevarme hoy mismo tu respuesta.

TEBAQUI recordaría que para enfrentarse por primera vez con Onofre Roca, se compró esa mañana, apenas llegado a la capital de la República, un traje de casimir color canela que hacía juego con sus botines café de media caña, aunque no con su sombrero gris perla de ala ancha, ni con su camisa verde. En el nocturno de Las Huertas había dormido mal, a causa de su nerviosidad y de esa especie de remordimiento que empezó a padecer desde que aceptó entrevistarse con el enemigo común sin informar de ello a Rafaela ni a sus compañeros de la Unión Regional.

No era aún mediodía cuando llegaron a ía Central de Abastos de Buenavista. Cientos, quizás miles de camiones, furgonetas, trailers, automóviles, bicicletas, carromatos, carretillas, grúas, se espesaban a diez cuadras alrededor de las naves del mercado y, excepto que lo hicieran a pie, era imposible acercarse a él.

En la mano un grueso portafolios, los protegía a ambos el guardaespaldas que había viajado en silencio junto al chofer de Rebollo.

—Pa'su madre. . . Sí que es grande esto. . . —comentó Tebaqui con asombro, pues no tenía idea de la magnitud de Buenavista.

—Un mundo. . . Ya lo irás conociendo. . .

Las presentaciones fueron breves. Amigo de uno y de otro, el diputado Pío Rebollo ofició con rapidez. "Don Onofre: él es Belén Tebaqui, de Las Huertas." "Bienvenido." "Belén: él es don Onofre, y con eso está dicho todo." "Para servirle." Propuso después beber un trago para celebrar que hubiese podido contribuir en algo al principio de la amistad entre dos personas tan de su estimación. Descorchó la botella que guardaba dentro del portafolios que había llevado el ayudante, y los tres brindaron con el coñac que vertió, a falta de otros, en conos de papel.

—Por el gusto —dijo Roca.

—Igualmente —respondió Tebaqui, seco de tan nervioso.

Onofre Roca era delgado y le ganaba una buena cuarta de estatura. Cuando Tebaqui y Rebollo llegaron a su bodega, él abandonó el escritorio tras el cual leía el periódico y, a manera de saludo, se tocó el ala del sombrero tejano, pero no se lo quitó; tampoco retiró de sus labios el mondadientes de madera que mascaba y que de vez en vez pasaba con la lengua de un extremo a otro de la boca. Al entrar, Belén Tebaqui se descubrió y conservó en la mano su Stetson, regalo del padre de Rafaela.

De pronto, bebido el primer coñac casi en silencio, el diputado Rebollo recordó que había sesión en la Cámara, y se despidió deseando que llegaran a un buen entendimiento.

Con el que estaba consumiéndose en el plato sobrado de cenizas, Onofre Roca encendió un nuevo cigarrillo, le dio una larga pitada y se lo dejó pegado al labio sin que al parecer le molestara que el humo al ascender le rozara la mejilla.

—Siéntese, Tebaqui. . .

Lo hizo el hombre de Las Huertas: recta la espalda, juntas las rodillas, sobre éstas el sombrero gris; en tensión. Después, uno y otro se miraron silenciosamente, reconociéndose, estudiándose. En ese silencio Tebaqui percibiría el rumor de las naves

de Buenavista, y el olor también; olor y rumor que a partir de ese día asociaría siempre al de su encuentro con Roca.

—Usted dirá. . .

—¿Así que usted, Tebaqui, es el que ha matado tantos de mis hombres en Las Huertas, La Paz, Camelias, y todo ese rumbo, eh?

No apresuró Belén Tebaqui su respuesta a esa pregunta que arrastraba un retintín más de broma que de reproche, o de reto. Roca seguía mirándolo y Belén Tebaqui, muy quieto en el borde mismo de la silla, sosteniendo la mirada, engallado pero no fanfarrón, dijo a su vez, no irónico, pero con la boca sin saliva:

—¿Así que es usted el señor Roca, que nos los manda para que se los matemos?

Roca quedó, al parecer, desconcertado; pero luego, risueños los ojos, largó entre dientes una risa que se convirtió en carcajada. Tomó la botella de coñac y sin que le importara cuál era el suyo y cuál el de Tebaqui, volvió a llenar dos de los tres conos de papel en que habían bebido antes. En silencio, mirándose siempre, simpatizándose ya, sorbieron el licor.

—Rebollo habla primores de usted. De cuando anduvieron en la guerra; de lo que entonces hicieron juntos; de lo que usted hace ahora. . . Primores, ¡créalo!

—Se le agradecen. . . —modesto, Belén Tebaqui bajó los ojos.

—Rebollo está seguro de que usted y yo, hablando, podremos llegar a un arreglo. A un buen arreglo, mejor dicho. . .

—Nosotros lo buscamos antes, señor Roca. . .

—Hablemos de lo de hoy, no de lo de antes. . . Oiga lo que voy a decirle, a proponerle, y si lo que le ofrezco le conviene cerramos trato. . . Si no, nada se habló entre nosotros. . . ¿Está dispuesto a que discutamos. . . ?

—Diga nomás. . .

BELÉN TEBAQUI regresó a Las Huertas en el Mixto del mediodía. Como lo había hecho para convencerlos de lo ventajoso que sería para todos interrumpir sus negocios con Roca e iniciarlos con Anselmo Partida, así, esa misma tarde procedió a hablar privadamente con cada uno de los miembros de la directiva de la Unión Regional y con aquéllos que sin ocupar cargos en ella influían sobre los más tibios. Seguro de contar ya con mayoría de votos, citó a una asamblea-urgente-y-extraordinaria para la noche del viernes.

Algo desusado en él, que por costumbre hablaba poco, ocupó veinte minutos la palabra para expresar a los ahí presentes lo mismo que en lo particular les había expresado la víspera:

—El señor Partida está a punto de quebrar. . . Al serles embargados sus bienes y congeladas sus cuentas de banco, nosotros quedaremos peligrosamente comprometidos. . . En mi viaje a la capital tuve ocasión de entrar en contacto, de modo casual, con Onofre Roca, el de Lácteos LOR. . . Delante de testigos, Roca reconoció que el trato que nos había dado no había sido siempre justo etcétera, etcétera. Finalmente me hizo una proposición. . . —Mostró, para que todos la vieran, y luego autorizó que circulara entre los que ya la habían visto el día anterior, la fotocopia del documento que de su puño y letra había escrito Roca en su despacho-bodega de Buenavista, cuarenta y ocho horas antes: cuatro de los cinco puntos que servirían de base para un nuevo

convenio entre la Unión Regional de Las Huertas y Lácteos LOR, una de las varias empresas que Roca controlaba como socio único—. Como habrán leído, este ofrecimiento de Roca mejora, de entrada, todo lo que ha venido dándonos Partida, y garantiza a nuestra satisfacción otras prestaciones, desde asistencia técnica y médica sin costo para nosotros hasta asesoramiento legal, pago de cuotas a la Cámara de la Industria y crédito a bajo interés. . . Los he reunido para que decidamos: a) si renunciamos o no, a nuestra relación con Anselmo Partida; y b) si firmamos con Onofre Roca, pero imponiendo nosotros nuestros términos. .

Mientras los escrutadores iban contando los votos emitidos por el simple procedimiento de mantener en alto la mano, Belén Tebaqui se preguntaba a cuánto ascendería cada mes (si lograba controlar ahora para Roca y para si mismo la producción de los establos de La Paz y del resto de la cuenca lechera, tan dividida por él mismo) la comisión que Lácteos LOR depositaría en una cuenta numerada. Esa parte secreta del convenio, el quinto punto del que no les habló, había quedado muy claramente registrada en otro pliego, también manuscrito por don Onofre, que Tebaqui, siguiendo el consejo de Jerónimo Pío Rebollo, que en algo se beneficiaba también, guardó en la caja de seguridad que le recomendaron alquilar en el Banco de Ambos Mundos.

""Firmando por unanimidad la Unión de Las Huertas, todas las otras de La Paz, y las de Camelias, Piedra Vieja, Yerba-buena, Los Otates, Rinconcillo, etcétera, etcétera, firmarán también inmediatamente con Roca. . .", y como lo había supuesto Tebaqui, así sucedió.

La única que se resistió a romper con Anselmo Partida fue la Unión Regional de Arboledas, alegando compromisos de amistad antigua. Presionado por Tebaqui, su presidente, El Gordo Andraca, cedió la noche del martes, y nunca quedó muy claro si tal cambio se debió a que Belén consiguió convencerlo con palabras, o a que al anochecer del domingo y al amanecer del lunes unos desconocidos ametrallaron la fachada de su casa, volcaron tres de sus carros de reparto y por teléfono amenazaron de muerte a los miembros de su numerosa familia.

ANTES DE volver a su recámara, Tico Tebaqui se asomó a la de su abuela para recibir las acostumbradas palabras de bendición con que ella lo esperaba todas las noches, sin importar lo tarde que fuera, cuando él volvía de trabajar en la agencia o, simplemente, como en los últimos meses, de andar vagando por las calles.

—Ya regresé, mamá Fala. . . —dijo alto, para que su voz alcanzara el oratorio donde la señora Tebaqui estaría de rodillas agradeciéndole a la Virgen del Carmen y al Sagrado Corazón la dicha de haberle permitido vivir un día más.

—Ahora estoy contigo. . .

Se echó sobre la cama a esperarla. ¿Cuántos años habían pasado desde que dejó de dormir con su abuela? ¿Cuántos desde que su cuerpo no se reflejaba, desnudo o vestido, en la gran luna francesa del armario dentro del cual ella guardaba la ropa blanca?

Con la sonrisa que le proporcionaba a su rostro su placidez de "mujer que no es de este mundo", como de joven la llamara su padre, Rafaela Vidal Tebaqui salió del oratorio. No riñó a Tico, aunque tuviera sobre la colcha los dos sucios zapatos tennis.

Se limitó a tirar suavemente de sus pies para que no siguieran en contacto con esa obra de paciencia tejida a ganchillo por ella misma uno de los meses que duró convaleciendo don Belén después del infarto.

Preguntó Tico, apoyándose en un codo:

—El doctor Monter, ¿te dijo para cuándo espera que el señor Tebaqui acabe por reventar?

—Niño: esas cosas ni se dicen ni se piensan. . . Desear la muerte de un ser humano no tiene perdón de Dios. . . Me disgusta, ya lo sabes, que hables así de tu abuelo. . . Está enfermo, nervioso, cansado de tanto trabajar. . .

—Nadie lo obliga. . .

—Hay que comprenderlo, al pobre. En estos días tiene demasiados problemas: lo del Centro Comercial, lo que en Buenavista está pasando; lo que le dicen a todas horas en la tele y en los periódicos. . .

—Nada que no sea verdad. . .

—Ha batallado siempre para llegar a donde está y tener lo que tiene. Eso, Tico, fue de mucho mérito. Belén, si lo sabré yo, es un hombre bueno. . .

Ella buscó también dónde sentarse. Lo hizo al otro lado de la cama y quedó de frente a Tico, quien, a su vez, la podía ver de perfil en el espejo.

—Será bueno con otros. No contigo, mamá Fala; no conmigo. . .

Por un momento, en los ojos de Rafaela Vidal Tebaqui apareció un brillo de lágrimas. Lo escondió con pudor, bajándolos. ¿Cuántos años de ofensas, de aspereza y desamor, estaría recordando? Alberto la escuchó comentar, recomendar:

—Si al menos trataras de entenderlo, de llevarte bien con él. . . Es tan fácil. . .

En ese momento llegaron a ellos, claros y enérgicos, los campanillazos con que Belén Tebaqui estaba ordenando que alguien acudiera a su recámara. Y eso fue lo que apresuradamente hizo la abuela. Tico se preguntó si ella, durante la vida que había soportado junto a don Belén, no habría deseado, siquiera una vez, asesinarlo. "Si lo pensó, tiempo le habrá faltado para arrepentirse."

Regresó Rafaela Tebaqui, ya arrastrando mucho los pies a causa del cansancio de todo el día:

—¿Qué es lo que ahora quería el señor? —preguntó él.

—Que apagara el televisor y me quedara a cuidarlo. Debe sentirse intranquilo, y muy nervioso, a pesar de lo que el doctor Monter le inyectó, para necesitar que yo lo vea. . . Oh, con lo rendida que estoy. . .

Tico la tomó por los hombros. Siempre la había amado, porque ella había sido, también siempre, la única persona que jamás, de niño, de adolescente, ahora de joven, nunca, en ninguna circunstancia, le había regateado su afecto, su calor. Le besó la mano. Como su ropa, su piel olía a vainilla.

—Tú, acuéstate —¿Sería esa al fin la oportunidad que esperaba desde que vio lo que vio en el televisor y recordó lo que una mañana, meses antes de su absurda muerte, había escuchado decir, y demostrar, a Larry Vigo?— Yo iré a acompañar a don Belén. . . Pero falta que él me eche de su recámara.

—No lo hará. Te lo aseguro. . .

BENIGNO ACOSTA encontró cerrada la ruta que normalmente prefería para llegar con el automóvil hasta el interior mismo de la bodega principal de lo que continuaba llamándose Lácteos LOR; no obstante que Onofre Roca había muerto años atrás y que otro era dueño de las muchas empresas, todas relacionadas con el abasto, que se agrupaban (o se escondían, llegó a embromarlo Aarón alguna vez) tras esa sigla que el viejo Tebaqui, por razones que tampoco explicó, jamás quiso modificar. Detuvo el Buick a mucha distancia de Buenavista, detrás de la apretada confusión de patrullas policiacas, sedanes del Servicio Secreto, motociclistas de tránsito y ambulancias de la Cruz Roja, y de los carros en que habían llegado los bomberos para sofocar los fuegos que los hombres de Heleno Lara se ocuparon de encender.

—¿Fueron ellos, capitán?

—Así es, don Belén. Ellos fueron. . . Aparecieron en camiones de la Universidad, de la Normal y del Politécnico, de la Escuela de Agronomía y de varios sindicatos, y arrearon parejo, con sus porras y kendos, sin respetar a nadie. . . Y mientras unos golpeaban otros rociaban, con la gasolina que traían en bidones, cuanto había alrededor. . . Cuando empezaban las lumbradas se nos llamó, y nosotros cedimos que vinieran los bomberos. . .

—¿Muertos? ¿Heridos?

—Muertos, ninguno hasta ahora. Heridos, de treinta a cuarenta. Quemados, entre ocho y diez. . .

—Puah. . . —molesto por el frío de la noche, Tebaqui estornudó dentro del automóvil. Lamentaba ahora no haber permitido que su esposa le entregara a Benigno la botella de coñac.

—Y lo peor, don Belén, es que los libres de Lara, unos quinientos calculo yo, han tendido un cerco para evitar que los de adentro salgan y que los de afuera entren con sus mercancías en la zona de bodegas. . .

—¿Ha pedido ya refuerzos, capitán?

—Afirmativo, pero si usted no habla personalmente con el general, no llegarán nunca. . .

—¡Puah! —Tebaqui había empezado a tiritar, no obstante el abrigo y la bufanda de estambre.

Desde el fondo del asiento del viejo Buick azul marino, Tebaqui ordenó a Benigno Acosta roncamente que usara el otro camino —el que le permitía, sin ser visto, dando un rodeo, entrar en, o salir de, la zona de bodegas, y a través de varias de éstas, que se comunicaban entre sí porque eran de su propiedad, o las tenía desde hacía años en arrendamiento, llegar a su oficina.

Al entrar en ésta encontró, esperándolo, a la mayoría de los directivos de la UMCA y a la totalidad de los que militaban en el bando de Macario Ugartechea-Urrutia. Antes de que pudiera preguntar qué hacían allí y, sobre todo, quién los había convocado, el contador Salud Solís se apresuró a informarle:

—El señor Ugartechea llegó con ellos, don Belén. . .

Tebaqui gruñó detrás de la bufanda un vago "Buenas noches", y tomó uno de los teléfonos que tenía sobre una mesita de metal, obsequio antiguo de la Cervecería El Águila. Bajo el cristal del escritorio que también había pertenecido a Roca, y que él nunca tuvo interés en cambiar por otro, buscó el papelito donde había escrito algunos

de los números que tenía siempre a mano: el de Iris Abril; el del Presidente de la República, los ministros de Comercio y Abasto, y Asuntos Laborales; el del alcalde y los de los jefes de las muchas policías con los que llevaba relación. Marcó uno.

—Soy Belén Tebaqui. Avísele al general que me urge hablar con él ahora mismo. . . —Mientras el Jefe de la Policía Metropolitana acudía, Tebaqui observaba a los silenciosos, temerosos y confundidos miembros de la UMCA que a su vez lo miraban como si de él, ahora que enfermo y todo había vuelto a hacerse cargo, fueran pronto a recibir las garantías de seguridad de que todo iba bien y que no había por qué preocuparse. Alguien dijo su nombre con voz bronca y Tebaqui fue directo a lo que le interesaba:

—Óyeme bien, general. . . Llevamos horas, sí, horas, esperando que nos mandes los refuerzos de granaderos o antimotines que te pidió el capitán de la sobrevigilancia. . . ¿Qué pasa contigo, general?. . . Sólo una cosa quiero decirte: me despachas a tu gente para acá, por si la de ese hijo de puta vuelve, o me obligarás a que yo se la pida al señor Presidente. A ti te toca decidir, general. . . —Se hizo largo el silencio. Salud Solís miraba, de soslayo, los cabeceos de impaciencia de don Belén y el modo en que apretaba las mandíbulas—. Eso me parece mejor, general: llevar la fiesta en paz y no molestar a los de arriba. . .

Molesto, Tebaqui dejó caer la bocina sobre el teléfono. No terminaba siquiera de quitarse el abrigo y ya Macario Ugartechea-Urrutia estaba pinchándolo con sus ironías:

—¿Qué nos irá a decir ahora don Belén?, ¿que no hay por qué alarmarse porque acaba de arreglarlo todo con esa llamada? ¿Es eso, don Belén, lo que nos va a decir usted. . .?

El presidente vitalicio de la UMCA sentía estar demasiado enfermo y quebrantado del cuerpo para discutir con Macario. En otras circunstancias la habría emprendido a bofetadas contra él, del mismo modo que en años viejos se había liado más de una vez a puñetazos con quienes (el padre de Macario entre ellos) se atrevieron a cuestionar sus decisiones. Esa noche, ya casi madrugada, lo único que Belén Tebaqui Soria deseaba era tomarse unas horas de reposo en cama.

—Claro que todo está bajo control y no hay por qué espantarse. . . Dentro de media hora tendremos aquí a los antimotines para mandar al carajo a los libres de Lara y desalojarlos. . . El trabajo, de eso estén seguros, va a reanudarse hoy mismo. El general entendió que en una situación como ésta no se puede estar perdiendo el tiempo. Se interviene con energía, y ya. . .

Ugartechea-Urrutia advirtió que no iba a pronunciar un discurso sino a pensar en voz alta, y empezó a hablar así que se paseaba de un lado a otro con su fuate en las manos.

—Sin ánimo de molestar a don Belén, quiero dejar bien claro que el problema que vive hoy Buenavista, es el resultado de la torpeza con que la presidencia de nuestra Unión ha manejado, desde el principio, el Caso Lara. . .

Moqueando constantemente, intervino Tebaqui:

—La presidencia sólo hizo lo que la asamblea, y la directiva, le autorizaron hacer. No más, pero tampoco menos. . . La asamblea y la directiva aprobaron, por mayoría de votos, no negociar con Lara, porque negociar equivalía a reconocer que tenía derecho a

formar ese sindicato que anda organizando. Así que no me vengas ahora con la pamplina de que la presidencia esto, la presidencia lo de más allá. . .

Reanudó Ugartechea-Urrutia, sardónico, recordando a los presentes algo que ninguno de ellos ignoraba:

—Nueve de cada diez veces, la presidencia toma acuerdos, desconoce los de la asamblea, negocia y compromete, sin molestarse en consultar o en dar explicaciones si se le piden. . . En el Caso Lara, la presidencia no supo o no pudo hacer nada como debía. ¿Resultado? El gran follón en que ahora estamos metidos por la ingenuidad de quien hace unas horas nos tranquilizó diciéndonos que tenía a Lara así, en la mano, como un pájaro; y el tal pájaro pues nos ha cagado a todos, empezando por quien no quiso creerme cuando le advertimos que el movimiento que Lara estaba organizando contra Buenavista era inevitable. . .

—Puah. . . —Tebaqui se cubrió la mitad de la cara al sonarse estruendosamente con el pañuelo rojo.

—Usted, don Belén —prosiguió Macario en el mismo tono, doblando y desdoblando el fute con empuñadura de plata—, habló de "seguridades", de garantías, de promesas de apoyo, que le habían dado, nos dijo, El-señor-Presidente-de-la-República, los ministros, el alcalde y Dios Padre. . . Quisiéramos creer, los del Grupo Renovador, que esas seguridades, garantías, promesas, existieron verdaderamente, que no las inventó usted. . .

Encrespado a su vez, Tebaqui roció de palabras y de gotas de saliva a quienes en silencio, sonriendo los de Macario, desalentados no pocos de los más helenistas de la UMCA, seguían las reflexiones del hijo del vasco Ugartechea.

—Jamás he engañado a nadie, y mi palabra es garantía, siempre lo ha sido, de verdad y de seriedad. . . ¿Saben por qué he durado tanto al frente de la Unión? Porque nadie los defiende mejor que yo en sus personas y en sus intereses; porque nunca los he robado ni he permitido que otros los robaran; porque jamás de los jamases, desde que yo me hice cargo, la UMCA se ha visto en peligro. . . A nadie engañaba cuando les dije que el Presidente, los ministros, el alcalde, y todos los que tienen algo que ver con el asunto, me habían asegurado que ninguna de las amenazas de Lara se cumpliría; pues ellos evitarían, a como diera lugar, cualquier movimiento, huelga, paro o sabotaje, que afectara el abasto. . .

—No le cumplieron, don Belén. . . Con sus "elementos libres", Heleno Lara ha sitiado Buenavista. . .

—No les durará mucho ese gusto. . . No olviden que el Presidente puede mandar la tropa si los policías no consiguen echar de aquí a los libres. . . Esto, claro, si antes no hemos logrado convencer a Lara de que no agrave más la pendejada que ha hecho. . .

Con mucha sorna preguntó Macario Ugartechea-Urrutia:

—¿Ahora sí va a hablar con él. . . ?

—Ya mandé a buscarlo. . . Sin bronca, ya verán, volverá a su jaula él solito. . . —dijo Belén Tebaqui, y los viejos de la directiva, los que sabían de lo que era capaz en situaciones críticas, asintieron sonrientes y más tranquilos.

QUIZA Tico se había quedado dormido porque, perdidas la noción del tiempo y del lugar, lo despertaron sobresaltándolo el estruendo de un auto que pasó con el escape

abierto y los silbidos de quienes, tal vez de farra, lo conducían alocadamente por la calle en la que la casa de Belén Tebaqui alzaba sus dos plantas de cantera gris en el centro del amplio jardín con senderitos, un cenador y lo que aún podía apreciarse de la cancha de tenis. También perturbado su sueño por el frenazo de unas llantas en la esquina, el abuelo se removió en la cama, dijo algo; apartó de sí las frazadas que lo sofocaban y volvió a quedar inmóvil, bocarriba. Poco a poco los ojos de Tico fueron acostumbrándose a distinguir lo que guardaba la clara penumbra a la que daban su suave tinte rojizo, parecido al de una lámpara de seguridad de cuarto oscuro, los resplandores del reloj digital que había en uno de los burós.

Visto desde donde lo observaba dormir, Belén Tebaqui parecía estar ya muerto, y Tico recordó, pues muchos rasgos tenían en común (los párpados a medio cerrar; la boca entreabierta; caída la mandíbula, afilada la nariz) una mascarilla de Chopin que Larry Vigo conservaba en San Eulalio, entre la talla del hermoso San Sebastián, los retratos de los flamencos de su preferencia, una instantánea de Maller y el bronce de las manos de Rachmaninoff, que había adquirido en una subasta de Sotheby.

Levemente modificó Tico la postura de su cuerpo en el sillón de terciopelo granate y se preguntó por qué aun en el sueño, que esa noche lo ponía a su merced como nunca antes, el viejo Tebaqui seguía atemorizándolo de igual modo que lo aterró la primera vez que se vieron en esa misma recámara de enfermo donde empezó a padecer los efectos de su tirria, como si él fuera culpable de la tragedia de Suiza o de que la abuela (con la esperanza de contribuir a que su esposo se repusiera un poco del terrible golpe que significó para él perder a Aarón, a Connie y a las gemelas) hubiera ido a traer de Las Huertas, donde nació en una choza, el hijo secreto de Aarón Tebaqui Vidal —el único, y ya también el último, de los varones de su sangre.

Con una sonrisa que trataba de encubrir su temor a la reacción de Belén Tebaqui, Rafaela Vidal había entrado en la recámara que olía a medicamentos, llevando de la mano al chico delgado, de piel quemada por el sol del campo y muy tímido.

—Aquí lo tienes. . . Dime si no se parece mucho a Aarón —dijo ella.

Belén Tebaqui apartó la mirada del periódico que estaba leyendo y la asentó largamente, con dureza, sin que en sus ojos apareciera en ningún momento el fulgor del afecto, sobre el rostro del niño.

—Puah. . . No veo en qué se parece a Aarón. . . Está muy flaco.

—El doctor Monter lo va a examinar hoy. Ya le hablé. . .

Del mismo modo enfático con que lo hacía para ordenarle que callara, Belén Tebaqui alzó la mano derecha:

—Antes, báñalo, despiójalo y púrgalo. . .

Pacientemente había asentido Rafaela Vidal, que llevaba sobre el pecho del hábito color tabaco un moñito de luto:

—Sí, Belén. . .

Más que una pregunta fue un gruñido el que emitió Tebaqui:

—¿Cómo se llama el mocoso?

—Alberto, como mi hermano Tico. . .

—¿Apellido. . .?

Rafaela Vidal Tebaqui padeció un leve sofoco al tiempo que sentía una intensa debilidad en las piernas:

—Tebaqui, como tú; como Aarón. . .

Contra lo que había temido, la reacción de su esposo no fue violenta. Don Belén se limitó a asentir varias veces, y luego a interrogar, al tiempo que retiraba de su nariz las gafas que usaba para leer los diarios —único material impreso que frecuentaba, además de los balances de sus negocios y las actas del banco de Ambos Mundos que en ocasiones debía firmar.

—¿Está siquiera registrado legalmente?

—Sí, en La Paz. El juez Parodi arregló todo. En el Registro, y espero que no te enojas, pues el juez Parodi recomendó que era lo apropiado, quedó escrito que el niño es hijo tuyo y mío, nuestro. . .

—Puah. . . —produjo él, y por un instante se le quedó en los labios lo que parecía ser una sonrisa o sólo una mueca desdeñosa—. A la mujer que lo parió en Las Huertas, ¿qué se le dijo. . .?

—Simplemente que me lo llevaba.

—¿Así nada más?

—Así nada más. . . Desde antes de que el niño naciera, desde que mandamos a la muchacha a Las Huertas, le advertí que la criatura que iba a nacer, por ser de Aarón, de mi hijo, era mía; ella quedó de acuerdo. . . Todos estos años la estuve ayudando con algo de dinero cada mes. . . La mujer tiene ahora ya otros cuatro o cinco de familia; el marido se le fue de bracero al Norte y le resultó de alivio que yo quisiera traerme al chico. . . El juez Parodi, que se ha portado muy bien. . .

—Para eso le pago. . .

— . . . arregló unos papeles, que la mujer firmó, para que más adelante no tuviéramos problemas. . . Ahora, Belén, con el hijo de Aarón aquí, con Albertito entre nosotros, ya no estaremos tan solos. .

—Puah. . .

Ella empujó suavemente al hijo de Aarón para que se aproximara a la cama, muy alta, sobre la que estaba tendido el hombre de la mirada hosca que lo rechazaba con su silencio, con sus ojos enemigos:

—El señor es tu papá. . . Lo vas a querer mucho, porque él te va a querer mucho también. . . Bésale la mano, despídete y vamonos para que pueda seguir leyendo su periódico. . .

Pero rápidamente Tebaqui retiró la mano que el niño, guiado por la abuela, se disponía a besar, y ordenó:

—Haz lo que te dije: báñalo, despiójalo y púrgalo, antes que otra cosa. . .

Se humedecieron los ojos de Rafaela Vidal. Odió brevemente a su marido por haber tratado así al chico. Apretó a éste contra sus piernas un momento y luego, juntos, salieron de la recámara. Por el corredor, lo condujo a su alcoba y, cruzando ésta, al oratorio. De rodillas ambos, la abuela se santiguó. El niño no lo hizo, boquiabierto ante las imágenes y los muchos ex-votos de plata que colgaban del manto de la Virgen del Carmen.

—¿No sabes persignarte, rezar? —Desconfiado, curioso, ausente, Alberto Tebaqui Vidal movió la cabeza—. ¿No? Oh, hijito mío. . .

Dejó el reclinatorio y volvió a la recámara con el niño. Lo sentó en el sillón de terciopelo color granate (que después haría trasladar al dormitorio de Belén Tebaqui,

para que éste se instalara en él frente al televisor los centenares de tardes que todavía habría de durar su convalecencia) y empezó a explicarle qué era Dios, quiénes la Virgen y los Santos, y por qué todos los humanos debían ser buenos, generosos y caritativos con los otros seres humanos.

Quizá Belén Tebaqui (al que de niño no pudo acostumbrarse a llamar "papá", porque nunca había usado tan extraña palabra para dirigirse a nadie) no lo considerara ser humano, pues jamás en los casi catorce años transcurridos desde aquella mañana había sido bueno, generoso o amable con él. ¿Cuándo había recibido del viejo don Belén una expresión que no fuera ofensiva? ¿Cuándo un gesto de ternura y no un ademán, como ese cuando él iba a besarle la mano, de rechazo? ¿Cuándo una muestra de afecto o un comentario que no lo hiriera como esos que con tanta frecuencia usaba para, decía, ir formándole el carácter: "Aguántese como los machos", "Qué no tiene güevos como los hombres", "Ande, no sea maricón", "No haga pucheros ni llore como mujercita" —expresiones que más tarde, cuando empezó a darse cuenta de que él era diferente de los otros chicos, adquirieron un sentido muy doloroso, muy ofensivo?

Recordó, observándolo ahora inmóvil sobre la cama de hospital, que matar al abuelo Tebaqui no era una decisión reciente o que hubiera tornado a causa de lo de Larry o, aún antes, de lo de Tony Toralli. Ya desde niño Tico había pedido muchas veces a los santos en los que la abuela Fala le enseñó a creer que hicieran morir a ese hombre que era duro con ella y, sobre todo, malo e injusto con él. Lo único que no sabía era cómo podría perder la vida un hombre tan desconfiado como don Belén, o de qué medios podría valerse él, en caso de que a él le correspondiera hacerlo, para asesinarlo sin resultar inculpado. ¿Envenenarle los alimentos que Julia, la cocinera, o mamá Rafaela, le preparaban? ¿Forzarlo una noche a ingerir una sobredosis de somníferos? Sin que se diera cuenta, ¿echarle en el café que debía estar caliente sobre el buró cuando él despertaba por la tarde, media docena de las pastillas sedantes que Tico conservaba desde que el doctor Monter se las dio para calmarle los nervios, al volver de la Jefatura de Policía la madrugada de San Eulalio? ¿Por qué no ponerle en la mano su propia Colt .45 y ayudarlo a pegarse un tiro en la sien? Dejó de pensar en el cómo, y pacientemente se dedicó a aguardar el cuándo, después de que encontró el procedimiento perfecto para cometer el acto de venganza que no tendría castigo.

CON UNO de los que había enviado a buscarlo, Heleno Lara le hizo llegar a Belén Tebaqui un recado que lo enfureció en presencia de los miembros de la directiva de la UMCA, que continuaban sesionando en la bodega-oficina de Lácteos LOR.

—¿Así que eso es lo que quiere?

El mensajero, uno de los innumerables agentes del Servicio Secreto que recibían ayuda económica de Tebaqui, confirmó:

—Sí, don Belén: que usted y él se encuentren en un lugar neutral, la Plaza Velarde por ejemplo, para hablar delante de la prensa y de la televisión.

—¿Quién se ha creído que es el cabrón para imponerme condiciones, a mí?

—Dice Heleno que ni ordenándose el Presidente de la República está dispuesto a acercarse a Buenavista. . . Acepta hablar con usted, allá afuera, frente a . . . testigos. . .

—¡Habrás visto! Puah, puah. . .

Lo que no le había ocurrido en mucho tiempo, Tebaqui padeció muy intensa la necesidad de encender el habano con el que jugueteaban sus dedos. Pidió a Salud Solís que le arrimara un fósforo. La que parecía ser una expresión de desconsuelo apareció en el semblante del contador:

—Su corazón, señor. . . —dijo, tímidamente—. Mejor cálmese, don Belén. . .

Tal vez Tebaqui recordó que en su condición de inválido cardíaco, como en Houston le dijeron que sería por el resto de su vida, agitarse de ese modo y volver a fumar podría causarle daño, porque se limitó a rezongar: Puah, puah, y colérico, a partir en pedazos que arrojó donde cayeran, el "Montecristo".

Le ordenó al policía:

—Encuentra otra vez a Lara y dile que o viene a hablar conmigo aquí, como antes, por las buenas como se lo estoy pidiendo, o que se atenga a las consecuencias. . .

En cuanto el agente del Servicio Secreto salió de la oficina, y Salud Solís cerró la puerta de cristales del privado, junto a la cual se colocó de espaldas al que se convertía en salón de sesiones con solo descorrer los paneles, Macario Ugartechea-Urrutia empezó a decir marcando el ritmo de sus palabras con los suaves golpecitos del fute que dejaba caer en la palma de su mano izquierda.

—Quiero dejar en acta que no apruebo —miró por un momento a los que estaban de su parte—, que no aprobamos, y sí reprobamos enérgicamente, el proceder de la presidencia. . . Hemos sido siempre partidarios, desde que este conflicto nos fue planteado, de buscar un arreglo pacífico por la vía del diálogo y no del empleo de la violencia o de las amenazas; de amenazas, como las que acabamos de oír, que parecen expresar la opinión, el sentir, de la UMCA y no, como es el caso, sólo el sentir y la opinión de su Presidente. . . Heleno Lara ha demostrado ya su deseo de hallar pronto arreglo a esta situación que irá agravándose, enrareciéndose, conforme transcurra más tiempo. . . A mi parecer, orgullos aparte, Lara debe ser escuchado; no importa dónde ni delante de quién, pero escuchado. . .

A punto otra vez de estornudar, gangueó Belén Tebaqui, lo que le restaba brío a su cólera:

—Hablar con él, de acuerdo; pero como nosotros queremos, no como él pretende. . . A este mismo lugar vino Heleno Lara hace dos meses a contarnos de su sindicato en formación. A este lugar debe volver, si es que, como dice, quiere seguir hablándonos del tema.

Reanudó Ugartechea-Urrutia, y los de su grupo asintieron, todos de acuerdo:

—Es hora ya, señores, de dejarnos de habladas y desplantes que sólo agravan las cosas. . . Si nada tenemos que ocultar, ¿por qué negarnos a la negociación abierta y en público? Aceptar demostraría la buena fe de la Unión y su. . .

Lo atajó entonces Tebaqui y, con el nuevo habano que había sacado de su petaca de aluminio, apuntó a la cabeza de Macario antes de hacerlo a la de cada uno de los que acababan de aprobar lo que aquél proponía:

—Mira, Macario, y ustedes oigan lo que voy a decirle a éste. . . Cuando tú ocupes este sillón de la presidencia, si es que algún día la gente de allá afuera comete la pendejada de confiártelo, entonces podrás hacer las cosas a tu modo y como mejor te parezca. . . —Tomó aire. Su respiración era defectuosa en ese momento—. Ah, pero eso sí. . . En cuanto arregle este lío, voy a convocar a una asamblea extraordinaria y

pedir la expulsión de los que quieren entregarnos, con las manos amarradas, a Heleno Lara y a quienes lo están manejando a él. . .

—¿Quiénes son esos, don Belén? —Macario les hizo un guiño a los suyos y todos, como uno solo, sonrieron—. ¿Los americanos? ¿Los comunistas, don Belén? ¿Los políticos, Jefe Tebaqui?

El presidente vitalicio continuó hablando en el mismo tono agitado:

—Y después de que los expulse, voy a ver cómo se las van a arreglar sin mí. . . Porque no es lo mismo hablar, criticar, joder, que ponerse a hacer las cosas. . . Y algo más voy a decirles a todos ustedes: el que no esté conforme con mi estilo, pues puede irse cuando quiera, y si le dan por el culo, que le aproveche. . .; si señor, que le aproveche. . .

A MEDIA CABEZA el sombrero tejano, Onofre Roca seguía comiendo sopa de médula mientras Belén Tebaqui, que aún no metía la cuchara en la suya, le exponía con vehemencia el plan que iba a permitirles controlar, además del de la leche que era ya suyo, pese a la mínima competencia que aún les hacía Anselmo Partida, todos los negocios de Buenavista:

—El pan, el huevo, la fruta, las legumbres, la carne, el azúcar, las semillas, don Onofre; y las grasas, los aperos, todo, todo. . . El alcohol, las vísceras, también. . .

Onofre Roca, que lo había hecho socio de Lácteos LOR, admiraba el dinamismo del joven Tebaqui y se preguntaba, cuál era el límite de su ambición, si es que lo tenía. En un tiempo relativamente corto, haciendo las cosas "a su manera", el antiguo presidente de la humilde Unión Regional de Productores de Leche de Las Huertas, se había convertido en el más poderoso (y despiadado) acaparador de la provincia de La Paz y de las otras que había ido asociando, con audacia y la influencia política de Pío Rebollo, a la gran cuenca que aportaba casi 40% de la leche que la capital del país consumía diariamente y que por medio de sus empresas Roca controlaba.

—Tú y yo, Belén, ¿qué sabemos de eso. . .?

— Nada, don Onofre. Pero aprenderemos. Eso no tiene, por ahora, ninguna importancia. Sí la tiene meterle mano al asunto. . .

Con su aire de beata, se asomó Florinda, la dueña del burdel, al privadito de la planta alta que todos los jueves, desde hacía años, ocupaba puntualmente Onofre Roca, sólo o con amigos, para comer a gusto los guisos que con su mágico sazón preparaba ella para deleite de sus clientes y protectores generosos; y ninguno más que ese ranchero de pocas palabras que pasaba por ser el más rico entre los grandes ricos de la Central de Abastos.

—¿Todo bien, don Onofre?. . .

—Sí, sí. . . Te llamaré después. . .

La mujer comprendió que entre ellos estaban hablando de cosas importantes y que sobraba. Se marchó, cerrando cuidadosamente al salir, la puerta del privado contiguo a las dos recámaras que componían lo que en "la casa" era conocido como El Palomar: tres habitaciones y un gran cuarto de baño, pisos de mármol, espejos de Francia, muebles de Dresden, que garantizaban a los pocos que podían pagar su alquiler absolutas discreción y seguridad.

—Le decía, don Onofre —reanudó Tebaqui, molesto por la interrupción—, que lo que importa es meternos nosotros antes de que a otros se les ocurra también hacerlo. . . Usted y yo debemos tener una partecita en el negocio de los demás. . .

Roca suspendió la acción de escarbarse las encías con el mondadientes. Se balanceó suavemente en la silla:

—Tú, ¿aceptarías que alguien de fuera viniera a meterse en nuestro negocio de la leche, sólo porque sí. . .? ¿Verdad que no? Pues ninguno de ellos va a dejar que lo pisemos. . . Cada quien en lo suyo. Así es la ley, Tebaqui. . .

—Para poder participar en los negocios de los otros, no necesitamos que nos inviten, ni siquiera que nos admitan. . .

Tebaqui había apartado el plato de sopa de médula, ya cubierta por una nata de grasa fría, y Onofre Roca se aprestaba, parsimonioso, a encender uno de sus largos puros negros: —Barájamela despacio, para que te entienda. . . Tebaqui se explicó: todos los comerciantes de la central, y en particular los de capital modesto, recibían crédito de los bancos que llevaban casi un siglo operando con la comunidad de Buenavista. El propio Roca, en sus primeros años, había necesitado muchas veces recurrir a ellos buscando un auxilio económico que casi nunca le era proporcionado con la rapidez o la abundancia que le hacían falta. A últimas fechas, debido a restricciones impuestas por el Ministerio de Finanzas, los bancos habían complicado de tal suerte los trámites para otorgar préstamos de urgencia, que era preferible buscar dinero por fuera, aunque el interés fuese más alto.

—Mi plan es muy, muy simple, don Onofre. Crédito instantáneo, sin papeleo, a la palabra, las veinticuatro horas los trescientos sesenta y cinco días. Dinero pedido, dinero entregado. . . No habría límite para nuestra utilidad. . .

—¿Qué garantías. . .?

—El negocio del deudor, y, en último extremo, su vida. . . Entre dos fumadas y un sorbo del coñac que acababa de servirse mientras lo miraba, Roca le recordó:

—Otros ya se dedican a prestar en Buenavista. No seríamos los únicos, Belén. . .

—Pero sí los más fuertes. . . Esos, don Onofre, son centaveros. Llevo tiempo estudiando cómo operan. . . Centaveros, don Onofre. . . Sumas fuertes no las tienen; y si las tienen no las ponen a trabajar como lo haríamos usted y yo; esto, si usted dice: va. . . Se me ocurre que a cambio del servicio podríamos cobrar el ocho por ocho por ocho. . .

—¿Cómo está eso?

—El 8 por ciento cada ocho horas a plazo fijo de ocho días, para que nadie se sienta presionado. . .

—El ocho por ocho por ocho, haz números, y verás que resulta muy oneroso. Nadie querrá pagar tanto. . .

—Pagarán, don Onofre, esté seguro de ello. . . Los bancos trabajan ahora tan despacio, y piden tantas garantías, que a la larga sus intereses resultan tan, o más caros, que el ocho por. . .

Larga, silenciosa, concentradamente Roca miró al hombre delgado y nervioso que a su vez, mesa circular de por medio, lo escrutaba. Bebió otro poco de coñac y chupó el puro hasta que la brasa, con intensidad avivada, fue un anillo de fuego colocado entre la parte oscura del tabaco y el huso gris de la ceniza.

—Será cuestión de hacer números. . . En el papel, como tú lo pintas, el negocio se ve bonito. Pero, ¿lo será a la hora buena?

—Números ahora mismo los hacemos, don Onofre. . .

El dueño de Lácteos LOR lo desanimó, al ver cómo Belén Tebaqui se aprestaba, con papel y lápiz que había sacado de un bolsillo de su chaqueta, a demostrarle la bondad de ese plan que los convertiría, usando el dinero como herramienta y arma de presión, si no en dueños sí en socios de prácticamente todos los negocios pequeños, medianos y grandes, de Buenavista.

—De eso olvídate hoy, Belén. . . Aquí se viene a comer bien, a echarse uno sus tragos y a dormir la siestecita acompañado de una buena nalga. . . Para trabajar habrá tiempo. . .

—Como usted diga, don Onofre. . . —Aunque no hacía mucho que lo trataba, Belén Tebaqui había aprendido pronto a conocer a Roca y a interpretar sus gestos, sus silencios y aun su aparente desinterés sobre ciertas cosas. "Este negocio le gusta, y tan le gusta que habla de hacer números, lo que es una buena señal."

Roca había empezado a golpear con una cuchara uno de los vasos que tenía enfrente. Como si hubiera estado muy cerca de la puerta, casi inmediatamente apareció la señora Florinda.

—El café y las muchachas, ¿listos. . . ?

—El café listo, y mis niñas también, don Onofre, . . .

—¿Está Iris. . . ?

—Como usted lo ordenó don Onofre. . . —Florinda entendió la orden que con un gesto estaba dándole don Onofre, y corrió a buscar a sus pupilas.

Roca volvió a fumar su tabaco y a soplar después el humo sobre la ceniza intacta:

—Encargué para ti una hembra de primera, ¡te lo digo yo!, que te va a gustar. . . Trátala bien. Se llama Iris Abril. Vale la pena. . . No seas tacaño con los billetes de la propina. . . —Roca dejó la silla y lo mismo hizo Belén Tebaqui. —Gracias, don Onofre. . .

—Está muy joven, y es muy cachonda para mí esta Iris; yo, a mis años, prefiero algo más tranquilo, ¿eh?

—Usted está muy entero, don Onofre. Ya quisiera yo. . .

Que el hombre fuerte de la leche en Buenavista (lo que equivalía a decir: de la gran metrópoli capital) lo hubiera invitado por primera vez a comer en el burdel de la señora Florinda, distinción que tantos codiciaban y pocos merecían, era evidencia de que ya lo estimaba como amigo y como socio; y que además lo invitara a pasar allí, bajo el mismo techo, pared de por medio, una tarde en cama con una chica mientras él hacía lo propio con otra, significaba, pensó Belén Tebaqui, con una emoción que le llenó de repentina saliva la boca, que Onofre Roca acababa de admitirlo en el círculo de su más estrecha intimidad.

Esa tarde en que puso las bases del que llegaría a ser llamado por sus enemigos, por sus víctimas y por cierto sector de la prensa, El-Tenebroso-Imperio-Económico-y-Político-de-Buenavista, Belén Tebaqui Soria habría de conocer también a Iris Abril, la mujer que algún día iba a hacerle cierta llamada.

AUNQUE COMO suegro lo trató poco, el padre de Rafaela Vidal llegó a ejercer mucha influencia sobre Belén Tebaqui, que adoptó e hizo suya la divisa del antiguo hacendado: "El que tiene, puede. El que puede, tiene." Hombre práctico, Tebaqui quiso tener para poder y quiso poder para tener. Le expuso sus ambiciones a Pío Rebollo y éste lo ayudó hablándole al gobernador de La Paz, quien, en su turno, gestionó que el Partido recompensara al laborioso establero convirtiéndolo en miembro del Congreso Local de la provincia.

Para Prudencio Vidal y Araluce, cuyos antepasados llegaron al país a la zaga de los conquistadores españoles, de los frailes dominicos y de los oidores de la Real Audiencia, Belén Tebaqui Soria no era de ninguna manera desconocido la tarde de junio que en su despacho de la Casa Grande solicitó de él, respetuosamente, la mano de Rafaela, que para entonces había alcanzado ya la edad en que las mujeres de su época empezaban a ser consideradas solteras. Lo recordaba, niño, correteando por la finca mientras la vieja Jovita (que se hizo cargo de él cuando murió su madre un día después de darlo a luz) terminaba de planchar, como los miércoles de cada semana, la ropa blanca del viudo Vidal y de su hija. Lo recordaba también con su uniforme de subteniente del Ejército Federal aguardando en el patio, no para aprehenderlo como eran las órdenes que había recibido del mayor Pío Rebollo (que estaba dispuesto a torturarlo si así conseguía hacerle confesar donde se escondían sus dos hijos, los gemelos guerrilleros) sino para darle oportunidad de escapar y de ponerse a salvo con Rafaela.

— ¿Por qué, si tu propia vida se comprometía, permitiste que Fala y yo nos fuéramos de la finca. . . ?

—Porque no iba a pagarle mal a quien, como usted, siempre fue bueno con mi madrina Jovita y conmigo. . . Por eso, don Prudencio, y por otras cosas que algún día platicaremos. . .

Prudencio Vidal y Araluce, el perfil recortado en la claridad de la ventana que abría sobre la rosaeda, le preguntó, sin darle la cara, quizá temeroso de hallar en la del hombre al que hacía poco había tenido que venderle el último dé los establos que le quedaban, la sombra del interés:

—Si en el pueblo hay otras muchachas más jóvenes, y más bonitas que Fala, ¿por qué piensas en ella para casarte. . . ?

Firme, directa y seca, fue la respuesta de Belén Tebaqui Soria —que era Belén, porque había nacido en un pajar de Las Huertas; Tebaqui, porque ese era el apellido de la muchachita indígena que fue su madre, y Soria, porque era el de Jovita, lavandera desde niña en la hacienda de los Vidal.

—Porque sobre las cosas del corazón no se manda, señor.

Estuvo de acuerdo con ello Prudencio Vidal:

—Habrás que preguntarle a Rafaelita si está conforme con que yo te la conceda. . .

Entonces, con un movimiento igual de tímido que de acartonado, y por ello algo brusco, Belén Tebaqui le mostró al señor Vidal un pliego, con la fecha de la víspera, en el que el amo de Las Huertas reconoció la clara caligrafía de su hija.

—Ella y yo nos carteamos desde hace tiempo. . . La señorita Vidal acepta casarse conmigo, si usted le da su permiso. . .

SIN ABRIR del todo la puerta, Rafaela Vidal Tebaqui se asomó al interior de la recámara y cuando la masa de su cuerpo estorbó la claridad que procedía del corredor, Tico, que no había escuchado acercarse sus pasos de fieltro, apretó los párpados rápidamente, fingiendo que estaba dormido. Ella esperó unos segundos a que sus ojos se habituaran a la penumbra y los dejó reposar en Belén Tebaqui, más sentado entre almohadas y cojines que tendido sobre la cama, para después llevarlos al sillón en el cual, recogidas las piernas como si tuviera frío, velaba el nieto. ¿Cómo no amar a ese muchacho, ya un hombre en sus veinte años, si ella le había salvado la vida antes de nacer; si se había rehusado, igual por razones humanitarias que de conciencia, a cumplir la sentencia de aborto ordenada por Belén contra la criatura que era parte de su sangre por ser hijo de Aarón —ilegítimo y no deseado, pero de todos modos suyo, como no tenía duda?

. . .Luego de varias semanas de oírla llorar por las noches y de ver cómo iba perdiendo el apetito; de darse cuenta de sus mareos y de cómo se quedaba tardes enteras, la mirada en ninguna parte, frente al televisor que tanto la maravillaba desde que llegó a la casa; pero, sobre todo, cuando la miró arquearse y vomitar allí mismo en la cocina porque no pudo soportar la presencia y el olor de los camarones que don Belén había traído de Buenavista para que con ellos le hicieran la sopa que deseaba cenar esa noche antes de irse a la Central, Gloria, la Nana Vieja, que guisaba para los Vidal desde antes de que Rafaela hiciera su primera comunión, comprendió qué le sucedía a Victoria, una de las tres jovencitas que doña Rafaela le había traído de Las Huertas para que la ayudaran en sus quehaceres.

—Lo que te digo, Falita: está preñada. . .

—Oh, eso no es posible. . . Tendrá lombrices en el estómago y por eso se marea. . .

—Hmmm —hizo la cocinera, socarronamente.

Fue necesario que la señora y la Nana Vieja usaran su autoridad para que Victoria aceptara que el doctor Moriter le pusiera las manos en el cuerpo. La auscultación duró poco.

—Lo que esta criatura tiene es un embarazo de, calculo, cuatro meses. . .

Si en el medio año que llevaba viviendo en la casa, jamás había salido sola, ¿quién podía ser el responsable de tamaña infamia? ¿Quién de los de adentro se atrevió a burlar a la llorosa Victoria? No Benigno Acosta, que jamás miraba a una mujer; ni tampoco ninguno de los choferes, a los que se les tenía vedado el acceso a las dependencias interiores. ¿Belén? Sonrió la señora Tebaqui. ¿A su edad? Los tiempos en que su esposo le echaba un lance a cuanta enagua le pasaba cerca, pertenecían al recuerdo.

—¿Quién lo hizo, Victoria? Dímelo, muchacha. ¿Quién fue? Victoria se limitó a llorar y a morderse, hasta dejárselo en carne viva, el labio inferior. La cocinera Gloria, con más paciencia, consiguió la negada confesión, y nuevamente vio confirmada su sospecha. Varios días estuvo cavilando cómo decirle a Rafaela lo que ahora sabía.

—Sería bueno que hablaras con Aaroncito. . . —sugirió la Nana Vieja—. Él mejor que nadie te puede decir qué le pasó a esa niña. . .

—¿Aarón?

—El mismo. . . Fue un domingo. Aarón bajó a la cocina por agua mineral. . . Victoria se había quedado arreglando no sé qué. . . Aarón le pidió que le llevara la botella y un vaso a su recámara. Ella lo hizo. . . ¿Para qué te cuento lo demás. . . ?

—No es posible, no es posible. ¡Aarón. . . !

—Cuando el diablo anda suelto. . . Habla con él, y que él te explique. . .

—Aarón va a casarse pronto, tú lo sabes. . .

—Habla con él. . . —dijo la mujer, y se encogió de hombros.

Iba por su mitad esa tarde, soleada y clara, de domingo. Belén Tebaqui había vuelto del baño de vapor a la hora de la comida y dormía la siesta, arrullado por la voz del hombre que narraba por radio la corrida de toros. Aarón había ido a jugar back-gammon con su novia Connie, a casa de su futuro suegro, don Fernando Almaraz (último miembro de una ilustre familia venida a menos después de tres calamitosas revoluciones y de dos cuartelazos), que se ganaba la vida como valuador de joyas y vendiendo discretamente seguros y bienes raíces, y que dedicaba su tiempo libre, que no era escaso, a dirigir los entrenamientos del equipo de tenis, clase Triple A, que él formó en el Country Club; equipo del que era estrella, después de haber brillado en los niveles infantil y juvenil, el hijo de Belén Tebaqui. Un buen hombre, algo basto de modales, que apareció por el Club llevando de la mano a un chico apenas más alto que su raqueta al que deseaba iniciar, pues le habían dicho que tenía facultades, en ese deporte de que tanto se hablaba en los periódicos. ¿Comprar acciones? No una, sino cuatro, que pagó al contado, fueron las que Belén Tebaqui adquirió el mismo día en que solicitó ser admitido como socio. ¿Pagar cuotas por adelantado? Tebaqui llenó un cheque del Banco de Ambos Mundos que cubría veinte trimestres. "Cuando se acabe esa plata, nomás me avisan, eh." Instaló a Aarón en el área de los niños y fue a conocer, en la de Seniors, su vestidor, las salas de baño y los cuartos de masaje. En el bar, como era inevitable, se relacionó pronto. Jugaba muy bien al dominó y tenía mucha suerte con el cubilete. Para Fernando Almaraz no resultó difícil iniciar una buena relación de amistad con Tebaqui. Tenían en común muchas cosas: su gusto por el coñac y por los finos habanos. Almaraz había enviudado unos años antes y se le veía siempre acompañado de su hija única, Constanza, que jugaba espléndidamente al tenis, considerando su estatura y su edad. Aarón y Constanza Almaraz se hicieron inseparables. Crecieron juntos. Un día se dieron cuenta de que eran novios. Otro, que deseaban casarse. Aarón había terminado para entonces, con buenas notas, su carrera de Licenciado en Administración de Empresas, y Constanza, o Connie, la de Decoradora de Interiores. El convenio matrimonial fue pactado, sin mucha ceremonia, en un rincón del bar por Tebaqui y Almaraz. "¿Estás conforme con que los muchachos se nos casen?" "Yo sí. ¿Y tú?" "Claro que sí. Tu hija es muy mujer, y Aarón es muy hombre." "Será cuestión, Belén, de que discutamos los detalles." "¿Qué detalles ni qué carajo, Fernando! Tú pones el apellido, yo pongo el capital, y listo. No se hable más del asunto. Salud."

A eso de las seis, Rafaela Tebaqui escuchó en la escalera los rápidos pasos alegres de Aarón, y luego el portazo después de entrar en su recámara, contigua a la de su madre. Con el valor que le había solicitado a la Virgen del Carmen y al Sagrado Corazón, la esposa de Belén decidió enfrentar de una vez a su hijo.

—¿Vuelves a salir? —preguntó, al ver que Aarón se disponía a mudarse de camisa.

—Aja. . . Connie quiere que llevemos personalmente las participaciones a casa de don Irineo Belaunde. Cenaremos con él. . . ¿Papa?

—Está descansando. . . —Tímidamente, Rafaela Vidal Tebaqui inclinó la cabeza para no ofrecerle la mirada a su hijo, que empezaba a anudarse la corbata frente al espejo—. Desde hace días estoy deseando hablar contigo. . .

—¿De qué mamá?

—De la infamia que has cometido. . .

—¿Una infamia? ¿Yo. . .?

—Abusaste de Victoria, la muchachita que tiene la Nana Vieja en la cocina. . .

—Ah, eso. . .

Rápidamente Aarón Tebaqui Vidal dejó de mirar a su madre, que lo observaba desde el fondo del espejo.

—Sí, de eso quería hablarte. . . ¿Por qué lo hiciste, Aarón?

—Mamá, qué preguntas. . .

—Es una niña inocente. No cumple quince años, Aarón, y te aprovechaste de ella. . .

Aarón había perdido el color y su piel, que exponía al sol muchas horas todos los días de la semana, parecía estar cubierta por una tenue capa de gris.

—Es sólo la criada, mamá. . . Sí, sí, fui yo como pudo ser cualquiera. Los choferes. El jardinero. Los veladores. Cualquiera. . . Total, no se va a morir de eso. . .

—La muchacha está embarazada, Aarón. . . Habrá que hacer algo. . .

Lo que su madre acababa de decir pareció desconcertar por un momento a Aarón, que había terminado de anudarse la corbata, y que elegía, entre las muchas que ocupaban su guardarropa, una chaqueta de vicuña azul marino.

—¿Qué se puede hacer? Ni modo que me case con ella. . . Dale dinero y listo. . .

—¿Y el niño, Aarón? Con él, ¿qué se hace, dime, anda?

Muy suave, amortiguado por la distancia, se escuchó el claxon del auto deportivo italiano de Aarón, que Connie Almaraz gustaba de manejar a gran velocidad los domingos, si él se lo permitía. Aarón apresuró su arreglo. Pañuelo limpio y una poca de loción en el cuello y en las solapas de la chaqueta. Le dio una palmadita de compromiso en el hombro a su madre.

—Cuando regrese lo discutimos y. . . —y salió a la carrera, dejando en el aire quieto y cerrado de esa tarde lenta y cálida de domingo el rastro de la loción que usaba.

Más difícil que tratar con Aarón tan desagradable asunto, resultó para Rafaela Vidal revelarles a su marido lo que su hijo le había hecho a la ayudanta de la cocinera, a esa Victoria "un animalito sin malicia, Belén, una alma pura", que el Padre Yáñez le había encomendado cuidar mucho cuando fue a recogerla a Las Huertas.

—Muy bien. La desfloró, ¿y. . .?

—Belén, la muchacha está embarazada. Lleva ya cuatro meses. El doctor Monter la ha visto. No hay duda. . . Ese hijo que trae en el cuerpo es hijo de Aarón. Piensa en eso. . .

Bruscamente Belén Tebaqui dejó de comer y, molesto por el acoso de su mujer, puso a un lado el plato con carne. Ya sin apetito mordisqueó una hoja de lechuga. Quizá recordó, sin que tuviera conciencia de ello, cierta noche de viento norte en un descampado de Las Huertas; una noche, tan vieja como su propia vida, en que una jovencita que tampoco había cumplido los quince años fue atacada por la sombra

ardorosa de un peón que se perdió después en la oscuridad mojada por la lluvia. Rafaela Vidal lo escuchó decir:

—Todas esas indias son iguales, siempre ofreciéndole las nalgas a los hombres.

—Belén. . .

—Para ellas, hacerlo con el que les eche zancadilla y las tumbe, no tiene importancia. . . Esta que le cuelga el milagro a mi hijo Aarón, no será la primera, ni será la única ni tampoco la última. . . Puah.

Convertidas en puño sus pálidas manos frágiles, insistió Rafaela:

—El niño, el hijo de Aarón, ¿no piensas en él?

Belén Tebaqui arrojó sobre la mesa la servilleta que se había arrancado del cuello. De una dentellada destrozó la punta del habano, que procedió a encender. Entre una pitada y otra, dijo, ásperamente:

—Mándala de vuelta a Las Huertas. Dale unos billetes para que no joda. . . Allá busca quien le eche fuera al hijo, sea de Aarón o ve tú a saber de quién. . . Y no se hable más del asunto.

Camino a su recámara, donde recogería su abrigo antes de salir rumbo a Buenavista, Belén Tebaqui iba pensando: "Por una pendejada así, no vamos a arriesgar la boda. No señor. . ."

EXACTAMENTE la mañana del día en que celebraba el primer aniversario de su rumboso y comentado matrimonio con Aarón Tebaqui Vidal, Constanza dio a luz, sin problemas ni sufrimiento, luego de un breve trabajo de parto, a las gemelas. El abuelo Almaraz lloró de alegría, pero el abuelo Tebaqui, después de mirarlas a través del cristal de la nursery, gruñó: "Puah", y no ocultó cuánto le contrariaba que su nuera hubiese traído a la vida a dos niñas y no, como él tantas veces se lo pidió durante su embarazo, a dos varones que contribuyeran a asegurar la continuidad de su apellido. Esa misma tarde, en la habitación que ocupaba la parturienta en la Policlínica Anglo-Americana, las recién nacidas fueron bautizadas por el Cardenal Parra y Segóvia, pariente lejano de los Almaraz. Recibieron por nombres Clara, en recuerdo de la esposa difunta de don Fernando, y Alma porque así se llamaba la madre de la abuela Rafaela Vidal.

Esa noche, antes de marcharse a la Central de Abastos, Belén Tebaqui brindó a solas con su hijo en el despacho de la planta baja de la casa. Después de bebida la última copa de coñac, "a la salud de las nenas", Tebaqui entregó a Aarón los bonos que Salud Solís se había encargado de comprar, por orden suya, cuando el doctor Monter le hizo saber a Constanza que iba a ser madre de gemelos

—Cinco millones para cada una. . . —anunció Belén Tebaqui, entre los dientes el "Montecristo".

—Gracias, don Belén.

—Quiero que tus hijas empiecen a formar su propio capitalito, que les irá aumentando cada año, para que de grandes no pasen apuros. . .

—No los pasarán, don Belén. . .

Cariñoso, Tebaqui descargó el puño sobre el pecho de su hijo, y le sonrió antes de ponerse muy serio, casi ceñudo:

—De mujeres en la familia, ya está bien. . . Ahora, en cuanto Connie se levante, a buscar los machos, ¿eh?

Algo cohibido asintió Aarón Tebaqui:

—Se hará lo que se pueda, don Belén.

Era ya hora de partir. Camino a la puerta, don Belén fue recogiendo su abrigo, la Colt .45, la bufanda de estambre. Podía escuchar el motor del automóvil, un Graham Peige de siete asientos, pintado color plata, que Benigno Acosta calentaba en el jardín.

—No olvides esto, Aarón. Las niñas son bonitas, pero para nada me sirven, ¿entiendes? Necesito que de ahora en adelante siempre haya en esta casa muchos Tebaquitos haciendo ruido. . . Debo proteger a nuestra familia. Tu obligación —le guiñó, malicioso— es hacer los niños que mañana serán los hombres que heredarán lo que yo he podido reunir y lo que tú ahora me estás ayudando a aumentar. . . No me gustaría que lo nuestro fuera a parar a manos de yernos que ve-tú-a-saber-qué-clase-de-cabrones-vividores nos irán a resultar. Para evitarlo estás tú, Aarón. . . Machos Tebaqui, hijos tuyos, nietos míos; eso es lo que te pido. .. Ya cada uno de los que me des le tocará, al nacer, un bono, el doble, el triple de gordo que los de las nenas. . .

—Sí, don Belén. . .

—No se te olvide, Aarón. En cuanto tu mujer se levante de esa cama, a encargar los hombrecitos. . .

LA RELACIÓN de Alberto Tebaqui, tan llevadera desde el principio con Rafaela Vidal, fue en cambio siempre tensa con don Belén. A éste, por causas que quizá ni él mismo podía explicarse, el chico le resultó antipático, y lo odió instantáneamente, tal vez porque le parecía injusto que Aarón estuviese muerto y allí, al pie de la cama, mirándolo con sus grandes ojos azorados, vivo, inútil, el producto de un capricho de aquel hijo único e irrecuperable del que tantas cosas buenas esperó y al que adecuadamente preparó para que pudiera realizarlas.

Lo irritaba la curiosidad del niño; su afán de tocar cosas para él desconocidas (los bibelots, las raquetas, los trofeos ganados por Aarón en el tenis; los relojes que había sobre los muebles, los juguetes de las nenas), su desenfado de ponerse a orinar, y aun a defecar, cuando sentía el apremio de hacerlo, sin que le importara dónde se hallaba o en presencia de quién.

Comprensiva, la abuela Tebaqui justificaba ese comportamiento, recordándole que Tico se había criado en un ambiente del todo primitivo y que sólo hacía lo que por seis años había hecho o visto hacer, a los animales, a los otros niños y a los adultos, en el lugar que hasta entonces había vivido.

—Se educará, Belén. De eso puedes estar seguro. . .

Pues aún no diferenciaba una letra de la otra, la señora Tebaqui contrató a una Miss Paula Padilla, que le fue recomendada por Salud Solís, para que enseñara a Tico a leer y a escribir. Miss Paula no necesitaba batallar mucho, pues Alberto mostraba aptitud para el aprendizaje y una excelente capacidad para entender y asimilar lo que se le decía.

Una tarde, Tico se hallaba en el comedor después de la clase, ocupado esa vez en copiar como tarea un pasaje de "El libro de las narraciones maravillosas" de El Tesoro de la Juventud, cuando Belén Tebaqui, que había bajado a pedir que se le hiciera un te,

pues padecía indigestión, se detuvo a mirarlo, preguntándose qué de especial, de atractivo e irresistible tenía ese niño que encantaba por igual a la abuela, a la maestra Padilla, a Salud solis, a un tipo tan seco y poco comunicativo como Benigno Acosta, a la Nana Vieja, y a cuantos lo trataban en la casa. Lo vio atento sobre el libro y el cuaderno, profundamente concentrado en su quehacer, repitiendo por lo bajo, a medida que las escribía, las palabras del texto. Los ojos de Tebaqui se detuvieron entonces, como si hubiera tropezado con ella, en la mano que sostenía el lápiz, y se encolerizó. En su furia, tomó lo que le quedaba más cerca, una regla de madera, y con ella azotó dos, tres, diez veces la zurda de Alberto.

—Con esa mano no. . . Con la otra. Con la derecha, no con la chueca. . . —gritaba, y los golpes de la regla seguían cayendo ciegamiente sobre el brazo, los dedos, la cara, la cabeza, del niño.

Rafaela Vidal, que había salido al jardín a despedir a la maestra Padilla, regresaba en ese momento:

—¿Qué sucede, Belén? ¿Por qué le pegas. . .? —protestó, cubriendo a Tico con su cuerpo para evitar que los reglazos siguieran lastimándolo. Los últimos la alcanzaron a ella también, cruelmente.

—¿Ya viste que escribe con la izquierda?

—Así aprendió. ¿Qué tiene de malo? —Rafaela acariciaba, nerviosa, la cara de Tico; la cara seca de ese niño de cuyos ojos no habían salido lágrimas, ni de su boca quejidos.

—¿Cómo que qué tiene de malo. . .? La gente normal escribe con la derecha, no con la zurda. . .

—Dime, Belén, ¿qué importancia tiene que lo haga con una o con otra mano. . .?

Siempre resoplando, pues se había agitado bastante, Tebaqui gruñó:

—Shhh: usted, cállese. . . —Mirando duramente a Tico le avisó—. Cuidado con que vuelva a verte escribiendo así, como fenómeno. . . Y como sigas con esa maña de escribir al revés, vas a saber para qué carajos naciste. . .

—El pobre niño, ¿qué culpa tiene, Belén, si es así. . .?

—Esa jodedera de escribir con la mano equivocada, a palos se la voy a quitar, ya verás. . .

UNA NOCHE que lo llevaba de vuelta al Instituto Militarizado Internacional, IMI, después de que juntos pasaron un gozoso fin de semana, el mayor Toralli le preguntó cuándo se había dado cuenta por primera vez de que era diferente de algún modo a los otros muchachos, y Tico no supo decírselo porque él mismo lo ignoraba. Pero esa noche, en su habitación privada, el cadete Tebaqui Vidal Alberto estuvo preguntándose también y casi de madrugada, ya para dormirse, recordó que el origen de la confusión en que había vivido hasta que decidió aceptarse como era, no se hallaba, como lo había supuesto durante años, en su mortificante experiencia en el Colegio de los Maristas; tampoco en lo que sucedió en Las Huertas la noche anterior a la muerte de Miky Atuey en Laguna Blanca, sino mucho antes, ese atardecer nunca olvidado, en que el abuelo Tebaqui le azotó la mano con una regla, lo llamó fenómeno, anormal y, como si fuera culpa suya serlo, zurdo, chueco, raro, diferente, sólo porque lo sorprendió escribiendo la tarea con la izquierda.

Diferente. Así empezó a sentirse desde entonces y conoció la desazón que le producía tener que forzarse a usar la derecha para manejar el lápiz, o los cubiertos en la mesa, y evitar que bajaran sobre él los prometidos azotes del abuelo. Sólo cuando éste lo llevó al Country Club y el profesor de tenis que había sido de Aarón le dijo que Alberto jugaría siempre mejor con la zurda que con la diestra, don Belén consintió en permitirle que la usara, "nada más para jugar, eh".

Si a Belén Tebaqui le irritaba la zurdez de Tico, a la abuela Rafaela no le parecía que el amable nieto, que cariñosamente la llamaba Mamá Fala, fuera diferente, raro o fenómeno porque era más hábil y más rápido para todo con la que su marido llamaba "la mano equivocada". Tampoco le parecía anormal que Tico prefiriera jugar, aunque no estuviese cargada, con la cámara Polaroid que la señora Tebaqui no había vuelto a tocar desde que las mellizas murieron, o con las docenas de hermosísimas muñecas que Connie conservaba dentro de vitrinas de cristal en la recámara de Clara y Alma; recámara, situada en el extremo remoto del corredor, que don Belén exigía se conservara exactamente igual a como la dejaron las niñas la mañana que salieron de esa casa, en compañía de sus padres, para abordar el jet que las llevaría a Europa.

Las horas que pasaba por las tardes en compañía de su abuela, mirándola tejer mientras en la radio, o en la televisión, una comedia sucedía a otra hasta que llegaban las siete del primer Informativo de la noche, resultaban ser para Tico las más felices del día, sólo comparables a las que Mamá Fala destinaba a ayudarlo en sus tareas después de la clase de la Miss Padilla; a inventar juegos en los que él era, en sí mismo, el juguete de su juego, o, como sucedía tres veces por semana, a bañarlo en el gran cuarto de aseo. Ella le permitía quedarse retozando en la enorme tina hasta que el agua empezaba a enfriarse y entonces lo arropaba con una bata de toalla; lo llevaba cargando a su recámara, le friccionaba el cuerpo con loción de lavanda, lo blanqueaba con talco del cuello a los pies y, vestido ya con el pijama, lo metía entre las sábanas; lo acompañaba mientras consumía su merienda de café con leche, tostadas y miel de abeja y luego, juntos, procedían a agradecerle a Dios-Nuestro-Señor la dicha de haberles permitido vivir, sin merecerlo, ese día.

Algo que con frecuencia le gustaba hacer a la señora Tebaqui era llevar a Tico a la recámara de las niñas. Cerraba la puerta por dentro con llave; abría los espaciosos armarios que olían a madera de cedro y empezaba a seleccionar entre los cientos que guardaba allí, casi todos nuevos o apenas usados, algunos de los vestidos que fueron de sus nietas y se los ponía a él. Entonces Tico dejaba de ser el muchacho de siete, de ocho, de nueve, de ya casi diez años y se convertía, como ella repetía abrazándolo, besándolo, dejándole en el rostro y en las manos la humedad de sus labios, en la muñequita-de-mamá, y a él le agradaba oírsele decir y, más todavía, sentir que era una criatura igual de linda, aunque no rubia, a las que aparecían, entre Aarón y Constanza, en el cuadro a colores que adornaba uno de los muros de la sala del piso de abajo; cuadro al óleo, copia de una instantánea lograda por Rafaela, ante el que Belén Tebaqui solía ensimismarse largamente.

Y una de esas tardes, mientras Mamá Fala canturreando se disponía a vestirlo con un vaporoso traje de costeña que Almila no llegó a estrenar, el cuerpo de Tico sufrió una súbita transformación por efecto de algún roce, del contacto de las manos de su abuela sobre su piel, o porque estaba experimentando una desconocida sensación

placentera. Su pene, con el que a veces se entretenía a solas, se abultó como nunca; se endureció hasta producirle dolor; brotó de su capullo entre contracciones involuntarias; se proyectó hacia lo alto como una púa.

Los dedos abiertos como si las manos fueran a volar en ese instante, fruncido el entrecejo por la sorpresa; un poco de rosado color en las mejillas siempre pálidas, la señora Tebaqui miró el miembro en estado de erección y luego buscó los ojos de Tico, que parecía confundido.

—Oh, qué niñito mío, con esa cosa fea allí. . . No me gusta verlo así, mi'jito. No me gusta. . . Ahora, ande, separe sus piernas un poco más. . . —Le apartó los muslos, presionó hacia abajo y luego hacia atrás para que el bulto genital quedara entre ellos; después obligó a Tico a que juntara las rodillas y las mantuviera así mientras ella abría la puerta del armario de modo que él pudiera verse de frente y de cerca—. ¿No está más lindo, mírese, sin nada que le ande colgando. . .?

Avergonzado primero, curioso después, Tico se miró en el espejo: el que veía frente a él era un cuerpo desconocido; un cuerpo sin protuberancias, liso. Un cuerpo, lo intuyó de algún modo en ese momento que sería una clave en su memoria, que le gustaba más que el suyo porque le hacía sentirse diferente, más como siempre había querido ser.

—Sí —aceptó roncamente.

En Tico la emoción del descubrimiento duró largamente, y por las noches se plantaba frente al espejo de su propio armario y como la abuela le había enseñado a hacerlo (como lo obligaba a que lo hiciera cada vez que le ponía un traje, un vestido, una falda que había pertenecido a una de las gemelas, sus hermanastras), guardaba entre las piernas eso que le sobraba a su cuerpo. Las primeras veces le resultaba molesto y casi imposible, moverse, caminar. A base de paciencia, desarrolló después un sencillo método y le bastaba una leve flexión de las piernas entreabiertas, y la discreta ayuda de alguna de sus manos a través de la bolsa del pantalón, para convertirse, libre de pene y testículos, en la muñequita de mamá. Esto lo hacía estuviere en la casa, en el auto cuando Benigno lo llevaba a la escuela, en clase, o en presencia de don Belén Tebaqui.

Sólo una vez, al sorprenderla, pues había vuelto a casa a una hora que no era la de costumbre, el abuelo Tebaqui riñó a Rafaela porque había disfrazado a Tico, para que participara en una fiesta escolar, con un atuendo de geisha que ella personalmente le confeccionó copiando el modelo de un fascículo coleccionable.

—Sigue vistiéndolo así, pintándolo de ese modo, perfumándolo, poniéndole cremas y talcos, Puah, y acabarás haciendo de él un joto, un maricón, una mujercita.

Tico desconocía entonces qué significaban esas palabras que por primera vez le escuchaba decir a don Belén; pero, por la forma en que la abuela Fala le exigió a su esposo no usarlas para referirse al niño, intuyó que debían aludir a algo sucio y por lo mismo inconfesable y secreto, o describir a quién (como a él le ocurriría luego de ser recibido en confesión por el Padre Leoncio) de pronto confirma, sorprendido aunque no avergonzado, cuáles son sus verdaderas preferencias.

LA OPORTUNA delación de un agente amigo alertó al líder de los estibadores libres, y cuando en aparatoso despliegue de patrullas, comandos, motocicletas, ambulancias y

coches celulares, los elementos de la Brigada Antimotines de la alcaldía llegaron a la zona y rodearon la manzana antes de invadir ruidosamente el hotel de paso en el que el sindicato había instalado esa noche su centro provisional de operaciones, Heleno Lara había desaparecido.

El coronel a cargo de la operación, molesto porque el sujeto al que debía capturar se había marchado, dispuso una carga contra los grupos de hombres y mujeres que seguían gritándoles "Abusivos", "Asesinos", "Verdugos", y al cabo de un cuarto de hora de zafarrancho, los uniformados (con sus cascos blancos y sus escudos de plástico; sus eficaces cachiporras y las metralletas con que dispararon al aire ráfagas amedrentadoras) tenían en sus transportes, listos para remitirlos a la Jefatura, acusados de injurias, ataques y resistencia a la autoridad, y portación de armas prohibidas, a no menos de un centenar de revoltosos descalabrados y sangrantes, que sólo pudieron enfrentar sus puños, sus puntapiés y alguna cuchillada solitaria, a la embestida de los profesionales.

Los representantes de la prensa y de la televisión que habían documentado en detalle la vistosa refriega, solicitaron del coronel que por radio gestionara una entrevista con El Pulpo Tebaqui, para conocer sus comentarios. Desde la Patrulla Insignia, el coronel se comunicó con su Jefe y éste prometió hacer lo que estuviera a su alcance, que no era mucho —les advirtió—, para conseguir que don Belén se aviniera a recibirlos. Cinco minutos después, el Jefe les informaba que el Presidente Vitalicio de la UMCA aceptaba la entrevista en su bodega, a la que serían conducidos con una escolta de antimotines.

Macario Ugartechea-Urrutia y sus partidarios se apartaron ostensiblemente no sólo para que Tebaqui, asistido por el abogado Arqueles Olmos, pudiera hablar a la prensa y ser fotografiado por la televisión mientras lo hacía, sino para subrayar, retirándose al otro extremo de la oficina-bodega, que ellos no compartían de ninguna manera las opiniones de don Belén, fuesen éstas cuales fueren.

— . . . porque esto que está pasando —decía Tebaqui, en aumento su cólera a medida que hablaba; más enérgicos sus manotazos; más ronca su voz de tanto usarla—, esto que se ha permitido que pase, es una prueba más de lo que llevo meses diciendo. . .

—¿Qué es lo que lleva meses diciendo, señor Tebaqui? —inquirió una muchacha de espeso aliento alcohólico que a pecho abundante ostentaba el escudo de uno de los noticieros de la televisión.

—Que existe una gran conspiración contra el país, contra el-señor-presidente, contra nuestra ciudad, y contra todos y cada uno de nosotros. . . Conspiración para provocar problemas, malestar, desorientación. . .

—En esto, ¿qué papel juega Heleno Lara?

—Lara es un líder corrupto, y se ha prestado a servir de instrumento de los enemigos del país. . .

—¿Quiénes diría usted que son esos enemigos?

—Como el-señor-Presidente ha dicho, todos los sabemos. . .

—¿Tiene usted pruebas de que Lara es venal. . .?

—¿Es qué. . .?

En voz baja, el abogado Arqueles Olmos apuntó detrás del hombro de Belén Tebaqui:

—Deshonesto, vendido, inmoral. . .

—Oh, sí; claro que las tengo. Kilos de pruebas que pondré en manos del Procurador General. . . Y no sólo es como dije, sino también chantajista. . . Porque todo esto no pasa de ser un chantaje, una maniobra política. . .

Los periodistas se miraron entre sí, fugazmente. La muchacha del pecho de estatua y el aliento de *cubalibre*, insistió:

—Según usted, detrás de este bloqueo a Buenavista; de la amenaza de no permitir que se abastezca a la ciudad de lo que necesita comer mañana; del paro que según se dice van a anunciar los transportistas foráneos como solidaridad con el sindicato de Heleno Lara, ¿existe una conspiración organizada por ciertos políticos?

—Usted, niña, ¿no lo cree así. . .?

Engallada, la reportera insistió en ponerle su largo micrófono bajo las narices a Tebaqui:

—No ha contestado usted a la pregunta. . .

Ya no le respondió a ella directamente, sino a todos los que formaban corro a su alrededor:

—Conspiración, la hay. Complot, también. Deseos de perjudicar al país, también. De ponerle obstáculos al Gobierno, ni se diga. . . Con su arbitrario movimiento dizque de huelga, con este atraco, Heleno Lara ha provocado hoy la crisis. . . Mañana otros harán lo mismo, no digo que aquí en Buenavista, sino en diferentes partes. Por ejemplo: podrían parar los autobuses de pasajeros, o suspender el Metro, o ponerle bombas de dinamita a las termoeléctricas. . . Yo digo que urge buscar la mano que anda moviendo las aguas. . .

—¿Dónde buscar esa mano, señor Tebaqui?

—Averigüen, pregunten, rásquenle un poquito, y lo sabrán.

—¿A qué atribuye usted esta situación, tal estado de cosas?

Tebaqui aleteó un par de veces con sus cortos brazos. Dijo, después, desalentado:

—A que hay demasiada libertad. . .

—Eso, ¿es malo?

—Claro que lo es, porque de la libertad, si no se le administra bien, cualquier pelagatos abusa. . . ¿Quieren mejor prueba que lo que está haciendo Heleno Lara? Si hubiera verdadera energía, orden, autoridad, atropellos como éste no se verían en la Central de Abastos ni en ninguna parte de la República. . .

—Ese tipo de orden, de energía, de autoridad, ¿quién podría proporcionarlo, don Belén, y según usted, garantizarlo. . .?

Estalló, siempre ruidosamente, el estornudo que el Presidente de la Unión Mutualista de Comerciantes Asociados había estado reteniendo. Después de sonarse con su pañuelo rojo, repuso mientras lo doblaba en cuatro:

—¿De qué sirve la libertad si los vivos como Lara sólo la usan para provocar el desorden?

Intervino la reportera del seno abundante:

—¿Es usted partidario de que tengamos una dictadura?

El abogado Olmos terció para que las palabras de Belén Tebaqui no fueran a ser malinterpretadas, no tanto por los informadores de la TV (que las estaban grabando) sino por quienes, al transcribir la entrevista para la prensa, podrían tergiversar su sentido.

—Lo que el señor Tebaqui quiere decir. . . —pero, siempre autoritario, don Belén le dio un golpe de revés en el ocho para hacerlo a un lado y obligarlo a callar. Aclaró:

—Lo que yo quiero decir, acabo de decirlo. . . Si queremos que en este país haya paz y seriedad, entonces, señores, no queda otra que la mano dura, la mano enérgica. En una palabra, la mano de hombre. . . Y no se hable más. . .

AUNQUE EN ningún momento se les ocurrió ponerse de acuerdo para hacer creer que de los dos el bueno, blando, humano y generoso; el que escuchaba sin impacientarse y con el que podía gestionarse un mejor trato o acaso conseguirse una prórroga, era Onofre Roca, y que el duro, áspero, intransigente, violento, sanguinario, egoísta y, además, hijodela gran puta, era Belén Tebaqui, quienes con ellos tenían negocios en Buenavista o fuera de allí, sabían que la asombrosa prosperidad de Lácteos LOR, su fuerza económica y política, su influencia en aumento, se debían precisamente a la forma en que el nuevo socio había empezado a manejar la empresa desde el momento en que el viejo Roca le permitió instalarse, tras un cascado escritorio gris, en el cubículo que le acondicionó, contiguo a su oficina, en la bodega de la Central.

—No que usted sea el bueno y yo el malo, como los pendejos de allá afuera lo creen, don Onofre. Sucede que usted los jode a su modo y yo al mío, porque somos un par de cabrones que han sabido entenderse, caminar al parejo y sin tratar de tirarle ventajas al otro. . . Apenas estamos empezando, don Onofre. Ya verá cómo se pondrá esto cuando acabe de organizarlo todo. . .

Onofre Roca encendía el tabaco; se echaba el sombrero tejano a mitad de la cabeza; permanecía unos instantes escuchando el sordo rebumbio del mercado (el ruido de los camiones que llegaban o partían; el vocerío de los que vendían o compraban; el jadear constante, como de coito, de la Central, que continuaba creciendo, ensanchándose, invadiendo en incontenible movimiento de expansión a la metrópoli que abastecía); lanzaba un salivazo café unos dos o tres metros más allá, y se guardaba las palabras porque había empezado a temer a Belén Tebaqui, a sentirse desplazado por él; desbordado, arrollado, en total inferioridad. ¿Era por miedo a enfurecerlo que no se atrevía a preguntarle al irritable hombrecito de Las Huertas qué tanto de las crecidas utilidades que le proporcionaban sus negocios secretos (esos que había organizado fuera de Buenavista y de los que nunca le había hablado) ingresaban a la caja común? ¿Era para no ser, a su vez, víctima de ellos, que se cuidaba de no censurar los métodos, casi siempre brutales, que los pistoleros de Benigno Acosta o los ya muchos gendarmes, patrulleros y policías secretos que tenía a su servicio, utilizaban para presionar a los deudores morosos? Onofre Roca se preguntaba también si no habría sido error suyo, el más grave que quizá hubiera cometido, haberse asociado con un individuo como Belén Tebaqui, a quien parecía obsesionar la ambición de poder, el apetito del dinero, el afán de sojuzgar a cuantos tenía a su alrededor. "Si fuera un poco más alto, seguro que no se portaría así."

—¿Cuándo será eso, Belén, organizarlo todo?

—Ya pronto, don Onofre. Es tan grande esto, que toma tiempo.

No les había tomado mucho conseguir que los propietarios de otros rubros los admitieran como socios ni convencerlos de que debían participar con dinero fresco en las tres o cuatro compañías, subsidiarias de Lácteos LOR, que Belén Tebaqui organizó para poder burlar al fisco. Hubo algunos comerciantes que prefirieron conservar su independencia. Incendios, explosiones, clausuras, multas, que afectaban sus tiendas, bodegas, almacenes, frigoríficos, vehículos, los convencían de que no eran desdeñables las ofertas de alianza que les proponía Tebaqui. Viejos amigos de Roca, algunos iban a quejarse en voz baja con él, y Roca se limitaba a repetir lo que era cierto, "Belén maneja las cosas a su manera. Es nuestro trato y yo no me meto. . .", pero a Tebaqui, si venía al caso, le preguntaba:

—¿Es necesario hacer las cosas así, Belén? —y éste se justificaba:

—Ellos nos obligan con su terquedad de no oírnos, don Onofre. . . A los que cooperan les va como nunca. . . Estamos consolidándonos, no lo olvide, y no podemos dejar fuera a unos si tantos están ya dentro, ¿no le parece. . .?

El negocio verdaderamente productivo para la sociedad Roca-Tebaqui lo constituía la usura. Crédito fácil, instantáneo, algo caro, sí, pero a toda hora disponible, sin papeles ni fiadores, a la palabra. Los prestamistas, con sus velices repletos de billetes y sus libretas para anotar las sumas suministradas y los nombres de quienes las recibían, se apostaban en esquinas estratégicas, en piqueras y salones de billar; en tenderetes donde se vendían licores o alcohol del 96, que los borrachines del rumbo mediaban con sodas de sabores o refrescos de cola; o aguardaban a sus clientes dentro de automóviles o furgonetas sin placas, como si fueran de policías, amparados por guardaespaldas que pasaban las horas de espera fumando o comiendo fruta. Millones de pesos se movían cada jornada. Millones eran cobrados cada día y una parte de ellos, sólo una parte, eran anotados en los libros que con celo y discreción llevaba Salud Solís.

A los que antes que él se dedicaban también al agio en Buenavista, los convocó Belén Tebaqui y, sin muchos rodeos, les hizo saber que, colaboraban con él, facilitándole la lista de sus clientes a cambio de un porcentaje, o tendrían que atenerse a las consecuencias.

—Ahora todos vamos a marchar a otro paso. . . —les dijo, palabras más, palabras menos, a los que Benigno Acosta, los agentes policíacos, los guardaespaldas, se encargaron de llevarle, siempre de madrugada, a su cubil en la bodega—. Al que coopere conmigo le irá bien, recibirá una partecita y, óiganlo con atención, trato de buen amigo. . . Al que estorbe, pues allá él. .

No creyendo a Belén Tebaqui capaz de ejecutar la amenaza que arrastraban sus palabras, algunos se encogieron de hombros. ¿A cuenta de qué iban a renunciar a una actividad en la que estaban metidos desde hacía años? ¿Aceptar ser empleados de Tebaqui quienes no reconocían más patrón que a sí mismos? Varios encontraron la muerte, violenta siempre, de diverso modo. Así, por mucho que preguntó, la policía no pudo aclarar quién colocó el explosivo que hizo trizas el automóvil, y dentro de él a Rebeco Flores, el más importante de los que se negaban a entenderse con Tebaqui. Tampoco logró aclarar quién fue el francotirador que con un exacto disparo a la cabeza abatió a Jesús Richard, otro de los que imprudentemente desdeñaron la mano abierta

del socio de Roca. Se desconoció de igual modo la identidad del hombre que una noche le buscó pleito en una cantina, y le metió nueve plomos en el estómago, a Lupe Concha, un mulato que había sido campeón nacional de danzón y que manejaba, además de su casa de cambio y un casino de dados y barajas ilegal, a casi un centenar de prostitutas.

Después, como Belén Tebaqui le había asegurado a Roca que sucedería, todo fue fácil. Los renuentes empezaron a llegar por su pie y a aceptar, fuesen cuales fueren ahora, las condiciones que se les imponían.

Onofre Roca no aprobaba el modo de hacer las cosas, "a mi manera", de Belén, pero nada urdía para impedirlo. Por primera vez en las décadas que llevaba operando en Buenavista, advirtió cuánto odio contra él ardía en los ojos de quienes lo habían considerado siempre su amigo; el buen patriarca, rudo y bondadoso, del que tantas leyendas se contaban en la Central. Salir o llegar a solas, empezó a preocuparlo. Quizá adivinándole el temor, Tebaqui le ofreció la protección de uno de los "mucnachos" de Benigno Acosta, y él hubo de aceptarla consciente de que se convertía en virtual prisionero de Belén. Discreto, apalabró a cuatro de sus viejos guardaespaldas y sólo se sintió a salvo, libre de vigilancia, cuando el hombre de Tebaqui murió al parecer de congestión alcohólica —aunque era abstemio—, en la cama de un hotelucho de los alrededores. Astuto, Belén Tebaqui optó por desinteresarse de cuanto tuviera relación con la seguridad personal del señor Roca.

Fue tal vez en el burdel de la señora Florinda donde una tarde de muchos conaques se atrevió don Onofre Roca a decir lo que avaramente callaba:

—Estoy de veras arrepentido de haber dejado que Belén se metiera en mi negocio. .

—Y ahora que ya está dentro, ¿qué puede hacer, don. . . ?

—Sacarlo, ¿qué, si no eso. . . ? Cada quien por su lado. . .

—¿De qué modo, don?

—Si no se aviene a razones, haciendo las cosas a *su* manera. . .

Tal vez la señora Florinda, que servía los licores, o Iris Abril que los escuchaba hablar desde una de las dos recámaras, o la persona que recibía la confidencia, el caso es que esa misma noche alguien informó a Belén Tebaqui de lo que don Onofre pretendía. En ese "haciendo las cosas a *su* manera", iba implícita su decisión de recurrir a la misma violencia que su socio utilizaba para quitarse de encima a quienes, enemigos o no, lo incordiaban.

Una semana transcurrió y Onofre Roca (ya severamente vigilado, lo mismo que sus hombres, por los de Benigno Acosta) no demostraba tener interés en discutir con Tebaqui nada relacionado con los negocios que tenían en común. ¿Habría malinterpretado las palabras de Roca quien le informó lo que éste dijo aquella tarde de jueves en El Palomar? Ya sobrio, ¿se habría arrepentido y prefería que las cosas marcharan tan bien como ya iban? "Si ya pensó que cada quien jale por su lado, o si le anda dando vueltas a la idea de quitarme de enmedio, tarde o temprano lo hará. Lo hará, puah, si es que me dejo. . ."

El mediodía en que al fin hablaron de vender y comprar, de comprar y vender su participación en el negocio de la usura (que era el que verdaderamente les hacía ganar millones sin arriesgar un peso), Onofre Roca parecía estar muy abatido, como si algo

grave lo preocupara. Dos o tres veces, en el curso de la hora se levantó para ir al urinario, y otras tantas para contribuir más a su desánimo, la tirita de papel especial que humedecía con su orina le demostró, por lo intenso de su color, lo alto que tenía en ese momento el nivel de la glucosa —razón por la cual su salud andaba en baja.

Desalentadamente continuó, así que sin prisa se abotonaba la bragueta:

— . . . y siempre me he preguntado, y ahora te lo pregunto a ti, Belén, ¿de qué sirve lo que uno gana, el capital que amasa, si no lo disfruta porque no encuentra tiempo? . . . Mírame, y aprende algo, Belén. . . Soy rico. Qué tanto, ni yo mismo lo sé, y nunca, lo que se llama nunca, he salido de estas cuatro paredes. . . Siempre aquí, jodido y jodiéndome, pegado al trabajo, dándole vueltas como caballo de noria. . . ¿Para qué tener millones si no los gozas? Yo, por ejemplo, ¿para qué amontono billete sobre billete, si no tengo mujer, ni hijos, ni perro que me ladre? . . . Mírate en mí, Belén. Estás joven. Te ha nacido una criatura. No eres pobre. . . Vive tu vida, ahora que puedes y que tu cuerpo aguanta. . . No termines de avaricioso como yo, lamentando no haber hecho, cuando hubo modo, lo que quisiste y no te arriesgaste. . . Hablas de liquidar la sociedad. De comprar o de vender. . .

Lo interrumpió Belén Tebaqui, enorme el puro en la mano:

—De comprar solamente, don Onofre, pues a usted, como me está diciendo, parece que no le interesa seguir en el negocio. ¿No es así, don Onofre?

—El negocio sí me interesa. . .

—A lo mejor, don Onofre, lo que no le interesa ya es que usted y yo sigamos de socios; que yo siga siendo socio suyo. . . —Onofre Roca no parpadeó—. ¿De eso se trata, don Onofre. . .?

Caviloso, Roca empezó a preparar un habano antes de encenderlo:

—Haz tus números, Belén, y luego hablaremos. No hay prisa. . .

—Lo que usted diga, don Onofre. . .

—Llegaremos a un buen arreglo, Belén.

—Estoy seguro de que sí, don Onofre. Siempre, desde el mero principio, ¿se acuerda?, usted y yo nos hemos entendido. . .

EL ABUELO TEBAQUI, que había estado inmóvil largo tiempo, respirando pausadamente, tosiendo de vez en cuando, murmurando en ocasiones, empezó de pronto a gruñir como si el calor lo sofocara, a quitarse de encima las cobijas con las que su mujer lo había arropado y a removerse entre la pila de cojines y almohadas. Desde el sillón, Tico observó agitarse un rato más y luego quedarse quieto nuevamente, al hombre que esa noche iba a asesinar.

. . . Como siempre que el quinto año "A", entrenado por el Padre Leoncio, se enfrentaba al quinto año "B", a cargo del Padre Zamudio, el juego de esa tarde había sido muy movido por la velocidad con que los chicos manejaron el balón y, por momentos, rudo por la fiereza con que unos y otros, picados entre sí, buscaron el choque con el adversario. Hubo expulsiones, espinillas raspadas, algún descalabrado, narices que moqueaban sangre y tobillos que ameritarían masaje, pomada y venda. El empate a un gol no expresaba lo que sucedió sobre la verde cancha de fútbol del Colegio de los Hermanos Maristas, uno de los más afamados del país. Al terminar, los internos del "B" se dirigieron en fila a la sala de baños que tenían asignada al fondo del

patio, y los medio internos del "A", a la que les correspondía en el ala izquierda del edificio principal.

Así que se desnudaban en el vestidor, que olía a sudor joven, a pies sin lavar y a linimento, el Padre Leoncio les recordó a los suyos, en voz alta, para que ninguno quedara sin oírlo, entre el parloteo, las risas, las voces y el ruido que producían las puertas de los lockers metálicos al ser abiertas o cerradas bruscamente:

—Los quiero a todos bañados y vestidos en diez minutos. . .

—Síiiii —respondieron las voces.

—Serios. Sin jugar. Ahora, al agua. Un, dos; un, dos; un dos. . . —ordenó el Padre Leoncio, que se ducharía aparte, pues el reglamento del colegio prohibía a los adultos, estudiantes o profesores, exhibirse sin ropa ante los niños de la primaria.

—Sí. . . —volvieron a prometer las voces de esos veintidós jovencitos (once titulares, once suplentes) hijos o nietos de ricos, para los que el Padre Leoncio, además de querido entrenador y respetado maestro de Lengua Nacional, era, a los veinticinco años de edad, el ídolo, el ejemplo a imitar, el hermano mayor, dispuesto siempre a ayudar y a defender, y el-mejor-confesor-del-mundo, porque jamás regañaba a nadie, por graves que fueran los pecados que se le declararan, ni tampoco imponía, como el viejo y cascarrabias Padre Vizcarra, penitencias abrumadoras. De Leoncio Blanco se sabía que había preferido la carrera de sacerdote a la de banquero (por tradición, la de los varones de su familia) y a la de futbolista profesional, para la que desde temprano demostró aptitudes excepcionales.

Ocho minutos después, cuando los menos morosos del equipo empezaban apenas a ponerse apresuradamente los calcetines, apareció en el vestidor colectivo el Padre Leoncio, vistiendo ya la sotana negra que esa tarde usaría para recibir en confesión a quienes se acercarían a comulgar al día siguiente, primer viernes del mes, en la capilla del colegio.

QUIETOS Y en silencio (aunque ganas de reír río les faltaran al ver con cuánta seriedad los vigilaba, mirándolos por encima de sus quevedos, el hermanito Gus, un bedel algo bobo y amable) los del quinto "A" esperaban, sentados en las bancas de madera dispuestas para ello, a que les llegara el turno, establecido por riguroso orden alfabético, de pasar a confesarse.

El último en ser llamado desde la puerta por el Padre Leoncio, cuando la luz alcanzaba su total madurez ese largo atardecer de verano, fue:

—Tebaqui Vidal Alberto. . .

El salón en el que entró para ir a enumerar sus pecados, era largo, angosto, de pisos de madera que rechinaban y de techos muy altos. Olía a humedad y excepto por una silla (la que ocupaba el confesor bajo un ventanuco) y por el gastado cojín sobre el que se hincaría ante el sacerdote, estaba vacío. En los muros pintados de cal no había cuadros, imágenes de santos o adornos. Una mancha negra, de hollín antiguo, hacía recordar que allí ardió alguna vez una tea.

A una señal del Padre Leoncio, que se había sentado, Alberto Tebaqui Vidal se arrodilló. A otra, empezó a recitar de prisa, y mecánicamente, lo que de muy niño le enseñó la abuela Fala:

—Yo, pecador, me confieso a Dios todopoderoso señor del cielo y de la tierra. . .

Cuando terminó de murmurar la oración, el confesor dijo:

—Te oigo. . .

—Acusóme Padre. . . —Tico recitaba con los ojos cerrados sus pecados de ese mes, que no eran más graves de lo que habían sido los del anterior: pequeñas desobediencias; mentiras para justificarlas; el hurto de unas violetas cristalizadas que su abuela guardaba en la cajita de sus golosinas; retobos con el pensamiento contra don Belén; alguna injuria para zaherir a un compañero de clase; el hurto de un lápiz bicolor que terminó extraviando cuando se disponía, arrepentido, a devolverlo, y esa tarde un hachazo artero, que el arbitro no advirtió, para derribar al Negro Pachi, centro medio del equipo rival.

—¿Eso es todo, Tebaqui?

—Sí, Padre.

—¿Seguro. . .?

—Sí, Padre. Seguro.

—¿No olvidas nada, Tebaqui?

—No, padre. . .

Con su dedo índice, el Padre Leoncio le alzó la barbilla de modo que los ojos del alumno quedaron directamente bajo los suyos.

—¿Tú no te haces cosas como los otros muchachos de tu salón?

—¿Cosas, Padre. . .?

—Tocarte la picha. Tejértela, jalártela, meneártela. Hacerte la puñeta. . .

Sofocándose, Tico tartamudeó al responder:

—No, Padre. Yo no. . .

—¿De verdad nunca te has hecho así? Mírame. . .

—Ah. . . —dijo, sorprendido.

Tico no se había dado cuenta de cuándo ocurrió, pero el Padre Leoncio se había desabotonado la sotana y estaba mostrándole un trozo de su carne, tenso y muy grande, veteado de venas azules. Su mano izquierda recorría lentamente, de arriba abajo, cubriendo y descubriendo el grueso tallo, al tiempo que con la derecha, tomando al muchacho por la axila, lo obligaba a levantarse y a permanecer de pie frente a él. Luego, sus ojos siempre en los ojos de Tico, buscó la cremallera de su bragueta, tiró de ella y después sus dedos hallaron, presionaron, envolvieron el miembro y los testículos aún sin vello del chico de Belén Tebaqui, que se había quedado quieto, como paralizado, asustado por lo que el Padre estaba haciéndole; pero también complacido porque al hacérselo (el lento y continuo jugueteo con las partes secretas de su cuerpo que respondían al estímulo), le permitía experimentar sensaciones semejantes, aunque de incomparable intensidad, a las que la abuela, al bañarlo o al vestirlo, le producía con sus roces.

—¿Te gusta? ¿Verdad que te gusta lo que te hago? —En ese momento, la voz del Padre Leoncio se oía suave, melosa, casi infantil, como la de su abuela, le pareció así a Tebaqui, cuando lo convertía, vistiéndolo con la ropa de las gemelas o con la que ella le compraba o le cosía, en una muñeca viva.

Le gustaba. Tanto le gustaba, que inconscientemente había separado más las piernas para que no sólo los dedos, sino toda la mano del Padre Leoncio pudiera perderse dentro de su pantalón; luego, obedeciendo a lo que interpretó como una orden

que esos dedos estaban dándole, desenganchó tembloroso la hebilla metálica de su cinto para que su ropa resbalara hacia abajo.

Nada hizo después, ningún movimiento para apartarse o rechazarlo, cuando el hombre de la sotana negra, que se acariciaba a sí mismo ahora con una especie de ansia en aumento, apoyó una rodilla desnuda sobre el piso y se inclinó para besarle el vientre, las ingles y los muslos, antes de apoderarse con labios ávidos de su miembro.

Murmuró varias veces el Padre Leoncio, pero Tico Tebaqui, con el cuerpo recorrido por irreprimibles cosquilleos, no entendía qué estaba diciéndole. Súbitamente, luego de un brevísimo instante de pausa, Leoncio Blanco empezó a vibrar, se arqueó gimiendo casi al mismo tiempo que Tico se estremecía también a causa de algo, jamás sentido antes por él, que le produjo un largo, larguísimo dolor placentero que recordaría siempre.

Después, mientras se abotonaba la sotana y procedía a limpiar con un pañuelo de papel las gotas lechosas que habían salpicado desordenadamente en el cojín de la confesión y el piso de duelas que rechinaban, el Padre Leoncio le advirtió:

—De esto no vas a hablar con nadie, porque si hablas de esto con alguien, en tu casa o con los otros muchachos, Dios te va a excomulgar. ¿Entendiste? A ex-co-mulgar. . .

Esa noche, después de que la abuela le llevó la merienda a la cama y lo acompañó a que rezara sus oraciones, Tico la interrogó precavidamente:

—Oye, Mamá Fala, ¿qué te pasa si Dios te excomulga?

—Oh, algo terrible, terrible. . . Dios me negaría la gracia de Su perdón y me mandaría para siempre allá abajo, al infierno. . . ¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada, mamá. . .

Ella le dejó un beso en la frente y al salir de la recámara apagó la luz. Aunque era ya tarde, y estaba débil y cansado, Tico no conseguía dormirse. Lo encolerizó, y no supo entonces por qué, preguntarse si lo que el Padre Leoncio le había hecho a él se ío haría también a los otros muchachos del equipo. ¿Por qué preferirlo a él entre tantos? ¿Acaso porque también se había dado cuenta de que era diferente, raro, como el abuelo Tebaqui le gritaba que era cuando se enojaba con él? Sin proponérselo había empezado a tocarse bajo las sábanas, pero sus dedos eran menos diestros que los del Padre. Pensó en él, en su sotana abierta, en lo que se acariciaba mientras estaba confesándolo; recordó lo que le había hecho sentir al besarlo, al lamerlo con tal suavidad. . . Apretó los párpados, trabó sus mandíbulas y aguardó, como entonces, a que le llegara la sacudida.

A partir de esa noche, Tico Tebaqui no volvió a sentir miedo de dormir a solas, ni deseó tampoco de madrugada buscar refugio en el lecho de su abuela. Prefería permanecer en su recámara para disfrutar de sus fantasías, de las que era personaje constante, y al principio único: el Padre Leoncio, así nunca más, ni siquiera cuando lo confesó al mes siguiente, hubiera recibido de él un guiño, una sonrisa, una cierta mirada, que le hiciera recordar que eran cómplices de algo que sucedió entre ambos aquel atardecer de verano.

Quizá porque alguna vez lo sorprendió sin que él lo advirtiera, la abuela Tebaqui le dijo a Tico que Dios, pues todo lo ve y todo lo sabe, no aprueba que uno abuse de su cuerpo haciendo cosas que son pecado y que dañan la salud. Desde entonces, siempre

que se masturbaba en el cuarto de baño por la noche, Tico apagaba las luces, y si lo hacía en su recámara colocaba de cabeza (y de frente a la pared) las estampas de los santos y de la Virgen para que Dios no pudiera ver en la oscuridad cuántas veces se dedicaba él a sus juegos de manos.

LO QUE DURANTE horas no habían podido conseguir los cientos de hombres que Belén Tebaquí echó tras Heleno Lara, del que no había vuelto a tenerse noticia desde el fracasado intento de coparlo en el hotel, lo consiguió en menos de quince minutos Aminda Rey, conductora del muy visto programa televisivo: "Hoy por la Mañana". Un político menor, amigo suyo, a quien sabía en relación con el fugitivo, le prometió convencerlo de que mucho ayudaría a la imagen del movimiento de los Estibadores Libres que su líder dialogara ante las cámaras con la eficaz y popular entrevistadora.

Las seguridades de discreción y protección que Lara exigió cuando se puso al habla por teléfono con Aminda Rey, le fueron garantizadas sin regateo por los productores, y aunque el programa se trasmitía en vivo y en directo, se convino grabar, sin más testigos que los técnicos, la media hora que la señorita Rey destinaría a hablar:

— . . . con el hombre, amigos, amigas mías, que ha puesto de cabeza a Buenavista, y de paso también a buena parte de la República, con su huelga de brazos caídos. . .

—No por culpa nuestra, señorita. . . —recalcó Lara.

—¿Por culpa de quién, entonces?

— De quienes les niegan a los estibadores de Buenavista el derecho de sindicalizarse; derecho que reconocen muy claramente la Constitución y la Ley Federal del Trabajo. . .

— La Unión Mutualista de Comerciantes Asociados de la Central de Abastos ha dicho, por boca de su presidente, don Belén Tebaquí. . .

—El Pulpo Tebaquí. . .

— . . . que no existen bases legales para. . .

—¿Cómo que no existen bases legales? Mire, nosotros trabajamos para un patrón. Somos, pues, empleados suyos. . . ¿Por qué entonces. . .?

—Los miembros de la UMCA niegan que se haya establecido esa relación de dependencia. Según ellos, los estibadores son operarios eventuales y, por lo mismo, carecen de contrato; y al carecer de contrato, ellos, los patronos, no reconocen obligaciones de. . .

Heleno Lara demostraba estar a disgusto. El tono de su voz, amable y casi tímido en los primeros minutos de la grabación, había ido haciéndose duro, en momentos hostil:

—Lo que pasa, señorita, es que el Gobierno tiene miedo de enfrentarse a la mafia de Buenavista; pero nosotros, los Estibadores Libres, no. . . Por eso hemos iniciado este movimiento. Llevábamos meses pidiendo ser oídos; entablar ese diálogo que el señor Presidente recomienda buscar cuando hay peligro de conflicto. . . ¿Se nos recibió? ¿Se nos escuchó? ¿Se tomaron en cuenta nuestras demandas? Nada de eso. Nunca. . . Para los usureros, mañosos, gangsters, hambreadores, acaparadores y verdugos de Buenavista, no hay más ley que la suya. . .

—¿Por qué esa renuencia de. . .?

—¿Cómo que por qué? —la interrumpió Lara, parpadeando porque lo molestaba la mucha luz que caía sobre él—. Ellos, los del monopolio, no quieren aceptar que haya

sindicato de estibadores pues no podrían seguir cometiendo más atropellos contra el pobre trabajador. . . Hoy nos pagan lo que se les antoja, y si no quieren pues no nos pagan. . . ¿Ante qué autoridad denunciarlos?, ¿ante cuál reclamar protección? Con el sindicato sería distinto. Habría tabuladores, habría contratos, habría derecho de huelga.

—Que ustedes ya están ejerciendo —apuntó, risueña, Aminda Rey, y su comentario no pareció agradar a Lara.

—En una palabra, habría medios para no seguir, como hoy estamos, expuestos a los caprichos de los bodegueros y comerciantes, y a la presión de sus matones. . .

—Esos matones, ¿existen verdaderamente, señor Lara?

—Dése usted una vuelta por Buenavista y los otros mercados del área metropolitana, y los verá. . . Los verá presionando a los que no les pagan a los agiotistas; golpeando a los que protestan por el trato que se les da; matando, sí, matando, o desapareciendo, a los que se le rebelan a Tebaqui y socios. . . Tebaqui es el amo del abasto. Su palabra es ley y sus órdenes, sentencia. . . Puedo asegurarlo, pues lo conozco bien, que El Pulpo tiene el alma ennegrecida por tantos crímenes que ha ordenado cometer. . .

—Esa es una grave, una temeraria acusación, señor Lara. Supongo que tendrá usted pruebas. . .

—Eso es lo que nos sobra: pruebas.

—El señor Tebaqui ha dicho que personas ajenas a Buenavista los están manejando a ustedes, y que usted, líder de los estibadores, es sólo un instrumento de. . .

—Lo que digan ellos, las calumnias de Tebaqui, me tiene sin cuidado. . .

—¿Por qué?

Heleno Lara, sudando y muy incómodo porque la corbata que nunca usaba seguía estrangulándolo, sé pasaba la mano nerviosamente por el cabello brillante de vaselina, y se movía y removía tanto en su asiento que para los camarógrafos resultaba difícil mantenerlo en cuadro. La transpiración le humedecía el cuello de la camisa azul eléctrico y ya también parte del pecho.

—Porque los estibadores libres sabemos que nadie nos maneja. . . Porque lo sé yo. . . Hemos ido al paro y así seguiremos hasta que se nos haga justicia reconociéndonos nuestros derechos. . . También quiero decirle, señorita, que si durante años guardamos silencio por temor a que la mafia de Buenavista nos asesinara, hoy ya no nos asusta morir. . .

—Lo que desean obtener, ¿vale la pena. . .?

—Claro que sí. Por eso nos la jugamos. . .

—Si el movimiento llegara a triunfar, ¿conseguiría su sindicato que se abaratara el costo de la vida, señor Lara?

Por un momento, descontrolado, Heleno Lara contuvo la respuesta. Una vez más sus dedos se perdieron entre su pelo aceitoso. Se tocó el nudo de la corbata. Dijo, finalmente:

—El costo de la vida se abaratará cuando los grandes hambreadores se cansen de exprimir al pueblo. Cuando el Gobierno se faje los pantalones y ponga a cada quien en su lugar. . .

—Si nada de eso ocurre, señor Lara, ¿qué. . .?

Con mucha convicción, retirando de su frente el sudor que la empapaba, Heleno Lara indicó:

—Entonces se hará necesario que alguien le meta unos cuantos balazos a Belén Tebaqui. . . Como dicen, muerto el perro se acabó la rabia. . .

—Es explicable la indignación del líder de los Estibadores Libres de la Central de Abastos Buenavista —comentó Aminda Rey, a manera de disculpa, dirigiéndose al auditorio que entre once y doce de la mañana verían esa parte del programa—, pero no creo que la violencia sea la solución única y recomendable. . . La vida de un hombre, de cualquier hombre, merece respeto. . .

Más reflexión que comentario, se escuchó fuera de cuadro, un segundo antes de que el director de cámaras lo volviera a poner en la pantalla, a Heleno Lara:

—Como los gatos, Belén Tebaqui tiene siete vidas. Pero un día de estos terminarán por acabársele. . . ¿Sabe? Si no hay por ahí un valiente que se lo cargue, él podría hacernos a todos el gran favor de morirse. . . ¿No le parece?

Rápidamente ahora, pues el tiempo destinado a esa sección de "Hoy por la mañana" estaba ya a punto de agotarse, Aminda Rey expuso sus conclusiones y las epilogó con las precavidas palabras que la ponían a ella, y a la emisora, a cubierto de cualquier reclamación legal:

—La que acabamos de escuchar ha sido la opinión personal libremente emitida, del señor Heleno Lara, que encabeza el movimiento de los Estibadores Libres en Buenavista. . . Quede claramente de manifiesto que ni este canal, ni yo, compartimos necesariamente los puntos de vista de nuestros entrevistados. . . Ojalá, señor Lara, ojalá amigos y amigas de la República, se imponga la cordura y que por el bien de todos, las personas involucradas en este conflicto encuentren pronto una fórmula de arreglo beneficiosa para la comunidad, para esta comunidad que está re-sintiendo ya los efectos de la pugna. . . Después de unos mensajes comerciales continuará nuestro programa. . .

NO ERA UNA celebración, aunque se escucharan música de marimba y las canciones de un trio en el exterior de la oficina, y dentro de esta hubiera charolas con bocadillos, vasos de papel, botellas de licor y agua mineral, copas y platos con galletas, cacahuates y trocitos de queso, sobre el escritorio, los descansabrazos del sofá y aun encima de los archiveros grises de Salud Solís. Se trataba sólo del agasajo que la directiva de la UMCA estaba ofreciéndole, por ser ese jueves día de su cumpleaños, al veterinario Toribio Rucias, jefe de los inspectores a cuyo cargo quedaba hacer cumplir en Buenavista el reglamento del Ministerio de Sanidad. Terminados los brindis, que duraban ya dos horas, todos se trasladarían, en un par de autobuses, al burdel que había sido de la señora Florinda, y que desde la muerte de ésta, por efectos del cáncer, regenteaba Iris Abril, la pupila que tres años antes había tenido la suerte de que don Belén Tebaqui la tomara como amante de planta y luego como socia, al cincuenta por ciento de las utilidades, cuando le facilitó el dinero que necesitaba para saldar las deudas de la difunta y adquirir "la casa". El Presidente Vitalicio había dispuesto también que a cada uno de los treinta o cuarenta subordinados de Toribio Rucias (todos como éste, inscritos también en su larga nómina de pagos secretos) se les obsequiara,

recuerdo de esa fecha, una moneda de oro de cincuenta dólares y un bono de cinco mil pesos canjeable por mercancías diversas.

Entre tanto bullicio, fue a Salud Solís al único al que le importó que el antiguo teléfono privado de Onofre Roca, que ahora únicamente usaba don Belén, estuviese sonando insistentemente dentro del cajón del escritorio donde se le guardaba bajo llave para impedir que alguien pudiera usarlo en ausencia del señor Tebaqui o de su contador. Solís recibió las apresuradas palabras de Iris Abril, a quien le urgía, dijo, hablar en ese momento con el patrón.

—¿Dime, mujer. . .? —demandó Tebaqui, entre el puro y los dientes una poca de la risa que le había provocado el chiste político que alguien acababa de contarle.

—Algo muy grave, don Belén. . . ¿Puede hablar allí. . .?

—¿Qué carajos pasa. . .?

En voz muy baja, para que nadie de "la casa" pudiera escucharla, Iris Abril le sugirió:

—Será mejor que no venga usted hoy a comer, don Belén.

—¿Por qué coños no?

—Porque hay gente aquí esperándolo desde anoche para matarlo. . . Alguien las mandó, y ya se imaginará usted quién. . .

—¿Matarme a mí. . .?

—Son tres, y están armados, don Beién. . .

Habían llegado la víspera, temprano, cuando las muchachas empezaban apenas a ocupar sus sitios en la sala de la planta baja. Dos eran jóvenes: el tercero ya de pelo cano. Parecían ser forasteros, hombres más del campo que de la ciudad. No disimulaban sus armas en la cadera ni el mucho dinero que les abultaba la bolsa del pantalón. Llamaron mujeres y no parpadearon cuando ellas pidieron champaña en botella cerrada para que "la casa" les abonara la comisión. Ellos prefirieron brandy nacional, que bebían derecho o mezclado con zumo de limón y refresco de cola. Cuando el encargado del bar le avisó que la cuenta de esos tipos empezaba a ser demasiado crecida, la señora Abril (que en esos años de ser dueña se había puesto algo gruesa, al gusto de don Belén, y se había hecho de mucho carácter y autoridad) fue a invitarles, por su cuenta, una copa, y a decirles que era hora ya de que liquidaran lo que llevaban consumido. Uno de los jóvenes, el que tenía más rizado el pelo, además de corto y negro, se irritó por esa que calificó de falta de confianza. Se le dijo que era costumbre del establecimiento, para evitar líos posteriores, que toda cuenta fuera saldada al llegar a cierta suma. Eso le pareció razonable al mayor de ellos y pagó lo que se les estaba cobrando. Abonó una buena propina para el marica de la barra; otra para el trío de cancioneros, y dijo: "Va de nuevo. . ."

—Y todo eso, ¿qué? —dijo Belén Tebaqui, impaciente.

—Espere a oír lo que falta. . .

A eso de la medianoche uno de los tres, con acento que a Iris Abril le pareció de la región de oriente, preguntó si se les podía permitir quedarse a dormir allí, pues habían llegado tarde a la ciudad y no era hora de salir y ponerse a buscar un hotel. Se les dijo que cubriendo el importe del servicio no habría inconveniente en que ocuparan alcobas, con muchacha un precio y sin ella, otro. El de mayor edad fue el último en retirarse. Cada uno con la chica que lo había acompañado a beber, los más jóvenes habían subido antes.

—¿Ya acabas. . .? —eran casi las tres de la tarde y Belén Tebaqui tenía hambre.

—Pues resulta, don Belén, que el que se ocupó con Encarna se puso muy hablador, muy comunicativo, y empezó a presumirle que era muy macho, muy buen tirador de pistola, y de que estaba allí con sus dos compañeros para cumplir un encargo: matar a un viejo de estas y aquellas señas, ¡las tuyas, don Belén!, que iba a ese lugar todos los jueves y que estaba estorbando mucho a los que les habían dado el trabajo. . . Encarna, que es viva, le sonsacó más y más cosas, y en cuanto tuvo un chancito esta mañana fue a contármelas.

—Esos tres, ¿dónde están?

—Aquí. Uno, el viejo, salió a media mañana, y acaba de volver. . . Están abajo, tomando cerveza. . . Y lo llamo, don Belén, para pedirle que no venga hoy. . .

—Tengo que ir. . . Invité a toda esta gente. . .

—Mándela, pero usted no aparezca. . . No quiero que le vayan a hacer algún mal, don Belén.

—Puah. . . —dijo él, antes de cortar—. Yo arreglaré eso. . . A mis amigos, atiéndemelos bien. Lo que pidan, dáselo. . . Puah.

Le explicó a Salud Solís que se había presentado un contratiempo y le pidió que se ocupara de conducir al veterinario Rucias y a sus inspectores a la casa de Iris Abril. El se reuniría con el grupo en cuanto pudiera.

—Sí, señor. . .

Al Jefe Rucias, a los directivos de la UMCA que estaban cerca, y a varios de los inspectores, les hizo saber Belén Tebaqui:

—Acaba de llamarme el Alcalde, para una consulta. . . Será algo rápido. . . Vayanse yendo con don Salud. Yo los alcanzaré. . .

El único que permaneció en la oficina de cristales cuando todos se hubieron ido fue Benigno Acosta. ¿No se cansaría nunca de estar de pie y en silencio, siempre en espera de las órdenes de don Belén? El Presidente de la UMCA se sirvió un largo chorro de coñac y bebió, pensativo. Los rumores levantados en la calle, y traídos a él por los soplones, empezaban a confirmarse. Según se decía, Onofre Roca había ido acercándose cautelosa, discretamente, a su enemigo de siempre, Anselmo Partida. Dos o tres veces ya, de creerle a los espías, Partida y Roca se habían reunido a comer o a beber en un restaurante-hotel-de-parejas de las afueras, cuyo propietario merecía la confianza de ambos.

Se preguntó cuántos meses hacía que el fundador de Lácteos LOR no aparecía por su oficina; cuántos que sólo por teléfono, y muy espaciadamente, se comunicaba con él para preguntar "cómo van las cosas". Recordó que Roca había dejado de ir a Buenavista (o al menos, a su bodega) dos días después de que le preguntó si ya no estaba a gusto con él como socio. "El viejo Roca me pidió que hiciera mis números, y no ha vuelto desde entonces para discutirlos."

El alejamiento de Roca coincidía (eso estaba claro ahora) con el principio de unos rumores a los que por absurdos no quiso dar crédito, pues le parecía imposible, sabiendo cuánto se odiaban entre sí, y cuánto se alegraría uno de ver muerto al otro, que Roca pudiera acercarse a Partida, o que Partida olvidara sus rencores para reanudar con su rival relaciones de negocios. "Tal vez no busquen volver a trabajar juntos, sino joderme, liquidarme entre los dos. . . La calle no habla nada más por hablar.

. . Si tantos han venido a decirme que Roca y Partida se ven, se hablan, se tratan y se juntan en ese hotel, es porque debe ser cierto. . . ¿Y quién, si no Roca o Partida, si no el par de viejos cabrones, mandó a casa de Iris, sabiendo que los jueves como siempre allí, a esos tres pistoleros. . .?" De un sorbo resuelto bebió lo que había en su copa.

—Acosta. . . —llamó, secamente.

Había empezado a cerrar los cajones del escritorio después de que en uno de ellos guardó el teléfono. Cada golpe de metal contra metal retumbaba en la cavernosa bodega. Examinó el cargador de su .45. Había tomado una decisión: de algún modo, sin perjudicar el buen nombre de la casa, ni asustar a quienes esa tarde pasarían en ella unas horas comiendo lo que él había mandado prepararles y haciendo el amor con las muchachas de Iris Abril, debía atrapar a los forasteros que lo esperaban emboscados allí y encomendarle a Benigno Acosta, que los hiciera confesar. Conociendo ya a quién, o a quiénes obedecían, él sabría a qué atenerse y proceder en consecuencia.

—Diga. . .

—Llama a tus muchachos.

—¿Ahora?

—Sí. Hay cosas que hacer. . .

—Bien. . . —dijo Acosta. Cuando Belén Tebaqui decía en ese tono: "Llama a tus muchachos. Hay cosas que hacer", ello significaba acción, violencia; inevitablemente, sangre.

NADIE HABLÓ de los tres sujetos que esa noche fueron sacados discretamente de la casa de Iris Abril, y cuyos cadáveres, luego de la tortura que duró hasta el amanecer en una pequeña bodega de Buenavista, serían arrastrados, sin posibilidad de identificación, por las lentas aguas espesas del Canal del Desagüe. Cuatro días más tarde del jueves en que tan amenamente disfrutó el veterinario Toribio Rucias de la fiesta de cumpleaños que le costó don Belén Tebaqui, tanto la prensa, como la radio y la televisión se refirieron, con vistosos encabezados y prolijas reseñas, a la guerra que había estallado entre los grandes acaparadores de la Central de Abastos Buenavista y a los sangrientos ajustes de cuentas que le costaron la muerte a Onofre Roca, "asesinado por su archienemigo, el también acaparador de leche y productos lácteos", Anselmo Partida, que a su vez caería abatido a las puertas de su casa por las ráfagas de ametralladora que fueron disparadas contra él, desde el interior de un automóvil sin placas que se dio a la fuga, "presumiblemente por elementos al servicio de Roca", que vengaban así a su jefe.

El nombre del socio de Onofre Roca en Lácteos LOR, y en docenas de otras empresas, fue omitido de las informaciones y de los comentarios que se escribieron y dijeron en relación con esos dos homicidios, quizá porque no era muy conocido todavía más allá del perímetro de Buenavista. La muerte de Roca y el trágico aunque oportuno fin de Partida, despejaron de obstáculos definitivamente el camino de quien, sin tener que consultar con nadie sus actos, podría ya manejar la Central como mejor conviniera a sus intereses. Sólo una voluntad, la de Belén Tebaqui, gobernaría a partir de esa noche, y para siempre, la existencia del mercado.

PERO EL JEFE, que imponía su voluntad y no pocas veces sus caprichos sobre quienes tenían relación con el abasto de la capital y de casi todas las ciudades mayores del interior, cuyo comentario era solicitado cuando se trataba de señalar al candidato a diputado que el partido-en-el-poder postularía por el distrito donde estaba ubicada la Central Buenavista, el Jefe Tebaqui, amigo de cada presidente de la República, porque a nombre propio y de los miles de grandes y pequeños comerciantes que controlaba, había aportado siempre sumas muy generosas para sufragar los gastos de su campaña electoral y movilizó multitudes ruidosísimas para darle a El Señor la bienvenida cada vez que volvía de alguno de sus viajes por el extranjero —no podía evitar que cada veintiocho días se iniciara en su nuera, Connie, un nuevo ciclo menstrual, y menos aún influir para que su hijo Aarón, que con las gemelas había probado ya ser capaz, volviera a embarazar a su mujer.

—Tú que estás sano, joven y fuerte, debes buscar ese hijo, todos los días, a todas horas, Aarón —lo presionaba.

—Sí, don Belén.

—¿Lo hacen diario. . . ?

—Sí, don Belén.

—¿O será que ella no se deja. . . ?

—No es eso, don Belén.

—Porque si la muchacha no se deja, entonces va a oírme.

—Ella quiere un hijo tanto como yo. . .

—Si ella quiere, y tú puedes, ¿qué carajos pasa, pues?

—Hay que seguir esperando, don Belén.

—¿Cuánto más, Aarón? Las nenas ya están grandes, y es hora de que les hagas más hermanos. Hombres, varoncitos. . .

—Sí, don Belén. . .

Desde que nacieron las gemelas, Tebaqui había fijado en la pared de su alcoba un calendario que le permitía abarcar, de una sola mirada, los doce meses del año. Cuatro semanas después de que las niñas Alma y Clara fueron llevadas a la casa, el abuelo empezó a preguntar (primero, discreto, a Fala; después, a Aarón; y por último, a su nuera) si la regla correspondiente a la fecha que tenía marcada con lápiz rojo se le había suspendido. Saber que no, que Constanza Almaraz estaba sangrando porque tampoco ese mes se había preñado, lo deprimía y terminaba enfureciéndolo.

Paciente, Rafaela Vidal Tebaqui le explicaba a su marido:

—Si Connie no encarga otra vez, es porque Dios no lo ha querido. Hay que darle tiempo. Esperar. . .

—Puah. . .

—Por las tardes, Connie y yo estamos haciendo un nuevo Novenario para que Nuestro Señor le mande el nieto que tanto deseas tú.

—Puah. . . —gruñía Belén Tebaqui, mordisqueando con saña el puro que fumaba—. Los hijos se hacen cogiendo, no rezando. . . —y con el gordo lápiz bicolor dibujaba un círculo sobre la casilla correspondiente, según sus cálculos, a la próxima menstruación de la esposa de Aarón.

Connie empezó a esperar, con tanta ansiedad como su suegro, la llegada del día en que su regla debía presentarse. Se había vuelto susceptible y la irritaba que las mellizas

anduvieran cerca de ella, o que hicieran ruido, o que ensuciaran o rompieran cosas. Apenas picaba la comida y sólo muy espaciadamente iba al Country Club. Dejó de preocuparse por su peso. Le bastaba mirarse en el espejo para saber que seguía enflaqueciendo. No ignoraba que su esposo se acercaba a ella varias veces durante los días fértiles con el propósito de ponerla encinta y librarse así de la silenciosa presión a que Belén Tebaqui los tenía sometidos; ese viejo irascible, obsesionado por tener una numerosa descendencia de nietos varones, futuros herederos de una fortuna de la que no llevaba ya cuenta.

—Cálmese, don Belén. . . —le recomendaba Iris Abril, después de escuchar las violentas palabras con que calificaba a Constanza y Aarón, lamentándose de la esterilidad de su nuera—. El día menos pensado, ya verá, la muchacha sale con encargo y empieza a darle niños. . . Así son estas cosas. Mientras más se quiere algo, más se le niega a uno. . .

—Puah. . .—chupaba Tebaqui su "Montecristo" y rezongaba por qué Constanza no era como las pobres putas del burdel, que andaban siempre metidas en problemas de embarazos y abortos, por mucho que se cuidaran.

—¿La han visto los doctores, don Belén?

—Docenas, y lo que me jode es que todos la encuentran sana.

—¿No será que su hijo. . . ?

—Mi hijo le cumple bien en la cama. De eso, ¡ni hablar! Lo que pasa es. . . Coño, ya no sé ni qué pensar. . .

El doctor Monter sabía, o creía saber, a causa de qué la esposa de Aarón Tebaqui no lograba concebir, si el estado de sus órganos era perfecto. Le tomó semanas atreverse a sugerirle a Connie que quizá resultara conveniente consultar con un psicoanalista. Para sorpresa suya, pues esperaba una rispida reacción de rechazo, Connie aceptó que el médico de la familia la relacionara con quien, al cabo de un par de sesiones, le dijo llanamente, en presencia del marido:

—Su problema, señora, no es físico, sino mental. Yo sugeriría. . .

Ellos dos habían discutido ya largamente, en privado o con Monter, lo que el psicoanalista estaba ahora recomendándoles: separarse del abuelo Tebaqui, dejar la casa que compartían con él y librarse de su negativa influencia, de su acoso, de sus reproches y de su hostilidad. Cabía entonces esperar que lejos de don Belén, la naturaleza hiciera lo suyo como lo había hecho en Connie antes de que la pareja se instalara en la mansión de la familia.

—Dejar la casa sería provocar un rompimiento con don Belén. . . Somos todo lo que él tiene: su familia. Mamá, las nenas, mi esposa, yo. . . Irnos, dejándolo solo con Mamá Fala, sería tanto como matarlo. . .

—Mientras ustedes sigan viviendo cerca de él, la condición de su esposa, señor Tebaqui, no variará, y casi me arriesgo a predecir que se complicará más todavía. . . Reflexionen. Tomen su tiempo y decídanse. . .

Correspondería al doctor Monter urdir un plan para que Belén Tebaqui ordenara a Aarón llevarse a su mujer y a sus hijas a Europa y permanecer en Suiza el tiempo necesario, quizá un par de meses, esperando que surtiera efecto en Connie cierto tratamiento para estimular su fertilidad, al cual la someterían en una importante clínica de Zurich.

—Falta que don Belén quiera que nos vayamos. . .

—Procuraremos convencerlo —dijo Monter.

Esa tarde, el doctor Monter le dio a leer a Tebaqui, adoptando cierto aire confidencial, la traducción al español de un largo artículo que publicaba en inglés, en su número más reciente, la *Revista Internacional de Ginecoobstetricia*. Cuando don Belén terminó de recorrer las líneas y de mirar los pasajes subrayados con tinta amarilla fluorescente, preguntó:

—Esto que aquí dicen, ¿funcionaría con mi nuera?

Conjeturó Monter:

—Vistos los sorprendentes resultados que están logrando, es de suponer que Connie pueda volver a la normalidad, allá en Zu-rich. . . Sólo que eso, como ha leído, toma tiempo. . .

—¿Cuánto. . .?

—Algunos meses. . .

—Hamm. . . Habrá que mandarla para allá. . .

—Veo un inconveniente, don Belén.

—¿Cuál?

—Como es necesaria la colaboración del esposo para que el tratamiento tenga éxito, Aarón tendría que ir con ella, y se vería obligado a desatender los negocios de la familia, cosa que usted no permitirá, ¿verdad. . .?

Muy vivamente respondió Tebaqui, como si el doctor Monter hubiese dicho algo que lo ofendiera:

—Los negocios los manejo yo. Yo, y nadie más. . . Por muy licenciado administrador que sea Aarón, sólo me ayuda con el papeleo. . . Así que usted no se preocupe por eso. . . Si vale la pena que vayan los dos, los dos irán. . . Puah.

—Claro que vale la pena, don Belén. . . Si hace cinco o seis años hubiéramos sabido de este nuevo tratamiento, ¿se imagina cuantos nietecitos andarían por aquí?. . .

Belén Tebaqui se aplicó a releer lentamente los párrafos sobre los que Monter había añadido el énfasis del color. Al terminar, dispuso:

—Averigüe qué se necesita, y qué garantías le dan a mi nuera. Y me avisa. . . Ah, y oiga bien esto: nada de comentarlo con Rafaela o con los muchachos. Sólo se les dirá lo que haya que decirles en su momento, ¿entendido. . .?

—Sí, don Belén.

Con su esposa, las gemelas y un par de ayas, Aarón Tebaqui voló a Nueva York y de allí a Ginebra, a principios de mayo. Sólo el doctor Monter, que había ido al aeropuerto a despedirlos junto con la emocionada doña Rafaela, sabía que el hijo de Belén Tebaqui había resuelto permanecer por lo menos un año en el extranjero. En cuanto los médicos de Zurich completaran los estudios que le harían a Connie, la pareja, las niñas y las sirvientas, se establecerían tal vez en Roma o quizá en Barcelona, y se dedicarían a pasear por Europa. "Lo único que esa pobre muchacha necesita es que su suegro deje de hostigarla cada mes. Entonces, Monter, podría apostártelo, volverá a embarazarse sin mayor problema", había dicho el psicoanalista cuando supo que el señor Tebaqui ordenó a Aarón llevar a Constanza a Suiza, a fin de que "los médicos de allá le compongan lo que trae mal por dentro" y la dejaran lista para seguir teniendo hijos.

Como se lo había prometido antes de salir, Aarón llamaba por teléfono a su madre los lunes, miércoles y viernes a horas de la tarde o de la noche en las que la sabía a solas y descansada, y luego, sin que le importara la cuantía del recibo, permitía que Constanza y sobre todo las niñas, le narraran en detalle lo que habían hecho; a dónde habían ido, qué habían comido, qué habían comprado y a qué nuevos sitios maravillosos pensaban ir al fin de la semana. "Vean más, más, todo lo que puedan, para que me cuenten mucho cuando regresen", les pedía Rafaela Vidal, feliz de que su hijo, su nuera y sus nietas estuvieran disfrutando sin prisa ni limitación económica alguna lo que a ella, "porque así lo ha dispuesto Dios Nuestro Señor", le había sido vedado hasta entonces: conocer países, personas y costumbres de cuya existencia sólo tenía noticia por los libros, las revistas y los documentales que miraba en la televisión. Ella misma, obsesionada también por el recuerdo de los gruesos círculos rojos que veía en el calendario de don Belén cuando entraba en su alcoba para tenderle la cama (detestaba Tebaqui que otras manos que no fueran las de su esposa tocaran sus sábanas y sus almohadas), no pocas veces hubiera querido preguntarle a Aarón si Connie había vuelto a menstruar; pero no se arriesgó a hacerlo para no acongojarlo.

La mañana del segundo jueves de septiembre, poco después de que Tebaqui terminó de tomar un baño de tina y procedía a vestirse para luego ir a beber la copa y a comer al burdel de Iris Abril, Rafaela Tebaqui atendió el teléfono que en el fondo del corredor había empezado a sonar de ese modo imperioso, para ella tan conocido ya, que anuncia las llamadas trascontinentales. Una mujer que hablaba en español, y que decía pertenecer al personal del Consulado General en Berna, Suiza, preguntaba por el señor Belén Tebaqui.

—Es para ti, Belén. . . Te hablan de Europa. . . Apúrate.

—Oh. . . Puah.

En calzoncillos y descalzo, Tebaqui salió de la recámara y con su desigual andar acudió al teléfono. Algún día haría instalar una extensión; algún día que tuviera tiempo de ordenárselo a Salud Solís. Tomó la bocina y gruñó su nombre.

—Permítame presentarme, señor Tebaqui —rogó una voz muy clara—. Soy el doctor Raimundo DeGyves, Cónsul General de nuestro país aquí, en Berna. . . Si no se tratara de algo realmente grave, señor Tebaqui, no me habría atrevido a importunarlo de este modo en su casa. . . Pero se trata de una emergencia y. . .

Rafaela Vidal vio asentir varias veces a su marido y luego, a medida que perdía el color del rostro, permanecer con los labios entreabiertos como si se hubiera quedado de pronto sin palabras, o como si la otra persona, con las suyas, no le diera oportunidad de hablar. Una ancha, profunda arruga, le cruzó la frente.

—¿Cuándo fue eso. . .? —Su voz carecía de arrogancia; era apagada, muy triste, de un hombre viejo al que se le van oscureciendo rápidamente los ojos.

—Esta madrugada, señor Tebaqui. Los trabajos de rescate terminaron a las trece horas locales. . .

—¿Seguro que son ellos. . .? —Tebaqui había dejado pasar un tiempo antes de preguntárselo, temerosamente.

—La identificación ha sido positiva, por desgracia, señor Tebaqui. Las víctimas son, sin género de duda, su hijo Aarón, la señora Constanza Almaraz de Tebaqui; las menores Alma y Clara Tebaqui Almaraz; las dos sirvientas, González y López, y el

chofer italiano que conducía la limusina en el momento de ser embestida en una curva por el trailer francés que la arrojó a un desfiladero de trescientos metros de profundidad. . . En cuanto a los cadáveres, ahora se les practica la autopsia de ley. Después de que nos sean entregados, el Consulado tomará las medidas que usted diga, señor Tebaqui.

Belén Tebaqui, descalzo y en calzoncillos, se limitó a mover la cabeza incrédulo y a apartar de su oído, lentamente, la bocina del teléfono que Rafaela Vidal tomó antes de que cayera de su mano. Poco a poco, adusta la expresión y trabadas las mandíbulas, Tebaqui fue doblando las rodillas hasta quedar sentado sobre sus talones. Permaneció allí, de espaldas a la pared, los ojos perdidos, sin decidirse a aceptar que su hijo Aarón (lo único que para él importaba en la vida), sus dos nietas y su nuera habían muerto en un estúpido accidente de carretera. Luego de rogarle al Cónsul unos momentos de espera, Rafaela se arrodilló junto a su esposo y lo abrazó. Sólo entonces, Belén Tebaqui sollozó una sola vez. De pronto, autoritario como de costumbre, recuperó la bocina y habló con el tono inapelable con que daba sus órdenes:

—Ahora óigame bien, Cónsul. Usted no haga nada. . . En cuanto consiga los pasajes, saldré para allá con mi consuegro para hacerme cargo personalmente. . .

Cuando su esposo colgó, Rafaela Vidal, que ya presentía algo muy grave, lo interrogó indecisamente:

—¿Les pasó algo a los muchachos, por allá?

—Se nos mataron. Eso pasó. Busca a Fernando. Avísale. Dile a Salud Solís que compre los boletos de avión. . .

Después, seguido por ella, Tebaqui se encaminó de vuelta a su recámara, arrastrando los pies, como si demandara de él un esfuerzo enorme avanzar por el corredor. Muy cansado (así dijo sentirse), se tendió bocarriba sobre las sábanas en desorden. Estaba respirando con dificultad. Como si fuera a vomitar se arqueó dos o tres veces; se llevó las manos al pecho, se clavó los dedos en la carne, porque algo se le había roto, le había estallado, por dentro.

—¿Qué tienes, Belén? ¿Qué es lo que sientes? —Y como él, ya sin poder hablar, siguiera agitándose, desgarrándose la camiseta de punto, Rafaela Tebaqui corrió al teléfono con la esperanza de encontrar a esa hora, en su casa, en el consultorio o en el hospital, al doctor Martin Monter. "Dios mío, por favor, no dejes que también se me muera Belén. . ."

MESES DESPUÉS de que retornó con un marcapasos en el pecho y de que en su casa, enjaulado y débil, enflaquecido y cada día de peor humor soportó el largo periodo de la convalecencia, Belén Tebaqui decidió al fin acatar la recomendación de los médicos que lo intervinieron en Houston, la de Earl J. Church, que periódicamente llegaba a examinarlo y la que el doctor Monter le reiteraba:

—Haga ejercicio. Debe poner a trabajar su corazón, don Belén. Moverse. Siquiera, caminar. . . ¿Por qué no juega al golf, que tanto bien le haría? —consejo, éste último, que más que nadie insistía en darle el consuegro Almaraz.

Luego de mucho resistirse, un día decidió volver a ese lugar tan lleno de recuerdos para él que era el Country Club, donde se conocieron su hijo y la que habría de ser su nuera y donde él hizo tantos amigos de bar, de ducha y de dominó, que mucho se cons-

ternaron al recibirse la noticia de la muerte de Aarón y de Constanza y que más se preocuparon cuando trascendió el rumor de que el bronco viejo Tebaqui había padecido un colapso cardíaco del que difícilmente se salvaría. Como la primera vez que pisó ese lugar, ahora tampoco llegaba solo. Con él, arisco y silencioso, iba ese chico alto y bien parecido, moreno y con rasgos que copiaban los de su padre, en que estaba convirtiéndose Alberto. Al mismo instructor de tenis que años atrás había enseñado a jugar a Aarón, don Belén le confió al nieto.

—Vea que puede hacer con el. Es zurdo. Habrá que quitarle esa mala maña. . .

Torpe, rígido, "demasiado viejo para andar en estas danzas", Belén Tebaqui reconoció que el golf, por mucho que se lo ponderaran, no era deporte para él, y renunció a seguir tomando clases; pero como de un modo u otro debía hacer ejercicio, y como ahora pasaba mucho de su tiempo libre en el club, el Presidente de la UMCA de Buenavista dio en acompañar, al paso, en su diaria vuelta de nueve hoyos, a Fernando Almaraz, a quien la muerte de su hija Connie (encinta ya de tres meses en el momento de la tragedia, según reveló la autopsia) había deprimido tanto como a Tebaqui la de Aarón y las gemelas, nietas de ambos.

Si al abuelo no le gustaba jugar al golf, a Tico Tebaqui tampoco le entusiasmaba el tenis, por más que sus facultades, según reconocían el instructor y algunos de los que lo habían visto competir, no fueran escasas. Más divertido que gastar las horas en una cancha solitaria practicando, le resultaba dedicarse a tomar fotos de sus compañeros de club con la cámara Polaroid que Rafaela Vidal Tebaqui empezó por prestarle y terminó regalándole.

El más cercano de sus amigos, el que le simpatizó irresistiblemente la mañana que se encontraba en el proshop del profesor Cornejo, cinco años antes, ese garboso adolescente tan asediado por las chicas del que conservaba más de quinientas fotografías a colores que él gustaba mirar a solas en su alcoba, su camarada-para-toda-vida, era Mauricio Atuey, al que todos en el Country llamaban Miky y bastantes de los muchachos mayores "cuñado", por su hermana Victoria, la linda, alta y pecosa Vicky, una rubita que a los dieciséis, acaso sin proponérselo, conseguía siempre inquietar a los hombres con sus provocativos meneos al caminar, lo ajustado de los vaqueros con que aparecía en el comedor o en alguno de los bares, con los pequeños shorts que usaba en las canchas y con los bikinis que causaban sofoco a los varones cuando iba a la piscina a zambullirse o a tomar sol tendida sobre el césped; este desparpajo en alguna ocasión provocó tal ira de las señoras que un grupo de éstas demandó del gerente, Lucas, poner un "inmediato hasta aquí" al descaro de la joven Atuey, si es que no quería que ellas, sus esposos y sus hijos se dieran de baja. El gerente Lucas, que gustaba de espiar a la chica con binoculares desde su oficina, prometió "estudiar el asunto" y resolverlo, dijo, "a satisfacción de todos"; pero se limitó a dejar que corriera el tiempo, pues no iba a ser él quien se enemistara con la madre de la niña, la todavía guapa ex artista de cine que ocupaba una lujosísima mansión de amplias estancias y muchos cristales situada en la colina del fairway del hoyo 7 y que era novia y protegida del licenciado J.J. Estrada —figura de importancia en el Gobierno, multimillonario de gran popularidad, miembro del consejo de administración del Country Club y de algún modo tutor de los chicos Atuey.

Para Miky, J.J. no era su tutor, ni su tío (como lo llamaba Vicky), ni su padrastro, sino sencillamente "el querido de mamá", el que cumplía los caprichos de la hermosa estrella de la década anterior concediéndole cuanto le pedía para ser más y más rica. "El muy cabrón de JotaJota, ¿sabes?, la trata como si fuera una reina para tenerla contenta y no grite mucho cuando la muy pendeja descubra que su Gordo anda ya tras el culito de Vicky. Porque eso es lo que busca: quedarse con mi hermana y jubilar a mamá, que ya lo necesita." Desconcertado, Tico Tebaqui preguntó: "Tu mamá, ¿no se da cuenta?", a lo que Miky Atuey respondió: "Psch. Si se da cuenta, no debe importarle. A ella, eso sí, sus joyas, sus edificios, sus casas, sus terrenos, sus contratos; los tips para seguir haciendo negocios. Lo demás, que ruede. . . Ha de pensar que si de todos modos la Vicky va a darle las nalgas a alguien, pues qué mejor que ese alguien sea JotaJota, el billetudo.

Siempre presuroso, con el tiempo limitado, J.J. Estrada subía a la casa de la colina unas tres o cuatro tardes por mes, y sólo excepcionalmente permanecía en ella más de dos horas. En cuanto a la distancia se escuchaban las sirenas que iban abriéndole paso al sedán, del abogado, y a los autos de los guardaespaldas que lo protegían, Mauricio y Victoria, o el que de ellos estuviese allí en ese momento, debían ausentarse y no volver hasta que J.J. y sus escoltas se hubieran retirado. En ocasiones, Estrada prescindía de autos y guardias, y llegaba en helicóptero acompañado sólo por un oficial y el piloto. Esto ocurría por lo general de noche, y entonces no era necesario que los hermanos salieran. Se limitaban a quedarse en sus respectivas recámaras y a no dejarse ver mientras el aparato despegaba, describía un amplio círculo para ganar altura y poner rumbo hacia las remotas luces de la metrópoli.

En el momento en que Miky Atuey se disponía a conseguir la cuarta carambola consecutiva de esa tacada, se escuchó en el saloncito de la planta baja donde Tico Tebaqui y él jugaban al billar, el estrépito aún lejano que producían las motocicletas que a la descubierta de la caravana de rápidos automóviles remontaban el sinuoso camino de la colina. "El gordo llega hoy temprano a coger", pensó Miky, molesto, tirando el golpe de cualquier manera. "Ahora aparecerá mamá toda nerviosa para que nos larguemos y nos quedemos fuera mientras él esté aquí. . . Si sabía que JotaJota iba a venir, ¿por qué no me lo dijo cuando le avisé que traía a dos amigos a lonchar conmigo y con la Vicky?"

—Le llegó su visita a mamá —dijo, abandonando el taco sobre el paño verde—. Mejor bajamos al club, ¿sí?

—Lo que tú digas. . .

Subieron los dos tramos de escaleras con anchos peldaños de madera de cedro y llegaron al nivel intermedio, al jardín en el que se hallaban la piscina oval, los vestidores, las canchas de tennis, la de badmington y volley-ball, el asoleadero, el helipuerto con su cruz pintada al centro, y el espacio destinado al tiro de ballesta que le gustaba mucho al abogado Estrada, aunque no lo practicara nunca allí. Tendidos bajo una sombrilla de colores encontraron a Victoria y a su noviecito de esa semana, Iván Falomir Flandes, hijo de un senador de la República y miembro del equipo de remo del Country. Vicky se había puesto, pues estaba en su casa, un bikini aún más breve que los que usaba en el club. —Como está llegando el señor —le avisó Micky a su herma-

na, por si no se había enterado— vístanse y vamonos, antes de que mamá nos corra de aquí. . . Iremos al Country. . . Los espero en los garages. . .

El área de los garages de servicio, donde estacionaban sus camionetas los proveedores, sus jeeps para ir al mercado los criados y sus autos sport y sus poderosas motocicletas japonesas los Atuey, ocupaba una ancha terraza en la parte posterior de la residencia, lo que permitía entrar o salir sin tener que usar la puerta principal, la del sur, y no ser visto por nadie. Poco después de que llegó Estrada y cesó el barullo de sus máquinas, Victoria (que sólo se había puesto sobre el bikini una sudadera amarilla), reapareció con Iván y se reunió con su hermano y Tebaqui.

—¿En el jeep los cuatro, como vinimos. . .?

—Mejor en las motos —sugirió Victoria—. Tú te llevas a Tico y yo a Iván, y el que pierda paga la comida. ¿Vale?

—Vale.

Nunca antes del momento en que Micky Atuey gritara para hacerse oír: "Agárrate y vaaaamos", y partiera ensordecedoramente tras la motocicleta en la que Vicky se alejaba ya cuesta abajo, con Iván Falomir a la espalda, había experimentado Alberto Tebaqui Vidal tanto miedo a matarse si se estrellaban en una de las curvas que Micky atacaba casi rozando el asfalto con los tobillos, o si llegaban a chocar contra el tronco de alguno de los muchos añosos eucaliptos que crecían a los lados; pero si su miedo era tal que estaba a punto de orinarse, mayor era la excitación que le producía hallarse así de cerca de Miky, así de unido a él, formando con el de su mejor y más querido camarada un solo cuerpo.

El viento le hería los ojos, y Tebaqui, apretaba labios y dientes, sin casi respirar, se untaba más a Mauricio como si quisiera fundirse con él, entrar en él, ser parte de él, ¿Cuántas veces en el secreto del sueño no había ansiado poder disfrutar de un contacto físico tan libre, de una proximidad parecida? Lo que en el sueño solía sentir: el acoso del deseo, la exigencia de su virilidad, ese agudo dolor que se le hinchaba entre las piernas y del que sólo se libraba convirtiendo a Miky Atuey en el personaje de su fantasía (a él, no a ningún otro de los chicos que trataba en la escuela o frecuentaba en el Country), estaba sintiéndolo, padeciéndolo, ahora en ese minuto gozoso de placer y de peligro que Miky le permitía compartir. Dejó de pensar en la muerte —sus manos en el pecho de Miky; sus brazos rodeándolo; su frente apoyada en la nuca de Miky, respirando el olor de Miky, que lo enardecía tanto en los vestidores. Miky cálido, fuerte, valeroso.

Hábil en el manejo de esas grandes y veloces máquinas de ruido que mamá les había comprado como regalo de Navidad, Mauricio Atuey le ganó la carrera a su hermana en el último tramo recto, y ya muy cerca de la entrada del Club aplicó abruptamente los frenos, viró el manubrio, volvió a frenar y provocó el patinazo que le permitía detenerse por completo entre la humareda de hule quemado.

Cuando pudo al fin descender, frente a las risas de los Atuey y la palidez de Iván Falomir Flandes, Alberto Tebaqui trastabilló porque sus piernas agarrotadas no podían sostenerlo. Para evitar que cayera, Miky le metió el brazo alrededor de la cintura y luego, tirando de la motocicleta con la mano libre, echó a caminar hacia el sitio donde dejarían las máquinas.

Fue la espontánea acción de llevarlo tomado por la cintura, con la misma naturalidad con que Iván llevaba a Victoria Atuey, lo que haría suponer a Tico Tebaqui que quizá Mauricio sabía también, como empezaba a descubrirlo él, sin avergonzarse ni arrepentirse, sólo aceptándolo como algo humano y normal, que ciertos sentimientos no pueden ser expresados con palabras, y que basta un gesto, una mirada, un silencio para que El Otro sepa qué es lo que se está callando.

EN COMPAÑÍA de su hija Victoria, del edecán militar que Estrada le proporcionaba siempre que iba al extranjero para que le ahorrara molestias, problemas y trámites, y con veinticuatro grandes maletas que seguramente regresarían llenas de costosos trapos, la señora Linda Atuey ("una de las más rutilantes estrellas de la Época de Oro de Nuestra Cinematografía Nacional", escribirían los reporteros de la "fuente" del aeropuerto) voló a París la mañana del domingo. El jueves, al frente de una Misión que firmaría convenios bilaterales con media docena de países europeos, hizo lo mismo J.J. Estrada, cuyo viaje fue calificado de "importantísimo" por la prensa escrita y los informativos de la TV y la radio. La residencia de la colina quedó a cargo de la servidumbre, y Miky, en libertad de llevar a ella a comer, a cenar, a tomar el sol o a pasar el rato, a cuantos amigos quisiera.

El sábado a mediodía, después de jugar un par de sets, Mauricio le propuso a Alberto Tebaqui que no se bañaran en el Club, sino en su casa:

—Para que veas lo que es un baño de película. . .

—Don Belén no me dejará ir. . .

—Yo le pido permiso. Vamos. . .

—Mejor ve tú solo. Yo aquí te espero. . .

Cinco minutos más tarde, Atuey volvió a la sección de vestidores:

—Hecho. . . Como está muy picado jugando dominó, dijo que sí, con la condición de que el chofer de mi casa te lleve a la tuya. . .

Aunque ya antes había estado en la casa. Tico sólo conocía el billar, los vestidores del jardín y el emparrado, con follaje de plástico, donde los invitados bebían refrescos, tomaban cocteles y comían sandwiches y tiras de la carne que llegaba de los ranchos de J.J. Estrada y que se encargaba de aderezar alguno de los dos cocineros de planta. Ese mediodía, algo caluroso, el nieto de Belén Tebaqui iba recorriendo, al paso y boquiabierto, con su maletín de ropa en la mano, lo que con cierta displicencia orgullosa le mostraba el hermano de Vicky mientras se dirigían a la planta alta: la biblioteca, con estantes del piso al techo: el privo de Estrada, que olía a barniz; la sala de música; el "Museo de la Gloria", donde la dueña guardaba lo que le fue útil, grato o necesario en sus años de éxito: fotografías, álbumes de recortes y libros de autógrafos; trajes, sombreros, corsés, mallas de baile; zapatos y sandalias, piezas de bisutería, boas de plumas; instantáneas en las que aparecía con artistas y personajes de la política que fueron sus compañeros de trabajo, o sus admiradores, en el país y en el extranjero.

Miky se detuvo frente a la chimenea sobre la cual, flanqueada por dos columnas neoclásicas de mármol verde, en una pintura de quizá dos metros por tres, aparecía Linda Atuey mostrando la suculenta desnudez que la había hecho, sucesivamente, apetecible, famosa y rica, y que subrayaba, más que disimulaba con sus discretos pliegues, un velo muy pequeño.

—Estaba muy buena de joven, ¿no se te hace? —comentó Mauricio, con cierto orgullo que Tico encontró mortificante— El cuadro lo sacaron de una foto de la película con la que mamá se ganó el título de La Estrella Más Sexy Del Cine Latino.

Luego de recorrer la galería, cuyas paredes casi desaparecían tras los cuadros de todos tamaños y todos estilos que de ellas colgaban, Mauricio llevó a Tico al que llamó "el leonero de mamá" —unas cinco o seis habitaciones muy grandes, amuebladas con lujo, al fondo de las cuales se hallaba la ancha, sólida puerta blanca con nerrajes dorados y picaportes de porcelana, que el hijo de Linda Atuey abrió para que Tebaqui pudiera entrar.

—¿Cómo la ves?

—¡Qué bárbaro. . .! —silbó Tebaqui.

Nunca había imaginado que alguien fuera capaz de ocupar una recámara como la que lentamente iba recorriendo, conociendo, con la mirada. Al ver su imagen reproducida miles de veces en los espejos que cubrían los muros y el techo; la cabecera de la cama, el baldaquino y los cuatro gruesos postes que lo sostenían, tuvo la impresión de hallarse dentro de un kaleidoscopio.

Todos los muebles eran blancos, para acentuar el contraste entre la alfombra negra y la colcha de piel color tabaco rubio. Contiguos a esa enorme alcoba, cuyo centro ocupaba la cama, estaban los vestidores: el de la señora Atuey y el del abogado Estrada.

—Espérate a que veas el baño. . . —le advirtió Mauricio, que había empezado a quitarse los zapatos—. Y apúrate tú también. . .

Lo hacía sentirse extraño y nuevamente excitado (tanto que tuvo una erección que lo avergonzó, aunque Miky no demostró haberse dado cuenta), mirar su cuerpo desnudo y, sobre todo, el de Mauricio, repetido en los espejos.

—¿Dónde pongo mi ropa?

—Donde quieras. . .

Por sus dimensiones, el baño le pareció a Tebaqui tan abrumador como la recámara. Era un baño de película, como Miky le había dicho, porque sólo en las películas era posible ver algo que se le semejara: piscina; sauna; cuarto de vapor; regaderas de presión, frías y calientes; bidets, alfombra que no retenía la humedad; espejos que no se empañaban, y portalibros, y teléfonos y (no sabía Tico para qué o por qué, pero ahí estaban frente a él) tres televisores.

Se metieron en la piscina rodeada de carnosas plantas de sombra, y Miky puso a funcionar algo y el agua empezó a moverse, a producir remolinos, y Tebaqui sintió como si unas manos, lentas a veces, rápidas otras, hábiles siempre, lo sobaran del cuello a los pies; lo tocaran, lo acariciaran con intención.

Siempre desnudos estuvieron después retozando en el sauna, bajo las duchas, en el gimnasio donde, sobre una mesa de mármol, Linda Atuey recibía diariamente una hora de masaje; y secándose con toallas grandísimas color oro, Mauricio y Alberto Tebaqui volvieron a la recámara. Entonces sí, Miky lo embromó, porque había vuelto a excitarse y porque después, como la abuela Fala lo había enseñado a hacerlo, escondió entre los muslos sus genitales y se mostró a Miky, a los muchos Mikys que había en los espejos, como si fuera una niña, o muchas niñas. Y Mauricio Atuey, siempre desnudo y risueño,

dijo que iba a enseñarle algo, y de un armario donde había muchas, sacó quince o veinte revistas, y Tico, al verlas, hizo:

—Ah. . . —porque en cada página aparecían mujeres desnudas, despernancadas, enseñando el sexo, y hombres blancos, rubios, negros, amarillos, enanos, gigantes, con miembros increíblemente grandes que ellas aceptaban en sus cuerpos, o que hacían desaparecer dentro de sus bocas; y había también mujeres comiéndose unas a otras; frotando sus vellos con los vellos de las que las acompañaban en sus juegos.

—¿Te gustan. . . ?

—Sí.

—¿Quieres llevarte una revista?

—Sí —aceptó Tebaqui, turbado.

—Escoge la que. . . Mira, ésta. . .

—Gracias. . . —Rápidamente Tico guardó en su maletín de lona la revista que Atuey acaba de obsequiarle.

—Ahora vas a ver algo deveras cachondo, no sólo fotos. . . —le avisó Miky, saltando de la cama.

Alberto Tebaqui Vidal miró a Mauricio sacar del mismo mueble donde había vuelto a guardar las revistas, una caja negra que insertó en lo que parecía ser un tocadiscos, pero que puso a funcionar, con un rápido ronroneo, el aparato de televisión suspendido del baldaquino, y en cuya pantalla aparecieron las imágenes de una película que mostraba a un joven, no mayor que ellos dos, en el momento en que llegaba a una bonita casa a entregar un ramo de flores y que menos de un minuto después se encontraba en el piso del living revolcándose con dos mujeres, una adulta, la otra casi niña, que se lo disputaban golosamente.

Contra lo que Miky Atuey esperaba, mirar ese videotape pornográfico (uno de los que por docenas coleccionaban su madre y el abogado Estrada) no estimuló a Tico Tebaqui. Extrañado le preguntó qué le pasaba.

—No sé. . .

—Muévetela así. . . Ayúdala. Mira. . .

Tebaqui se atrevió a mirar lo que Mauricio le mostraba, y lo vio frente a él, de rodillas sobre la cama, multiplicado en los espejos, con el miembro en la mano mientras sus ojos seguían, en su detallada secuencia, la aventura del chico repartidor de flores que tanto ardor había conseguido comunicar a las dos mujeres; y entonces sí, con tal intensidad que se estremeció, su sexo respondió al estímulo: creció, apuntó hacia lo alto, y así como Miky seguía haciéndolo (del modo que él lo hacía a solas si recordaba al padre Leoncio; si pensaba en algún compañero de la escuela o en alguno de los jardineros o choferes de la casa a los que había visto orinar; en el artista de cine, en el deportista o en el torero que le gustaba, y, desoe que lo conoció, en Atuey), Tico Tebaqui procedió a manosearse con la misma prisa con que Miky se manoseaba a sí mismo, hasta que de pronto, como si fuera de otro el leve estertor, se escuchó gemir:

—Ah, ah, ahhhhh —con las mandíbulas trabadas porque ya el espasmo estaba produciéndose.

Mauricio Atuey encontró los ojos de Tico Tebaqui puestos en él, no en el televisor (donde el muchacho de las flores acababa de vencer con chorros caudalosos a la mujer

mayor), y también entre dientes porque sus propias sensaciones estaban a punto de culminar con parecida abundancia, lo embromó:

—Oye, ¿qué te pasa. . .? No me veas como si fueras puto. . . —y al decirlo le pareció que los ojos de Tico, fijos en él y en la agitación de sus manos, ardían intensamente, y que siguieron ardiendo el tiempo que uno y otro estuvieron salpicando la colcha rubia y la alfombra negra.

Luego, Miky se tendió sobre la espalda, jadeante y pensativo; a su lado, tan cerca que su piel recibía el calor de la piel del otro, Tebaqui permaneció sin moverse, con los ojos cerrados, unos dos o tres minutos. Poco a poco volvió a percibir, entre el silencio, el rumor de las respiraciones y la música que enfatizaba lo que seguía ocurriendo en el televisor.

—Miky, yo. . . —quería aclarar, disculparse, explicar, calmarlo si se había enojado con él por la forma en que lo miraba mientras estaba masturbándose; pero Mauricio Atuey había empezado a gratificarse nuevamente —tan viril e inagotable como el jovencito repartidor de flores que ahora montaba a la niña de la película.

EN ESE MOMENTO no sabía Tico si lo habían despertado el estornudo de Belén Tebaqui, el ruido de sábanas y cobijas que produjo al moverse en la cama para librarse del amago de la asfixia a causa de las flemas que le ocupaban la garganta o, lo más probable, los gruñidos del abuelo, que había vuelto a sentirse molesto entre tantos cojines y almohadas.

El también se removió, alerta, en el sillón de terciopelo granate, procurando no sobresaltar al hombre cuyo sueño estaba vigilando en espera de ese minuto, uno solo, que le haría falta para asesinarlo. En la penumbra entintada de rojo creyó adivinar a don Belén tratando de incorporarse. Lo oyó después decir algo con palabras entrecortadas; llamar, impaciente, a su esposa.

Entonces Tico se acercó a la cama. Belén Tebaqui utilizaba su codo izquierdo como punto de apoyo. Con los ojos cerrados seguía murmurando el nombre de Rafaela.

—¿Quiere algo, don Belén. . .?

El abuelo quizá no escuchó la suave pregunta de Tico, pues, ahora más alto, pero igualmente ininteligible, volvió a largar otra retahíla de palabras de las que sólo dos (carajo y mujer) le llegaron con claridad.

Tico colocó las manos en los hombros de Belén Tebaqui. A medida que el abuelo, empujado por ellas, se iba tendiendo entre las almohadas, las manos de Tico recorrieron lentamente los hombros y llegaron al cuello. Bajo los pulgares quedó la protuberancia de la nuez. Bastaría una breve, rápida, resuelta presión y. . .

DE MADRUGADA, a una hora que no era extraña para ninguno de los dos, el Presidente de la República había llamado por teléfono a "mi querido colega, don Belén", para preguntarle por su salud; para quejarse un poco de la incompetencia de varios de sus colaboradores ("me dejan solo, amigo Tebaqui, en los momentos en que más los necesito") y para comentar, pues ese era el verdadero propósito de la llamada, que "al parecer", el señor Ministro de Asuntos Laborales había hallado una fórmula que "aplicada con buena voluntad" permitiría encontrar una "solución aceptable y, sobre todo, rápida", al problema de Buenavista, que estaba complicándose. Una solución,

insistió la voz desde la casa del Poder, que arreglaría todo sin que hubiera, "lo que importa mucho, estimado Belén", vencedores ni vencidos.

—Mucho le agradecería, a título personal, que nos hiciera un huequito en su tiempo y a primera hora de la mañana conversara unos minutos con el Ministro, que estará esperándolo. . .

Al Ministro de Asuntos Laborales tampoco le pareció desusado, conociendo sus costumbres y sus horarios, que Belén Tebaqui aceptara, un cuarto de hora antes de las ocho de la mañana, la copa de coñac que le ofreció al entrar y que no era, como para él sí, la primera del día, sino, lo aclaró Tebaqui de ese modo, la última de la víspera.

—A su salud, don Belén.

—Por la suya, abogado.

Bebieron mirándose antes de que el Ministro hablara de lo que le interesaba arreglar, y al Jefe del Ejecutivo le urgía, sin demora: en un segundo día, el asunto Buenavista se había convertido ya en un problema político y por ello peligroso. Como si Tebaqui lo ignorara, el Ministro aludió a los partidos de la izquierda, "que de todo se aprovechan para criticar a nuestro gobierno"; a los de la derecha, "prestos a demandar nuestra comparecencia en la Cámara"; a los del centro, "que hacen su propio juego y que exigirán saber por qué este desmadre, puramente local, afecta ya a medio país". Mencionó de pasada, con la vaguedad de las generalidades, a los "grupos de presión", y a los "intereses extranacionales coludidos con las fuerzas más negativas del interior", y apuntó la posibilidad de que bandas de mujeres, "movidas ya sabemos por qué manos", se echaran a las calles haciendo sonar sus cacerolas vacías y exigiendo que se les cortara la cabeza a los responsables de. . . —Para resumir, don Belén: la situación ha entrado en una fase crítica que amenaza empeorar. ¿No le parece así. . . ?

Suspiró Tebaqui, ahogando el primer bostezo de la mañana. La visita al Ministro había alterado su diaria rutina de caminar un poco con Fernando Almaraz, antes de tomar un baño en el Country y de ir a dormir a su casa, después de trabajar en la Central de Abastos toda la noche.

—Quienes alimentamos a la ciudad a través de Buenavista, somos del todo ajenos, y usted lo sabe, a lo que está sucediendo allí —le recordó, tenso el índice de la izquierda—. No fuimos los mayoristas, ni menos todavía los comerciantes en pequeño, los que empezamos el paro, los que atacamos primero; sino el hijo-deputa de Heleno Lara, ese cabrón, y perdone la palabra, que insiste en conseguir de nosotros, ¡hágame usted el favor, de nosotros!, el reconocimiento que usted y este Ministerio llevan treinta meses negándole. . .

Con algo de impaciencia asintió el Ministro de Asuntos Laborales, un hombre alto que daba siempre la impresión de tener sueño:

—Eso es cierto, don Belén. Pero es asunto viejo. Situémonos en la realidad de este momento y busquemos cómo arreglar las cosas antes de que se enrarezcan más. . .

Malicioso le sonrió Tebaqui:

—Llame a la fuerza armada. Que los soldados barran a los que tienen cercada, paralizada, a Buenavista, y en un dos-por-tres todo se arreglaría. . . Pero si la autoridad no tiene cojones para tomar el toro por los cuernos, entonces, abogado. . .

—Llamar a la fuerza armada es imposible, don Belén. Calcule usted el costo social de una acción semejante. . . Antes que recurrir a la violencia hay que negociar.

El coñac que el Ministro le había servido era joven, barato, ni siquiera medianamente bueno. Abandonó la copa sobre el escritorio:

—Cuando me llamó, el Presidente dijo que había dado usted con la fórmula, y que viniera a oírla, abogado.

Con una gruesa pluma fuente entre las manos, obsequio navideño de su colega de las Fuerzas Armadas, el Ministro empezó a pasearse delante de Tebaqui, así que hablaba:

—Heleno Lara se ha puesto en contacto con nosotros a través de amigos mutuos, y nos ha hecho saber que está en la mejor disposición de cooperar, incluso renunciando a parte de lo que él considera justo y legítimo, para que este asunto termine cuanto antes, así —e hizo tronar sus dedos medio y pulgar.

—¿Qué espera Lara si busca arreglo?

—Espera que "la otra parte", don Belén, usted y los suyos de la UMCA, pues con Macario Ugartechea no habría conflicto, hagan también lo que. . .

Lo atajó Tebaqui, en guardia:

—¿Qué debo entender con eso, señor?

El Ministro prefirió mirar con sus ojos soñolientos el retrato a colores del Presidente, que los observaba desde el panel de caoba situado a espaldas del escritorio:

—Pues, aceptar en principio, con ciertas condiciones, se entiende, negociar, discutir.

—Eso, abogado, ni pensarlo. . . Negociar es reconocer derechos que Lara ni su gente tienen; derechos que su Ministerio, ¡su propio Ministerio, abogado!, no les toma en cuenta.

—Don Belén, con buena voluntad. . .

Vigorosamente Tebaqui movió la cabeza:

—Olvídese, olvídese. Eso no se puede y, además, es imposible. ¿Me entiende? Imposible. Yo no puedo convocar a una asamblea y, como un pendejo, decirle a los míos: "Compañeros, ahora sí hay que reconocer a Lara y darle lo que pide."

—Si hay voluntad, don Belén, nada es imposible. Voluntad de entendimiento. . .

—Con los amigos, y usted es Nuestro Amigo. . .

—Gracias, don Belén.

— . . . estamos siempre resueltos a colaborar cuando se puede, y en este caso, usted me perdonará, no se va a poder.

Se le acercó entonces el Ministro y se inclinó sobre él:

—Una palabra suya, una decisión, una orden por teléfono de Belén Tebaqui y en este mismo momento acaba el caos. Dice usted "sí" y las cosas empiezan a normalizarse en toda la República y para esta noche, ni quien se acuerde. . . Que haga usted eso, don Belén, se lo agradecería, como inmenso favor personal, su amigo el Ministro de Asuntos Laborales. . . Diga usted sí, don Belén, ¡y punto. . . !

El Presidente de la Unión Mutualista de Comerciantes Asociados dejó el sillón de cuero negro que había ocupado frente al escritorio del Ministro; dijo "perdón", porque no pudo contener el hipo, y sonrió:

—Mucho favor me hace, abogado, creyendo que con sólo ordenarlo yo las cosas se arreglarán. . . Ojalá fuera así. Los amigos de Buenavista me tienen confianza, cierto; pero, por eso mismo, yo no doy paso nunca sin tomarles antes parecer. . .

—Consúltelos, don Belén. Hágalo pronto. Seguiremos aquí, de guardia, esperando noticias tuyas. . .

PUES SE avecinaba la esperada coincidencia de fiestas religiosas y conmemoraciones cívicas que cada año, hacia el fin de la primavera, paralizaba a la República durante cinco días, permitiendo la simultánea movilización de copiosas multitudes que viajaban a playas, montañas y balnearios, la señora Tebaqui decidió, como lo hacía todos los meses de junio, pasar el largo feriado en la finca de Las Huertas. Don Belén, a quien poco le gustaba ya ausentarse de la ciudad, pretextó para no ir negocios imposterables en Buenavista. Tico preguntó a su abuela si le permitía invitar a algún amigo para que lo acompañara, y ella le dijo que llevara a cuantos quisiera. El abogado J.J. Estrada aprovechó que su propia familia se hallaba en Europa, con la del Presidente, para alojar a Victoria y a su madre (sólo a ellas dos, pues no quería tener a Mauricio Atuey husmeando alrededor) en la gigantesca residencia que se había hecho construir en un alto risco —atalaya frente al Océano Pacífico que había merecido un reportaje especial de once páginas en la revista *Town and Country*.

—¿Qué tal si llevo una de mis lanchas para esquiar allá? —propuso Miky Atuey cuando, para animarlo, Alberto Tebaqui Vidal le habló de lo grande que era Laguna Blanca, el mayor depósito natural de agua en la provincia de La Paz, cuya ribera sur se hallaba, como quien dice, al pie de la casa.

—Llévala. . . Así me enseñarás a manejarla. Si quieres, yo te remolcaré siempre.

—Vale, la llevaremos. . . Hay que invitar a otros.

—¿A quiénes? —Tebaqui disimuló que no le agradaba la idea de compartir las vacaciones con más muchachos.

—A los que sea, pero del club.

No sólo acomodaron dentro del transporté que facilitó la oficina de J.J. Estrada una de las canoas con motor fuera de borda que utilizaban los Atuey cuando iban al mar, sino también las seis motocicletas, una para cada uno, que a última hora Mauricio y los otros cinco decidieron llevar a Las Huertas.

Como recompensa por las buenas notas que había obtenido durante el último ciclo escolar y, sobre todo, porque una primitiva Polaroid, como la que hasta entonces había usado, no era ya la cámara adecuada para quien, como él, demostraba tener tanta sensibilidad artística, Rafaela Vidal Tebaqui le entregó a Tico, la mañana del sábado, el estuche que se encargó de comprar el doctor Monter y que contenía una Nikon negra, último modelo, automática, que le permitiría lograr secuencias de acción.

—Oh, Mamá Fala. ¡Qué maravilla! Gracias, gracias. . .

—Cuidala, mi niño, como has cuidado siempre la otra.

Muy temprano, la abuela Tebaqui, sólo acompañada por uno de los choferes de don Belén, hizo el viaje a Las Huertas en la limusina Cadillac, en tanto que Tico, Mauricio Atuey, Iván Falomir Flandes, Lucho Cortés y los hermanos Porfirio y Ángel López, prefirieron amontonarse en el vehículo cerrado en el que iban las motocicletas y, fija sobre un remolque, la canoa. Aunque no era siquiera mediodía, Ángel, El Pato López, sacó de su bolsa de lona una botella de vodka y todos, excepto Tebaqui, empezaron a beber a pico, a cantar y a decir chistes y, ya algo mareados, a dormir hasta que llegaron a la finca.

La Casa Grande impresionó a los amigos de Alberto Tebaqui por su tamaño, por sus muebles antiguos, por la inmensa chimenea de piedra sobre la que había un televisor que desentonaba y por las muchas habitaciones de la planta alta que abrían sus balcones frente a la dilatada Laguna Blanca —que recibía tal nombre, les explicaba la abuela de Tico, porque a ciertas horas, un curioso efecto de la luz hacía que sus aguas, cristalinas o levemente azulosas, parecieran ser de leche: nacaradas, espesas.

—¿Cómo quieren que los acomode para dormir?

—Como usted diga, señora. . .

Cada recámara fue ocupada por dos de ellos. Por ser el amigo de su nieto, la señora Tebaqui alojó a Mauricio en la de Tico; una habitación más grande que las otras que disponía, como las de doña Rafaela y don Belén, de baño privado. En esa alcoba durmió de niño, y luego pasó siempre sus vacaciones de joven, y parte de su luna de miel con su esposa, Aarón Tebaqui Vidal, cuya fotografía, con las gemelas y Constanza, aún se conservaba dentro de un marco de plata sobre el tocador.

—¿Aquí naciste tú. . .? —preguntó Miky tendiéndose sobre la cama que le correspondería ocupar.

—Aquí en Las Huertas. . . —aceptó Tico, sin comprometerse. ¿Tenía caso hablarle a un extraño de asuntos que sólo importaban a la familia? Porque así se lo había dicho alguna vez la abuela, Tico sabía que era hijo de Aarón y de una joven de la finca que lo dejó viudo; sabía también que había sido entregado, para que se hiciera cargo de él y lo criara, a la mujer con la que vivió hasta el día que Rafaela Vidal Tebaqui decidió llevárselo con ella a la capital.

Más que comer, a Mauricio y a Alberto les interesaba llevar la canoa al embarcadero, y a los otros asegurarse que en Las Huertas hubiera suficiente combustible para las motocicletas. A media tarde, en sus ruidosas máquinas, Iván Falomir, los hermanos López y Lucho Cortés, se fueron a explorar los alrededores de Laguna Blanca, en tanto que Atuey, como se lo había prometido, dedicó un cuarto de hora a enseñarle a Tico cómo avanzar y retroceder con la *Vicky I*; de qué modo levantar el motor fuera de borda para que la hélice no sufriera daño si sus aspas tropezaban con algo duro que flotara, y qué maniobra intentar si el esquiador al que iba jalando perdía el equilibrio.

—¿Lo entendiste bien?

—Sí.

Con cierta indecisión al principio, Tebaqui manejó la *Vicky I*. Después, seguro ya de sí, hizo cuanto Miky le ordenó que hiciera. Por último, prueba verdadera, ensayó a salir del muelle, primero él solo; después, remolcando a su instructor. Desde los cinco o seis años de edad había aprendido a hacer lo que a su vez acababa de enseñarle al nieto de Belén Tebaqui.

Después de la cena, y de que la abuela se retiró a rezar y a dormir, los seis estuvieron mirando en el televisor las peleas de boxeo. El Pato López, que había subido a su recámara a traerla, volvió con otra botella de vodka. Una hora después la habían agotado.

—¿Que no tienen trago aquí?

—No, porque ninguno toma —mintió Tebaqui. Él sabía donde guardaba don Belén cientos de botellas de vino y de coñac, pero prefería callarlo para no arriesgarse a que

Mamá Fala lo censurara por haber permitido que sus amigos abusaran apropiándose de algo que no les pertecía.

—Pues mañana habrá que ir al pueblo a comprar algo que raspe —propuso, ya un poco ebrio, Lucho Cortés.

Despertaron muy temprano, porque las cortinas, aunque gruesas y oscuras, no lo eran tanto como para atajar el paso de la luz, y también porque hasta ellos, desde antes del amanecer, empezaron a llegar los mugidos de las vacas del establo, el cacareo de las aves que estaban siendo alimentadas en algún gallinero cercano; el estrépito de los pajarracos que negreaban en los árboles del jardín; el tañer de la desafinada campana de la iglesia; el ladrar intermitente de los perros; las voces de doña Rafaela y de los criados en el corredor, y el click, click, rrrrrclick, que producía la cámara de Tebaqui.

—¿Qué estás haciendo tú. . . ?

Desde la recámara, de espaldas a Mauricio Atuey, Tico se ocupaba de tomar fotos, con el lente zoom de más alcance que formaba parte del equipo que eligió para él Martín Monter, de los que estaban regresando con sus embarcaciones llenas de pececitos de fina carne blanca y, en particular, de ese incansable borbotón, situado casi en el centro de la laguna, que a veces, cuando había mucha presión en la profundidad de la que manaba solía levantarse, como esa mañana, un metro por encima de la superficie, ocasionando violentos remolinos en una zona muy amplia.

—Mira nomás qué aparato. . . —Tico se acercó a él y orgulloso le mostró su cámara.

—Fiu. . . —silbó Miky, tomándola, asomándose a su visor, operando el zoom en un sentido y en otro—. Está bárbara. . .

—Claro que sí. . . —Con algo de impaciencia, Tebaqui recuperó su Nikon y dirigió el lente hacia el rostro de Atuey, que seguía sentado en la cama—. ¿Te tomo una a tí. . . ?

—Vale. . . —Miky se levantó entonces totalmente desnudo y, con las piernas abiertas, posó haciendo el bizco o desfigurándose al tirar de las comisuras de su boca con los dedos meñique.

—Ponte serio, y no te muevas tanto. . . —le pidió Alberto Tebaqui Vidal, ocultando rápidamente su confusión detrás de la cámara, porque acababa de ver, a través del lente, más cerca que nunca (tan cerca que casi podía tocarlo, olerlo, contar cada uno de los vellos negros de entre los que surgía) el miembro circunciso de Mauricio.

—¿Qué tanto esperas. . . ? —lo apremió Atuey, que había borrado de su cara la expresión de clown.

—Voy. . . —dijo Tico siempre detrás de la cámara, mirando esa parte, para él tan atractiva, del cuerpo de Mauricio. Tembloroso, su dedo oprimió el disparador y luego, rápidamente, le buscó el rostro con el lente fingiendo que variaba de ángulo— Ahora, volteá para allá. . .

MAS QUE el juego de béisbol que estaba siendo televisado desde los Estados Unidos, lo que parecía interesar a todos era agotar entre risotadas, palabrotas y ruidos obscenos, el brandy que aún contenía la botella que por la tarde, en el jeep de la finca, habían ido a comprar al pueblo. Cuando los *Yankees* fueron al bat en la cuarta entrada, ya con nueve carreras de ventaja, Iván Falomir se levantó, dijo, para ir a orinar, y no regresó. Poco después, tambaleándose también, se fue Lucho Cortés, y pronto lo siguieron Pato López y su hermano. Al concluir la séptima entrada, sólo quedaban en la

sala, sentados en el mismo sofá, sobrio y expectante, pues por compromiso apenas había probado el licor, Alberto Tebaqui, y ebrio (tanto que no respondió cuando Tico le preguntó cómo se sentía, ni demostró haberse dado cuenta de que le tocaba la cara con los dedos), Mauricio Atuey.

—Vamonos ya a dormir, ¿sí? —sugirió Tebaqui, hablándole al oído, casi rozando con los labios la piel del cuello de Miky, que olía a sol y a sudor.

Tico se dio cuenta entonces de lo mucho que le temblaban las manos, de lo seca que de pronto se le había puesto la boca y de lo repetidamente que la sangre estaba llegándole a las sienes. Pero sentía también, nunca antes así de fuerte, la exaltación del deseo; una curiosa, irresistible apetencia.

Quedó como paralizado, preguntándose si debía atreverse hacer en la realidad, con Mauricio, lo que tantas veces en la película hacían aquellas dos ardorosas mujeres, la mayor y la casi niña, con el chico repartidor de flores.

—¿Nos subimos ya, Micky?

Como si no tuviera control sobre ella, la mano de Tebaqui procedió a acercarse lentamente a la pierna de Mauricio. Sobre el muslo, en espera del rechazo, quedó quizá más de un minuto. Después de tan larga indecisión, la mano, ya sudorosa, insegura aún, continuó avanzando. De pronto muerta, volvió a detenerse, ahora cubriendo, ocupando sin peso, la ingle del pantalón vaquero de Atuey, dentro del cual, como respondiendo, su carne empezó a abultarse.

Ya no tímidamente como un momento antes, los dedos ansiosos de Tico Tebaqui (en un alarde de audacia que más lo excitaba a medida que iba produciéndose) empezaron a tirar del cierre de cremallera y a descubrir así, poco a poco, hasta que estuvo expuesto del todo, lo que la tela azul podía apenas contener ya.

LA CAMA DE Mauricio Atuey estaba exactamente igual a como Tico la había visto la noche anterior cuando subió a su recámara, casi huyendo, muy aturdido por lo que había hecho con él en la sala. Muchas horas había pasado a oscuras, esperando a Miky, pero éste, al parecer, ebrio como se había puesto, había preferido quedarse dormido en el sofá y frente al televisor que Tebaqui dejó encendido.

Tico se vistió de prisa y bajó a buscarlo. Era muy temprano y la abuela todavía no empezaba su trajín en el corral de las ponedoras, o en la cocina dirigiendo a los criados que la ayudarían a preparar el desayuno de los muchachos; ni se le escuchaba en los establos hablando con los que dirigían la ordeña mecánica, o con el zootecnista de guardia, o con los que de la capital de La Paz y de otros puntos de la cuenca llegaban de madrugada a llevarse en grandes tanques la leche que se producía en la región de Las Huertas.

Buscó a Miky en la sala. Tampoco lo encontró en la galería ni en el galpón donde se hallaban las motocicletas y el vehículo en el que las habían traído con la canoa. El chofer lo orientó:

—Pasó hace un rato para allá —señalando el rumbo del embarcadero.

Y allí estaba Mauricio Atuey, desnudo el torso, descalzo, con el mismo pantalón vaquero de la víspera. Se hallaba en cuclillas revisando el motor fuera de borda que con su gran hélice permitía a la *Vicky I* alcanzar altas velocidades.

Al mirar la sombra de Tico tendida junto a él sobre las tablas del embarcadero, Atuey alzó la cara:

—¿Ya está el desayuno. . . ?

—Todavía no. Es temprano. . .

—¿Los otros. . . ?

—Deben estar dormidos. No vi a ninguno.

—Son muy güevones, sobre todo El Pato. . .

—Sí. . . —Tebaqui se había puesto también en cuclillas y Mauricio siguió apretando con un largo desarmador uno de los lomillos de la hélice. Al soslayo, Tico le buscaba en la cara un gesto, una señal, que le permitiera averiguar si Miky estaba enojado con él, avergonzado o tan confuso como el propio Tico, por lo que entre ellos había ocurrido la noche anterior; pero no la encontró. Lo alivió un poco suponer que quizá, a causa de lo que había bebido, Mauricio Atuey no recordaba, y al no recordar. . .

—Cuando subí al cuarto tú estabas roncando. . .

—¿Yo? —se extrañó Tebaqui.

—Con la boca abierta, roncando. . .

—¿Cómo lo sabes, si no dormiste en tu cama. . . ?

—No estoy diciendo que haya subido a dormir. . .

—Entonces, ¿a qué fuiste al cuarto. . . ?

Mauricio Atuey terminó lo que estaba haciendo, guardó el desatornillador dentro de la bolsa azul de la herramienta; colocó ésta en un compartimento situado en la popa de la *Vicky I* y con un trozo de borra que sumergió en un bote de gasolina, empezó a limpiarse los dedos.

—A mear y a recoger la cámara que me regalaste. . .

Alberto Tebaqui Vidal se levantó al mismo tiempo que lo hacía Miky. La gran luz empezaba a ocupar las aguas de Laguna Blanca. Sus redes en alto, lento el golpe de su remo, algún pescador rezagado volvía lentamente a tierra. En el cielo sin nubes brilló como hoja de cuchillo un jet.

—¿La qué. . . ?

—La Nikon. Esta. . . —Atuey se inclinó a recoger la cámara que había colocado sobre su camisa en el fondo de la *Vicky I* —¿O ya se te olvidó que me la diste. . . ?

Molesto, Tebaqui quiso arrebatársela, pero, más rápido que él, Mauricio, levantándola por encima de su cabeza, impidió que pudiera tocarla, ni aún estirándose sobre la punta de los pies. Dijo:

—Con mi cámara no te metas, por favor. . . Así no me llevo yo contigo, Miky. . . Devuélvemela por las buenas, o. . .

Había una sonrisa de burla en la boca de Atuey, cuando preguntó:

—¿O qué. . . ?

—Dámela, te digo. . .

—Pero si acabas de regalármela. . .

—No me jodas con eso, Miky —Tebaqui apretó los puños, resuelto ya a echarse sobre Mauricio si insistía en prolongar ese juego.

—Cálmate, Tico, y recuerda que tú me regalaste tu cámara para que yo no vaya a contarle a nadie que ya tengo pruebas de que te gustan los machos, porque eres marica, mariposo, invertido, puto. . . Por eso me regalaste la Nikon, y ahora me sales con que no te acuerdas. . .

—No es cierto, no es cierto. . .

—¿Qué es lo que no es cierto, Tico? Lo de la cámara o lo otro. . .

—Nada. . .

—Porque anoche, creyendo que ya estaba dormido, me metiste mano y te pusiste a chuparme la vaina. ¿O vas a negar que eso estuviste haciéndome. . .?

—Miky, yo. . . —Alberto Tebaqui Vidal pretendió iniciar una explicación, pero no encontró más palabras.

Atuey, ufano, se colocó la correa de la cámara alrededor del cuello y procedió a ponerse la camisa. Tebaqui se había aplacado rápidamente y no se atrevía a mirarlo a los ojos.

—Una cosa sí te digo, Tico: por mí nadie va a saber nada. Somos amigos, ¿no? Ahora, por las buenas, dime: ¿verdad que me has regalado tu cámara y los lentes, eh?

—Como Tebaqui no respondiera, Mauricio lo obligó a levantar la barbilla—. Dilo fuerte para que yo lo oiga: ¿me das tu cámara y sus lentes, sí o no?

Tico asintió, al tiempo que la cólera de la impotencia (más profunda en ese momento que la peor que hubiese experimentado contra el abuelo Tebaqui, cuando éste llevaba el rigor de su castigo a la exageración extrema de la crueldad) reventaba dentro de él, violentamente.

—Te la regalo. . .

—¿Y los lentes. . .?

—También. . . —dijo al cabo, bajito, detestándose por cobarde, y al escucharse comprendió que al ceder así de pasivamente, sin poder pelear por ello, algo tan precioso para él como era su cámara nueva, estaba admitiendo al fin, por primera vez, que era vulnerable por ser diferente; que serlo exigiría siempre el pago de un precio, y que a partir de esa mañana, porque ya alguien podría delatarlo, estaría obligado a vivir siempre disimulando, atemorizado y a la defensiva, en continuo conflicto de sentimientos; intruso en un cuerpo ajeno.

HACIA EL FIN del desayuno esa mañana de domingo, la abuela Tebaqui propuso salir de Las Huertas inmediatamente después de comer para, de ese modo, anticipándose al tumultuoso retorno de cientos de miles de vacacionistas, ahorrarse la molestia de pasar cuatro o cinco horas más de las necesarias avanzando a vuelta de rueda por la atestada Autopista del Sur.

—Como es temprano todavía, les sobraré tiempo para jugar un rato o, si quieren ir al pueblo, para oír misa allá. . .

Al pueblo fueron en sus motocicletas, pero no a oír misa, sino a comprar una botella, quesos, mantequilla y crema; dulces del cercano convento que amparaba la señora Vidal de Tebaqui, y tarros de mermelada y miel de abeja, Lucho Cortés y los dos hermanos López. Iván Falomir, con dolor de cabeza por lo que había bebido la tarde y la noche anteriores, y porque sentía muy revuelto el estómago, prefirió quedarse dentro de una hamaca en la galería de la Casa Grande. Mauricio quiso dar un par de vueltas por la laguna y con Tico Tebaqui al timón, la *Vicky I* partió del embarcadero a eso de las diez.

Para lucirse ante los muchos forasteros que para la hora del mediodía ocupaban como cada domingo todos los pequeños playones arenosos, y una buena parte de Laguna Blanca con sus veleros, sus botes de hule inflables, sus lentas canoas de

remos en las que bogaban en busca de peces, y sus lanchas de motor (muy modestas si se les comparaba con esa otra, blanca y enorme, que con frecuencia les pasaba peligrosamente cerca a gran velocidad remolcando al jovencito de la melena rubia y la trusa negra Mauricio Atuey intentaba todas las piruetas que le habían enseñado, a él y a su hermana, desde muy pequeños, los instructores que contrató para adiestrarlos J.J. Estrada; y así, ágil y gracioso, saltaba sin esfuerzo de un lado a otro de la estela; o a mitad del aire giraba sobre sí mismo para continuar deslizándose de espaldas a la popa de la *Vicky I*; o casi rozaba la superficie del agua al practicar el zigzag del slalom que levantaba altos abanicos de espuma, o exhibía qué fuerte era y qué hábil para mantener el equilibrio levantando un ski y retirando una de sus manos del trapecio de cuerda y madera al que iba asido.

"Payaso", pensó Tico al verlo fanfarronear, lucirse como estaba haciéndolo delante de las ocho o diez jovencitas que tomaban sol sobre una balsa de madera amarrada a las cuatro boyas de colores; se dio cuenta entonces de lo mucho que aborrecía ya a quien, hasta que lo despojó de su cámara a cambio de su silencio, había considerado el único, el verdadero, el más querido y leal de sus amigos.

La saliva, de pronto, le fluyó a chorros dentro de la boca como le sucedía cuando de niño algo le causaba miedo, o aún ahora, de adolescente, si sentía estar amenazado por la ira de don Belén, y escupió varias veces. Mientras describía un amplio semicírculo y enfilaba de vuelta al embarcadero cruzando en diagonal Laguna Blanca, Tico Tebaqui se preguntó cuál debía ser en el futuro su relación con Miky y cómo aparentar ante los chicos del Country Club que Mauricio y él seguían siendo los grandes camaradas de siempre, los que se buscaban para jugar al tennis, o para ir a nadar, o para andar juntos. A la abuela tendría que explicarle, de modo que lo creyera, por qué su valiosa Nikon estaba en manos de Miky y no en las suyas; por qué era aquél, y no su nieto, quien tomaba fotos con ella. "Para justificar que no la tengo ya podría decirle que se me ha caído aquí al agua, o que alguien en la escuela me la robó, pero. . ."

A causa del ruido del motor, Tebaqui no escuchaba los gritos con los que Mauricio Atuey, que apenas podía sostenerse sobre los skies en el extremo de la cuerda, estaba ordenándole que aminorara la excesiva velocidad de la *Vicky I* y que cambiara de rumbo, pues habían entrado en la zona de las turbulencias y en línea recta se dirigían, como si quisieran chocar contra él, o desafiar su extraordinaria fuerza, al borbotón que las producía.

Cuando la canoa empezó a saltar bruscamente como si estuviese cruzando un empedrado, Alberto Tebaqui se dio cuenta de que se había acercado más de lo prudente a ese amplio remolino fragoroso. El mismo asustado, comprendió el peligro en que se encontraba y con un brusco golpe de timón desvió un poco el curso —lo suficiente para librar por unos cincuenta o sesenta metros las aguas prohibidas.

Fue en el momento en que la *Vicky I* dejó de saltar violentamente, porque al fin había logrado sacarla de la zona de riesgo, cuando Alberto Tebaqui comprendió que nunca se le presentaría una oportunidad mejor que esa para acallar la única voz que podía delatarlo. Sin dejar de mirar a Mauricio Atuey por encima del hombro, Tico desaceleró hasta que la canoa casi se detuvo. Lo último que recordaría sería a Miky hundiéndose, reapareciendo en la superficie, hundiéndose otra vez, tratando de alejarse de esa

fuerza concéntrica que lo arrastraba. Una especie de repentina ceguera, como si delante de sus ojos hubieran encendido un reflector, lo aturdió.

EN EL ACTA que horas después le dictarían al Agente del Ministerio Público de Las Huertas los enviados de J.J. Estrada, el abogado Arqueles Olmos que los acompañaba, y el secretario particular del gobernador de La Paz, quedó escrito que el menor Mauricio Atuey Orona, había muerto a causa de un lamentable accidente (por lo que no había delito qué perseguir) en presencia de cientos de testigos que vieron cómo la canoa que lo iba remolcando perdía velocidad (a causa de una falla del motor), lo que provocó que el ahora occiso no pudiera sostenerse más sobre los skies y se hundiera. Esos horrorizados paseantes vieron también cómo el menor Atuey provocó su muerte al acercarse imprudentemente a la hélice de la embarcación que lo mutiló.

Los que debían hacerlo, firmaron de conformidad y procedieron a organizar el traslado del cadáver a La Paz, de donde sería reexpedido a la capital de la República, en el jet en el que llegaron los subordinados de Estrada y Arqueles Olmos. A Tico Tebaqui le resultó imposible llorar, o siquiera exhibir ante los otros muchachos, ante su abuela, los policías y cuantos atestaban la oficina donde estaba siendo redactada el acta, una convincente aflicción. Lo único que le preocupaba era volver cuanto antes a la Casa Grande y rescatar, de entre las pertenencias de Mauricio, la cámara Nikon.

—El pobre muchacho quedó tan impresionado por la muerte de su amiguito — comentó Rafaela Vidal Tebaqui, por teléfono con don Belén— que no se da cuenta todavía de lo que sucedió en Laguna.

Pero Alberto Tebaqui recordaba todo claramente en sus detalles. Los remordimientos llegarían más tarde, porque ahora, poco a poco, empezaba a ocuparlo el temor a padecer, apenas estuviese delante de él, en la casa de la ciudad, la furia y quizá también los azotes del viejo don Belén.

BELÉN TEBAQUI reflexionó que si al hijo de Aarón no le gustaba estudiar (lo que era evidente por las mediocres calificaciones con las que había conseguido aprobar los exámenes de su último año de secundaria), lo mejor sería ponerlo a trabajar en Buenavista. Así empezaría a conocer desde abajo y desde adentro el negocio de la familia, que algún día le correspondería administrar y tendría algo más útil en qué ocuparse que andar de vago de la mañana a la noche, ya no en el Country como antes sino en la calle, tomando fotos con esa maldita caja que traía colgada del cuello como un cencerro.

—Tienes que ver las cosas tan bonitas que hace con su cámara.

—Puah. . . Es un güevón; eso es lo que es. . .

—Tico está de vacaciones, Belén, y no creas que pierde el tiempo: pasa las horas trabajando en su cuarto oscuro. . .

—Ordénale que se corte el pelo, que use calcetines, que se cambie de ropa y que se bañe; ¡que se bañe, porque a una cuadra de distancia huele a meados!

—Los muchachos de hoy todos andan así.

—Desde esta noche el baquetón se irá conmigo a la oficina. . . Quiero que llegue al Colegio Militar siquiera con una idea de lo que es la disciplina. Así le costará menos trabajo hacerse hombre. Y no se hable más. . .

LA DE PASAR tantos días vagando con su cámara por las grandes naves ruidosas de Buenavista; recorriendo las callecitas, los callejones y las angostas veredas flanqueadas por los miles de tenderetes que al paso de los años habían ido instalándose alrededor del mercado original; meterse en las sórdidas bodegas donde se almacenaba, siempre de prisa, lo que en unas horas devoraría la gran metrópoli, resultaba ser para Alberto Tebaqui una experiencia extraordinaria, del mismo modo que lo era conocer de cerca, hablar con ellos, oírlos entenderse en su lenguaje de claves, a los seres que hormigueaban a todas horas en torno a la Central de Abastos: compradores, vendedores, policías, transportistas, chalanes, prostitutas, usureros, tahúres, traficantes de mariguana y pastillas tóxicas, viciosos, borrachines, sobre los cuales, lo sabía ya, ejercía también autoridad el viejo Belén Tebaqui Soria.

—Sin él manejándolo, esto sería otra cosa. . . —dijo, convencido, Salud Solís, mirando hacia la nave central a través de los cristales siempre pringosos de la oficina—. Con su puño firme, don Belén ha traído el orden, y gracias a eso, guste o no, queramos o no, todos marchamos al paso que él nos marca. . .

—¿Y si alguien no quiere. . . ?

Salud Solís parpadeó y luego lo miró extrañado, y no supo de pronto qué responderle. En los muchos años que llevaba trabajando con él en Buenavista, nunca se le había ocurrido siquiera imaginar que alguien, fuese quien fuere, se atreviera a no acatar una decisión de Belén Tebaqui, a desobedecerlo en no importaba qué. Ni aún en los tiempos en que lo ejercía Onofre Roca había sido tan absoluto, e indiscutido, el poder del hombre que desde ese cuchitril gobernaba la Central.

—Lo que don Belén ordena, eso es lo que se hace, porque aquí no hay todavía nadie con tamaños para contradecirlo. . .

Aunque Belén Tebaqui había dispuesto que Alberto trabajara en la oficina, el señor Solís, a quien lo irritaba verlo allí, enfurruñado y aburrido, autorizó a Tico a que saliera, como le dijo, a "explorar el terreno"; a empezar a conocer, por el ruido y el olor, cada uno de los lugares en que podía encontrarse en algún determinado momento, y a ver a quienes tarde o temprano tendrían que aceptarlo como sucesor y heredero del Jefe Tebaqui.

—¿Puedo llevar mi cámara?

—Llévala, pero no molestes a la gente con ella.

Unas dos semanas le tomó a Tico asomarse, al principio con timidez, a ese mundo asombroso en el que tantos miles de personas habitaban y en el que cientos de millones de pesos en efectivo cambiaban de manos durante la jornada. Su cámara, cada día más activa, consumió cerca de cincuenta rollos de película y le permitió conseguir una docena de fotografías de buena calidad artística o de mérito documental. Siempre a distancia, pero listo a intervenir si se metía en problemas con alguien, o si alguien le buscaba bulla, un guardaespaldas seguía al joven nieto del Amo Belén.

Cada noche al llegar a la bodega, y antes de proceder a revisar cuentas, o de empezar a recibir la fila interminable de los que siempre solicitaban ser escuchados por él, Belén Tebaqui preguntaba:

—Ese muchacho boludo, ¿hizo algo de provecho hoy? A lo que Solís respondía:

—Lo hizo, don Belén. Por la mañana me ayudó un rato con los papeles y luego, cuidado por Blas, lo mandé a que siguiera conociendo esto. . .

—Puah. . .

UNA TARDE ya fría de finales de noviembre, Alberto Tebaqui tuvo oportunidad de averiguar en qué consistía y con qué propósitos se aplicaba, la política de "puño firme" a la que aludía, siempre con una especie de orgullo personal, el contador Salud Solís. Desde que el abuelo Tebaqui lo envió a trabajar, Tico llegaba a Buenavista a las diez de la mañana y permanecía allí hasta las nueve de la noche en que iba a recogerlo, para llevarlo a casa, alguno de los choferes al servicio de la familia. En esos casi tres meses ni una sola vez había coincidido con el señor Tebaqui en la oficina y sólo una había hablado con él por teléfono. Por eso, cuando don Belén apareció en Buenavista antes de las siete y a gritos avisó a los que lo aguardaban que no recibiría a nadie, por la Central corrió el instantáneo rumor de que algo gordo iba a suceder —como sucedía siempre que el Patrón Tebaqui aparecía así de malencarado a horas que no eran para él las de costumbre.

—Tu, quédate —bufó, al darse cuenta de que Tico, al que parecía no haber visto cuando entró, se disponía a escapar. El único al que la inesperada presencia de Tebaqui no había tomado por sorpresa, era Solís.

—Esta es la relación, señor. . . —dijo con voz tímida, mostrándole un par de hojas de papel en las que Tico lo había visto anotar, uno abajo de otro, a renglón cerrado, los nombres que iba seleccionando de entre los muchos que elegía de las libretas de pastas negras que sacó de la caja fuerte.

—¿Completa, Salud?

—Completa, señor.

—¿Avisada la gente?

—Está afuera la que pidió Benigno, señor.

Durante unos cinco minutos, Belén Tebaqui estuvo recorriendo los ochenta y cuatro nombres que Solís se había ocupado de transcribir. El ceño, lo advirtió Tico, observándolo desde el sitio en que estaba arrinconado, se le iba cerrando al abuelo que de tiempo en tiempo, luego de dos o tres agrios Puah, Puah, y de un par de mordiscos al habano sin encender, movía la cabeza como si no creyera lo que estaba leyendo, y con su vieja pluma fuente anotaba un garabato al margen.

—¿De un solo turno, éstos?

—Del de la tarde, don Belén.

—Esta carajada no puede seguir así.

—Lo mismo pienso, señor.

—Puah. . .

En realidad, y eso lo sabía bien el contador Salud Solís, no eran sólo esos ochenta y cuatro comerciantes de pequeño y mediano capital los únicos que de hecho, aunque sin hacerlo abiertamente, habían roto o al menos interrumpido su relación de negocios con los agiotistas al servicio de Tebaqui. Cerca de doscientos más se hallaban ya en tratos con bancos oficiales y privados que les ofrecían nuevamente, con intereses bajos y mínimos trámites, la oportunidad de librarse de la tiranía del 8x8x8. De no darles un escarmiento a los que empezaban a meter el desorden, la organización de usura que

tantos años le había costado perfeccionar a don Belén sufriría quebranto, más en su prestigio que en sus ingresos. Debía, pues, hacerles sentir que él no estaba dispuesto a tolerar en Buenavista la competencia de nadie, ni siquiera la del gobierno. "Afloja uno la rienda y los cabrones abusan. Pero ahora van a oírme y los que se han ido, los que se están yendo, volverán mañana de rodillas, ¡ya lo creo!, a lamerme los güevos."

Salud Solís arqueó las cejas levemente cuando leyó los tres nombres que Tebaqui había señalado:

—¿Sólo esos, don Belén?

—Por hoy, sí. Empiecen con ellos. Que entre Blas.

Aunque llevaba ocho semanas cuidado por él, Tico no había visto nunca a Blas, el tipo de estatura media, vestido como un estibador, que estaba recibiendo, con la cabeza gacha, las palabras de Belén Tebaqui.

—Sí, señor —dijo, luego de asentir varias veces, cuando el Presidente de la Unión Mutualista de Comerciantes Asociados le preguntó si había entendido, si estaba claro lo que acababa de ordenarle.

Se retiraba Blas cuando Belén Tebaqui miró a Alberto, encogido y distante en su rincón.

—Ey, Blas. Espera —con el tabaco salivoso señaló al hijo de Aarón—. Llévenlo con ustedes. Cuídenmelo. . .

—Sí, don Belén —y entonces, como si esa fuera la primera vez que lo veía, Blas miró a Tico y le sonrió.

Tebaqui se acercó a su nieto:

—Ve con ellos, y aprende —notó la cámara sobre el pecho de Tico—. Deja eso aquí. No vas a necesitarlo.

COMO ERAN del todo inofensivos los tres que Tebaqui había señalado para que esa noche recibieran su mensaje, sólo un automóvil sin luces ni placas, en el que viajaban el comandante Mireyo Parma y cuatro agentes de la Judicial, seguía al que ocupaban Blas, Tico y tres miembros de los equipos de seguridad de Buenavista.

A no más de cinco cuerdas de distancia de la bodega de Lácteos LOR, los dos autos se detuvieron y cuando Tico se disponía a bajar también, Blas le ordenó:

—Mejor quédate; no tardaremos. . .

Fuera de su propio vehículo, los agentes (a los que Tico veía los sábados en la mañana cuando iban a la oficina de su abuelo a recoger los sobrecitos con la gratificación semanal que les entregaba Salud Solís) permanecían a la expectativa mientras Blas y los tres que lo acompañaban se dirigían, acercándose al paso entre los que vendían y compraban, a un viejo camión pintado de verde. Tico vio a Blas discutir con una mujer robusta que de pronto empezó a mover los brazos, a gritar y luego a lanzar golpes alocadamente hasta que uno del equipo de seguridad le hundió el puño en el estómago y ella cayó al suelo, y allí permaneció de rodillas, la cabeza colgada, en tanto que los otros dos ayudantes de Blas se dedicaban a arrojar desde lo alto del viejo camión las cajas de fruta que habían sido estibadas. Con una daga, o quizás un picahielos, Blas se entretenía en pincharle las llantas.

—Brava se puso la vieja —dijo al volver al auto, el hombre que había aplacado de un golpe a la mujer.

—Mañana estará blandita —aseguró Blas.

Encontraron al segundo, Lalo Azcué, al volante de la camioneta en la que aguardaba turno para cargarla con sacos de azúcar. Aunque era un tipo alto y fornido, apenas opuso resistencia cuando los hombres de Blas, siempre amparados a distancia por los judiciales, empezaron a tironearlo por la ropa. A Tico le pareció abuso de todos ellos que lo derribaran y que lo patearan con saña, antes de proceder a destrozar, a culatazos de pistola, el parabrisas y los fanales de su vehículo; pero más le sorprendió darse cuenta de que nadie, aunque había ahí unos cien o doscientos hombres y mujeres, intervenía en defensa del agredido, y que sólo un grito anónimo:

—Montoneros, matones, ya déjenlo —se levantó en alguna parte, cuando Blas y los suyos volvían, sin prisa ni temor, al automóvil.

Tico se atrevió entonces a preguntarles:

—¿Por qué les están pegando? —pero ni Blas, que iba junto a él, ni los otros, consideraron necesario responderle.

Dar con el tercero de los que esa noche debían recibir la palabra de Belén Tebaqui no demandó tampoco excesivo esfuerzo. Lo hallaron donde uno de sus repartidores les dijo que estaba en ese momento: en el depósito de hielo, propiedad de Lácteos LOR, en el que se surtían los fabricantes de helados que operaban en Buenavista. Casi media hora estuvieron aguardando a que apareciera el dueño de la panel, rojo y azul, estacionada junto a la acera, y en cuyos costados grandes letras negras anunciaban

ICE CREAM — NIEVES CAMPEÓN — PALETAS KID

—Le ha ido bien. . . —comentó uno de los de seguridad.

—Aja —concedió Blas.

—Lo que sea de cada quien, es muy trabajador.

—Sí que lo es.

—Fue un gran peleador, el Kid.

—Pero ahora, con sus helados, gana más que cuando andaba partiéndose la madre en los rings.

—Don Belén le tendió la mano hace tres años, y ya ves: en cuanto se sintió seguro, se la ha mordido. . .

Aunque era poco aficionado al boxeo, Tico Tebaqui sabía a quién estaban refiriéndose Blas y sus hombres. Carlos Alva (a) Kid Buenavista (eligió ese apodo porque era nativo del barrio y en él tenía a sus más alharaquientos partidarios) había sido un buen boxeador, que incluso llegó a ostentar por poco tiempo el título de Campeón Nacional de los pesos medios, y que no progresó más en su carrera, aunque facultades le sobran, por su renuencia a someterse a las disciplinas del gimnasio, por su afición a las mujeres, a los amigotes y a los tragos. Ya en declive, Alva retornó al mercado, consiguió un empleo en la fábrica de hielo y, con el apoyo del contador Solís, que había sido su fan, logró que don Belén le facilitara, sin condición ninguna, los miles que necesitaba para establecerse como fabricante de nieve. Varios oportunos reportajes en los periódicos y en la televisión sobre Carlos Alva, el industrial, ayudaron mucho a popularizar su mercancía de sabores, y pronto los triciclos azul y rojo, confiados a otros ex pugilistas, estaban operando más allá de la zona natural de influencia de la Central de Abastos. Cuando pudo hacerlo, Kid Buenavista saldó su deuda con Tebaqui y aceptó empezar a pagar el 8 x 8 x 8 cada vez que solicitaba ayuda para

ampliar su negocio. Por lo que había sido, por lo que era ya, al Kid se le tenían en Lácteos LOR consideraciones especiales: jamás se le presionaba por no pagar a tiempo, ni se le incautaban, como garantía prendaria, sus triciclos de reparto o las dos panel que había logrado adquirir a plazos. Pero, sin duda aconsejado mal, se dijo Salud Solís, un día del mes anterior Carlos Alva decidió entrar en arreglos con uno de los bancos que tan afanosamente buscaban ahora hacerse de clientes en la Central; y desde ese momento evitó encontrarse con quienes hasta entonces le habían suministrado, siempre que tenía necesidad de ellos, los fondos del Jefe don Belén.

Un hombre alto, ya algo gordo, que se abrigaba con una chaqueta negra, apareció en ese momento en la puerta de la fábrica de hielo. Lo acompañaba un muchacho, de unos doce años, con un pasamontaña de punto y una chamarra idéntica a la de Carlos Alva.

—Vamos. . .

La orden de Blas puso a los tres de seguridad en movimiento. Dos por cada lado, se acercaron a la panel justo cuando Alva subía a ella. Tico los miró rodear a Kid Buenavista, hablar con él, sonreír incluso. Luego, empujarlo. Después, entre los cuatro, golpearlo con puños, pies y cachiporras. Por más que Carlos Alva intentó defenderse, terminaron abrumándolo, pateándolo, con seriedad, eficiencia y pulcritud de profesionales. Sin duda asustado, el chico había preferido huir

DE ESPALDAS a ellos, mirando a través de los cristales la movediza mancha multicolor de la nave en pleno bullicio nocturno, Belén Tebaqui escuchó el informe de Blas.

—Está bien —dijo, sin volverse—. Pueden irse. . .

Cuando Blas y los suyos se hubieron marchado, Tebaqui volvió a sentarse frente al escritorio. Todavía padeciendo los efectos de la náusea que le produjo ver cómo Blas y los de seguridad, amparados por los judiciales, golpeaban a Kid Buenavista, Tico observó a don Belén dedicarse otra vez a la lectura de la lista de nombres que le había preparado Salud Solís. Como si se sintiera espiado por él, o como si de él aguardara una explicación, el abuelo lo encaró.

—Acabas de darte cuenta de que para ser algo en esta vida hay que tener inteligencia y güevos; a veces, más güevos que inteligencia y, como hoy, un poco de cada cosa. ¿Me entiendes? —y como Tico no respondiera, insistió algo enfurruñado—. Tú, muchacho, te estoy hablando. ¿Me entiendes?

—Sí, señor. . .

—Esos tres, a los que Blas fue a darles oportunidad de no seguir haciendo pendejadas y a recordarles que sus verdaderos amigos somos nosotros —se volvió a interrogar al contador Solís—, ¿no es así. Salud. . .?

—Así es, señor. . .

— . . .son pobres tipos que mueven muy poco dinero, una mierdita de capital, si lo comparamos con otros de los de esta lista que sí manejan millonadas. . . Te preguntarás por qué, si son poquiteros, mandé a Blas a que les diera un apretón de tuercas. Eso me preguntarías, ¿no?

—Sí, señor —repuso Tico, encogido.

—Y yo te contestaría algo que aprendí en la Cristiada del 34, cuando tenía tus años, y mi jefe era el mayor Jerónimo Pío Rebollo. . . En un pueblo de La Paz, donde lo que

sobran eran los ricos tacaños que no querían contribuir con algo de efectivo a los gastos del Supremo Gobierno, mi mayor Rebollo escogió a los tres comerciantes más jodidos y los colgó de un árbol en la plaza mayor. . . Yo también le pregunté por qué ahorcaba a esos, que eran pobres, y no a los que sí tenían plata. Y mi mayor me dijo: "Ejecutando a esos infelices, los ricotes se han dado cuenta de que hablo en serio, y que á ellos también los ejecutaré si se niegan, como hasta ahora, a cooperar", y por la noche los ricos hacían cola ante la puerta del cuartel, muy ansiosos de entregarnos su dinero. . . Después, vueltas que da la vida, he sabido que un general mexicano hizo algo semejante en una de sus revoluciones. —Tebaqui escupió un pedacito del puro sin arder que se le había metido entre los dientes—. Mañana vas a ver entrar por esa puerta, con el rabo entre las patas, a los pendejos que creyeron que en Buenavista las cosas de dinero pueden hacerse sin contar con nosotros.

CIERTO: BASTARÍA una breve, rápida, resuelta presión de los pulgares sobre la nuez de don Belén, para que pudiera estrangularlo, ahora que había conseguido, sin que el viejo se diera cuenta, ponerle las manos en el cuello. Habría algo de lucha, pues el somnífero no había vencido del todo la resistencia del enfermo y seguramente Mamá Fala o Benigno Acosta, que podría hallarse de guardia en el comedor, acudirían al escuchar los rumores del forcejeo y lo descubrirían tratando de asesinar al hombre al que velaba desde hacía horas en la oscuridad. Tan lentamente como los llevó a ella, Tico Tebaqui fue retirando sus dedos de la garganta del abuelo. Esperar era lo mejor que podía hacer; lo mejor y lo más sensato también.

Con la muerte que él le diera esa noche, ¿se extinguiría el rencor que había ido guardándole a Belén Tebaqui durante tantos años y por tan diferentes motivos? Asesinarlo, ¿bastaría para que de su memoria desaparecieran las razones de su odio? El homicidio, ¿sería el principio del olvido? Tico Tebaqui, echado en el sillón de terciopelo, no estaba seguro de ello. ¿Cuál era la más grave de las ofensas que tenía que resentir de don Belén? ¿Su posible ingerencia en el absurdo fin del mayor Toralli? ¿Su clara participación en el trágico desenlace del incidente de San Eulalio? ¿O la suma de todas las agresiones padecidas por él en silencio y sin posibilidad de tomar venganza? Excepto en su secreto, en todos los demás aspectos de la vida de Alberto Tebaqui Vidal había intervenido, con derecho o sin él, ese hombre temible aun cuando dormía.

El asunto de la revista pornográfica que Mauricio Atuey le había regalado, por ejemplo. La guardaba cuidadosamente en los fondos del armario de su recámara y después, cuando lo tuvo, pues su abuela le había dado la sorpresa de mandar instalárselo, en su cuarto oscuro de la azotea. Una tarde había estado masturbándose mientras repasaba las páginas en las que aparecían los modelos de los crecidos falos. Al otro día, cuando volvió a buscarla, la revista había desaparecido. ¿A quién preguntarle por ella? ¿Cómo recuperar ese material de pecado que tanto le recordaba?

La tarde de un jueves, Benigno Acosta le dijo simplemente:

—Vamos a dar una vuelta. Ven. . .

Lo llevó a una casa donde las mujeres que los recibieron parecían conocer bien a Benigno: unas mujeres, seis o siete, muy pintadas, que lo examinaban con maliciosa curiosidad, que se guiñaban entre sí y se decían cosas que les aflojaba la risa; una risa

de la que a veces, a pesar de su intimidante seriedad, también participaba Acosta. El lugar olía a perfume, a humo viejo y a licor reseco en el fondo de los vasos, aunque estuviese limpiísimo.

Una señora vestida de rojo, algo mayor que las otras, bajaba la escalera apoyándose, un poco teatralmente, en el pasamanos de madera. En alguna parte de la planta alta estaba funcionando un aparato de televisión. Que era un televisor y no un radio, lo sabía Tico porque las voces que alcanzaba a escuchar eran las de los actores que animaban la telenovela que Mamá Fala venía siguiendo, cinco tardes por semana, desde hacía ya casi un año.

—Hola, muñequito. . . —dijo Iris Abril, tocando la barbilla de Tico con la punta de sus dedos de uñas esmaltadas—. ¿Cómo es que te llamas?

—Alberto Tebaqui Vidal. . .

—¿Al que también le dicen Tico?

—Sí, señora. . . —y se preguntó cómo podría conocer un apodo que sólo usaban para dirigirse a él su abuela, Benigno Acosta y los choferes, guardaespaldas, jardineros y sirvientes de la casa. A no ser que Benigno. . .

Iris Abril le echó el brazo, caliente y excesivamente perfumado, por encima de los hombros. Quizá de algún modo sintió que Tico estaba temblando, porque con voz muy suave:

—¿Tiene miedo el muchachito. . .? ¿Verdad que no?

Entonces las otras empezaron a reír, como si lo que Iris Abril había dicho les causara gracia. Tico la detestó en ese momento, al sentirse objeto de burla, y tuvo la sensación de que algo lo amenazaba. Buscó a Benigno Acosta para que lo librara de esas mujeres que lo miraban y reían, lo volvían a mirar y volvían a reír; pero no lo halló. Hizo un esfuerzo para no ponerse a llorar en presencia de todas.

—No.

—Así está mejor: que no tenga miedo, pues nada de malo le va a pasar. . . Hmmm. Al contrario, ya verá. . .

Iris Abril miró entonces lentamente, como reconociéndolas, a las mujeres de su casa que, de pronto, como si estuvieran participando ya en el ritual, se habían puesto serias. Iris Abril sabía por experiencia que cada una deseaba ser la elegida para iniciar a ese chico de menos de quince años en los trabajos del sexo, no porque les interesara ganarse la propina que recibirían del abuelo Tebaqui (que se hallaba arriba, esperando, de sobremesa), sino porque llevar a la cama a un niño virgen traía suerte, aseguraba prosperidad, amor, felicidad.

Iris Abril hubiera deseado imponer su jerarquía de dueña de casa y ocuparse gustosamente del lindo nieto de don Belén; pero escrúpulos de lealtad hacia el hombre al que tanto le debía, le vedaban tal privilegio. "Sería tanto como acostarme con un niño mío, con una criatura a la que conoces desde hace mucho aunque sea ésta la primera vez que la miras."

La que Iris señaló resultó ser de las menos jóvenes; una que andaría en sus treinta años. Don Belén le había pedido que eligiera para Tico a una pupila que conociera bien su oficio y que pusiera gusto e imaginación en su trabajo, "para que el muchacho se haga la puñeta pensando en nalgas de verdad, y no en las de las putas de la revista; y

no me vengas con que está muy chico para andar entre coños, porque yo a su edad ya conocía mujer. . ."

La agraciada por la decisión de Iris Abril, era alta abundosa de senos y caderas. La luz brilló en la pintura de sus labios cuando le tendió la mano a Tico:

—Venga conmigo, mi reyecito. . . Vamos a platicar.

UNA HORA MAS tarde, guiada por Iris Aril, la mujer que acababa de estar en la cama con Tico subió a donde Belén Tebaqui la aguardaba, con una copa de coñac en la mano y su puro *apagado* en la boca.

—¿Qué tal se portó el joven. . . ?

—Muy bien, don Belén.

—¿Machito, machito. . . ?

—Como un hombre de verdad. . .

—¿Tenía miedo. . . ?

—Al principio, sí. . . Es natural, estaba intranquilo.

—¿Le hiciste cosas. . . ?

—Ay, don Belén, ni se pregunta.

Belén Tebaqui le entregó su copa de coñac a la mujer del vestido verde y le señaló un lugar para que lo ocupara frente a él.

—Ahora vas a contarme, despacito y con detalles, cómo estuvo la cosa. . .

LO QUE NUNCA había hecho, antes de marcharse esa noche a Buenavista, Belén Tebaqui fue a buscar a Tico a su recámara. Aunque estaba a oscuras, inmóvil sobre la cama, Tico no dormía. ¿Cómo dormir, así se hubiera masturbado ya dos veces, si se hallaba en tal estado de confusión, sufriendo los efectos del asco que le causaba recordar el olor del cuerpo, del sudor y del perfume de la mujer con la que había estado esa tarde; padeciendo, igual de mortificante, la sensación de que de algún modo se había traicionado a sí mismo al permitir que una extraña hiciera en él, y con él, algo que le repugnaba, que su naturaleza, su cuerpo y su mente rechazaban? No había sido una experiencia agradable, y había necesitado pensar mucho en el Padre Leoncio y sobre todo en Miky, para alcanzar la descarga que tanto sorprendió por su violencia a la prostituta. Aunque grata, la sensación lo fue menos que la que experimentó aquel lejano viernes en el colegio, o la que conoció, inolvidable por diferente, la noche de Las Huertas, cuando él le hizo a Mauricio Atuey, con su boca torpe y temerosa, lo que a él le había estado haciendo con su lengua y sus hábiles labios la desconocida que con ternura lo desnudó, lo lavó, lo roció con agua de colonia y empezó a lamerlo.

La luz cayó de pronto sobre Tico, que se incorporó a medias, rápidamente, parpadeando. Se hallaba desnudo y tenía en tensión el miembro que estaba manoseándose en el momento en que irrumpió don Belén; ese miembro, lo miró éste, cuya firmeza y talla alabara la mujer que lo había recibido en el burdel de Iris Abril.

Tebaqui se acercó a la cama. Indeciso, Tico no sabía si saltar de ella o, de rodillas como estaba, sentarse sobre los talones para ocultar su sexo.

—Tenga como recuerdo. . . —dijo Belén Tebaqui, hablándole de usted, con la cordial brusquedad que usaba para dirigirse a los que deseaba demostrarles una clase especial de afecto, y le dejó sobre el buró una moneda de oro de 50 dólares.

Después volvió a la puerta, apagó la luz y salió de la recámara. Esa había sido, lo recordaría así Alberto Tebaqui Vidal, la única verdadera muestra de cariño que en su vida recibió de su abuelo.

LOS QUINCE o veinte compañeros de Heleno Lara; las humildísimas mujeres y los niños que iban con ellas, y la docena de estudiantes que se ostentaban como Asesores del Movimiento Liberador de Buenavista (MOLBU) habían estado recorriendo desde temprano las redacciones de los diarios y se hallaban ahora en la del Informativo de las 10, en el Palacio de la Comunicación.

—¿Qué les hace suponer que el señor Lara ha sido víctima de un secuestro? —inquirió el reportero a quien le había correspondido entrevistarlos.

El pasante de Economía que había denunciado ante la cámara la desaparición inexplicable del líder de los Estibadores Libres repitió, sin variar ninguna, las palabras que llevaba ya dichas cinco veces esa tarde:

—Si el compañero Lara no estuviese secuestrado se habría comunicado con nosotros. Sabríamos dónde está y cómo encontrarlo. . .

—Quizá el señor Lara no considera prudente, después de la redada en el hotel, dar a conocer su paradero actual. . .

—En estos momentos, el compañero Lara no interrumpiría, por su voluntad, el contacto con los suyos. . . Estamos aquí para denunciar ante la Opinión Pública la posibilidad del secuestro de Lara, y la de algo más grave. . .

—¿Por ejemplo. . .?

—La de que haya sido asesinado por aquellos a los que Heleno Lara y todos nosotros combatimos. . .

—¿Puede nombrarlos. . .?

—No tiene caso hacerlo, pues la Opinión Pública conoce quiénes componen la mafia de Buenavista, contra la que Lara y sus Estibadores Libres luchan para poner fin a una larguísima época de opresión, terror, explotación, abusos y violencia. . .

—¿Dónde han buscado a Heleno Lara?

—En su casa, en la de su señora madre, en las casas de sus amigos. En todas partes. . .

—¿Han preguntado por él en la Jefatura de Policía?

—Niegan que lo hayan detenido. . . Los otros muchos cuerpos represivos que padecemos, lo niegan también. Tan unánime negativa, sin duda resultado de una consigna, lejos de tranquilizarnos contribuye a que nos inquietemos más. . . En este país nadie desaparece como ha desaparecido Heleno Lara, excepto por Orden Superior. . .

NO OBSTANTE que gastó dinero en obsequios costosos para granjearse la simpatía de quienes podían apoyar su petición; que dedicó mucho de su tiempo a visitar a viejos amigos del general Jerónimo Pío Rebollo, cuya palabra era escuchada en el Ejército; pese a que recurrió a funcionarios civiles de indudable influencia en los medios castrenses y a que dentro de ciertos oídos dejó caer la promesa de recompensar generosamente a quien, o quienes, lo ayudaran a conseguir lo que se proponía, Belén Tebaqui no halló a nadie dispuesto a abrir para su nieto las puertas del Colegio Militar.

Las notas escolares presentadas por el joven Tebaqui Vidal eran tan pobres que no alcanzaban siquiera el promedio mínimo necesario para tener derecho a solicitar una prueba de admisión. Por tratarse de quien lo solicitaba, el General y Director, que había servido a las órdenes de Rebollo, autorizó que al aspirante a cadete se le hiciera un test psicológico; otro de los muchos requisitos que debían cumplir los que deseaban iniciarse en la carrera de las armas.

—¿Para qué tanto papeleo, mi general? —demandó impaciente Belén Tebaqui—. Firma el alta de mi muchacho y listo, como antes. . .

—Los sistemas y los tiempos han cambiado, Belén. . . El Colegio no es ya, como fue en alguna época, escuela correccional, reformatorio. Hoy es una institución de gran prestigio académico, conseguido, Belén, gracias a la rigurosísima selección tanto de los profesores como de los que desean ingresar. . .

Dos semanas después, Belén Tebaqui recibió en Buenavista una carta firmada por el General y Director en la que se comunicaba que, muy a su pesar, pues hubiera querido servirlo, el cuerpo técnico del plantel a su cargo consideraba a Alberto Tebaqui Vidal no apto psicológicamente para la profesión militar.

—¿Malas noticias, don Belén?

—Puah. ¡Cuerpo técnico! Mis güevos. Ya veremos si no me lo dejan entrar cuando le pida al Señor Presidente de la República el favor de que me inscriban al flojo ese. . .

Después de enterarse del contenido de la carta, el contador Salud Solís le devolvió a Tebaqui, que seguía murmurando injurias contra los que ahora manejaban el Instituto Armado: burócratas que en su vida habían oído la pólvora; pero, eso sí, sentían ser los inventores de la guerra. Cuando el Presidente Vitalicio de la UMCA se hubo aplacado, Solís comentó:

—Si en el Colegio Militar no aceptan por ahora a Alberto, hay otras escuelas. . .

—Claro que las hay, y mejores. . . —el puño cerrado de Tebaqui cayó sobre el vidrio que cubría el escritorio—. Busque una buena, en los Estados Unidos. . . Así, de paso, el inútil ese aprenderá inglés. . .

—No hay por qué enviarlo al extranjero, señor. Aquí tenemos una escuela tan buena como la mejor de Norteamérica y, en casi todo, comparable a nuestro Colegio Militar. . . La conozco muy bien, señor, por eso la recomiendo así. . . A mi hijo Eudocio, que era un caso, un mala cabeza, lo enderezaron allí. . . ¿Se acuerda de él, verdad?

—Sí, sí. . . ¿El que tenemos de administrador en la Cuenca Oriente?

—El mismo, señor.

—Puah. No se hable más. Averigüe qué se necesita para inscribir al muchacho en, ¿cómo dice que se llama eso. . .?

—Instituto Militarizado Internacional. Para abreviar: IMI.

RAFAELA VIDAL de Tebaqui encontró muy linda la suite (recibidor, sala de estudio, baño y dormitorio) que en la sección especial ocuparía su nieto durante el curso. Le gustaron las espaciosas aulas, los laboratorios de idiomas, física y química, y los gimnasios. Aprobó las cocinas y los diferentes comedores. Se emocionó en la capilla Ecuménica y antes de marcharse de vuelta a la ciudad lloró un poco en presencia del coronel y director Asúnsulo, por tener que separarse, por primera vez en doce años, de su nieto Alberto.

—Quiero que me lo cuide mucho, general —le rogó, trastocando los grados—. Es tan niño todavía. . .

—El cadete Tebaqui estará aquí mejor cuidado que en su propia casa, señora. . .

A los alumnos del IMI sólo les estaba permitido hacer una llamada telefónica durante el día; pero no recibir desde el exterior más de tres cada 24 horas. Si así lo aprobaban los padres o tutores, salían del Instituto los viernes por la tarde y, para no ser sancionados con puntos malos, debían estar de vuelta al anochecer del domingo. Por orden del señor Tebaqui (Tico adivinaba que lo hacía para que sintiera el rigor de su autoridad y como castigo, pues no logró que el Presidente de la República se comprometiera recomendando su admisión en el Colegio Militar), el nuevo interno no disfrutaría de ese asueto de fin de semana durante el primer trimestre, ni tampoco tendría derecho a ausentarse en los feriados.

—¿Me llamarás todas las noches para contarme cómo pasaste tu día, mijito? —Sí, mamá. . .

—Abrígate bien, Tico, porque aquí arriba hace frío por las noches, me han dicho. Cuida tu garganta. Recuerda tus anginas. . .

—No te preocupes, mamá. Me cuidaré.

Luego del último beso, Rafaela Vidal Tebaqui, siempre con su hábito carmelita que olía a madera de sándalo o a lavanda, en ocasiones a vainilla y otras a canela, le dejó la despedida de la cruz dibujada por sus dedos sobre la frente, el pecho, los hombros y los labios. De prisa, para no soltar otra vez el llanto y mortificar a Tico, abordó el Buick azul, subió el cristal de la ventanilla, y le pidió a Benigno Acosta que regresaran a casa.

NO HABÍA imaginado Alberto Tebaqui, cuando su abuela le comunicó que don Belén había resuelto internarlo en el Instituto Militarizado Internacional, que éste fuera a ser, como en realidad parecía, más un hotel de lujo que una escuela a la que las familias que podían abonar las abultadas colegiaturas enviaban a sus hijos a educarse conforme a muy estrictas normas de disciplina cuartelaria. Por la Suite 27-A, en la que estaba hospedado, se pagaba cada mes una suma equivalente a la que devengaba, en seis, uno de los choferes de la casa. Tan elevado alquiler justificaba las dimensiones del dormitorio, del cuarto de baño (al que no le faltaba un sauna individual) y del estudio, adecuadamente equipado para que el alumno pudiera escuchar las grabaciones del laboratorio de Idiomas o repasar, en la casetera japonesa, los materiales didácticos que con sólo pedirlos le proporcionaría, cuantas veces fuera necesario, el capitán encargado de la videoteca.

—Y si así lo quieres, puedes conseguir con él, pagando, las últimas novedades en películas porno. . . Sin exagerarte, el tipo maneja cientos de títulos, viejos o nuevos. — le informó José María Balmaceda, el chico guatemalteco, habitante de la Suite 26-B, que estaba ayudándolo a desempacar su ropa y a guardarla en el armario.

—¿Cómo se le permite. . .?

—Como se permite todo aquí: participando de las utilidades del negocio, de ese negocio, porque hay otros que también dejan mucha plata.

—¿Cuáles?

—Si quieres pastillas, las hay. Acido, igual. Si quemas yerba, no hay problema: abunda y de la mejor. Si te gusta la coca, el polvo o la nieve, según quieras llamarla, se consigue. . . Por cierto, tú, ¿a qué le haces?

—¿Yo? A nada. . .

—¿Seguro? —Tico asintió. Balmaceda le hizo un guiño —Estamos en confianza, y no me asusto. . .

—Seguro. No fumo ni cigarros, y tampoco me gusta el trago.

—Pues aquí todos, de un modo o de otro, le hacemos a algo. Yo, por ejemplo, quemo; no mucho, pero quemo de vez en cuando. . .

—En la dirección, ¿no saben nada de todo eso. . .?

—A la dirección lo único que le importa es que este congal funcione sin problemas y siga siendo, para los dueños, el cojo-nudo negocio que es. Te lo digo yo, que llevo viviendo aquí dentro casi tres años. . . Nomás pregúntame qué no he visto, oído o sabido en ese tiempo. . .

—La disciplina, el orden, el. . .

—Mamadas, como dicen los mexicanos que tenemos. . . ¿Quieres levantarte media hora más tarde? Paga, y al pasar lista te dan por presentado. . . ¿Te jode tender la cama y asear tu cuarto? Saca un billete y el que lo recibe te enviará a alguien que lo haga por ti. ¿Necesitas hablar por teléfono más de una vez al día, o recibir cuantas llamadas quieras? Sencillo: abre la bolsa y listo. . . ¿Tienes ganas de echar un polvo? Pues se lo comunicas a quien debe saberlo, sueltas la comisión y, pum, te dejan salir a la ciudad, o te mandan traer una puta para que la folies, discretito, en algún lugar del colegio. . .

—Si hay tanta libertad, ¿por qué no traerla aquí, a tu cuarto?

—Antes se podía. Pero hará cosa de un año y medio tal facilidad fue cancelada porque hubo un escándalo. Nueve cadetes de tercero se tiraron a una de las muchachas que venían, y los muy cabritos sólo le pagaron por un servicio. . . Ella se mostró inconforme, amenazó con hablar, y para que el asunto no llegara a la policía o a los periódicos, la dirección le cubrió la factura. . . Hubo castigos, cese fulminante a varios elementos del personal que se entendían con los que estábamos dispuestos a sexar, y ayuno de mujer por cuatro o cinco semanas. . . Después, poco a poco se les fue dejando volver, pero ya no a los dormitorios, sino, como te digo, a otros lugares más secretos que no conoce uno hasta el momento mismo. . .

Algo más tarde, con Balmaceda renqueando a su lado, Tico Tebaqui recorrió el campus del IMI y conoció los rincones donde los alumnos se reunían, igual para afumar sus gordos cigarrotos de mariguana que para celebrar sus siempre populares competencias de masturbación, de las que resultaba triunfador, y se llevaba la mitad de las ganancias, quien conseguía proyectar a mayor distancia su chorro de semen. Se preguntaba Tebaqui cuánto le habría costado a la familia Balmaceda, ricos rentistas de una Guatemala constantemente amenazada por el golpe de Estado y la revolución popular, conseguir que José María fuera admitido como interno en el Instituto si era, de hecho, un inválido: bajo de estatura, jiboso y con la pierna derecha más corta que la izquierda. Lo que en verdad le impresionó de él fueron sus manos defectuosas; cada una estaba formada por un pulgar muy grueso y esa especie de garfio que integraban,

unidos por la uña ancha y plana, los otros cuatro dedos que no alcanzaron a desarrollarse de manera normal.

Como si hubiera adivinado qué estaba pensando, y quizá también para que no siguiera mortificándose cada vez que lo mirara sin atreverse a preguntarle por qué tenía las manos así, Balmaceda, que prefería ser llamado Chema, le informó:

—Sucede que mi madre, cuando estaba preñada de mí, tragaba no se qué pastillas tranquilizantes, y me parió así. . . Pero, aquí donde me ves, con manitas de fenómeno, me hago la puñeta mejor que nadie, y en artes marciales me rifo con quien sea. ..Ya propósito, ¿has elegido ya el deporte opcional en que tienes derecho a inscribirte?

—De chico jugué mucho tennis. . .

—Del tennis, olvídate. . . Desde que la tele lo ha puesto de moda, todos quieren andar dando raquetazos. . . Aunque hay seis entrenadores y ocho canchas, con horarios de las 1 de la mañana a las 7 de la tarde, las clases están saturadas de lunes a viernes. . . ¿Por qué no te quedas, como yo, sólo en karate? Tenemos un maestro increíble; un tipo que te va a caer bien. . .

Fue así, esa clara tarde, caminando por los jardines desiertos del IMI, cuando Alberto Tebaqui Vidal escuchó hablar por primera vez del fisioterapeuta, maestro de educación física, cinta negra (sexto dan) Antonio Toralli —antiguo mayor del Ejército; ex campeón continental de salto de longitud en máquinas de gran cilindrada; ex miembro, y a la fecha asesor técnico, del Escuadrón Latinoamericano de Motociclismo Acrobático, y profesor titular del curso de defensa personal y artes marciales en el 1M1.

LOS VEINTICUATRO que se habían inscrito en el curso que esa mañana se iniciaba (descalzos todos y, como él, vistiendo el holgado uniforme blanco que les proporcionaron la víspera) escuchaban la que el mayor Antonio Toralli llamó, antes de entrar en materia, "explicación necesaria para que reflexionemos sobre el principal elemento de ataque y defensa que habremos de usar, no sólo durante los meses que duren nuestras clases, sino a lo largo de nuestras vidas: el cuerpo, nuestro cuerpo". Hablaba con mucha seguridad, como si repitiera de memoria, pensó Tico, algo que había dicho antes quizá cientos de veces. De ese recitado, el cadete Alberto Tebaqui Vidal retendría algunos conceptos:

—Vivimos dentro de nuestro cuerpo y en consecuencia todos, jóvenes o viejos, debemos aprender a conocerlo para poder comunicarnos con él a voluntad. . . La gran mayoría de los seres humanos, me hacía ver un estimable maestro, están muertos del cuello para abajo porque ignoran de qué modo obtener el máximo rendimiento de ese maravilloso conjunto de músculos que configura un Cuerpo, así con mayúsculas. . .

El mayor Toralli había dispuesto que el grupo de los novatos formara, por orden de estaturas, una fila frente a un número igual de cadetes veteranos. Como si por primera vez les pasara revista, como si estuviese dotando de rostro a cada uno de los veinticuatro nombres de la lista de muchachos a los que le correspondería iniciar en la disciplina filosófica y deportiva de la que era experto, el instructor caminaba sin dejar de hablar, mirando esas caras jóvenes punteadas de acné casi todas, que enrojecían, como le sucedió a Tebaqui, si él dejaba su mirada en alguna de ellas un segundo o dos más que en la de otros. Era un hombre sin duda muy fuerte y corpulento, aunque no graso; de muñecas anchas que no parecían corresponder a las manos, más bien

pequeñas y de finos dedos. El vello del pecho, negro y arremolinado, se confundía con la barba que le sombreaba de azul las mandíbulas recién afeitadas al ras.

Proseguía, sus ojos siempre en los de sus alumnos de nuevo ingreso:

—Si desde que se tiene la edad de ustedes aprendiéramos a conocer, a respetar y a amar a nuestro cuerpo, a sintonizarnos con él en todo momento, llegaríamos a viejos conservándolo fuerte, sano, hermoso, atractivo, sin adiposidades que nos avergüencen. . . La vida es amor. Eso aprendí de mis maestros hace mucho. Eso quiero que todos ustedes aprendan de mí: que la vida es amor y que el cuerpo, nuestro cuerpo, es el más importante sujeto del amor. Pero tener un cuerpo fuerte, saludable y sobre todo atractivo, demanda sacrificio, constancia, moderación y, repito, amor, mucho amor hacia esa maravilla de la creación que es el cuerpo de un hombre, de un joven hombre que ha sabido cuidarlo.

Terminado su recorrido, Antonio Toralli había vuelto al sitio donde lo había iniciado: allí, apenas disimulado por el uniforme ritual lo contrahecho de su cuerpo, José María Balmaceda, el de menos estatura de los veteranos, se alistó para tomar parte, como oficioso auxiliar que era del mayor, en la demostración de habilidad que invariablemente seguía al discurso, cuyas últimas palabras los habían impresionado

—Se han inscrito en el curso elemental de una actividad, como son las artes marciales, en la que el cuerpo del ejecutante constituye a un tiempo su arma de ataque y su escudo —expresaba Toralli—. Bien sabemos, y mejor lo aprenderemos, que la habilidad siempre cuenta más que la fuerza. Así sea débil y pequeño, nadie, nadie está en condiciones de inferioridad ante nadie. . . Prepárense a ver, en la práctica, cómo las fuerzas de dos hombres físicamente desiguales se igualan cuando se pueden sintonizar cerebro y músculo. . . Balmaceda. . .

—Presente —respondió José María, proyectando hacia adelante, orgulloso, los huesos de su pecho.

— Suárez Olmos Nicolás —nombró el profesor Toralli, y un muchacho alto y fornido repuso, la mirada al frente, en posición de firmes:

—Presente. . .

A los miembros novatos de la clase les explicó Toralli, como si no lo hubieran adivinado ya:

—El cadete Balmaceda, que no es precisamente un gigante, va a demostrarnos cómo es posible neutralizar la agresión de un adversario, como Suárez Olmos, que lo aventaja en peso, alcance y estatura. . .

Con extraordinaria facilidad y notable rapidez ("producto lo uno y lo otro de la práctica", apuntó Toralli) Chema Balmaceda rechazó la acometida de Suárez Olmos, lo derribó sobre los colchones de lona y terminó sometiéndolo. El mayor felicitó a ambos y continuó la clase:

—Esto que ahora ven —estaba mostrándoles, recién sacado de su funda de cuero, un largo cuchillo de monte— es un arma mortal, por desgracia usada muy frecuentemente en pleitos callejeros o en asaltos, para herir, matar o amenazar. . .

Lo había tomado por la punta y lo balanceaba mientras recorría la fila de los novatos buscando uno que lo ayudara a demostrar a los otros cómo salir bien librado, y aun victorioso, de una agresión con arma blanca. Se detuvo ante Alberto Tebaqui Vidal, que volvió a sentir un calor de sangre en la cara. Le preguntó, por segunda vez, su nombre.

—Tebaqui Vidal Alberto. Primero A.

—Bien, cadete Tebaqui —le ofreció el cuchillo, que Tico tomó con mano torpe y sudorosa por el mango de asta de venado—. Con esto vas a tratar de lastimarme, debes tratar de lastimarme. . . Te ordeno que me ataques en serio, como si me odiaras, como si quisieras acabar conmigo. . . De no hacerlo como te lo pido, de nada serviría la demostración. ¿Entendido. . .?

—Sí, señor. . .

Luego de titubear un poco, de escuchar los gritos de Chema Balmaceda animándolo a herir al instructor, Tebaqui lanzó un tajo contra el cuerpo de Toralli, que se hallaba deliberadamente a su alcance. Su mano, y él no supo en qué momento, fue atrapada por la del maestro, y luego doblada de modo que sus dedos soltaron el cuchillo al tiempo que padecía un violento dolor en el hombro y en el brazo y que las luces del gimnasio se apagaban dentro de su cabeza.

Se encontró después sobre la lona, dominado, sofocado, vencido por el sólido y recio cuerpo del mayor Toralli; por ese cuerpo que se comunicaba con el suyo a través de la tela del uniforme, de un modo especial y perturbador que él entendió. Muy tranquilo, sin que su propia respiración hubiese perdido ritmo, Toralli estaba diciéndole a sus nuevos alumnos algo que Tico escuchaba pero no comprendía, porque las palabras del maestro, dichas muy cerca de su oído, porque la toma de lucha aún continuaba, le producían el efecto de una quemadura y la sensación nunca antes conocida, tampoco siquiera imaginada, de que dos cuerpos podían llegar a ser, en un momento como ese, de un modo inexplicable, uno solo.

HACIA EL amanecer, cuando al fin consiguió que la debilidad más que el sueño lo venciera, Tebaqui había perdido la cuenta de las veces que se había masturbado. No importaba cuántas, porque ahora no estimulaban su fantasía imágenes antiguas, sino el recuerdo de Toralli, unido a él en el gimnasio frente a los compañeros de clase; de Toralli, después, compartiendo con todos, pero sin mirarlo a él en ningún momento, el regocijo de la ducha colectiva; el de Toralli con su ceñidísimo uniforme de cuero negro, de aspecto vagamente militar aunque sin insignias, que lo hacía verse más atractivo a los ojos de Tico, que desnudo en el baño; el de Toralli realizando en el patio de recreo, como si estuviese luciéndose sólo para él, una serie de vistosas acrobacias en la motocicleta que prefería usar para transportarse desde la ciudad a la meseta ocupada por el IMI y para volver a aquella, por las tardes, recorriendo cuesta abajo la sinuosa carretera que abría y cerraba sus repetidas curvas de cemento a lo largo de treinta y tantos kilómetros de pinares.

EXCEPTO A Macario Ugartechea-Urrutia, terco en rechazar cualquier sugestión que hiciera Tebaqui, a los otros miembros de la directiva de la UMCA les pareció bueno el plan que proponía su Presidente Vitalicio:

—Conseguiremos varias cosas, todas importantes —explicaba Belén Tebaqui entre un estornudo y otro, mientras Salud Solís procedía a hacer las llamadas telefónicas de larga distancia necesarias para que pudiera ser puesto en práctica lo que la mesa acababa de aprobar—. Primero: demostrarle a la opinión pública, siempre envenenada por la prensa en contra nuestra, que estamos en la mejor disposición de abastecerla de

lo que por culpa del bloqueo no puede salir de Buenavista. Segundo: hacerle sentir al hijodeputa de Heleno Lara, que nuestra paciencia tiene un límite y que él y su gente, con su estúpido paro, nos han llenado los cojones de piedritas, y, tercero, que es lo que en verdad deseamos: lograr que se compliquen de tal modo las cosas que el Presidente, ya que sus maricones policías no se atreven a intervenir, se decida a mandar a los soldados a restablecer el orden puesto de cabeza por los paristas desde ayer. . .

Cuando Macario Ugartechea-Urrutia habló, quienes lo secundaban asintieron:

—El Presidente no dará ese paso. . .

—Lo forzaremos para que lo de —había belicosidad en el tono y en la actitud de Tebaqui—. Le haremos sentir que para él es preferible ponerle un "hasta aquí" al problema, que dejar correr más el tiempo. . . El Gobierno todavía hoy puede controlar la situación; mañana, ¡quién sabe. . .!

Una hora después de que el CP Salud Solís terminó de transmitir las órdenes urgentes del Jefe Tebaqui al último de los grandes proveedores mayoristas, seis largos convoyes procedentes de cada una de las provincias del altiplano que diariamente abastecían a Buenavista, se movilizaban ya, hacia la gran metrópoli, tan de prisa como se lo permitía su pesada carga de víveres. Como todos los suyos, el plan propuesto por Tebaqui era simple: ya que los estibadores libres de Heleno tenían sitiada a la Central, ellos, miembros de la Unión Mutualista de Comerciantes Asociados, improvisarían a retaguardia del cerco dos o tres mercados similares a los que el Ayuntamiento plantaba en los barrios más pobres en época de escasez o de especulación.

Estornudó Tebaqui.

—Doce, quince, veinte trailers que alcancen a llegar —objetó sardónico, blandiendo siempre su fute, Macario Ugartechea-Urrutia—, no van a darle de comer a millones de gentes. . . Hacer lo que don Belén pretende sólo servirá para complicar las cosas más de lo que ya están, y para provocar choques violentos de los que se nos acusará, y con razón. . .

Lo que Tebaqui deseaba conseguir era exactamente lo que Macario estaba temiendo. Las condiciones para que el estallido del descontento estaban dadas, y la UMCA, como grupo y Belen Tebaqui en lo particular, sabrían aprovecharlas. En las últimas horas, lo consignaban así los periódicos, la radio y los informativos de la televisión, habían aparecido numerosas pintas en los muros de la ciudad, exigiendo:

MANO DURA, SEÑOR PRESIDENTE
AGITADORES COMUNISTAS AL PAREDÓN
NO TOLEREMOS MÁS EL ABUSO DE LOS ENEMIGOS DEL PUEBLO
¡ORDEN — ORDEN — ORDEN!

y también leyendas muy conocidas que parecían contradecir a aquéllas:

ALTO A LA REPRESIÓN
LIBERTAD A PRESOS POLÍTICOS
PRESENTACIÓN DE LOS DESAPARECIDOS
GOBIERNO: RESPETA EL DERECHO DE HUELGA
MUERA LA CÍA. MUERAN LOS FASCISTAS

ABAJO LA IGLESIA VENDIDA

En la Cámara de Diputados, la sesión de rutina había degenerado, como la definió un columnista en su comentario radiofónico de las 16:30, en un "verdadero herradero". Enemigos ideológicamente irreconciliables (excepto cuando se trataba de hacer frente común contra el Gobierno), los radicales de la extrema derecha y los ultras de la izquierda, ocupaban por turno la tribuna para denunciar a gritos, imponiéndose a los de sus adversarios del partido (mayoritario) en el poder:

- El vacío de autoridad
- La indiferencia del régimen
- La incompetencia del sector oficial
- El maridaje reprobable de cínicos y corruptos
- El vacío de autoridad
- La impotencia del Gobierno
- La podredumbre del sistema
- El abusivo nepotismo
- La negligencia del equipo
- El vacío de autoridad

y prolongaban así la desazón del líder del control político, que no conseguía, ni con amenazas, promesas o súplicas, hacerles callar o al menos que atemperaran sus críticas.

Corría el rumor de que estaba siendo organizada, con la probable intromisión de varias embajadas extranjeras (de orientación marxista-leninista, según unos; de filiación capitalista, al decir de otros) una multitudinaria marcha de protesta en la que participarían quinientas mil amas de casa y otros tantos obreros, estudiantes, burócratas, campesinos, maestros y empleados de comercio; riada humana que recorrería las calles haciendo sonar las temidas cacerolas y ondeando pancartas en las que se reprobaría la política económica del Presidente; se cuestionaría su política exterior y se exigiría "manos fuera" a quienes las tenían metidas en el conflicto de Buenavista; éste había dejado de ser un problema local para asumir proporciones nacionales y, lo que sí era ya motivo de seria preocupación para el Jefe del Poder Ejecutivo, también internacionales.

MUY MOLESTO, el Presidente apartó los periódicos y las copias de los mensajes que acababa de leer.

—Ya puede llevarse esto —dijo, y su director de prensa, que ostentaba el rango de viceministro, hizo una leve reverencia—. A los directores de los medios pídeles su cooperación para que no festinen lo que está sucediendo. Igual a los corresponsales de las agencias extranjeras. . .

—Lo hemos hecho, señor. . .

Ya a solas, el Presidente volvió a poner los ojos sobre las líneas subrayadas del único texto que había conservado. Una en particular le molestaba: ". . . la excesiva tolerancia que tanto se le censura, ya en público, al Ejecutivo Federal, es, según los observadores, la causa de esta situación, cercana al caos, en que está viviendo el país", y siguiendo uno de esos impulsos que le acreditaban, al tiempo que la de indeciso la

fama de autoritario, tomó la bocina del teléfono que en todo momento le permitía alcanzar a sus ministros y asesores donde estuviesen. Pensó: "Tebaqui es amigo nuestro. Colabora. Me consta. El verdadero problema radica en el tipo ese, Heleno Lara. . ."

Al primer golpe del timbre del teléfono secreto, respondió personalmente el Ministro del Interior.

—Abogado, ¿tienen ustedes bajo control a Heleno Lara?

—No, señor Presidente.

—¿Se le vigilaba?

—Sí, señor Presidente, pero desde hace algunas horas se ha perdido el contacto.

El Presidente llamó después, no al ministro de las Fuerzas Armadas, sino al director de la Inteligencia Militar, oficial en quien confiaba:

—¿Saben algo de Heleno Lara, coronel?

—Negativo, señor Presidente. Quizá en Interior.

—Ahí le perdieron el rastro.

—¿Desea que se le busque?

—Háganlo, coronel, y avíseme.

Marcó después con su índice impaciente el número del Ministro de Asuntos Laborales. Tenía la sospecha, basada en la intuición, de que estaba de algún modo apadrinando, incluso ocultando, al elusivo líder de los Estibadores Libres de Buenavista, con el claro propósito de poner en aprietos ante el Presidente, y en ridículo ante la opinión pública, a su colega de Abastos, al Alcalde y a cuantos, como él, codiciaban la Presidencia.

—Nada sabemos aquí de Heleno Lara, señor. . .

—Pues búsquelo. Sáquelo de donde esté, y hágamelo saber.

—Sí, señor Presidente.

—Hay que llegar, como sea, a un arreglo. . . Negocie con las partes. Hable con don Belén. . . Quiero resultados esta noche.

CASI SIMULTÁNEAMENTE los treinta y dos grandes camiones que desde el interior transportaban legumbres, harina, trigo, aceite, maíz, arroz, sal, carne, frutas, azúcar y alimentos enlatados, llegaron a los alrededores de la Central de Abastos, y sus ocupantes, conforme a órdenes recibidas, procedieron a descargar esa primera y espectacular remesa de víveres y a formar con ellos, a no más de cien metros de donde los Estibadores Libres tenían tendidas sus barricadas, grandes pirámides. Desde el techo de uno de los trailers, un hombre pregonaba por medio de un altoparlante de baterías que esa mercancía, que se pondría a la venta a precio bajo, era la mejor, más clara y contundente respuesta que los socios de la UMCA daban a quienes preguntaban por qué alguien no hacía algo para ponerle fin a la sinrazón:

—Con hechos, la UMCA demuestra su deseo de contribuir al bienestar de los capitalinos. . . Como a todos nos consta, Buenavista ha sido bloqueada abusiva, ilegalmente. . . Pero eso no importa ya porque nosotros, a partir de ahora, seguiremos surtiendo en la medida de lo posible, como estamos haciéndolo en este momento, la demanda de quienes padecen las consecuencias del abuso de individuos que presumen de ser redentores y sólo son gangsters sindicales. . .

NO SOLAMENTE la noticia del violento zafarrancho ocurrido en los alrededores de la Central de Abastos cuando los seguidores de Lara se liaron a golpes, cuchilladas y balazos con los hombres de la UMCA, le ensombrecía el ánimo al Ministro de Asuntos Laborales, mientras aguardaba en ese despacho indescriptible a que apareciera Belén Tebaqui —pieza clave, aunque el Presidente supusiera que lo era Heleno Lara, del enredo. Lo tenía podrido, como solía decir, el rumor, casi confirmado ya, de que por solidaridad con los de la capital los estibadores libres y aun los sindicalizados de media docena de ciudades de provincia, y los de otros tantos centros de captación de semillas y ganado, habían ido, o estaban por ir, al paro; paro que recibiría el apoyo de los transportistas independientes, los mecánicos de aviación, los controladores aéreos, los obreros de las agroindustrias del norte y los estudiantes de sólo-dios-sabe cuántas universidades, tecnológicos, normales y politécnicos.

Aceptó la disculpa que Belén Tebaqui le ofrecía por haberlo hecho esperar, y también la copa de coñac que le puso enfrente:

—Fue desagradable, abogado, que hayamos tenido tres muertos y tantísimos heridos en ese enfrentamiento que no provocó nuestra gente.

—De eso estoy seguro, don Belén.

—Lara ha llevado las cosas demasiado lejos, ¿no le parece?

—Así es, don Belén, y para hablar de eso me he atrevido a venir a importunarle en su casa, estando usted enfermo. . .

—Mi casa, abogado, es la de mis amigos.

El Ministro de Asuntos Laborales le dio un sorbito al coñac:

—Como amigo suyo que considero ser, estoy aquí para solicitarle un favor. . .

—Ordene nomás. . .

Lo miró fijamente a los ojos y mientras estuvo hablando no los apartó de los de Tebaqui:

—Don Belén, permita usted que Lara hable con nosotros; que nos diga qué es lo que en verdad quiere; que ponga sus condiciones. . . Buscaremos cómo darle gusto. ¿No hará usted ese servicio de amigo?

Parpadeó Belén Tebaqui. Luego frunció el ceño y los labios. Le costaba trabajo (¿o habría escuchado mal, a causa de la gripe que lo aturdiría?) entender lo que el Ministro, que no se atrevía ahora a entregarle el rostro, había tratado de expresar.

Después de un explosivo estornudo, y de sonarse con su pañuelo rojo, Tebaqui preguntó:

—Dígame, abogado, si entendí mal: ¿quiere usted decir que soy yo, ¡yo!, quien tiene escondido a Heleno Lara, sólo para alargar esta carajada de huelga y causarle problemas al señor Presidente, que es mi amigo, y a usted, que también lo es?. . .

El Ministro se decidió a encararlo:

—Escuche, don Belén, yo sólo expreso una inquietud que comparten, con el señor Presidente, no pocos miembros del Gabinete. . . Si ninguna de nuestras policías tiene a Lara; si ninguna dependencia del Gobierno lo ha detenido, entonces, ¿dónde está. . .? Para serle sincero, amigo Tebaqui, debo decirle que no falta quien supone que usted sabe algo que nosotros ignoramos: el paradero de Lara, por ejemplo, y que si lo oculta es porque algo busca; digamos, una posición ventajosa para negociar. . . Hablemos con

la franqueza de costumbre, don Belén. . . Dígame qué es lo que desea, y nos entenderemos. . .

Belén Tebaqui abandonó su copa sobre un mueble; se paseó un par de veces antes de hablar:

—No sé, ni tengo por qué saber, dónde está Heleno Lara. De una cosa pueden estar seguros el señor Presidente y usted: no lo tengo yo, no lo tenemos nosotros. A nosotros, tanto como a usted y al señor Presidente, nos interesa hallar a Heleno. . .

Evidentemente, y eso molestó a Tebaqui, el Ministro ponía en duda su sinceridad. Se limitó a sonreír sin entusiasmo:

—Sólo una cosa le ruego, don Belén, no prolonguemos más este asunto. . . Ayúdenos a encontrar a Heleno Lara.

—Desde hace horas, abogado, es lo que trato de hacer: encontrarlo. . .

UNA VEZ MÁS, ¿cuántas ya en lo que había transcurrido de la noche?, la señora Tebaqui se asomó, sin hacer ruido, al interior de la recámara. Como si así evitara ser visto por ella, Tico cerró los ojos y contuvo la respiración. Escuchó, apenas perceptible, el roce de sus pantuflas sobre la alfombra. Después, no estaba seguro de que eso fuese, un murmullo muy suave, como si los dos viejos estuviesen cuchicheando.

La esposa de Tebaqui había levantado y vuelto a tender las frazadas que don Belén había tirado al suelo, incómodo por el calor, molesto porque el sueño seguía eludiéndolo a pesar del sedante, o quizá debido a que sus efectos habían pasado ya. Hablándole al oído le había preguntado si necesitaba alguna cosa y con sus dedos sin peso le había rozado la frente para averiguar si tenía fiebre. Luego, como todas las noches cuando era niño y le permitía quedarse en su recámara, la abuela miró largamente, con la ternura de siempre, a ese meto suyo que tingla dormir en el sillón de terciopelo. ¿Debía cubrirlo con una manta para que más tarde, cuando entrara de lleno la madrugada, no padeciera frío? Tico tenía recogidas las piernas, y las manos, juntas por las palmas, entre los muslos, como si quisiera así mantenerlas tibias. A Rafaela Vidal le hubiera gustado inclinarse y dejarle un beso, pero prefirió no importunarlo. Le emocionaba que Tico se hubiera ofrecido a velar esa noche al abuelo indispuerto. ¿Señalaría eso el principio de la amistad entre ambos? ¿Le concedería Dios algún día la dicha de verlos viviendo en armonía?

EN SU GRAN motocicleta negra, vistiendo el entallado uniforme de cuero que no se identificaba con ninguna arma y que lo hacía lucir tan atractivo, el profesor Antonio Toralli llegó temprano esa mañana de sábado al Instituto Militarizado Internacional. Los pocos alumnos que había en los campos de juego, en la alberca, en los frontones, en las salas de squash, en las canchas de tennis y en los baños, eran los que por haber cometido faltas se hallaban bajo arresto; los que no tenían familia en la ciudad ni ganas de ausentarse del IMI, como era el caso de Chema Balmaceda, o, como en el particular de Tebaqui Vidal Alberto, porque aún debían transcurrir varios fines de semana antes de que tuviera derecho a salir los viernes por la tarde.

Avisados por José María Balmaceda, a quien el mayor Toralli llamó por teléfono desde su casa, quince o veinte de sus alumnos lo esperaban en el gimnasio.

—Tenemos un palco en el Estadio Municipal para asistir hoy a la exhibición de motociclismo acrobático que ofrecerán, junto con elementos de nuestro propio escuadrón, los policías de Nueva York, la ciudad de México, Los Angeles y Caracas. He venido a llevarme a los que quieran ir conmigo. . . Nómbrense los que acepten.

Entre los cinco o seis que no lo hicieron se contó Tebaqui. Algo extrañado, le preguntó Toralli si no le interesaba acompañarlos.

—Sucede, mayor —explicó Balmaceda, porque Tico no había respondido—, que Tebaqui, por orden de su familia, tiene que pasar aquí tres meses sin salir, y todavía no los cumple. . .

—Eso se arregla —brevemente sonrió el profesor Toralli—. Yo autorizo, bajo mi responsabilidad, que salga hoy. Los que me acompañen no van a pasearse, sino a hacer un trabajo de campo como parte de nuestro curso. . .

Como los que habían aceptado acompañarlo resultaron ser más de los que él había previsto, fue inevitable que se apiñaran, entre guasas y pujidos, en el interior de una furgoneta que el mayor Toralli solicitó en la intendencia. Por mucho que sus compañeros quisieran hacerle lugar entre ellos, uno de los cadetes tendría que renunciar a la excursión que tan animadamente para todos estaba iniciándose. Fue entonces cuando Toralli preguntó quién deseaba viajar con él en la motocicleta.

—Tebaqui —sugirió rápidamente José María Balmaceda, y los otros apoyaron:

—Te-ba-qui. . . Te-ba-qui. . .

El mayor Toralli exigió silencio:

—Okey. Tebaqui viene conmigo —le dio después instrucciones al cadete Hermosillo, que conduciría—. Nos encontraremos en el Rudy's de la Plaza del Valle.

—Afirmativo, Mayor —respondió Hermosillo, y varios aplaudieron, como si ir a Rudy's, en la Plaza del Valle, fuera algo que les gustara.

Lentamente, un poco a tirones, la camioneta que manejaba Hermosillo cruzó el patio de maniobras; rodeó el jardín circular, cuyo centro ocupaban los tres altos mástiles en los que eran izadas cada mañana y arriadas cada tarde, la Bandera Nacional, la del IMI y la de la ciudad capital, y tomó el sendero, bordeado de flores, que conducía a la salida de servicio B.

En silencio, Antonio Toralli se encaminó, con el cadete Alberto Tebaqui Vidal, hacia donde había dejado la motocicleta. De la cantina izquierda sacó unas gafas amarillas, parecidas a las de los aviadores, y se las entregó para que el viento o el pelo no le molestaran los ojos.

—Gracias, Mayor. . .

—Tony, nada más. . .

—Sí, Tony. . . —dijo Tebaqui, encendido de rubor. Que recordara, esa era la primera vez que estaba así, a solas, con el hombre que ahora aparecía frecuentemente en sus sueños, inquietándolo.

Toralli terminó de ajustarse el casco de seguridad, blanco con una ancha franja roja en el centro:

—Monta. . . —ordenó, y lo ayudó después a encontrar para su cuerpo una postura cómoda en la parte posterior del sillín—. ¿Te sientes bien ahí?

—Sí, Tony. . . —esa motocicleta no podía compararse, ni por sus dimensiones ni por su potencia, con la que Mauricio Atuey usaba en sus alocados paseos por los

alrededores del Country Club. Junto a la *Harley-Davidson* del instructor, la de Miky era un juguete.

Calzados ya los guantes, Antonio Toralli montó a su vez y puso en marcha el motor.

—¿Miedito? —Asintió Tico Tebaqui—. Abrázate bien y no aflojes. ¿Listo?

—Sí, Tony. . . —La voz apenas alcanzó a salir de los labios, de pronto secos, del cadete Tebaqui, que instintivamente, cuando sintió el sacudón de la motocicleta al arrancar, ciñó más todavía el torso de Toralli, apoyó la mejilla derecha en su espalda de cuero y trabó los dientes.

AUNQUE HABÍAN salido del IMI por lo menos cinco minutos antes que ellos, lo que concedía a éstos una ventaja considerable, muy pronto, en una tangente que luego quebraba a la derecha, alcanzaron, y en una fracción de segundo la dejaron atrás, la furgoneta en la que viajaban alegres y ruidosos Hermosillo, Balmaceda y los otros cadetes. Su cuerpo y el musculoso cuerpo de Toralli, se encontraban tan cerca como lo estuvieron sobre la lona del gimnasio la mañana de la toma de lucha. Tico Tebaqui se Jaba cuenta de que el temor a matarse si Tony perdía el control de la máquina, le estaba produciendo una sensación más profunda y más intensa que la que conoció, viajando con Miky Atuey en su motocicleta japonesa, el mediodía que compitió con Victoria, un apremio de tal suerte irresistible que hubiese deseado poder masturbarse mientras Tony seguía guiando la *Harley-Davidson* así de velozmente por ese camino que olía a resina, en el que cada curva era prolongación y consecuencia de la anterior, que los conducía hacia el valle en cuyo fondo, como abandonada allí, ya no tan lejana pero sí turbia bajo la capa de aire amarillento que la sofocaba casi todo el año, veía la populosa capital del país.

ABIERTO EL TUBO del escape como si aún estuviera en la carretera y quemando el hule de las llantas al circundar a gran velocidad la Plaza del Valle, la motocicleta del mayor Toralli irrumpió aparatosamente en el estacionamiento de Rudy's, uno de los cincuenta y tantos establecimientos (mezcla de restaurante, cafetería, boutique, farmacia, fuente de sodas, expendio de discos, periódicos y revistas, librería y delicatessen) muy visitados a todas horas, que en la ciudad integraban la famosa cadena de ese nombre. Colocó su máquina junto a quizá una docena de otras, todas grandes y lujosas, y guardó los guantes y sus lentes así como los de Tico.

—¿Tranquilo ya? —observando, sonriente, la cara todavía pálida de Tebaqui.

—Sí, ya.

—¿Tuviste miedo?

—Algo.

—Eso es bueno. El miedo ayuda a que uno esté siempre alerta, preparado. No lo olvides.

—No, Tony.

—Vamos a comer algo y a esperar a los muchachos. ¿Has venido antes aquí. . . ?

—Sólo he ido a un Rudy's que está cerca de mi casa. A éste, no. . .

—Te va a gustar. . . Tiene lo suyo. Por las tardes y las noches se pone de ambiente.

. . .

Todos allí parecían conocer al mayor Toralli, y éste parecía conocerlos a todos. Así que con Tico se encaminaba al reservado del fondo, saludaban a Tony, y él respondía llamándolos por sus nombres, sus alias o sus títulos profesionales, varios de los que ocupaban las mesas; los que las servían; el encargado de la caja; el jovencito, de fino rostro, que recibía a los parroquianos; el gordo, ya algo viejo, que fumaba un largo cigarrillo negro con una boquilla de plata y al que acompañaba, cabizbajo, con las manos inquietas junto a un plato con restos de comida, un adolescente.

—Se te extrañaba, Mayor —dijo el hombre de la boquilla, mirando brevemente a Toralli y luego, de arriba abajo, con cierta sonriente atención, a Tico.

—¿Cómo va todo, abogado?

—Va, va. . . —Su impertinencia empezaba a turbar al cadete Tebaqui. Siempre sonriendo, el hombre comentó—: Por lo que se ve, Mayor, a ti no te va nada mal. . . Este soldadito, ¿es sobrino tuyo?

—Es uno de los chicos de mi clase. . . No tardan en llegar los otros, abogado. . .

—Hmmm. . . —El gordo, de labios brillantes como si babeara, sonrió con malicia y sus ojos desaparecieron, por un segundo, entre las bolsas que le colgaban bajo ellos. Se dirigió a Tebaqui—. Dime, criatura, ¿qué tal funciona como maestro este viejo sátiro, eh?. . . Permite que te dé un consejo: no le creas ni la mitad de lo que dice ni la cuarta parte de lo que promete. . . Cuidadito con él. . .

Siguieron caminando hacia el reservado. Quizá por la forma en que lo miraban a él, por la ambigüedad con que le sonreían a Tony; por el descaro con que algunos, sin duda amigos del Mayor, se atrevían a silbarle por lo bajo, Alberto Tebaqui Vidal sentía que el maestro de artes marciales lo había llevado a ese café en el que no se hallaba de momento ninguna mujer, para lucirse luciéndolo, exhibiéndolo, mostrándolo con orgullo de conquistador, con seguridad de propietario; y no sabía, pues era grande la timidez que le producía tanta confusión, si le agradaba o le chocaba, que se le espicara con tan maliciosa insistencia.

En cuanto ocuparon el reservado con asiento y respaldo de vinil, el joven que había ido caminando detrás de ellos desde que entraron en Rudy's, colocó ante Tico la "carta" de platillos y bebidas disponibles.

—¿Lo de siempre, Tony?

Cliente asiduo de Rudy's desde hacía años, la "carta" no tenía ya atractivo ni sorpresa para el mayor Toralli.

—Por favor, sí.

Luego, el que tomaba la orden interrogó a Tebaqui:

—¿Para ti. . . ?

—Pues, sólo un jugo. . .

Toralli decidió:

—Como el mío: papaya y lima. Sin hielo ni azúcar. . .

Justo cuando Toralli comentaba que era hora de que Hermosillo, Balmaceda y el resto de los muchachos hubieran llegado, vieron entrar en el estacionamiento, y buscar un espacio capaz de admitirla, a la camioneta con la leyenda: INSTITUTO MILITARIZADO INTERNACIONAL, pintada alrededor del escudo, en las portezuelas. Un minuto más tarde, en tropel, con el bullicioso Balmaceda bailoteando delante del grupo, los cadetes del IMI ocuparon Rudy's.

—Presentes, mi general. . . —se reportó Balmaceda.

—Quietos, silencio —ordenó Antonio Toralli, pero no con la dureza de la autoridad que empleaba en clase si había desorden o demasiado ruido entre quienes estaban tomándola, sino con un cierto espíritu de juego, en tono festivo, más de camarada que de profesor; más de compañero que de jefe.

Muchos de esos jóvenes ruidosos e inquietos, incluido Chema Balmaceda, no parecían ser desconocidos para quienes se hallaban en Rudy's, y todos embromaron, llamándolo *reina o muñeca*, y buscándole las cosquillas en las piernas por debajo de la mesa, al que se acercó a llevarles la "carta", con un contoneo que Tico no le había notado antes. Como disponían de poco tiempo, el mayor ordenó, y ninguno se opuso, jugo para todos, hamburguesa especial para cada uno y café.

AL CADETE Alberto Tebaqui Vidal le resultó menos entretenido de lo que había supuesto el largo espectáculo de motociclismo. A los otros, en cambio, los emocionaron los saltos, las acrobacias, las vistosas evoluciones que los policías de México, Caracas, Los Angeles, Nueva York, y los del ayuntamiento, hicieron para entretener a los miles de espectadores que llenaban el Estadio Municipal. Sentados uno junto al otro en la primera fila de ese palco de segundo nivel en que se encontraban, varias veces la mano de Antonio Toralli rozó, apretó, sobó la rodilla y el muslo de Tico, que hacía contacto con el suyo; y cada vez que esa mano de finos dedos extrañamente suaves lo tocaba como sin intención, algo parecido a un calosfrío recorría el cuerpo de Tebaqui, que mucho se mortificó cuando, en algún momento, encontró a Balmaceda mirándolo y que más se turbó cuando poco después Hermsillo le hizo un guiño que a él le pareció equívoco por malicioso. Mientras los demás se divertían con lo que ocurría en la pista, Alberto Tebaqui Vidal seguía sintiéndose confuso, avergonzado y un poco como si estuviese desnudo delante de sus compañeros, igual que sintió estarlo en presencia de los amigos de Tony que lo observaban en Rudy's.

Al terminar, se reunieron todos en el sitio donde habían estacionado la *Harley Davidson* y la camioneta del IMI. Aún no eran las siete y la luz conservaba mucho de su brillo. Balmaceda fue el último en abordar y propuso que se apretaran un poco para abrirle un espacio a Tico y ahorrarle así al mayor Toralli la molestia de tener que volver con él al Instituto. Reteniendo por el hombro a Tebaqui, Tony dijo:

—Como vinimos, así regresaremos. . . Tú, Hermsillo: maneja con cuidado, sin matar borrachos en la carretera. . . Nosotros los seguiremos. . .

El vehículo del IMI se incorporó a los millares de otros que a esa hora angustiaban ya el tráfico de la ciudad. Toralli ayudó a Tico, como lo había hecho en el instituto, a sentarse lo mejor posible en la motocicleta. Luego montó él.

—¿Quieres conocer el gimnasio donde trabajo cuando no voy al IMI?

—Si tú quieres, sí. . .

—Tengo muchos alumnos particulares, ¿sabes?, demasiados tal vez; pero son los que dan para vivir. . .

EL ESTUDIO de Tony (que se anunciaba, con mayúsculas blancas sobre el fondo negro del directorio del lobby, como TORALLI'S CEDIM – CENTRO ESPECIALIZADO EN DINAMICA MUSCULAR, "lo que suena a cosa más importante que clases de gimnasia para que baje usted de peso, señora, y para que reduzca el tamaño de su tripa, señor") ocupaba la

mitad del noveno piso de un edificio de veinte situado en otro de los barrios del sur que habían ido perdiendo su austero carácter residencial para transformarse en lo que era ahora: un agrupamiento de condominios, oficinas, bancos, restaurantes y comercios de lujo.

—¿Qué te parece? —Toralli había encendido las luces y el enorme salón, pintado todo de blanco y absolutamente vacío, brilló como un bloque de hielo.

—Es grandísimo. . .

—Es aquí donde pongo a sudar a mis gordos y a mis gordas. . . Ven. Acá está mi propio gimnasio. En él preparo las clases que les doy a ustedes. . . —Cruzaron en diagonal el limpio piso de parquet, pulido, como si fuera de cristal. Al fondo había un cancel. Toralli abrió la puerta para que Tico entrara—. ¿Bien, no. . .?

Era más reducido en sus dimensiones que el otro, y, de pared a pared, la alfombra azul estaba cubierta por colchonetas adecuadas para la lucha.

—Muy bonito, Tony. . .

—Te preguntarás por qué el mayor Toralli, que gana tan buen dinero aquí, en su negocio particular, dedica gran parte de sus horas al IMI, donde relativamente le pagan poco. ¿Quieres saberlo. . .?

—Sí, Tony. . .

—Básicamente, por dos razones. Una, magnífica y sencilla para no hacerte viejo, es no perder nunca la compañía, la amistad, el contacto, el afecto de los jóvenes; y otra, porque mi vocación ha sido siempre más la de maestro que la de militar. . .

—¿Por qué no seguiste en el Ejército. . .?

—Oh. . . En las Fuerzas Armadas muy difícilmente encuentras oportunidad de ganar lo suficiente para vivir en el plan que te gusta. . . Vi que como soldado no tenía futuro, y me di de baja para establecerme por mi cuenta. . .

Cerca de la puerta de entrada, y a la izquierda de la sala de espera, con el conmutador y el escritorio de la recepcionista, se encontraban el área de los vestidores y los baños para damas y varones; la administración, a cargo de un contador y de una secretaria ejecutiva; un cuarto de aseo, que olía a perfume, para el personal; una cocineta, y una estancia a la cual el mayor Toralli, con evidente orgullo, llamó su santuario, en el que solía enclaustrarse para meditar.

—¿En qué, Tony?

—En las cosas de la vida; en todo eso. . .

Descorrió las cortinas para que el cadete Tebaqui pudiera contemplar el paisaje, que empezaba a ser nocturno, de la ciudad: azoteas, jardines, avenidas, viaductos, plazas rebosantes.

—Esa, la de la derecha junto al edificio negro, ¿es la del Valle, verdad?

—Sí —concedió Toralli, a su espalda, quitándose la chaqueta de cuero. Se aproximó a él, le echó el brazo sobre los hombros. El olor de su respiración perturbó a Tico—, y esa cosa redonda que parece un ovni, ¿lo ves?, es el Rudy's, donde comimos. . . Y a propósito, ¿no sientes hambre?

Muy tenso por la cercanía del Mayor, mirando siempre hacia el horizonte de montañas que le cerraban la salida al valle sobre el que se había colocado la gran nube oscura cargada de lluvia, respondió Tebaqui.

—No.

—Como sí tendrás sed, beberemos un vasito de vino blanco, bien frío, antes de irnos. . .

Sin dar tiempo a que Tebaqui pudiera rehusarse, Toralli pasó de su despacho a la cocineta, y Tico estuvo escuchando, durante unos minutos, los leves ruidos que producían la puerta del refrigerador al ser abierta y cerrada; los vasos al ser sacados de algún mueble, y el pop del corcho al ser arrancado de la botella.

El despacho de Tony había sido decorado con gusto. Pocos muebles, sin duda finos. En una de las tres paredes, dentro de marcos idénticos de metal, había diplomas y reconocimientos profesionales en varios idiomas al Mayor, al Campeón, al Maestro Antonio Toralli. En las otras dos, simétricamente distribuidos por tamaños, veintenas de fotografías atrajeron la curiosidad de Tico. En color algunas, en blanco y negro otras, antiguas o recientes, en casi todas ellas aparecía Toralli: con bigotillo o sin él; con el pelo muy corto o con el pelo más largo y a la moda; con uniforme de militar, con disfraz de pirata o de piel roja; en ropa de karateca, en bikini de baño, en mono de aviador y con una guayabera mexicana rodeado de los miembros de la escuadra de *stunt-men* (lo informaba así una línea escrita a máquina y pegada a la foto) que durante lustros manejara en Hollywood el célebre Terry Kelly, a cuya fama contribuyó, como experto instructor y arrojado "doble" de estrellas, Antonio "Tony" Toralli — *the best of all of them*—, pero en la mayoría Tony se había hecho fotografiar junto a jovencitos que sonreían, que lo abrazaban, que por él se dejaban ceñir: escenas de gimnasio, de picnic, de club deportivo, de playa o balneario, de viaje. Chicos, tiernos como el propio Tebaqui, en los que éste parecía verse retratado, repetido, reflejado. De pronto se dio cuenta de que la contemplación de esos adolescentes acompañando al mayor lo irritaba.

Toralli volvió con dos vasos y una larga botella oscura de vino alemán. Mientras servía comentó, aludiendo a lo que había en los muros:

—Allí tienes a tu amigo, el viejo mayor Toralli, en tiempos buenos y en tiempos malos; en días tristes y también en días tan alegres como es éste para mí. . .

Tico aceptó el vaso de vino:

—¿Quiénes son. . .? —preguntó, señalando con la mirada y un movimiento de la barbilla, el muro de las instantáneas.

—Amigos, compañeros del Ejército, de trabajo, tipos con los que competí cuando estaba en activo. . .

—Quiero decir, los otros. . .

—Ah, esos. . . —Repuso nostálgico, después de los segundos que le tomó mirar las fotografías y recordar— esos, querido Tico, son alumnos, muchachos que conocí en filas, o que fui encontrando aquí y allá; chicos de mis clases en el Instituto; chiquillos cuya amistad me fue grata. . . Niños, jóvenes, que se hicieron hombres. . . En una palabra: amigos. . . Eso fueron, eso son: amigos, parte de la vida de uno. . .

No terminaban ese primer vaso de vino frío y algo dulzón cuando la lluvia empezó a golpear los grandes cristales. El aguacero atacaba la ciudad y hasta el noveno piso, aunque ninguna ventana estaba abierta, subía el estruendo. Unos quince minutos más tarde, tan súbitamente como se inició, concluyó el chubasco, y en el aire ya limpio quedaron suspendidos los restos de la delicada claridad. Mirando a Tony alcanzado por ella, Alberto Tebaqui Vidal lamentó no tener a mano su cámara para hacerle unas fotos

que resultarían mejores, en ese ambiente, que las muchas otras que al principio, un poco a escondidas, había ido tomándole en la clase, en los patios, en los vestidores, en los jardines del Instituto.

—¿Nos vamos ya. . .? —preguntó cuando terminó de llover.

—Sí. . . Lo que va a estar algo problemático es volver al IMI en la motocicleta, a esta hora y con la carretera mojada. . . Mejor será ir a recoger mi coche y. . . —Se ponía el chaquetin de cuero cuando, como si no hubiese estado pensando en ello desde que despachó a Hermosillo y a los otros, propuso—: ¿Quisieras quedarte a dormir en mi casa? Así no tendríamos que exponernos a que nos pasara algo en el camino. . .

—Pues, no sé —titubeó Tebaqui—. Estoy fuera sin permiso. Yo tengo que volver, Tony. . . Mi abuela siempre me habla los sábados, y si le dicen que salí. . .

—Eso se arregla, Tico. . . Llamaré al telefonista de guardia en el IMI y le diré lo que debe contestar si es que tu abuela, o alguien, te busca por teléfono esta noche. . . Además, sabiendo que estarás en mi casa, él puede comunicarse a cualquier hora si de algo urgente se trata. . .

—Hermosillo, Chema y los demás estarán preocupados si no vuelvo. . .

Toralli miró su reloj de pulso, un negro y grueso reloj de buceador con manecillas y números fosforescentes. La camioneta debía hallarse en el Instituto desde hacía por lo menos media hora. Tomó el teléfono.

—Le explicaré a Chema, y todo arreglado. . .

Con las rodillas de pronto débiles y las piernas temblorosas, húmedas de transpiración las manos, ruborizado, el cadete Alberto Tebaqui Vidal hizo un esfuerzo para sostener en los suyos, todo el tiempo que estuvo hablando con Balmaceda, los ojos de Antonio Toralli.

LA NUEVA LLUVIA que habían venido eludiendo desde que salieron del edificio para dirigirse en la motocicleta, a través de la ciudad, al suburbio donde vivía Toralli, los alcanzó en el momento en que llegaban a la casa de un solo piso, blanca, con techos de tejas rojas y chimenea de piedra, bordeada de césped bermuda como todas las de la manzana, que apenas el año anterior había terminado de pagar a la hipotecaria del Banco de Ambos Mundos. En el porche los aguardaba una mujer alta, de pelo color arena, vestida con un traje de sudar amarillo, tan ceñido a su cuerpo de pechos firmes como al del mayor el uniforme de cuero.

—Empezaba a preocuparme —dijo ella, ofreciendo los labios para que Toralli, como lo hizo, los besara.

—Ella es Helga, mi esposa. . . Reina: este jovencito es mi alumno de primer grado, el cadete

—Alberto Tebaqui Vidal —se presentó él, sintiendo que las orejas le ardían.

La lluvia y el viento arreciaron y Helga, que tendría unos cuarenta años y estaba descalza, levantó un poco la voz para que su marido pudiera escucharla:

—¿Cómo estuvo el show?

—Bastante bien, ¿verdad, Tico?

—Sí, mayor. . .

Toralli había abrazado a su mujer por la cintura y tomado a Tico por el brazo, y los tres, así unidos, cruzaron el porche y entraron en la casa —amplia, luminosa, amueblada con sencillez. De alguna parte llegaba a ellos el estrépito de una música.

—Los niños, ¿están?

—Óyelos. . .

El mayor Toralli informó a Tebaqui:

—Son mis hijos. El más grande, Tony, de catorce años; Helguita, igual de linda y buena deportista que su madre, de doce, y Betty, de siete: una verdadera calamidad.

Intervino Helga Toralli:

— . . .que trae loco al papá.

Tebaqui se había sentado, muy recta la espalda, en tensión y a disgusto, en el sofá. Frente a él, Helga Toralli y junto a ella, en el descansabrazos, Antonio Toralli, que mantenía su mano izquierda en reposo sobre el hombro de su mujer. El estruendo de esa música, y el estrépito de la lluvia, dificultaban la conversación. Toralli abandonó su lugar: —Voy a ponerlos en paz.

A paso largo, diciendo: "Niños, niños, silencio. . ." fue a buscarlos al lugar de donde procedían la música, las voces y los gritos. Helga miró largamente a Tebaqui, que mantenía los ojos en la alfombra, aturdido; sudorosas las manos.

—¿Así que tú eres Tico Tebaqui?

—Sí, señora. . .

—El Mayor dice que eres muy buen fotógrafo.

—Gracias, señora. . .

—Los retratos que le tomaste hace como dos semanas, esos con la camisa abierta, le gustaron mucho a él, y a mi también. ¿No te lo ha dicho?

—No, señora.

—¿Me prestadas los negativos para mandar hacer unas ampliaciones?

—Sí, señora.

Un tanto volublemente, Helga Toralli siguió hablando, con su español apenas afectado por un leve acento, de cámaras, hobbies, de los deportes que a Tico le gustaban y de las artes marciales y el motociclismo en los que el Mayor era un maestro. Escuchándola, Tebaqui averiguó que era también fisioterapeuta profesional y administradora del gimnasio; porque Tony, se lamentaba sonriendo, no tenía la menor idea de cómo manejar el negocio de ambos. Ya menos confuso, Tico se atrevió a mirarla. Le parecía una mujer vieja, algo desabrida, aunque su cuerpo y sobre todo sus pechos lucían firmes y jóvenes. ¿Por qué nunca le había hablado Tony de ella ni de sus hijos?, ¿por qué, si no hubiese tenido nada de particular que él lo supiera, le ocultó que era casado?

Intenso y fresco, el olor de la hierba húmeda invadía la casa: un olor que le hizo recordar a Tico por un instante, mientras Helga y él escuchaban sin hablar el furor del aguacero, aquellos días de libertad cuando, niño salvaje en Las Huertas, no sujeto a ninguna disciplina, chapoteaba en el lodo, corría por los surcos, se bañaba en la acequia, trepaba a los árboles, disfrutando del agua del cielo; del placer, para él indescriptible, de empaparse. El rebumbio que hacían los hijos de Toralli había cesado y el Mayor regresó, sonriente como se había ido, a la sala.

—Por fin conseguí que se quietaran. . .

—Sólo a ti te hacen caso. ¿Sabes? —Helga, sonriente, le informó a Tico—. Cuando los tres están juntos, nadie, excepto su padre, es capaz de controlarlos. . .

Tony Toralli había vuelto a sentarse a un lado de Helga, y empezó a darle un suave masaje en el cuello con sus dedos hábiles.

—¿De qué tanto hablaban. . . ?

—De fotos, de tennis, de karate. . . Tico ha prometido prestarme unos negativos, ¿verdad?

—Sí, señora. . .

—Y ustedes, ¿qué hicieron después del show?

Como si ese jovencito que alternaba palideces y sonrojos no estuviera allí, a dos metros de distancia de ella, mirándolos, la señora Toralli hizo descender considerablemente el cierre de su Ira je deportivo para que la mano de su esposo, tan apta para llevar alivio a los músculos de su cuerpo, pudiera moverse con más soltura sobre su espalda.

—Pasamos un momento al estudio, para que Tico lo conociera. . . Entonces empezó a llover, y debimos esperar a que el aguacero terminara. . . En el interim nos tomamos un vaso de vino. . .

Ella interrogó al cadete Alberto Tebaqui Vidal:

—Es un lindo lugar el gimnasio, ¿no lo crees así?

—Muy bonito. . .

—Supongo que el Mayor te habrá aburrido contándote el quién, el cuándo, el dónde y el por qué de cada foto, ¿no?

—No, señora. . .

—¿No te lo contó, o no te aburrió?

—No me aburrió, señora.

Tebaqui se daba cuenta de que estaba pasando momentos muy desagradables frente a los Toralli. La mujer había tomado la mano con la que su marido le sobó la espalda, y la retenía, su mejilla en el dorso, sobre su hombro, y no parecía importarle mayormente que por la ancha abertura del escote pudiera verse una generosa porción de sus pechos.

—El cadete Tebaqui va a quedarse a dormir aquí esta noche.

—Bienvenido —le sonrió Helga.

—Debería estar ya en el Instituto con los otros, pero no quise arriesgarme a llevarlo con este tiempo. . .

—Hiciste bien. No tenía caso. . . —Helga se levantó y miró con simpatía a Tico y amorosamente a su marido—. Querrán merendar algo, ¿verdad?

—Desde luego que sí —dijo Tony.

—¿Alguna cosa en especial, Tico?

—Pues. . .

—Un plato de quesos y una poca de ensalada —decidió por los dos el mayor Toralli.

—¿Fruta?

—No, señora; gracias. . .

Helga Toralli se dirigió al interior. Tebaqui notó con cuánto interés miraba Tony el sólido cuerpo de su mujer. En sordina la escucharon ordenar:

—Niños, vayan a la sala a saludar. . .

TEBAQUI NO estaba seguro de si se había quedado dormido apenas se tendió en la cama, o de si había estado despierto hasta que escuchó, o quizá sólo le pareció escuchar, que alguien empujaba muy suavemente la puerta. Sobresaltado se incorporó:

—¿Quién es. . . ?

—Shhh. . .

La sombra que acababa de entrar en la recámara, cerrando la puerta y asegurándola con el pestillo que hizo click en la oscuridad, no era la de Helga, como por un momento supuso, sino la de Toralli, al que reconoció aun antes de que se acercara a la cama por el olor, para él tan grato, de su cuerpo.

—Enciende la veladora, si quieres —sugirió el Mayor.

—Estoy bien así —dijo Tico, ya tranquilo.

—¿Te desperté?

—No podía dormir. . .

—Así sucede cuando uno se acuesta en cama que no conoce, o cuando está preocupado, como me pasó a mí.

—¿Se te fue el sueño. . . ?

—No, precisamente. ¿Sabes? Pensaba en muchas cosas.

—También yo.

En la oscuridad, la mano de Antonio Toralli encontró la del cadete Alberto Tebaqui Vidal y los dedos de una y de otra se mezclaron. Transcurrió entonces un largo tiempo. Apenas audible en el silencio, Tico escuchó la voz del Mayor:

—¿Quisieras preguntarme muchas cosas, verdad? ¿Por qué Helga y mis hijos? ¿Por qué te traje a que los conocieras, y por qué ahora estoy contigo aquí, así. . . ?

—Sí, Tony.

—Bien: de eso vamos a hablar tú y yo. . .

Cuando Tebaqui se movió un poco hacia el centro de la cama para que él pudiera sentarse más cómodamente, se dio cuenta de que Tony sólo conservaba puesto el pantalón del pijama.

LOS CUATRO diarios vespertinos publicaron un desplegado de media página en el cual, a nombre de la Unión Mutualista de Comerciantes Asociados, su presidente vitalicio, Belén Tebaqui Soria, se permitía reiterar a la opinión pública, "de todo nuestro respeto", el deseo de la UMCA de poner fin "al absurdo y a todas luces ilegal movimiento huelguístico que ha paralizado desde hace dos días las actividades de Buenavista", y del que eran responsables "ambiciosos individuos que se ostentan como líderes de los estibadores", que "mal aconsejados por quienes los asesoran (?) no han vacilado en causarles serios problemas al Gobierno y al Pueblo en general". En uno de los once párrafos de ese texto escrito por el abogado Arqueles Olmos, se insinuaba que Heleno Lara "ha recurrido al gastado truco del autosequestro", para, "a) hacer creer que vivimos en un régimen policial en el que se reprime la disidencia y se hace desaparecer a los supuestos o reales adversarios, y b) para prolongar artificial y criminalmente este conflicto, y así obtener ventajas de orden personal". En el pasaje final se transcribían palabras de "altos jefes de los cuerpos de seguridad", negando que Lara estuviese o

hubiera estado detenido, y se afirmaba que si se mantenía oculto era porque eso convenía a sus "inconfesables intereses".

Esa misma tarde, el "hombre más buscado del momento", como lo presentó el reportero Tobías, que había logrado localizarlo, "tras difíciles indagaciones", apareció en el Informativo de las siete para, "desde algún lugar de la ciudad", aclarar lo que "Tebaqui y socios han vuelto oscuro con su publicación". En el rostro de Heleno Lara no había marcas de fatiga, huellas de golpes o siquiera sombra de barba.

—¿Se puede saber, señor Lara, dónde ha estado usted en las últimas treinta horas?

—No sabría decirlo.

—¿Se autosecuestró usted, como afirma el señor Tebaquil

—Fui secuestrado, que es muy distinto.

—¿Por quién o quiénes?

—Tampoco sabría decirlo. Me secuestraron y ya.

—¿Dónde, señor Lara?

—Cerca del hotel donde nuestro Sindicato de Estibadores Libres tenía sus oficinas provisionales, y que fue cateado por las fuerzas represivas. . .

—¿Identificó a sus secuestradores, señor Lara?

—No me fue posible; pero estoy seguro de que eran policías.

—¿De qué corporación sospecha usted?

—Por su brutalidad, seguramente pertenecían a la Federal o a la Procuraduría. . .

—Si volviera a verlos, ¿podría reconocerlos. . .?

—Ni tiempo me dieron de verles la cara, porque me cubrieron la cabeza con una capucha negra. . . Y luego me subieron a un carro, también negro, sin placas, de llantas anchas y antenita de teléfono en el techo. . .

—Si estaba usted encapuchado, ¿cómo pudo ver, para describirlo ahora con tanta precisión, el vehículo y sus características?

—Los carros de los agentes son así, ¿o no?

—¿Lo condujeron al Campo Militar, a los separes de la Judicial, a alguna casa?

—A eso no podría yo contestarle. Todo ese tiempo que me pasé sin comer ni dormir, no supe dónde estuve.

—¿Lo torturaron?

—Claro que sí. Esos policías siempre le dan a uno su calentadita: picana eléctrica, gaseosa por la nariz, baños de agua helada. . .

—Ni en su cara ni en su cuerpo hay señales. . .

—Esos tipos, con la práctica que tienen, saben hacer bien su trabajo. . .

—¿Lo interrogaron?

—Horas y horas, noche y día, sin parar. Se turnaban. . .

—¿Qué les interesaba saber. . .?

—Pues, no sé; porque nunca me dijeron qué esperaban que yo les declarara. . .

—Lo dejaron libre, ¿cuándo, cómo y dónde?

—¿Cuándo? Hoy en la mañana. ¿Cómo? En un coche. ¿Dónde? En un maizal. . . Allí me recogió un camión de carga que pasaba, y me trajo á esta casa de amigos donde estamos usted y yo. . .

—¿Considera usted posible que su, digamos, secuestro, haya sido ordenado por alguna autoridad?

—Desde luego que no. El atentado de que fui víctima es obra del Pulpo de Buenavista; de ese Pulpo al que no le conviene que haya arreglo para así seguir causándole problemas al señor Presidente y a los ministros de Abasto y Asuntos Laborales. . .

—Ahora que ha recuperado usted la libertad, ¿responderá al llamado a la concordia que las autoridades les han hecho a las partes?

—Dispuestos a discutir hemos estado desde hace mucho. . . En qué condiciones vamos a hacerlo, es lo que debemos meditar para no comprometer nuestro movimiento ni poner en peligro el futuro de miles de compañeros estibadores libres que luchan por un derecho, tan legítimo que hasta el mismo Santo Padre el Papa lo reconoce por escrito, como es el de formar y registrar nuestro sindicato. . .

En el estudio, desde donde se trasmitía el Informativo de las siete de la noche, resumió el responsable de la emisión:

—¿Secuestro?, como afirma Heleno Lara. ¿Autpsecuestro?, como asegura la UMCA. ¿Dónde está la verdad? ¿Quién engaña, y por qué?. . . En otras noticias, El-señor-Presidente-de-la-República. . .

LA MAÑANA de un martes, cuando llegó a los vestidores más temprano que el resto de la clase para poder conversar a solas con Tony, al que no veía desde el sábado y con el que tampoco había podido comunicarse por teléfono ni al estudio ni a su casa, el cadete Alberto Tebaqui Vidal se encontró ocupando el casillero marcado A. TORALLI, con un individuo al que no había visto antes en los siete meses, ya casi ocho, que llevaba en el Instituto.

—¿Tu nombre es. . . ?

-Tebaqui Vidal Alberto, Primer Curso.

—¿De los chicos de Toralli?

—Sí, señor. . .

—Soy el nuevo instructor. Estaremos viéndonos hasta que el profesor Toralli regrese.

—¿Salió?

—Estará fuera un tiempo.

—Ah. . . ¿sabe a dónde fue?

Tico y el mayor Toralli habían pasado juntos la mañana y casi toda la tarde del sábado. Después de que desayunó con la abuela Rafaela y de que don Belén lo felicitara, con gruñidos, por las excelentes notas que aparecían en la boleta que estaba entregándole en su despacho para que la firmara, como debía hacerlo cada bimestre, Alberto se reunió con Tony en Rudy's. Entrar allí no lo mortificaba ya como las primeras veces. Tampoco se ruborizaba si alguno de los muchos maricas lo miraba con descaro o si, ignorando de quién era amigo, se atrevía a hacerle pases. "Soy como soy, y me acepto así. Lo demás no importa, y menos todavía lo que la gente piense". Tony había contribuido mucho a que Tico reconociera su condición y a que no se avergonzara de ser diferente. Bebieron café, eligieron el restaurante al que irían a comer y la película que les gustaría ver. Al salir del cine, fueron al estudio del noveno piso para estar a solas y acompañar con vino blanco los bocadillos que habían comprado, como se había vuelto costumbre semanal, en la Pastelería Verni—: tres charolas: la pequeña, para

ellos dos; la mediana para Rafaela Vidal Tebaqui y la más grande para Helga y sus hijos.

—A Europa, con el equipo de motociclismo. . .

En tropel, igual que siempre llegaron los cadetes que a partir de esa fecha, y hasta nuevo aviso, como él mismo se encargó de explicarles cuando todos estuvieron reunidos, tomarían clase dos veces por semana con el instructor que el propio Antonio Toralli recomendó contratar cuando en la dirección del IMI se le pidió que sugiriera a la persona que podría ocupar, interinamente, su lugar.

Después de la clase, que resultó larga y sosa para todos, Tebaqui comentó con José María Balmaceda, mientras se bañaban en la sala de duchas, que le parecía extraño que así, de pronto, sin comunicárselo a nadie, se hubiera marchado Tony de viaje.

—Lo vi el sábado, casualmente, y no me dijo que pensara salir. . . ¿Le habrán quitado el trabajo. . .?

—No. . . De nosotros se despidió el jueves. Si no me crees, pregúntale a Jaime, a Sergio, a Héctor, al "Babotas" o a Pepe. Ellos te dirán. . . Es más, al mí Tony me dijo que iba a Inglaterra, a Bélgica y a España. . . Me dijo también que Helga, su mujer, ¿la conoces, verdad?

—Sí. . .

— . . . saldría el viernes para Londres, donde Tony y el equipo llegarían ayer lunes. . . De seguro que ellos dos ya están juntos. . . y con sus ojitos punzantes Balmaceda le espío la cara a Tebaqui—. ¿A ti no te habló de su viaje. . .?

—No. . . —y para que Balmaceda no advirtiera cuánto lo había molestado saber que el mayor Toralli se había ido a Europa sin avisarle, ni la cólera que le producía pensar que Helga estaría con él, durmiendo con él, comiendo con él, paseando juntos todo el tiempo que durara el viaje, Alberto Tebaqui metió la cara bajo la lluvia tibia de la ducha, y le dio la espalda.

Si él y Tony habían estado juntos el sábado, ¿por qué no le avisó que saldría a Europa unas horas después de que se despidieron, dentro del auto del Mayor, a una cuadra de distancia de la casa de don Belén? ¿Por qué la farsa de ir a comprar los bocadillos a Verni a sabiendas de que Helga, a la que supuestamente se los llevaba, debía encontrarse desde ese amanecer en Londres? ¿Por qué enterar a todos, o a casi todos, los de la clase, y no a él que tenía más derecho que ninguno a saberlo?

Probó apenas la comida, y con la mente en blanco asistió a clases por la tarde. ¿Por qué, por qué, por qué? En algún momento llegó a desear que Tony se matara durante su recorrido por Europa; lo deseó, y no lo sofocaron la vergüenza ni el remordimiento. "Y que ella se mate también." Rehusó ir a la función de cineclub y temprano se encerró en su dormitorio. Como siempre, a las ocho recibió la llamada telefónica de su abuela, y con el pretexto de que tenía mucho por estudiar todavía esa noche, Tico habló con ella menos de un minuto.

Aunque era temprano, el sueño, una especie de sopor que le cansaba los párpados, empezó pronto a dominarlo; un sueño en el que se perdió casi instantáneamente después de que apagó las luces. Despertó, con la boca seca, cuando en el reloj fosforecían las once y media de la noche. Había empezado a masturbarse, pero no pensando en Tony (en el Tony maravilloso que había estado con él por última vez la tarde del sábado), sino en Miky Atuey; en el chico de aquella película pornográfica que

juntos habían visto; en el Padre Leoncio; en el cadete Carlos Landaverde, del segundo curso, al que nadie aventajaba en las competencias de onanismo, y también (lo que no le pareció tan repugnante como le parecían en la realidad al compartir con ellas sudor y aliento) en algunas de las mujeres que Iris Abril seleccionaba para que lo divirtieran cuando Benigno Acosta, ahora una tarde cada quince días, lo llevaba al burdel por orden de don Belén. Después, ya de madrugada, Tebaqui sacó del armario las cajas amarillas en las que guardaba parte de los cientos de fotografías que en esos meses le había tomado al mayor Toralli, y con rabia pero sin pena, sin mirarlas tampoco para no recordar y arrepentirse, procedió a destruirlas una tras otra, y mientras lo hacía iba organizando un plan de venganza: descuidaría sus estudios; se haría castigar por negligente; en su boleta de calificaciones no aparecerían más las altas notas que emocionaban a su abuela y satisfacían al viejo Belén. Se haría expulsar del IMI. Jamás volvería a ninguna escuela. Con su cámara, y un poco de dinero que le diera Mamá Fala, se echaría a caminar por el mundo. Eso haría. . .

Las cajas amarillas quedaron vacías. Ni una sola de las fotografías que guardaba en ellas, y que él había revelado, amplificado y amorosamente coleccionado, existía ya; eran sólo pedazos de papel que iba arrastrando el repetido torrente del wc: imágenes rotas de instantes felices compartidos con el extraño que de pronto resultaba ser para él ese hombre aborrecible en el que no quería volver a pensar jamás.

OCHO DÍAS después, el lunes, cada uno de los alumnos allegados al mayor Toralli recibió una tarjeta postal, firmada por él y fechada el jueves anterior en Londres. La única que llegó dentro de un sobre, con el escudo de un hotel de Regent St., fue la dirigida al cadete Alberto Tebaqui Vidal. Todos leyeron las de todos, excepto Tico, que no quiso leer ninguna, ni la suya, pues, a solas en el baño, la rompió furiosamente. Siempre en día lunes, más postales siguieron llegando al IMI. La consignada a Tebaqui, invariablemente protegida por la discreción del sobre de un nuevo hotel de una nueva ciudad de un nuevo país —las últimas, de España: Madrid, Sevilla, Salamanca, Burgos, León, Santander, Valencia, *Zaragoza*, Barcelona.

La mañana de un viernes, como todos los viernes por la mañana, se le avisó al cadete Tebaqui que lo llamaban por teléfono. Para sorpresa suya, no era la voz de Rafaela Vidal la que estaba aguardándolo, sino la de Antonio Toralli.

—Llegué anteanoche con el equipo, ya muy tarde. . . ¿No leíste la noticia en los diarios. . .?

—No la leí, Mayor —dijo Alberto, hoscamente.

—Llegamos muertos de cansancio. Sesenta exhibiciones en cincuenta días, imagina cómo nos dejaron. . . Dormí todo el día y aquí me tienes, listo para que nos veamos. . .

—No sé si podré, Mayor. . . Mi abuela vendrá por mí.

—Habíale tú, y dile que hoy y mañana tienes que hacer un trabajo de campo, y que no podrás verla. . .

—La señora Helga, ¿está bien?

—Oh, sí, muy bien. Algo gorda, porque comió de todo; pero perfecta como siempre. . . Nos acordamos los dos mucho de ti durante el viaje. Ella te compró algunas cositas, que te daré ahora que nos veamos. . .

—Como le dije, Mayor, mi abuela. . .

—Volveré a trabajar allá el martes; pero, entiende esto, tengo ganas de verte antes, de platicar contigo de muchas cosas. . . Asi que te espero en Rudy's, a las tres y media. Iría a recogerte al IMI, si pudiera. . . ¿Sí o sí?

Muy largo fue el silencio que medió entre la pregunta y la respuesta, desgana y nerviosa, que Alberto Tebaqui produjo contra su voluntad:

—Está bien, Mayor. En Rudy's, a las tres y media. ¿Es todo. . .?

La voz de Toralli, hasta entonces suave y amable, sonó enérgica, dominante, en el oído de Tico, cuyas manos, desde que la escuchó, estaban húmedas de transpiración:

—Óyeme, muchachito, ¿qué es lo que pasa contigo? Creí que también te daría gusto que nos viéramos hoy. . . Pero si no quieres, ¡ni hablar, niño!, porque a fuerzas, nada. ¿Me entiendes?: nada. . . A no ser que estés enojado por algo. . . ¿Lo estás?

—No, Mayor, no. . . Sólo que. . . Allá lo veré, Mayor.

—¿Tienes en qué bajar. . .?

—Tomaré el autobús. . .

—Estaré esperándote.

Al colgar la bocina Tebaqui se hallaba muy confundido. Si estaba furioso contra el mayor Toralli ("más celoso que furioso, esa es la verdad"), ¿por qué aceptó tan fácilmente que lo comprometiera a reunirse con él en el café? ¿Por qué no se atrevió a decirle por teléfono, lo que para ambos hubiera sido más cómodo, que prefería suspender una amistad que se envilecía con reservas y mentiras? ¿y por qué gozaba ahora de la desproporcionada sensación de estar eufórico como lo estaban cuando él y Tony bebían vino en el estudio, o conversaban, o escuchaban los discos que habían ido comprando para hacer más gratas las tardes que pasaban juntos en el noveno piso?

Después, antes de que ella lo hiciera, Tebaqui telefoneó a su abuela y le pidió que no enviara a ninguno de los choferes a recogerlo.

—¿Por qué, mi amor. . .?

—Porque todos los del grupo tenemos que estar fuera, desde hoy al mediodía hasta el domingo por la tarde, haciendo un trabajo de campo. . . Cuando regrese, volveré a llamarte, Mamá Fala. . .

—Cuídate mucho. No te desabrigues, y que Dios Nuestro Señor te ampare siempre. .

ESTABAN ALLÍ, al acecho, atentos a los cadetes que salían en grupos; unos pocos, vistiendo el uniforme de gala, con el espadín, las charreteras y los botones brillando de tan bruñidos; otros, los más, en ropa de faena color caqui, gorra miliciana ladeada sobre el pelo casi a rape y botas negras de cuero que oían siempre a aceite rancio, así estuviesen muy trabajadas. Estaban allí, dentro de sus autos, bastantes de ellos; varios, en la banda de acotamiento, recargados en los guardafangos; tal vez porque esperaban a un chico en particular, algunos rondaban la parada del autobús interurbano situada, carretera de por medio, frente a la verja principal del IMI. Eran los putos, maricas, mariposos, gayos, bujarrones, locas, invertidos, chupapingas de costumbre —discretos o descarados, audaces o tímidos—; jóvenes, no muy jóvenes o viejos, en automóviles lujosos (Tico contó cuatro, con chofer), o modestos, grandes o pequeños, que se reunían en los alrededores del plantel, como otros lo hacían en los del Colegio Militar, del Pentatlón Universitario o del Tecnológico Nacional, todos los viernes por la tarde,

todos los días de asueto extraordinario, para cortejar a los soldaditos y ofrecerse a llevarlos a donde quisieran ir.

Aunque casi todos los muchachos eran hijos de familias ricas, con la posible excepción de los que disfrutaban de becas oficiales, no faltaban los que obtenían buen dinero sólo por permitir que alguno de esos tipos les abriera la bragueta en los sanitarios de ciertos bares o cafés como Rudy's, o por acompañarlos a las casas de baños "de ambiente", o a los moteles cercanos a la carretera. Uno de los que se beneficiaban así (lo que explicaba por qué disponía siempre de tantos billetes) era Rafael Jones, apodado *La Bonita*. Cuando se tuvieron confianza, y Tebaqui se atrevía a hacer ciertas preguntas, Jones le había dicho: "Las primeras veces que estás con ellos, como que te da asco y algo de pena tener hincado frente a ti a un tipo que te la está mamando, o en cuatro patas a otro que te pide que lo piques por atrás. Después, te acostumbras y simplemente piensas que es una hembra y no un maricón. Te diré también que hay algunos que manejan la lengua con mucho estilo."

Por alguna razón que ni Tony aclaró ni Tico Tebaqui quiso averiguar, Toralli no tragaba a *La Bonita*, al que dos años antes había rechazado diciendo, aunque sin nombrarlo, que en bien de la moral del grupo, no quería en su gimnasio prostitutas de ninguna especie; "prostitutas", había comentado con Tico, refiriéndose a los que pululaban en las afueras de Rudy's, "que corrompen el amor, pues lo animalizan al quitarle lo que de limpio y hermoso llega a tener una relación entre dos que comparten sexo y espíritu. . ."

Arribó el interurbano y unas dos docenas de cadetes, entre los que iba Tebaqui, lo abordaron.

CUANDO AL FIN se decidió a cruzar la Plaza del Valle y entrar en Rudy's, Alberto Tebaqui Vidal había tomado una decisión: hablaría con Antonio Toralli; le agradecería haberle revelado con tal paciencia y ternura muchas cosas que él desconocía: en especial haberle ayudado a aceptarse como era: diferente, "orgullosamente diferente" de los demás, y no por ello degenerado o anormal. Como grandes amigos que habían sido en esos amorosos meses, se despedirían después. Estaba seguro de que el Mayor sabría comprender por qué se apartaba de él, y que en el fondo, así no lo dijera, aprobaría ese rompimiento que demostraba la firmeza de carácter de quien había sido, gran parte del año, su discípulo predilecto.

Toralli estaba al fondo, en la pequeña mesa para dos, junto a la vidriera, desde la que dominaba gran parte de la plaza. Antes de levantarse para recibirlo, esperó a que recorriera la distancia que mediaba entre la puerta de cristales y el lugar que por costumbre ocupaban. Tico le parecía más delgado y más pálido que cuando se despidió de él aquella noche de sábado. Había algo triste y ya viejo en su rostro, como si se hubiera consumido en esos cincuenta y tantos días que duró la separación.

Alberto, que había entrado en Rudy's con aire de ausente, sin oír los ruidos de la hora ni las voces de quienes lo saludaban, sin mirar a nadie tampoco, no pudo evitar algo así como un calosfrío cuando el mayor Toralli levantó de la silla su recio cuerpo de atleta. Lo vio entonces como le gustaba verlo en sueños: con su pantalón de cuero negro y su chaqueta negra de piel que nunca abotonaba por completo para que luciera el vello de su pecho. Le impresionó el color de su cara, quemada por el sol extranjero.

Con la sonrisa de sus dientes blancos y tan parejos que no faltaba quien dijera que eran postizos, Antonio Toralli le entregó, vueltas hacia arriba las palmas, sus dos manos.

—Hola, campeón —le dijo llanamente, como le decía siempre que se encontraban a solas.

—Hola —respondió Tebaqui, apagadamente.

—Te extrañé, campeón. . . ¿Tú a mí, no?

—Sí —concedió Tebaqui mucho después, sus manos todavía retenidas por las de Toralli.

Sin dejar de mirarse, sin que les importara que tantos estuvieran mirándolos desde las mesas y los reservados cercanos, ocuparon las sillas.

—¿De verdad, tanto como yo a ti me extrañaste?

—Y también te odié mucho, Tony. . . —cuando lo dijo, con la mirada baja, Alberto Tebaqui Vidal supo que ni en ese momento, ni más tarde, ni en otro lugar, ni nunca, podría decirle al mayor Antonio Toralli las palabras de rompimiento y adiós que había estado pensando mientras, acobardado, retrasaba el instante de entrar en Rudy's y enfrentarse a él.

—Ahora, campeón, vas a contarme por qué me odiaste —y :n sus manos, todavía unidas con las del Mayor por encima de la mesa, Tico Tebaqui sintió, tan perturbadoramente como la primera vez que lo tocaron, la simultánea presión de los suaves dedos que le trasmitían, también como entonces, la señal.

IRREGULAR Y a ratos ruidosa hasta unos minutos antes, la respiración del abuelo Tebaqui había empezado a ajustarse a un ritmo más parejo, sólo ocasionalmente alterado por un carraspeo, por el murmullo de palabras entrecortadas, por el tch, tch, que producía su lengua en el velo del paladar o por lo que no llegaba a ser un ronquido aunque lo pareciera.

—Don Belén —dijo Tico, a media voz; y luego, para percatarse de que el sueño del enfermo fuese ya tan profundo como él necesitaba, insistió un poco más alto—: ¿Quiere algo, don Belén?

Como si desde muy lejos hubiese escuchado la pregunta, Tebaqui farfulló, se aclaró la garganta, volvió a pujar y luego siguió respirando suave y acompasadamente. Tico podía observarlo de perfil: no tendido, tampoco sentado, entre cojines y almohadas, nítidos los rasgos de su rostro en la claridad rojiza que emitía el reloj digital, y muy quieto.

Porque eso iba a cumplir esa noche: el rito de la ejecución prometido al hombre que tanto daño le había causado a su vida apartándolo, siempre con la crueldad de su violencia, de lo que Alberto Tebaqui Vidal estaba obligado a amar en silencio, en secreto.

Si bien era cierto que no había podido nunca establecer una aceptable relación entre su abuelo y el trágico fin de Tony, ¿cómo dudar que fuera ajeno a lo que sucedió en San Eulalio aquella noche, si le parecía estar escuchando, como siempre que recordaba, la voz del pistolero exigiendo a sus cómplices que respetaran al muchacho, pues el único que importaba era el otro —Lorenzo Vigo—, contra quien Belén Tebaqui había proferido gritos de muerte?

ABRUPTAMENTE, en alto las cejas por encima de las gafas, Salud Solís suspendió la lectura de la carta cuyo primer párrafo se iniciaba con un ceremonioso: "Distinguido señor don Belén Tebaqui", y continuaba con la advertencia de que se atrevían a remitirle esa misiva "cuyo contenido, estamos seguros, le revelará muchas cosas que usted ignora, pero que ya es tiempo de que sepa, para que no sigan manchando su apellido". Buscó la firma y al pie de la página sólo encontró el vacío del blanco. Tebaqui:

—¿Qué pasa, Solís. . . ?

El contador dudó entre leer en voz alta las palabras escritas a máquina, sin errores ni faltas de ortografía, que el cartero había llevado esa tarde a la bodega de Lácteos LOR, o dejar que fuera don Belén, a quien concernía por tratarse de un asunto estrictamente personal, quien se enterara por sí mismo.

—Esto, señor. . .

Salud Solís colocó sobre el escritorio, frente a Tebaqui, la hoja de papel y el sobre, con matasellos de la Agencia Central de Correos, dentro del que había llegado. Discreto como siempre, se dedicó a seguir revisando el resto de la correspondencia y los documentos que requerían acuerdo y firma del Presidente Vitalicio de la UMCA. Alcanzó a ver, sin embargo, cómo se volvía de piedra el gesto de su patrón a medida que muy despacio, produciendo al silabear una especie de murmullo, pasaba los ojos por las líneas que el o los autores del anónimo, le habían enviado.

Ya con las mandíbulas coléricamente apretadas, Tebaqui releyó el párrafo en el que se hacía la denuncia:

"...y porque como amigo lo apreciamos a usted, conociendo su insospechable hombría y su rectitud personal, nos decidimos a enterarlo a usted de que su hijo, el joven Alberto Tebaqui Vidal, se ha convertido desde hace tiempo en el amiguito íntimo, en el novio por decirlo así, de un individuo de costumbres equívocas, un perverso de menores, con el que se encuentra todos los fines de semana en el estudio, que en realidad es una garconnière, que este sujeto, de nombre Antonio Toralli (42 años de edad, ex mayor del Ejército Nacional del que fue dado de baja vergonzosamente) utiliza para sus citas con los chicos a los que inicia en sus repugnantes y antinaturales prácticas homosexuales como lo ha hecho con su hijo Alberto, y con muchos otros jovencitos. Si no cree lo que como amigos de usted le decimos, haga usted vigilar a ese tipo, que es profesor en el Instituto Militarizado Internacional, y al edificio donde tiene su gimnasio y cuya dirección es. . ."

Después, sombrío ya, Belén Tebaqui dobló el papel, lo metió dentro del sobre y guardó éste en una bolsa interior de la chaqueta de paño verde que usaba esa noche.

—Mandar anónimos como ese es una bajeza. . . —comentó Salud Solís, considerando lo lastimado que Tebaqui estaría sintiéndose, y añadió, como si quisiera con su hipótesis responder a lo que don Belén estaría preguntándose—. Ese papelucho debe haberlo escrito alguno de los de Ugartechea. Ya sabe usted que son capaces de todo para causarle daño. . .

Belén Tebaqui se limitó a ordenarle:

—Lea lo que sigue, Solís. . .

Mientras el contador lo hacía, Belén Tebaqui reflexionaba que quizá no todo lo que en ese anónimo se decía respecto a las inclinaciones de Alberto, fuera mentira. Quien se había tomado la molestia de denunciarlo debía saber bien de qué estaba hablando (de ahí la abundancia de fechas, direcciones, números de teléfonos, placas de autos y de motocicletas, nombres de cafés, cines, baños y pastelerías que Tico visitaba los fines de semana siempre con ese ex mayor de las Fuerzas Armadas) pero, en cambio, no debía conocer cuál era el verdadero parentesco entre el señor Tebaqui y el joven Tebaqui, pues de conocerlo no insistiría en referirse a él como a "su hijo".

"Lo que importa es lo que dice, y el que escribió esa mierda dice ciertas cosas que desde hace tiempo me jodian de ese muchacho: cómo se viste, cómo se mueve a veces al caminar, los dengues que a su abuela le parecen graciosos y que a mí me han dado en los cojones desde que ese inútil era niño", pensó. "Y si el cabrón de verdad me resulta rarito, como en la carta dicen que es, mucha culpa será de Fala, que lo vestía de mujer cuando era chico y lo trataba como si fuera una muñeca. . . Puah. Lo que no cuadra en todo esto es lo que me consta: Benigno lo lleva cada quince días a que eche su polvo, y lo echa. Eso, seguro. . . Si fuera 'del otro lado' no funcionaría con las putas, y me lo diría Iris." Recordó entonces, y eso lo desconcertó, las seis fotografías con las que el nieto de Rafaela, firmando A. T. Vidal, había ganado un tercer lugar en el Concurso de Expresión Visual en el que participaron más de dos mil alumnos de escuelas militarizadas de América Latina: fotos que merecieron diploma, medalla de bronce y magnífico despliegue en varias páginas de la revista *Photo-Inter*. ¿Acaso en todas ellas no aparecía el mismo modelo? El hombre al que Tico había retratado con ropa de motociclista o de karateka, y tres veces desnudo, ¿sería el ex mayor Toralli, con el que se le atribuían relaciones de afeminados. . .?

—Y eso fue todo, don Belén. . .

Se disponía Tebaqui a empezar la firma cuando, de pronto, neutramente, pidió:

—Ahora, Solís: localice al comandante Zermeño y dígame que cuando tenga un tiempcito se de una vuelta por acá. . .

EL INFORME que tres semanas más tarde le rindió el comandante Danilo Zermeño, del Servicio Secreto, y las pruebas con que lo ilustraba (retratos de Toralli, instantáneas en las que aparecía con Tico y otros jovencitos en Rudy's; entrando en o saliendo de cuantro o cinco baños públicos y de otras tantas discotecas frecuentadas por homosexuales; a las puertas del edificio donde tenía su "Centro Especializado en Dinámica Muscular", o a las de su propia casa, y varias grabaciones de lo que por teléfono hablaba con sus amigos menores de edad) confirmaron que el autor de la delación no mentía.

Se preguntaba Belén Tebaqui con quién discutir el, para él, vergonzoso asunto ("Alberto, uno de mi sangre, ¿puto?") en busca de consejo. ¿Salud Solís, el doctor Monter, Rafaela, el abogado Arqueles Olmos? "Hay ciertas cosas, carajo, que no debe uno contarle a nadie, así sea de la familia o un amigo viejo. ¿Cómo llegar a decirles «Miren: el nieto me salió marica; al niño de Rafaela le gustan los machos» Puah. Asuntos así de sucios es mejor no menearlos."

Ahora que estaba informado de cuáles parecían ser las inclinaciones del hijo de Aarón, ¿cómo debía comportarse con él, ante él? Empezarla a golpes, ¿remediaría

algo? ¿fingir ignorancia, cerrar los ojos y que fuera lo que Dios quisiera? ¿Y si en todo esto, reflexionó también, hubiera un equívoco, y si Tico fuera en realidad, como en muchos aspectos parecía, un muchacho normal? ¿Su apego a Toralli? Cuando muy joven, ¿no llegó él mismo a convertir a Jerónimo Pío Rebollo en su ídolo, en objeto de su culto, en motivo de admiración, sin que hubiese nada reprochable, vergonzoso o antinatural, en ese largo trato con quien fue por docenas de años su jefe, su protector y siempre su amigo?

Con ayuda de Iris Abril realizó su propia investigación entre las mujeres a las que les había correspondido divertir a Tico, una semana sí, una semana no, en el curso del último año. Una a una comparecieron ante don Belén para responder a sus ansiosas preguntas:

—¿Le gusta? ¿Lo hace bien? ¿Repite? ¿Puede? ¿Se deja? —preguntas que recibieron, entre tartamudeos y sonrojos (porque el señor Tebaqui les ponía temblor de pánico en las rodillas, aun a las que lo habían tenido en la cama) respuestas que lo tranquilizaban: tímido, como es natural, las primeras veces, su nieto era un muchacho normal, quizá menos fogoso de lo que cabía esperar de uno de su edad, pero absolutamente viril y normal; algo flojo, jamás tomaba la iniciativa, aunque no se negaba a ninguna de las caricias que se le hacían. Una estuvo a punto de confesar: "Cuando lo hace conmigo, siempre parece que está pensando en otra cosa", pero prefirió guardarse el comentario.

Cuando la última de las interrogadas se hubo ido, Iris Abril le sirvió a Tebaqui una abundante copa de coñac, se concedió otra a si misma y sentándose frente a él sobre un puff marroquí, opinó, convencida:

—Lo que ha oído de mis muchachas le prueba a usted, don Belén, que Albertito es hombre, y que sí le gustan las mujeres. . . Por ese lado, quédese tranquilo; no se preocupe ni siga haciéndose mala sangre, ¿sí?

—Hmmm —gruñó Tebaqui, y entrecerró los ojos.

Quizá, como decía Iris, con tal convicción de experta, Alberto no fuera afeminado; pero no cabía duda de que Toralli sí lo era. Con la influencia de un coronel amigo suyo, Belén Tebaqui logró que se le permitiera revisar el expediente que existía en el Archivo General de las Fuerzas Armadas de Aire, Mar y Tierra, sobre el ex mayor, y averiguó así que, como culminación de un turbio asunto de sexo en el que apreciaban mezclados cadetes, instructores de atletismo y personal civil, algunos artistas y varios diplomáticos del país y extranjeros, Antonio Toralli Villadiego fue dado de baja, y se libró del público descrédito gracias a su prestigio deportivo. "Ya desde sus días del Colegio Militar, al joven Toralli le gustaba soplarles la corneta a sus compañeros y a varios de sus superiores, esos que lograron sacarlo más o menos entero de su problema. . ." fue lo último que el coronel comentó.

—¿Por qué no lo ve de este modo, don Belén? —Era como si Iris Abril estuviera hablando para sí misma, pues Tebaqui, la copa entre las manos, cerrados los ojos, parecía haberse quedado dormido—. Alberto es hombrecito, como las chicas acaban de informarle a usted. Es, además, y eso hasta un ciego lo vería, guapo; yo diría: muy guapo. . . No tiene nada de raro entonces que el profesor ese, que sí es puto, le haga la rueda para engatusarlo y, si se puede, pues. . . Tipos como ese, ya muy vividos, casi siempre terminan consiguiendo lo que buscan. . . Yo que usted, don Belén, y

perdóneme si me meto en lo que no me importa, procurarí­a separarlo de la mala influencia, quitarlo de la tentación, no vaya a ser que el día menos pensado, como no queriendo, caiga en ella. . . ¿Por qué no lo saca del colegio donde lo tiene? O todavía mejor, ¿por qué no lo manda a estudiar fuera. . . ?

—Hmmm. . .

Recordó Belén Tebaqui algo que le había dicho Rafaela, preocupada, unos meses antes: "Tico, que iba tan bien en sus estudios, como que ya les perdió el gusto. Sus calificaciones del bimestre son malas, y no me atrevo a enseñártelas. El doctor Monter opina que algo bastante serio le pasa por dentro al muchacho. . . Cosas de la edad, tal vez, pero que preocupan. Me ha dicho que ya no quiere seguir en el Instituto. . ."

(Eran las semanas en que el cadete Tebaqui Vidal Alberto, del primer curso, había perdido el entusiasmo por obtener las más altas notas de su grupo; el afán de ser el mejor de todos; el más rápido y brillante, también. Descuidaba su apariencia y no le importaba que sus maestros lo reprendieran por ello o que sus compañeros le preguntaran desde cuando no se bañaba o siquiera se lavaba el pelo. Siempre eficaz, su memoria se había vuelto perezosa y no conservaba casi nada de lo que se había dicho en clase. Al cadete Tebaqui sólo le interesaba averiguar si en la correspondencia recibida los jueves había un sobre para él. Lo recogía y en su dormitorio procedía a romperlo sin abrirlo, como si estuviese así castigando a quien se lo había enviado desde el extranjero. La noche de un viernes, inquieta por lo triste que lo veía, la señora Tebaqui fue a la recámara de su nieto, para conversar con él. Lo encontró a oscuras, sentado en la cama, con el uniforme y las botas puestos todavía. Tico negó que le pasara algo, que tuviera problemas o que se sintiera enfermo. Aburrimiento, eso era lo que padecía; ansia de salir de la cárcel en que el IMI se había convertido para él; renunciar a seguir estudiando una carrera, tan ajena a su gusto, que detestaba, y ganas, muchas ganas, de tomar su cámara y largarse a aprender fotografía técnicamente en Nueva York o Los Angeles.)

Recordó también Belén Tebaqui lo que a su vez le había respondido a su mujer: "El güevón ese va a quedarse donde está hasta que me traiga el título. ¡Irse de fotógrafo a los Estados Unidos! Puah. No se hable más. . ."

Ahora, sin embargo, hablar de eso con Alberto podría servir de mucho, reflexionaba Belén Tebaqui en su duermevela.

AUNQUE NO acostumbraba hacerlo con frecuencia, Belén Tebaqui bajó ese mediodía de sábado a comer con su esposa y con Alberto. Decidirse no fue fácil. Hacía mucho que había dejado de preguntarse por qué detestaba al nieto de su mujer y por qué su presencia lo irritaba tanto. A Rafaela le dio gusto que su marido espontáneamente hubiera querido acercarse así a ellos. A Tico, en cambio, le molestó, como le molestaba siempre, tener que permanecer, sin libertar para marcharse a la hora que quisiera, frente a quien no cesaba de vigilarlo, de unas semanas a la fecha, con apenas disimulada curiosidad, como si quisiera descubrir algo —lo que fuese— en sus movimientos, en sus gestos, en sus actitudes.

Ya hacia el final de la comida, que había resultado tensa por más esfuerzos que Rafaela Vidal Tebaqui hizo para encontrar temas de conversación que interesaran a los tres, don Belén comentó, luego de un sorbo de coñac:

—Me ha dicho tu abuela que ya no quieres seguir en el Instituto. . .

Rápidamente, Tico miró a Rafaela con una luz de reproche en los ojos. ¿Era así como guardaba las confidencias que él le hacía y que ella prometía no revelar a nadie —y a Belén Tebaqui menos que a nadie? Haber hablado con éste de lo que sólo entre ellos debía quedar, ¿era o no traición a la confianza que él le entregaba? Sonrojándose, primero; palideciendo después, Rafaela Tebaqui inclinó la cabeza y sus dedos nerviosos se ocuparon de limpiar de migajas de pan la parte del mantel que alcanzaban sus manos.

—Bueno, yo. . . —fue lo único que el cadete Tebaqui, que vestía como todos los fines de semana el uniforme del IMI, atinó a decir.

—Pues me parece bien que quieras salirte de allí —dijo calmadamente Belén Tebaqui, y su mujer, sorprendida, tanto o más que el propio Tico, alzó la cara y parpadeó—. Yo digo siempre que cuando uno ya no está a gusto en un lugar, no tiene caso quedarse en él. . . ¿No lo crees tú. . . ?

—Sí, señor. . . —asintió Alberto.

—Hecho: si tu gusto es salirte, ese gusto tendrás. . . El lunes mismo voy a sacarte del Instituto, y a mandarte a donde tú quieras ir. . . Ah, pero eso sí, te me vas inmediatamente; miércoles o jueves, a más tardar. . .

La pálida mano de Rafaela Vidal cubrió, para expresarle gratitud, la mano fuerte y oscura de don Belén, señalada desde hacía mucho por las pecas de la edad. Ahora risueños, sus ojos quisieron hallar los de Tico, pero éste los mantenía fijos, perdidos, en la blancura almidonada del viejo mantel.

—Sucede, don Belén, que siempre sí prefiero seguir en el Instituto —dijo el cadete Tebaqui en voz baja, turbado, como disculpándose.

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que ya no quiero salirme del Instituto, sino terminar el año. . .

—Y eso que le dijiste a tu abuela de ir a estudiar fotografía a los Estados Unidos, ¿qué. . . ?

—Eso, después, señor.

—¿Quién te entiende, carajo? Primero quieres dejar la escuela; ahora prefieres quedarte. . . ¿Eso es lo que me estás diciendo. . . ?

—Sí, señor. . .

Aun no iracundo, sólo desconcertado, Tebaqui insistió:

—Si lo que te gusta es la fotografía, pues dedícate a ella. . . Si quieres viajar, pues ve a viajar. . . Ahora oye bien esto: decide a dónde ir, fuera de aquí, y te me vas. . . —y un par de veces le tronó los dedos ante la cara.

—Es que ya no quiero irme, señor. . .

—Cuando hablaste con tu abuela, sí quenas. . . ¿Por qué ya no. . . ?

—Tenía miedo de que usted se enojara conmigo, don Belén; mis calificaciones venían malas, y. . .

En apoyo de Alberto, apuntó la señora Tebaqui:

—Estaba enfermo, Belén. . . Tú viste lo descolorido que se veía, agotado de tanto estudiar el pobrecito. . . Ahora, míralo, es otro; se ha compuesto mucho. . .

Belén Tebaqui lo miraba pensativamente, y de su rostro iba borrándose la expresión amistosa que lo había cubierto durante la comida. Su gesto volvió a ser hosco, y áspero, como siempre que hablaba con él o a él se refería, el tono de su voz:

—Vaya, vaya con el niño. . .

Volvió a intervenir Rafaela Vidal:

—Sus notas son otra vez muy buenas, Belén. Debería darte gusto eso. . .

—Puah. . . No se hable más —ordenó Tebaqui. Se había levantado y de un sorbo, echando hacia atrás bruscamente la cabeza, bebió el coñac con el que acompañaba el café. La cocinera, Julia, que se acercaba a recoger la mesa, regresó de prisa a su lugar al advertir lo borrascoso de la situación. Tebaqui volvió a gruñir—. He dicho que no se hable más. . .

En cuanto quedaron a solas, la abuela Tebaqui interrogó a Tico:

—¿Por qué ahora quieres quedarte? Si ya don Belén te había dado permiso para que te fueras de viaje, ¿por qué no le tomaste la palabra. . .?

Impaciente, Alberto Tebaqui se había levantado también. Pasaban de las tres y en media hora más debía reunirse con Tony Toralli en Rudy's. Irían, como siempre, a un cine; luego, a la pastelería Verni; después, al estudio a escuchar música, a beber un vaso de vino, a comentar la película que habían visto. Se colocó detrás de su abuela y la abrazó, su mejilla rozando la tersa mejilla de esa mujer que vivía dentro de su hábito carmelita y que olía esa tarde a espliego y a cedro.

—Ya le encontré otra vez el gusto a la escuela, mamá Fala. Por eso quiero quedarme y seguir mi carrera aquí. . . Lo de la fotografía vendrá después. . . Don Belén quiere un título, ¿no?, para colgarlo en su despacho. . . Pues se lo daré. . . Ahora, me voy. . .

—¿A dónde tan a la carrera, Tico?

—Al cine, con unos amigos del colegio. . .

—No vuelvas muy tarde. . .

•

EN EL armario donde se guardaban todas las de la casa, Belén Tebaqui encontró el duplicado de la llave que abría el cuarto oscuro de Alberto, en la azotea. Rafaela Vidal se hallaba en su recámara atenta a la televisión. Como todos los sábados, le había dicho ella, Tico había ido al cine con algunos compañeros del Instituto. "¿Al cine? Puah: a ver al marica ese." Disponía, pues, de mucho tiempo para buscar, ¿qué? Quizá lo supiera si llegaba a encontrarlo.

Nunca antes había estado Belén Tebaqui en el laboratorio fotográfico que su mujer le había instalado a Alberto como regalo de cumpleaños. Cuando se le hablaba de él, no creía que fuese tan amplio y que tuviera tal cantidad de equipo: amplificadoras, secadoras, cubas y frascos para las sustancias químicas, tanques de revelar, materiales diversos.

Adherido de algún modo a uno de los muros, un enorme retrato de Antonio Toralli (cuyo rostro Belén Tebaqui había visto muchas veces, aunque no tan grande ni tan claramente, en las instantáneas tomadas por los policías de Danilo Zermeño) parecía vigilarlo con ojos oscuros y vivaces que miraban al lente de la cámara que lo había fotografiado.

Otras fotos de Toralli se hallaban en remojo dentro de un tanque de peltre blanco. Varias más, éstas a color, colgaban, secándose, de finos hilos de nylon. Belén Tebaqui abrió una de las muchas cajas amarillas marcadas TT y la encontró llena de imágenes

del Mayor. Buscó en otras: igual. Tony Toralli repetido en diferentes poses. En el reverso de cada una de ellas, escritos por la mano de Alberto, una fecha y un número.

—Puah. . . —se escuchó gruñir, reventándole por dentro la furia.

La última de las cajas que destapó contenía fotos de Toralli en compañía de Alberto. En varias uno y otros estaban desnudos, risueños, del brazo o abrazados, haciendo muecas, como si una tercera persona hubiese estado manejando la cámara ante la cual se exhibían, igual en espacios abiertos de bosques y jardines, que a la orilla pedregosa de un arroyo de montaña o en interiores desconocidos: ¿cuartos de hotel, el gimnasio del que le informó el comandante Zermeño, la casa particular de Toralli?

Nunca hasta esa tarde se había sentido así de enfermo, asqueado, colérico y triste Belén Tebaqui Soria. De pronto, cuando su corazón empezó a latir más de prisa, sintió necesidad de salir de allí para no seguir mirando esas fotografías que lo ofendían, esos testimonios repugnantes e irrefutables de las inclinaciones de Alberto. ¿Cabía ya dudar de lo que éste era, así lo disimulara? Para un hombre como él, ¿podía haber un castigo mayor que tener en su familia a un anormal?

Durante casi una hora, mientras en la cama soportaba el ataque de taquicardia, Belén Tebaqui estuvo preguntándose cómo proceder ahora que era certeza lo que hasta el momento había sido sólo sospecha. "Si el muchacho ya no quiere irse de la escuela, es porque el tipo ese lo convenció de que se quedara. Y si se queda seguirá manejándolo, y eso sí que no lo permitiré. . ." Podía usar sus influencias, que eran muchas, para conseguir que el IMI expulsara a su instructor de artes marciales. Podía solicitar del Presidente de la República ("El Señor, que tiene hijos varones, entenderá en qué predicamento me encuentro. . .") que sacara del país, por una larga temporada, al corruptor. Podría. Las grajeas que el cardiólogo de Houston y el doctor Monter le prescribían para controlar su taquicardia, empezaban a tranquilizarle el corazón. Poco a poco Belén Tebaqui se fue adormilando. "Echarlo del Instituto nada remediaría. Desterrarlo del país, tampoco, porque si el muchacho anda enredado con él es capaz de seguirlo. . . Lo único que conviene es hacer algo para que no me acabe de echar a perder a Alberto. . ."

ESA MISMA noche, antes de salir hacia Buenavista, Belén Tebaqui llamó por teléfono, al sitio donde sabía que se encontraba, al comandante del ss; Danilo Zermeño, y le pidió que se reuniera con él en la bodega de Lácteos LOR. Pasadas las once llegó Zermeño a la Central de Abastos y, mientras bebía el coñac que el Jefe Tebaqui le había servido, escuchó lo que éste solicitaba de él.

—Se trata del tipo ese, Toralli, que me hizo usted el favor de investigar. Ahora voy a decirle por qué le pedí que lo vigilara: es un puto que está molestando a mi nieto.

—Que es puto ya lo sabíamos: tiene antecedentes. Pero que molestara a su nieto, no.

Bebieron mirándose:

—Como padre que es usted, comandante, no permitiría, ¿verdad?, que un maricón quisiera pervertirle a sus hijos.

—Desde luego que no. . .

Volvieron a beber, siempre mirándose. Zermeño atento a escuchar la orden inevitable. Tebaqui buscando las palabras para formularla.

- Me hará usted ahora otro favor, comandante. . .
- Usted dice cuál, don Belén.
- Saque al tipo ese de la jugada. . .
- ¿Qué tan afuera lo quiere, don Belén. . . ?
- Para siempre, Zermeño. . .

LA NOTICIA del accidente en el que la noche del martes había perdido la vida Antonio Toralli, el experimentado deportista de reconocida fama internacional en la difícil especialidad de Motociclismo Acrobático en Máquinas de Gran Cilindrada, mereció una cabeza de tres columnas de ancho en el matutino del jueves, que los alumnos de la clase de Artes Marciales leyeron consternados en el gimnasio donde en grupo aguardaban a que su instructor llegara. Una fotografía mostraba, destrozada contra un árbol, la *Harley-Davidson* en la que Tico, Hermosillo, Balmaceda y Pepe, lo habían visto partir del IMI hacia las 20 horas, minutos antes de que sobre la zona empezara a caer la llovizna que duró hasta la madrugada.

". . . el cuerpo del profesor Toralli quedó irreconocible a causa del brutal impacto. En opinión de los peritos de la Policía Federal de Caminos, el hoy occiso debió estar conduciendo su potente motocicleta a no menos de 150 kms. en el momento de tomar la curva trágica (. . .) Aunque no hubo testigos que presenciaran lo ocurrido, los peritos suponen que Toralli perdió el control de su máquina y se proyectó de frente contra el tronco de un grueso pino. El infortunado deportista quedó sobre la cinta asfáltica, ya sin vida (. . .) Por el tipo de lesiones que presenta el cuerpo, no se descarta la posibilidad de que varios automóviles hayan pasado sobre él inadvertidamente a causa de la neblina. Menos de 10 minutos antes de su muerte, el señor Toralli había impartido la última de sus clases de ese día en el Instituto Militarizado, IMI, del que era maestro titular de Artes Marciales. Sobreviven al que tantos lauros conquistó para el deporte nacional, su viuda Helga y sus tres pequeños hijos. El entierro del campeón Antonio Toralli ha sido fijado para las 13:30 hrs. de este jueves en el Lote de la Fraternidad 'Músculo y Mente', del Cementerio Civil. . ."

La Dirección se opuso a que los alumnos de Toralli, como lo solicitaban por conducto de José María Balmaceda, asistieran a la ceremonia del sepelio. Sólo autorizó que se guardara un minuto de silencio, en homenaje a la memoria del desaparecido, a la hora de la comida. Durante esos dolorosos segundos, Alberto Tebaqui Vidal recordó algo que el último sábado, cuando estaban juntos en el estudio del noveno piso, le había comentado Tony: "¿Sabes? Desde que volví del viaje siento que me vigilan a toda hora: aquí, en mi casa, en la calle, en la escuela. También tengo la impresión, y lo mismo le sucede a Helga, de que hay gente que nos escucha cuando hablamos o nos hablan por teléfono. . ."

Eso había dicho Tony Toralli, al anochecer del sábado, y ahora estaba muerto, ¿a causa de un accidente, como el diario publicaba?

El cadete Alberto Tebaqui Vidal cerró con llave, por dentro, la puerta de la Suite 27-A; sin quitarse las botas se echó sobre la cama y, boca abajo, empezó a llorar.

BASTANTE extrañó a Belén Tebaqui que su consuegro, Fernando Almaraz, al que había acompañado como casi todas las mañanas a jugar nueve hoyos de golf en el

Country, lo llamara por teléfono a la oficina de Buenavista para solicitarle un favor especial.

—Tú dirás. . .

—Un amigo, al que le llevo varios asuntos y que es además inquilino tuyo, quiere cita para hablarte. . .

—¿Quién es él. . .?

—Lorenzo Vigo, el arquitecto Vigo.

Vagamente lo recordaba Tebaqui. Sólo una vez lo había visto, quince años atrás, cuando firmaron el contrato de alquiler de la primera de las cinco casas, propiedad de don Belén, y vecinas a la que habitaba, que con el tiempo fue ocupando, a medida que crecía con el estímulo de los capitales extranjeros que administraba, el Grupo de Empresas Vigo; con la Constructora Vigo; la agencia de publicidad Vigo Ad; la de modelaje Vigo Fashion; la Galena Vigo Art, y la Editorial Vigo, que publicaba revistas de modas, fotografía, cocina, cómics, ciencia y mecánica, cacería y pesca, deporte y hágalo-usted-mismo. A partir de aquel encuentro, el Departamento Jurídico" de la Unión Mutualista de Comerciantes Asociados (UMCA) y luego el bufete del abogado Arqueles Olmos, se habían encargado de redactar los nuevos contratos, de negociar periódicamente los aumentos de alquileres y de cobrar las rentas. En todo ese tiempo jamás un conflicto de intereses perturbó la relación entre las partes.

—¿Qué es lo que busca?

—¿A qué hora puedes recibirlo?

—En mi casa, a eso de las seis. . .

ANTES DE tratar de llenar el asunto que los había reunido esa tarde en el despacho particular de Tebaqui, los tres conversaron volublemente, quizá un cuarto de hora, sobre la onda cálida que padecía la ciudad; la proliferación de prostitutas en las calles más céntricas; la carestía de la vida y su secuela de críticas al Gobierno, y del gusto que una buena parte de la juventud mostraba tener, ya no, como en las generaciones anteriores, por la bebida ("dentro de lo malo, lo menos peor", apuntaba Tebaqui) sino por las que insistía en llamar, con término de otros tiempos, "drogas heroicas". Les sirvió a Vigo y al consuegro Almaraz una segunda copa de coñac y, luego de alzar la suya y proponer "Salud", planteó:

—Pues usted dirá para qué soy bueno, arquitecto.

—En síntesis, señor Tebaqui, se trata de saber si está usted dispuesto a venderme sus propiedades: no sólo las cinco que ya ocupo sino las otras de la manzana, incluida ésta. . . En caso afirmativo, presentaría a usted, en forma ya oficial, una oferta de compra. . . —sonrió, y a Tebaqui le pareció que le hacía un guiño de simpatía— que difícilmente podría ser mejorada por nadie. . . Se preguntará usted, señor Tebaqui, por qué el arquitecto Lorenzo Vigo desea adquirir esos inmuebles.

—Me lo pregunto.

Lorenzo Vigo, calculó Tebaqui, frisaría en los cincuenta años. Era atractivo, de palabra fácil y de muy agradable sonrisa. Se parecía a un actor que trabajaba frecuentemente en las comedias de la televisión que Rafaela Vidal veía por las tardes, pero cuyo nombre de momento no recordaba. Vestía un blazer azul marino y en la bolsa del pecho lucía un escudo circular bordado con hilo metálico. Un gajné de seda roja

hacía las veces de corbata. Al hablar movía las manos con expresiva elegancia. Se manicuraba las uñas y usaba pulseras de oro, dos en cada muñeca. — . .y así vamos llegando al punto de padecer una crisis de espacio. En una palabra, señor Tebaqui: o amplío las instalaciones que ahora ocupan algunas de las empresas del Grupo Vigo, o me veré en la necesidad, para no dispersarnos por la ciudad, de reducir, al menos temporalmente, los volúmenes de operación en que nos encontramos. . .

Fernando Almaraz, que ganaría una buena comisión por concepto de corretaje si el negocio de compra-venta se consumaba, intervino para informar:

—Debo decirte, Belén, que el arquitecto Vigo está construyendo en Arenal del Sur una torre de quince pisos para instalar allí sus oficinas. . .

—Parte de ellas, solamente, Fernando. . . Pero el fin de la obra está aún relativamente remoto, y no podemos esperar tanto. Lo que empezó siendo, en la primera casa que tuve el gusto de alquilarle, un modesto taller de proyectos, cálculos y diseños arquitectónicos, se ha convertido en un pequeño monstruo muy diversificado en su acción. . .

Reflexivamente asintió Belén Tebaqui. Aunque estaba poco enterado de los negocios ajenos que no tuvieran alguna relación con los suyos de Buenavista, el presidente de la UMCA había ido leyendo en los periódicos con el correr del tiempo que las empresas Vigo eran prósperas, y que su director y propietario era considerado importante en ciertos medios; tan importante que su nombre aparecía con frecuencia en las páginas financieras de algunos diarios y su fotografía (casi siempre en compañía de mujeres hermosas) en las de Sociedad de todos los de la metrópoli.

—Tendría que ser muy buena la oferta que usted me hiciera para empezar a interesarme, arquitecto. . . La propiedad en este rumbo vale ya un ojo de la cara, y cada día sube más. . .

—Bien lo sé, señor Tebaqui —la sonrisa de Lorenzo Vigo era abierta, franca, y muy brillantes los dientes que descubría—. Por eso busco un arreglo con usted, antes de que el precio llegue a ser prohibitivo para mí. . .

Tebaqui saboreó brevemente su coñac:

—No sé si Fernando se lo habrá dicho; si no, se lo diré yo: vender, sólo por vender lo que tanto tiempo y tanto dinero me tomó comprar, es algo que no, me interesa. A mi mujer tampoco le gustaría deshacerse de esta casa en la que vivió de joven, con su padre, que fue quien la mandó construir. . .

—Si es así, dejemos fuera del trato esta propiedad. . . Hablemos sólo de las que yo ocupo y de las otras que le interese incluir —sugirió Vigo.

—Ponga en un papel lo que me ofrece. Lo estudio y luego hablaremos. . .

—Me parece bien, señor Tebaqui. . .

Vigo y Fernando Almaraz, acompañados por Belén Tebaqui, se disponían a salir de ese despacho sobrecargado de cortinas, lámparas, tumbonas, sofás, cojines y sillas, todas feas y viejas, cuando apareció en la puerta, con unos papeles en la mano, Alberto Tebaqui Vidal, que había entrado sin llamar porque ignoraba que don Belén tuviera visitas. Al ver al señor Almaraz (a quien detestaba, porque se sabía detestado por él) y al desconocido que se hallaba de pie a su derecha, se detuvo y enrojeció.

—Se toca la puerta antes. . . —Tebaqui miró muy molesto a Alberto—. ¿Qué quieres? Estoy ocupado. . .

—Venía a que firmara esto, señor. . .

—No te quedes ahí parado. Acaba de entrar. . .

Cabizbajo, Tico pasó al interior.

—Buenas tardes. . . —dijo, cohibidamente.

El arquitecto Lorenzo Vigo encontró encantador (se lo diría meses después) el aire tímido, de criatura totalmente vulnerable y desamparada, que Tico tenía esa tarde cuando se conocieron y cuando Tico (confesión por confesión) se sintió atraído, ("¿Flechado?", "Sí, flechado") por ese señor de buena estatura, muy guapo con su pelo ya algo blanco en las sienes y su piel morena de tanto sol, que lo observaba sin disimular su curiosidad.

—Este es mi nieto Alberto —anunció don Belén desabridamente.

—¿Qué hay, Tico? —saludó displicente, sin tenderle la mano, el consuegro Almaraz, para quien Tico, al que suponía "nieto adoptivo" de los Tebaqui, era apenas un vagabundo; quizás un vicioso. De todos modos, un golfo inexplicablemente mimado en exceso por doña Rafaela.

Lorenzo Vigo, en cambio, no le negó la sonrisa ni la mirada extrañamente seductora que le dirigió a los ojos al tiempo que recibía la mano húmeda del muchacho.

—Mucho gusto, Alberto. . .

—Igualmente, señor. . .

Desde que consiguió quitarle de encima ese "estorbo" que había llegado a ser el mayor Antonio Toralli, tranquilizaba a Belén Tebaqui saber que Alberto, al que hacía vigilar por los hombres del comandante Zermeño, no hubiera vuelto a relacionarse con individuos que tuvieran las inclinaciones del difunto instructor, ni a frecuentar, los fines de semana que salía del Instituto, los cafés, baños, cines y demás sitios a los que iba con el campeón de motociclismo. "Como tantas veces le dije, don Belén —le recordaba ufana Iris Abril—, el muchacho no es malo, ni pervertido, ni mariquita como usted llegó a creer. El malo, el pervertidor, era el otro, el que Dios castigó matándolo. . . Usted ve qué hombrecito es el Alberto. Viene con Benigno los viernes; y mis niñas lo quieren bien. . ."

—¿Qué se te ofrece?

Temeroso como siempre que tenía que solicitar algo personal y directamente a don Belén, le mostró los papeles:

—Los manda don Salud, para que haga usted el favor de firmarlo: la Carta Poder y lo que piden en la aduana del aeropuerto para entregar la amplificadora que llegó ayer. . .

Empezó a sonar el timbre del teléfono colocado sobre el escritorio más cercano al ventanal desde el que podía abarcarse el jardín y, al fondo, colindando con éste, la parte posterior de al2

gunas de las cinco casas que ocupaba, con sus oficinas, estudios, laboratorios y salas de redacción el Grupo Vigo, y Belén Tebaqui fue a tomar la llamada. Debía ser importante porque después del brusco: "Diga", bajó la voz y les dio la espalda a Fernando Almaraz, al arquitecto Vigo y a Alberto.

Sin retirar de sus labios la sonrisa ni de sus ojos el brillo de la simpatía, Vigo aludió a la cámara Nikon que Alberto llevaba colgada del cuello.

—Bonito hobby la fotografía. . .

—Sí. Me gusta mucho.

—¿Estudias . . . ?

—En el IMI —dijo Tico, enrojeciendo—. Instituto Militarizado Internacional.

—¿Quiere ser soldado?

—No. Licenciado en Administración de Empresas.

—Esto, ¿te atrae . . . ?

—Don Belén quiere . . .

—Tú, ¿qué preferirías ser . . . ?

—Fotógrafo . . .

Lorenzo Vigo miró a Fernando Almaraz, nuevamente a Tico, y comentó:

—Un fotógrafo con talento siempre gana mucho dinero y se divierte más que un administrador . . .

—Como diversión, pasa;, pero como profesión ,,— objetó Almaraz.

Lorenzo Vigo hizo un guiño a Alberto, el primero de su complicidad, y movió la cabeza:

—Fotografía es arte, Fernando; un arte, cuando es competente el que lo ejerce, de lo más lucrativo —miró después a Tico—. Me encantaría ver fotos tuyas . . .

—Si, señor . . .

Belén Tebaqui había terminado de hablar por teléfono y trabajosamente dibujaba su rúbrica en los sitios marcados con una equis que debían contenerla, tanto en la Carta Poder como en los otros documentgs. Los entregó a Tico.

—¿Algo más . . . ?

—No, señor. Gracias . . . —apresuradamente Alberto Tebaqui Vidal se despidió de Lorenzo Vigo y de Fernando Almaraz, y salió de prisa del despacho.

Fue Vigo quien comentó:

—Simpático chico. . .

—Hmm. . .

—Me ha dicho que le gusta la fotografía. . . y que quisiera ser fotógrafo.

—Hmmm. . . Ya entró en un concurso. . .

—¿Lo ganó?

—Ganarlo, no lo ganó; pero quedó en buen lugar. . .

Volvió al escritorio y de uno de los cajones sacó un ejemplar de la revista *Photo-Inter* y se la mostró a Lorenzo Vigo, abierta en las páginas donde aparecían las fotografías tomadas por Tico, que el jurado consideró merecedoras del tercer lugar y dignas de ser publicadas.

Lorenzo Vigo las examinó con ojo crítico:

—Son buenas. Tienen sello. Personalidad —miró la línea de crédito: "Autor: A. T. Vidal". —¿Vidal. . . ?

—No quiso usar el apellido Tebaqui, sino el de su abuela, para que no fueran a murmurar, si ganaba, que lo había logrado gracias a mis influencias. . .

Se dieron las manos nuevamente:

—En el curso del día de mañana, señor Tebaqui, tendrá usted por escrito la oferta del Grupo Vigo. . .

—Quede claro, arquitecto, que no hay compromiso de mi parte. Veré su carta, y estudiaré sus números sólo para darle gusto. . .

—Estoy seguro de que llegarán a interesarle. . .

PARECÍA que al fin el sueño de Belén Tebaqui había llegado a hacerse tan sólido como Tico había estado esperando durante horas que lo fuera. Como si estuviese ya muerto (¿lo estaría, en realidad?), la respiración del enfermo no se escuchaba en la penumbra rojiza. La casa reposaba en silencio. En silencio, no, porque de tiempo en tiempo, viva y cansada, muy vieja también, temblaba si algún vehículo pesado circulaba por la calle; gruñía, por los muchos años que ya soportaban sus gruesos muros, sus altos techos, sus pisos de madera gastados por el uso y los cepillos infatigables de Rafaela Vidal y las mujeres del servicio. Mientras se movía sobre el asiento para apoyar los pies en la alfombra, Tico se preguntó si después de asesinar al abuelo podría guardar sólo para sí, toda su vida, sin compartirlo con nadie, el orgullo de haber cometido un crimen perfecto.

"Todavía no", se dijo, llena la boca de saliva de la ansiedad. "Un poco más de tiempo para estar seguro de que se ha dormido bien y de que Mamá Fala, como ya lo ha hecho varias veces, no se asomará en el mero momento".

Muy lentamente, cuidando de no interrumpir el silencio con el roce de sus vaqueros al moverse sobre el terciopelo del asiento, Alberto Tebaqui Vidal recogió las piernas, las abarcó con los brazos, apoyó la barba en las rodillas y siguió esperando.

BENIGNO AGOSTA llevó a la recámara de Belén Tebaqui (que impaciente había preguntado por ellos a sabiendas de que era demasiado temprano para que anduvieran voceándolos en la calle) los periódicos de la noche que desde hacía muchos años habían convertido a la UMCA, y al nombre que la presidía, en blanco de sus críticas y de su sátira. Uno, al pie del titular a todo lo ancho de la página

EL PULPO DESAFIA AL PRESIDENTE
BUENAVISTA PARALIZADA POR TEBAQUI

y de la nota sobrada de vaguedades en la que se hacía el mañoso recuento de lo que había ocurrido en la Central de Abastos desde que estalló el movimiento de huelga que la afectaba, publicaba un "comentario editorial" instando a las Autoridades-Superiores-del-País, a tomar alguna "acción ejemplificadora" contra la "voraz mafia que teniendo al insaciable Belén Tebaqui, como Supremo Dictador", estaba poniendo "en grave entredicho" la autoridad que el pueblo, "al que dicen servir", había confiado al Presidente, a los ministros y al ciudadano alcalde. Se les recomendaba proceder con "mano dura si ello fuese necesario", para devolverle al "hombre de la calle que padece las consecuencias de la tozudes de Tebaqui y socios", la confianza en quienes, "supuestamente deciden sus destinos y velan por sus intereses".

—Puah. . . —Belén Tebaqui arrojó el periódico. Su mujer dejó de tejer y se inclinó a recogerlo, para doblarlo después, cuidadosamente—. Como si fuera mía, y no de ese cabrón de Heleno Lara, la culpa de lo que está pasando, ¡carajo!. . .

El tabloide, concediendo apenas importancia a la huelga, y al hecho de que en el interior de la República más grupos de trans-

portistas, estudiantes, intelectuales, estibadores no sindicalizados y consejeros de los partidos de oposición se sumaban al paro organizado por Lara, destacaba con pesadas letras rojas:

MACABRO HALLAZGO EN BODEGA DE TEBAQUI

En la tercera página, profusamente ilustrada con viejas fotografías de Belén Tebaqui y con otras, sin duda proporcionadas al periódico por el Servicio Médico Forense, se hablaba del "macabro hallazgo" al que se aludía en la primera.

—Puah, puah. Hijosdelagranputa. . . —volvió a bufar el esposo de Rafaela Vidal—. Es no tener madre escribir estas porquerías. . . Lee nomás. . .

Se informaba en el cuerpo de la noticia que al estar realizando labores de excavación para reparar una tubería del drenaje municipal, los miembros de la cuadrilla del Ayuntamiento habían descubierto en Buenavista, casi a ras de tierra, las osamentas, "en perfecto estado de conservación", de once adultos (tres, del sexo femenino) y de dos menores.

"Lo que en estos momentos convierte en sensacional el descubrimiento —apuntaba el reportero— es que los restos humanos fueron hallados en el área de carga y descarga de una de las muchas bodegas que directamente, o por interpósita persona, maneja en Buenavista el acaudalado usurero Belén Tebaqui. Se supone que tales huesos, incluidos los de los niños, corresponden a víctimas de los poderosos, y siempre impunes, jefes visibles e invisibles del bien organizado gang que El Pulpo maneja a su antojo. (...) Es de suponer que en otras bodegas de Tebaqui existan más sepulturas como la que el azar ha puesto de manifiesto. (...) Estamos seguros de que en esta particular ocasión el Procurador General, de cuya rectitud no hay duda, procederá con ejemplar energía contra quien, o quienes, resulten responsables de esos horrendos crímenes. . ."

Agriamente, cuando ella terminó de leer, Tebaqui gruñó una descarga de injurias contra la madre del que había escrito eso y contra la del periódico que lo había publicado.

—Belén, tu corazón. . .

—Deja de estar jodiéndome tú también.

—Sólo trato de cuidarte. . .

—Bah. . . No se hable más. Llama por teléfono al abogado Olmos y dile que venga a verme, inmediatamente. . .

La nota había sido escrita y publicada con el obvio propósito de relacionar a Tebaqui, en esos momentos de crisis, con la muerte y la inhumación clandestina de trece personas. Las osamentas habían sido exhumadas en una de las bodegas de Lácteos LOR, casi tres semanas antes por unos peones que Salud Solís había contratado para que repararan, no un tubo del drenaje, sino un piso de cemento hundido en parte por los muchos vehículos que circulaban sobre él o que en él permanecían horas de día o de noche mientras los estibadores realizaban las faenas de carga o descarga. Fue el propio abogado Arqueles Olmos, quien, en su carácter de Asesor Jurídico de la UMCA, dio aviso a las autoridades y quien levantó el acta en el correspondiente precinto policiaco. El Servicio Médico Forense, cuyos fotógrafos recogieron la constancia gráfica

del hallazgo, dictaminó setenta y dos horas después (y así lo publicaron en páginas interiores algunos diarios matutinos) que esos restos llevaban sepultados allí de sesenta a setenta años, por lo que no era desdeñable la hipótesis de que las personas a las que habían pertenecido hubieran sido fusiladas, y luego enterradas en ese lugar, durante alguno de los cuartelazos que se produjeron en los alrededores de la Central de Abastos, a principios de la segunda década del siglo. En apoyo a esta suposición, el patólogo titular del SMF añadía que cada uno de los trece cráneos mostraba un orificio de bala de grueso calibre en el parietal derecho, prueba de que los ejecutores remataron a sus víctimas con el tiro de gracia.

—Lo que este periodicucho está dando a entender, al callarse la fecha y el parte del Gobierno, es que yo mandé matar a esa gente y que tengo mis propios panteones particulares en Buenavista. . . Ah, pero ahora sí van a saber quién es Belén Tebaqui cuando se encabrona. . . Puah, puah. . .

En eso entraba Rafaela Vidal:

—¿Decías, Belén?

—Nada, nada. El abogado, ¿viene ya?

—No está en su casa, Balen.

—¿Cómo que no está, si lo necesito. . . ?

—Fue a una cena, pero no dejó dicho ni a dónde, ni a qué hora volvería. . . De todos modos, por si se comunica, le pedí a su señora darle tu recado. . .

MINUTOS DESPUÉS de que volvió a su casa, y cuando se disponía a dormir hasta las cuatro de la tarde, Belén Tebaqui recibió, llevado por Rafaela Vidal, un sobre de papel de lino con un sello de lacre en la parte posterior y la leyenda: *Correspondencia Particular del Presidente Ejecutivo*, bajo el logotipo en relieve V's que identificaba al Grupo Vigo, y la anotación PERSONAL-URGENTE, manuscrita con tinta color sepia.

— ¿Quieres que lo abra?

— Después.

—Es urgente —le hizo notar.

—Puah: lo será para ellos, no para mí. . . Cuando me levante lo veré —y se tumbó en la cama sin romper el sobre, fiel a lo que de joven había aprendido en filas, y luego con su ejemplo, al lado de Jerónimo Pío Rebollo: "Nunca apresurar la copa que se bebe con los amigos; el amor que se hace con las mujeres en la cama; ni menos todavía, los negocios que proponen gentes que no conoce uno. . ."

Pero su sueño de esa mañana no fue largo, apacible y profundo como de costumbre. Quizá porque había bebido demasiado café mientras desayunaba en el Country, o porque, así no quisiera admitirlo, sí le interesaba enterarse de lo que pudiera estar proponiéndole Lorenzo Vigo, Tebaqui despertó menos de dos horas después. Encendió la lámpara del buró. Se montó los anteojos en la punta de la nariz y examinó la oferta. "O está loco o es pendejo", pensó. Con desconfianza releyó los párrafos. Seguía pareciéndole elevadísima, desproporcionada, la cifra que Vigo decía estar dispuesto a pagar y murmuró que había algo raro, turbio, engañoso, en el asunto. Encargaría a Salud Solís averiguar si los precios de la propiedad se habían disparado a tal extremo en esa parte de la ciudad. Le molestaba, sobre todo, porque sentía que se le presionaba, la frase final: "Por las razones expuestas, y no olvidando lo que

personalmente me permití indicarle durante nuestra charla preliminar de ayer tarde, habré de agradecer a usted no demorar en exceso su decisión. . ."

A la hora de la merienda, entre las ocho y las nueve de la noche, Belén Tebaqui (lo que mucho le extrañó a ella, pues él no le hablaba nunca de sus negocios) le mostró a su esposa la carta; aguardó, atento a su gesto, que terminara de leerla, y le preguntó:

—¿Qué te parece. . . ?

—Pues que te está ofreciendo mucho dinero. Qué bueno, ¿verdad?

—¿Qué harías tú?

—¿Me lo preguntas en serio, Belén?

—Claro que sí. . .

—Pues, yo vendería. . .

—No necesitamos el dinero —Belén Tebaqui había esperado otra respuesta de su mujer. Le molestó la que obtuvo—. Vender no tiene caso, sobre todo ahora que todo sube y que la moneda pierde valor cada día. . .

—¿No eres tú quien dice que nunca hay que dejar que se vaya un peso que puede ser de uno? Vende, Belén. . . Vamonos a descansar. Quilate de problemas. . . Estamos ya grandes, Belén, hay que aprovechar, ahora que tenemos salud y con qué, para vivir a nuestro gusto los años que nos quedan. . .

—No es tan fácil irse así como así. . .

—Conoceríamos los Santos Lugares, como lo he soñado desde que nos casamos. Viviríamos, al regresar, en Las Huertas. ¿Para qué tener aquello tan bonito si nunca lo gozas. . . ?

—¿Quieres que deje Buenavista?

—Harías bien en hacerlo. . . Has venido cargando demasiados problemas. . . Vende, retírate. . . Albertito terminará pronto su carrera; él se haría cargo. . .

—Hmmm. Le faltan años y experiencia. Está muy verde. . .

—Ya aprenderá, Belén. . . Piensa en ti. Recuerda que de tanto trabajar, tu corazón ya nos dio un gran susto. . .

—Puah. . . No se hable más. Hay que pensarlo. . .

Después, cuando se dirigía a Buenavista, hundido en el suave asiento del Buick azul marino, Belén Tebaqui trataba de imaginar cómo serían para él, retirado ya de los negocios, los tiempos del futuro. "De aburrimiento, de eso me moriría dejando la Central. Yo, que no he parado ni un minuto desde que empecé a luchar en la vida, no sabría qué hacer con tantas horas libres." Bostezó, aunque no estaba cansado ni tenía sueño. "Claro que al arquitecto ese no voy a contestarle su carta tan pronto como él quiere. Antes de un sí o de un no, tendré que darle otra estudiada al asunto." Le ardían los ojos y con índice y pulgar de la izquierda se los oprimió. "Lo que el tipo está ofreciéndome por las casas, no me lo producirían sus rentas en medio siglo" y volvió a preguntarse si sabría resistir la tentación de ganar sin esfuerzo la sorprendente cantidad de millones que Vigo decía estar dispuesto a entregarle. "Tal vez, con una apretada más, podría forzarlo a que mejorara. . . Tiempo al tiempo, eso es todo. Si él tiene prisa por comprar, yo no la tengo por vender. . . Así es como lo voy dominando, porque le llevo ventaja."

MÁS QUE LAS toses de don Belén, lo que despertó a Tico, sobresaltándolo, fue la tempestuosa descarga del agua en el wc. Amodorrado y parpadeante, quieto en el sillón para no delatarse, miró a su abuelo salir del cuarto de baño buscando apoyos en la penumbra con las manos extendidas para no tropezar con lo que pudiera estorbar sus pasos entre la puerta y la cama. Lo escuchaba resoplar, tratando de tenderse sobre las sábanas calientes, los cojines y las almohadas. ¿Debía acudir a ayudarlo? Prefirió mantenerse como hasta entonces, invisible en la oscuridad, y en silencio.

Como si en su alcoba hubiese alcanzado a escuchar los bufidos de su esposo, que no acertaba todavía a subir a la cama, Rafaela Vidal Tebaqui entró apresuradamente. Tico los oyó hablar en voz baja; él, murmurando sus inconsecuencias de siempre; ella, las palabras amables con las que por costumbre trataba de amansarle el mal humor.

Después de los gruñidos, de los cuchicheos y de otro ataque de carraspera, Belén Tebaqui dejó de moverse y empezó a buscar nuevamente el sueño. Rafaela Vidal lo arrojó un poco y permaneció junto a la cama, su mano sobre la frente del enfermo, un momento que a Tico le pareció larguísimo.

De algún modo ella sabía, o adivinaba, que su nieto no estaba dormido; aunque con su inmovilidad fingiera estarlo, porque se inclinó para hablarle al oído:

—¿Quieres que te suba algo?

—No, mamá.

—¿Un vasito de leche, galletas. . . ?

—Nada, mamá. Ve a acostarte ya. . .

La abuela Tebaqui se llevó a los labios los dedos índice y cordial de la izquierda y los besó. Luego, con ellos tocó los labios de Alberto, secos. Después, sin ruido, salió de la recámara dejando apenas entornada la puerta.

LA CARTA que Rafaela le entregó a la hora del desayuno iba dirigida a *Sr. A.T. Vidal, fotógrafo*, y por la fecha del matasellos Tico supo que había sido depositada en el correo dos días antes. A todo lo ancho de la parte inferior del sobre con el signo V's arriba y a la izquierda, se leía en letras realzadas: "*Click-Shot*" *World Picture Monthly Magazine. Edición Española.*

—¿Será para ti?

—Sí, mamá.

Muy sorprendido por recibir una pieza de correspondencia consignada a A.T.Vidal, fotógrafo, Tico abrió cuidadosamente el sobre sin rasgarlo; paseó la mirada sobre las doce o quince líneas que ocupaban el pliego; sintió que la sangre se le caía de la cara y que luego, de golpe, subía a ella, y se detuvo, sudorosas las manos que habían empezado a temblarle, en la firma: "V. Correa, director".

—¿Sucede algo, Tico? —preguntó ella, aprensivamente.

—Oye esto, mamá. . . —procedió entonces a leer, atragantándose—. "De nuestra mayor consideración: habiendo visto publicadas fotografías tomadas por usted que merecieron la distinción de un tercer lugar en el reciente concurso interescolar de Expresión Visual, y encontrando en ellas interesantes elementos de originalidad, sensibilidad, oportunidad y sentido de la composición, nos estamos permitiendo invitarlo a que, en caso de que le interese hacer contacto con nosotros, nos visite en nuestras oficinas generales ubicadas en la dirección que aparece al calce, el jueves 18 de los

corrientes, a las 9:45 am. Para confirmar su visita le agradeceríamos se pusiera en contacto telefónicamente con Miss Ida Katz. Apreciaríamos que se sirviera usted mostrarnos un portafolios de 30 fotos recientes, 8 x 10, que juzgue representativas de su trabajo. En espera de poder saludarlo personalmente en la fecha y a la hora indicadas, quedo de usted, atentamente: V. Correa, director". Tico guardó la esquila y miró a Rafaela Vidal—. ¿Qué te parece, Mamá Fala? Me dan cita y quieren ver mis cosas. ¿Sabes? "*Click-Shot*, que cada mes compro, es la revista de fotografía más importante que se publica en América Latina. .

—¿Vas a ir. . . ?

—¿Tú que crees. . . ? —Tico se apartó de la mesa, sin terminar su desayuno.

—¿A dónde, con tanta prisa, criatura?

—A escoger mis mejores negativos. . .

—Ya habrá tiempo, muchacho. . . Camino ya al cuarto oscuro de la azotea, él no la escuchaba.

SINTIÉNDOSE FUERA de lugar, por la forma en que iba vestido, en un sitio tan lujoso como el vestíbulo en el que aguardaba a que Miss Ida Katz acudiera a recibirlo, Alberto Tebaqui se preguntaba si así, con tal cortesía, recibían siempre en *Click-Shot* a los aficionados a quienes el señor V. Correa invitaba a que lo visitaran en las oficinas de esa revista, a cuyas rigurosas exigencias de calidad no siempre podían responder aun los profesionales que a ella se acercaban con la esperanza de ver admitidos, y publicados, sus trabajos.

—¿Señor Vidal? —la secretaria, Miss Ida Katz, que era casi tan alta como él y muy garbosa, parecía tener impresa la sonrisa de la bienvenida, y un fulgor de simpatía en la mirada.

—Sí.

—El señor Valentín Correa lo recibirá ahora.

Si el vestíbulo, de mármoles en el piso y sobredoradas molduras en los muros y en los techos, le había parecido suntuoso, más le parecían a Alberto, a medida que cruzaba frente a ellos, siguiendo a Miss Katz, las salas de juntas, los amplios despachos, los cubículos de cristal dentro de los cuales escribían, leían, discutían trabajando docenas de personas, jóvenes en su mayoría, animadas —pensó— por una agresiva vehemencia, por una suerte de furor que las hacía gesticular, agitarse, mover los brazos continuamente.

Ida Katz abrió una puerta y la mantuvo así, tras anunciar:

—Está aquí el señor Vidal. . . —para que pudiera pasar al interior del despacho del director Valentín Correa, ese chico pálido, de huidiza mirada y cabellos un poco demasiado largos, al que se le había pedido recibir y atender con el máximo de gentileza.

El director Correa suspendió lo que estaba haciendo en su escritorio y saltó al encuentro de la persona que el arquitecto Lorenzo Vigo le ordenara invitar. Se dieron las manos (firme, seca y segura, la de Correa; tímida, fría y húmeda, la de Alberto) en la puerta de la oficina cuyos muros, allí donde no los ocultaban los estantes de piso a techo, recibían el toque de color y de luz de los cuadros, todos abstractos, que colgaban de ellos.

—Le agradezco, joven amigo Vidal, que haya aceptado venir. . . —Tebaqui se dejó conducir al sofá de napa beige por ese hombre cuarentón, de pelo entrecano, con un fino bigotito negro ya algo anticuado, que vestía con cierta recargada elegancia y que hablaba con un indefinible acento, ¿argentino, chileno, puertorriqueño?

—Sí. . . —dijo Tico, porque no se le ocurrió decir nada más.

—¿Nos trajo algunas fotografías? —preguntó Valentín Correa, refiriéndose a la caja que Alberto llevaba bajo el brazo.

—Sí, señor: veinte. . .

—Enseguida las veremos; pero antes, ¿le ofrezco algo, joven Vidal? ¿La mezcla de la casa, por ejemplo: champaña y jugo de naranja a partes iguales, eh?

—No, gracias; acabo de desayunar. . .

De una cubeta de plata, montada en un trípode metálico cercano al escritorio, Correa sacó una botella de champaña y otra de zumo y mezcló, dentro de una larga copa, los dos líquidos. Bebió un sorbito y se acercó a Tebaqui.

—Veamos tus fotos. . . —empezó a tutearlo—. Extiéndelas sobre la alfombra. . .

—Sí, señor. . .

Alberto Tebaqui había esperado que Valentín Correa mostrara mayor interés (o que siquiera las mirara con atención) por las fotografías que había colocado en el piso: instantáneas, casi todas, de Antonio Toralli; otras, de tipos populares del área de Buenavista y unas pocas más de paisajes, mercados pueblerinos que visitara en algunos paseos con Tony, niños y animales; pero el director de *Click-Shot* se limitaba a decir, entre un sorbo y otro, "Qué bien, qué bien", o a preguntar algún dato técnico.

—¿Sabes, Vidal? —fue el comentario que hizo después de examinar la última de las imágenes—, me hubiera gustado ser yo tu descubridor. . . Pero recién que se publicaron tus trabajos premiados, Larry, el Big Boss, me dijo a mi lo que yo al ver tus fotos ya me había dicho: "En el que hizo eso hay talento, mucho talento, madera de creador. Búscalo. Tráelo. Invítalo a colaborar con nosotros. Si él acepta, fírmale una exclusiva". Eso fue lo que Larry dijo. . . Mientras Larry nos recibe, porque de momento está ocupado, ¿te gustaría conocer el sitio en el que tal vez te quedes a trabajar. . .?

—Sí, señor. . .

En la media hora o poco menos que duró el recorrido por las que Valentín Correa llamaba "áreas de trabajo creativo", Alberto Tebaqui Vidal tuvo oportunidad de conocer, así fuese de lejos, el que el director de *Click-Shot* describía como "fascinante universo de los publimedia".

—Visto desde fuera esto es nada, Vidal, si se le compara con lo que es cuando uno forma parte de él. Un veneno, Vidal, que llevas dentro de la sangre y para siempre. . .

Las casas donde se alojaban las dependencias del Grupo Vigo que estaba conociendo, se comunicaban entre sí para formar, de hecho, una sola unidad. Al pasar de una a otra, bien a través del espacio abierto de un jardín, o de túneles con muros y techos de material transparente, Tico alcanzaba a distinguir los fondos de la residencia de sus abuelos y en lo alto, entre tinacos y jaulas para tender ropa, el pegote de su cuarto oscuro.

En esa media hora, Tico se asomó a la sala de redacción de *Click-Shot*, al set donde un hombre de cierta edad, algo antipático, que le fue presentado como Isaac D'Artañan, director de Expresión Gráfica de la empresa, se disponía a fotografiar, con un

voluminoso aparato, a una pelirroja cuyo rostro, le informó Correa, ilustraría la carátula de *Vigo Fashion*, el catálogo semestral de la agencia de modelos. Asistió en el estudio de Vigo Ad al rodaje de un comercial que serviría para acreditar, usando la TV como medio, una nueva marca de cigarrillo, y, en un escenario contiguo, a la toma de otro *spot* con tres hermosas chicas desnudas (una rubia muy nórdica, una morena muy africana y una esbelta asiática) que se usaría para hacerle publicidad en Europa y en los Estados Unidos al nuevo desarrollo turístico: "Islas al Sol".

Brevemente se detuvieron en una sala donde eran maquilladas dos personas mayores, vestidas de etiqueta, momentos antes de abordar una limusina ("Vendemos la idea de que es más ventajoso alquilar un auto de esa costosa categoría, que poseerlo"), y pasaron más tarde a saludar, en uno de los jardines donde había sido recreado, con notable exactitud, un ambiente de Country Club, a la mujer de vozarrón hombruno que dirigía las tomas de un corto para anunciar en los cines del país un brandy que no se mencionaba, pero cuya marca se le transmitía subliminalmente al espectador.

—Te habrás dado cuenta de cómo manejamos el inconsciente colectivo, Vidal. Los publicistas somos más poderosos que los gobiernos. ¿Sabes por qué? Porque la gente cree en nosotros; porque la obligamos a que nos crea. . .

Ya para terminar el recorrido, "de familiarización, Vidal, para que conozcas el antro en el que vas a caer", se hallaban en las áreas técnicas (laboratorios, salas de cine, cuartos de edición, filmoteca, videoteca, archivo de diapositivas) cuando un joven quizá poco mayor que Tebaqui, y tan atildado que podía tomársele por uno de los modelos que había visto trabajar, llegó a informarle a Valentín Correa que Larry los esperaba ya. Aunque el recado era para el director de *Click-Shot*, las miradas de quien lo llevaba recaían en Tico.

—Vale. Vamos para allá. Mira, Vidal, él es Sabino Lemus. ¡El-Gran-Sabino-Lemus!, coordinador de ejecutivos. . .

—Mucho gusto —dijo Tebaqui.

—Hola —expresó risueño Sabino Lemus, con cierto aire de suficiencia que no le pareció chocante o antipático a Alberto.

—¿Sabes lo que en el Grupo significa ser coordinador de ejecutivos? —preguntó sonriendo Valentín Correa—. Pues significa, Vidal, que uno es como Sabino: un vaina boludo capaz de hacerlo todo sin necesidad de saber nada de nada. . .

EL HOMBRE que se hallaba de espaldas a la puerta (algo inclinado sobre lo que estaba leyendo o mirando) y de frente al gran ventanal que encuadraba una parte del jardín levemente esfuminado que se adivinaba al fondo, no se movió cuando, con timidez que contrastaba con su arrogancia y su desenfado de hacía unos momentos, Valentín Correa anunció:

—El joven Alberto Vidal está aquí, Larry.

—Bien.

—¿Se te ofrece algo más, Larry?

—Nada, Val. . . Puedes retirarte. . .

—Gracias, Larry. . . —Como si Tico no hubiese escuchado, Valentín Correa le hizo saber—: el Big Boss hablará contigo ahora. . .

De algún modo, aunque Correa no había hecho ruido al salir, el arquitecto Lorenzo Vigo supo que el nieto de Belén Tebaqui y

él se hallaban a solas en ese recinto, más parecido a una enorme celda de monasterio que a un despacho convencional, en cuyo centro, de pie, sin saber qué hacer ni dónde esconder las manos, seguía Tico.

—Haga el favor de sentarse, joven Vidal. En un instante lo atenderé. . .

Tebaqui ocupó uno de los sillones con asiento y respaldo de cuero viejo y se puso a examinar la habitación que lo impresionaba no tanto por su tamaño, que no era escaso, sino por la elegancia de cuanto había en ella: muebles antiguos, que le hacían recordar los de los conventos que de niño conoció en Las Huertas y en La Paz, con el Padre Siordia: tallas de santos y dolorosas en peanas o sobre columnas de madera estofada con oro antiguo; retratos oscuros y misteriosos quizá de mártires, obispos o encomenderos; gruesos libróles de hojas de pergamino, cada uno en un fascistol, en los rincones, bajo el techo sostenido por vigas que conservaban la fragancia del cedral; armarios con grandes llaves de bronce en las cerraduras; un bargueño, y una mesa de anchos y espesos tablones de encino sobre la que sólo había una hoja de papel, y que hacía las veces, supuso, de escritorio.

Alberto escuchó al hombre, cuyo rostro aún no había visto, preguntarle si no le importaba seguir aguardándolo un minuto más en lo que concluía de. . .

—Oh, no, señor. . .

Apenas Tico lo hubo dicho, el arquitecto Lorenzo Vigo se volvió a mirarlo y entonces en su cara apareció la acusada expresión de sorpresa que deseaba demostrar ("y que verdaderamente creí que estabas sintiendo, Larry")

—No es posible. . . —dijo, antes de empezar a sonreír y de acercarse con rápidos pasos y la mano derecha ya extendida a donde Tico, ahora también sorprendido, se hallaba de pie—. Tú, tú, ¿eres A. T. Vidal, el fotógrafo que mandé citar?

—Sí, señor. . .

Quien en verdad estaba sorprendido y sofocado, era Tebaqui. El señor Vigo, el que le ofrecía la mano, el que ahora retenía entre las suyas la que él acababa de entregarle, era el mismo, tan guapo y atractivo, al que había visto, apenas dos semanas antes, en el despacho de su abuelo Belén; el hombre de blazer y gacé con el que estuvo conversando sobre fotografía, y cuyo rostro, desde esa tarde, había empezado a aparecer frecuentemente en su memoria.

—Tu apellido es Tebaqui, no Vidal. . .

—Vidal es el de mi abuelita.

—Entiendo. . . —Lorenzo Vigo le palmeó los bíceps—. Nada de utilizar el Tebaqui influyente para triunfar, ¿eh? Bien hecho. Uno debe valer por sí mismo. . . —Con una seña le indicó que volviera a sentarse. El ocupó la butaca de enfrente— Small world: quince días buscando como locos a quien ya conocía y que vive, pared de por medio, cerquísima de nosotros. . .

—Pues, sí. . . —concedió Tebaqui, enrojeciendo, los ojos puestos en las grecas de la gran trazada, tejida por artesanos indígenas, que cubría a manera de tapete las anchas duelas del piso.

—Encuentro y coincidencia merecen celebración —comentó Vigo y del modo que Valentín Correa lo había hecho en su oficina, el Big Boss, como aquél lo llamaba

reverente, acudió al discreto bar, disimulado dentro de un armario, mezcló champaña con jugo de naranja en dos copas, y le ofreció una a Tico—. Por el gusto de tenerte aquí. . .

Bebieron ambos. Con los párpados bajos, Tebaqui. Mirándolo con los suyos entrecerrados, Lorenzo Vigo.

SOLO PORQUE no tenía duda de la identidad de quien por teléfono solicitaba hablar con "mi querido amigo, don Belén", se decidió Rafaela Vidal Tebaqui a interrumpir el reposo del enfermo.

—El Señor Presidente está buscándote. . .

—¿Cómo sabes que es él. . . ?

—Me lo acaba de decir. . .

Luego de las disculpas por haberse atrevido a molestarlo a horas en que lo sabía durmiendo, el Presidente de la República le ofreció a "mi estimado colega", las explicaciones:

—No sin alarma, amigo Tebaqui, me enteré de que el estado de su salud no es del todo bueno hoy. . .

—Nada de importancia, señor Presidente. Una gripe. . .

—Según el rumor, mi apreciado don Belén estaba pasando el trance peligroso de un nuevo infarto. . .

—Mi corazón funciona como un reloj, señor Presidente.

—Me alegra mucho escucharlo y lo felicito. . .

—Gracias, señor Presidente.

—Tranquilizado ya, me arriesgo, don Belén, abusando de nuestra antigua amistad, a solicitar de usted un favor más personal que oficial. . .

—Dirá usted, señor Presidente.

—Cerca de mí, en mi oficina de casa, se encuentra escuchándome hablar con usted, un viejo amigo nuestro, al que he mandado buscar para que se franquee conmigo y me cuente qué es lo que en realidad está pasando en el caso de Buenavista; un caso, don Belén, que a mi parecer empieza a complicarse peligrosamente. . .

—No porque los comerciantes lo hayamos querido, señor.

—El amigo a quien me refiero, don Belén, es Heleno Lara, quien al saber que tenía yo interés en charlar con él vino gustoso a verme. . . Ahora, Heleno Lara me ha pedido que en su nombre le solicite a usted unos minutos de su tiempo, una entrevista, para que juntos traten de limar asperezas, aclarar malentendidos y buscar una fórmula para terminar lo antes posible, urgente y definitivamente, ese conflicto. . . ¿Lo recibirá usted, don Belén?

—Sus deseos son órdenes para mí, señor Presidente. . . —Tebaqui carraspeó antes de añadir—. Lara puede venir a la hora que guste. Ah, pero eso sí, dígame que llegue en plan decente, sin fantochadas ni bravatas. . .

—Así irá, don Belén. Se lo garantiza mi palabra. . . En principio, el compañero Heleno Lara deseaba que la entrevista se efectuara en un lugar público y neutral; pero en atención a que está usted enfermo, ha aceptado ir a su casa; porque lo recibirá usted en su casa, ¿verdad?

—Sí, señor Presidente. En mi casa.

—Bien, ahora el amigo Lara hablará con usted para que afinen detalles. . .

—Pero antes, señor Presidente, adviértale a Lara que platicaremos él y yo a solas, sin grabadoras ni cosas de esas, y que se arregle lo que se arregle debe comprometerse con usted y conmigo a no hacer declaraciones por su lado. Si hay algo que decirle a la Opinión Pública, lo diremos juntos. . .

—Muy razonable, don Belén. Le paso a Heleno. . . Buenas noches, y que mejore.

Unos segundos después, el Presidente Vitalicio de la UMCA, escuchaba la melosa voz de Lara:

—Mi querido jefe Tebaqui, no sabe usted qué gusto me da saber que eso del infarto era sólo un rumor. . . Como llevo más de dos días tratando de comunicarme con usted, y como no sabía cómo llegar hasta usted, por tantas cosas como han sucedido, pues molesté al señor Presidente para que me hiciera el favor de conseguirme el chance de que nos veamos. . .

—Hmmm. . .

Tebaqui ya no pudo recuperar el sueño. Se había puesto de malas por haber sido forzado ("porque eso ha hecho el viejo, forzarme") a recibir a Heleno Lara en los términos impuestos por éste y, de ello conociéndolo no tenía duda, propuestos por el Presidente de la República, "que ha tenido que intervenir, como siempre, para que sus ministros no sigan haciendo pendejadas..."

MUY DÉBIL, por distante, llegaba a la recámara un sonido que Tico no acertaba a identificar. Podía tratarse del tañer confuso de la campana de algún templo o del carrillón del viejo reloj con hermosa carátula de esmalte, que la colonia otomana obsequiara al Ayuntamiento con motivo del primer centenario de la Independencia nacional. La que en cambio se oía clara y fuerte, aunque ya no regular ahora, era la respiración de Tebaqui. De tiempo en tiempo, se aclaraba la garganta, hablaba entre dientes, eructaba; se removía, agitando el aire ahí encerrado, entre los cojines. Estornudaba o tosía ahogándose.

Tico recordó lo que alguna vez había escuchado decir a Larry Vigo, a propósito de los viajes en jet y del que él llamaba "el reloj biológico" de cada individuo. "El horario de don Belén es distinto del nuestro y por eso, aunque lo haya inyectado el doctor Monter, sigue sin coger el sueño, pues su cuerpo, por costumbre de años, está despierto durante las horas en que los demás dormimos. . ."

La hora correspondía ya a la del principio de la madrugada. Si no ejecutaba a Belén Tebaqui antes del amanecer, ¿tendría en el futuro una oportunidad mejor que esa? y, aun en el caso de que la oportunidad volviera a ofrecérsele, ¿tendría él, Alberto Tebaqui Vidal, la decisión, la voluntad de asesinarlo de que esa noche disponía? "Un poco más de tiemno, para estar bien seguro. . ." Cerró los ojos. El frío empezaba a molestarle los tobillos desnudos.

MUY POCAS OLO PORQUE portunidades había tenido Alberto T. Vidal de ver a Lorenzo Vigo, así fuese a distancia, durante las semanas que duraba ya su aprendizaje para adquirir "el estilo de la casa", el "sello" que distinguía a cuanto era producido en, y por, las diversas dependencias artísticas o técnicas que componían el Grupo. Seguido siempre por ejecutivos, secretarias, coordinadores, productores y expertos, el arquitecto

aparecía dando órdenes, corrigiendo, agregando, suprimiendo, sugiriendo, retocando cosas en la redacción de las revistas, en los diferentes departamentos de la agencia de publicidad; en los sets donde eran tomadas las fotografías o grabados los comerciales. Y con idéntica rapidez se marchaba.

—¿Es siempre así?

—Siempre —le informó Sabino Lemus, el coordinador de ejecutivos él mismo miembro del obsequioso cortejo, con el que había hecho una grata amistad—. Con frecuencia, Larry desaparece días, semanas, meses, y te enteras de que igual está en Johannesburgo cerrando un trato, que en Nueva York, o Abu Dabi, negociando créditos para sus otras empresas de Londres, Houston o México. . .

—No verá nunca a su familia.

—Larry estuvo casado hace mucho, pero ya no tiene mujer de planta, ni tampoco hijos. En cambio, sí muchos romances.

Si con todos los que trataba en el Grupo había conseguido Alberto T. Vidal establecer buena relación, con Isaac D'Artañán esa relación, sin ser inamistosa, era algo tirante, quizá porque uno y otro se antipatizaban.

—¿Se lleva de ese modo, gruñón, pesado, desdeñoso, con todos. . . ?

—Con todos. . . Por eso le causa tantos problemas a Larry. Joder al que se deja le encanta al Mosquetero. . .

—¿Por qué entonces lo tiene aquí. . . ?

—Son amigos desde que trabajaban en la misma agencia, en Nueva York, hará treinta y tantos años. . .

Desde que empezó a sentir que formaba parte del Grupo Vigo, Alberto Tebaqui se dedicó a coleccionar secretamente recortes de prensa (de menos, media docena cada día) en los que se hablaba de Larry como personaje de la comunicología; como hombre ligado a la industria cinematográfica internacional; como figura non de lo que los columnistas especializados consideraban "the beautiful people" o "the happy few", o como socio y consejero de grandes inversionistas. Casi no pasaba semana sin que el arquitecto Vigo no apareciera en los diarios o en la televisión produciendo declaraciones relacionadas con la economía mundial o dialogando con políticos, magnates o funcionarios famosos a los que visitaba o por los que era visitado. Su amistad personal con el Presidente de la República, que era su vecino en Caleta, para nadie era desconocida.

—¿De dónde es Larry. . . ?

—El se define sencillamente como "ciudadano del mundo".

—Ha de ser muy rico. . .

—Calcula tú. Dicen que vale cientos de millones, pero de dólares. . .

—Fiuuuu —silbó Tebaqui.

—Pero maneja bastante más que eso, lo que sea. . . —dijo Sabino Lemus, que parecía conocer mucho del pasado de Lorenzo Vigo, pues, mientras aguardaban a que llegaran sus primeros invitados, estuvo narrándole anécdotas de la vida de un oscuro joven latinoamericano que con golpes de audacia "y también usando el físico, el muy putaño", había conseguido remontar la cuesta del éxito a partir de su calculado matrimonio con la hija de un ejecutivo de Walter J. Thompson, de Nueva York, la empresa para la que trabajaba como copy-boy—. Pero fue después del divorcio, en el

que tuvo algo que ver la griega, cuando le llegó a Larry la gran racha de suerte que todavía le dura. . .

—La griega, ¿quién fue?

—Su segunda esposa, viuda de un petrolero de Oklahoma. Ella le abrió, como si dijéramos, todas las puertas de Estados Unidos; la que lo relacionó con la gente de Wall Street y Houston; la que le puso en las manos sus primeros millones. . .

—¿También se divorció de ella?

—No fue necesario. . . La señora, que ya andaba en sus setenta cuando conoció al joven Larry, le hizo el enorme regalo de morirse tres o cuatro años después de casados. . . A eso le llamo yo ser afortunado. ¿Te imaginas millonario en dólares, resueltos todos tus problemas, antes de los treinta. . .?

—¿Cómo es que sabes tanto de Larry. . .?

—A veces, él cuenta cosas. Otras, las oyes contar a sus amigos; a quienes, como D'Artañán, han estado cerca de él, o a personas que lo tratan desde hace mucho. . .

A Tico le parecía que el departamento de Sabino Lemus, donde iba a celebrarse la "reunioncita de amigos" a la que lo había invitado, era excesivamente grande, sorprendentemente lujoso y seguramente muy caro para alguien que percibía un salario mensual tan modesto como era su rango, a fin de cuentas, en el Grupo. Lemus, que en ese momento con champaña y zumo de naranja hacía "la mezcla de la casa", y que usaba gajné de seda y un blazer de *cashmere* que Larry no habría desdeñado, admitió que en efecto era alta la renta y nada barato mantener un lugar así, pero:

—Si no es para disfrutarlo, haciendo o comprando lo que te gusta, ¿para qué sirve el dinero. . .?

—Viviendo tú solo aquí, ¿no te sientes, digamos, raro. . .?

—Uno se acostumbra, y eso de que vivo solo es un decir. . . Te preguntarás de qué modo me las arreglo, ganando lo que gano, para darme estos pequeños lujos —y en la mano la copa de champaña-y-jugo aludió a las pinturas, a las tallas chinas, hindúes y africanas de marfil y madera; a las cubetas de cobre amartillado dentro de las cuales se enfriaba el Dom Perignon; a los televisores empotrados en los libreros del living; a los aparatos para tocar cintas y discos; a los muebles, alfombras, lámparas y charolas de plata con bocadoillos y pasteles.

—Sí.

—Muy fácil. . .

Aunque en apariencia modesto, su cargo de coordinador de ejecutivos permitía a Sabino Lemus ganar mucho dinero cada mes; "dinero derecho, discretas comisiones", que recibía de proveedores, agencias de viajes, restaurantes, empresas dedicadas al alquiler de vehículos o vestuario y de cuantos, de un modo o de otro tenían que ver con el Departamento de Producción de las empresas Vigo, incluidos los modelos.

—¿Los modelos. . .?

—Sí, los modelos, que en este negocio vienen a ser La Clave. Equivócate a la hora de elegirlos, y echas a rodar un comercial; incluso, toda una campaña. . .

—¿En qué forma ganas plata con ellos. . .?

—A cambio de tener *llamados* frecuentes, de que los utilices en las campañas grandes; de que los incluyas en las cuentas institucionales, o en las fotonovelas que editas, o que los hagas aparecer en las portadas de nuestras revistas, o exhibiendo las

colecciones de la Sección Modas, ellos y ellas pagan; y si lo quieres, y se lo pides, también te dan el cuerpo y lo hacen, además, con gusto. . .

—Debe ser molesto conseguir carne así. . .

—Es lo normal. Llevarte a alguien a la cama forma parte de la rutina. Nadie se asombra ni menos todavía se ofende. . . Esto del sexo, de follarte al o a la que te guste, es secundario. . . Lo que cuenta es lo otro: los billetes. . . Paga el o la modelo; paga su agente o su agencia, y pagan porque todos estamos en el mismo negocio. Ganar, eso es lo que se busca. Nadie te ofrecerá nunca la oportunidad sólo porque eres simpático o inteligente: si la quieres paga para que te la den. . .

—¿Qué pasaría si alguien, en el Grupo, supiera que tú. . .?

—Nada pasaría. A mayor o menor escala, todos lo hacemos. Del más alto al más humilde. Del director al policía de seguridad. Todos.

—¿Larry también?

—El más que ninguno.

—¿Tan rico como dices que es. . .?

—Claro que él no pide comisión, ni que se acuesten con él; pero se aprovecha de todos. No olvides que es hombre de negocios. . .

—Ah.

—Lo de hoy aquí, por ejemplo. . . Doy esta fiesta porque me he enterado, casualmente, de que Larry acaba de atrapar una cuenta gigante: una nueva línea de productos europeos de belleza. . . Eso significa que pronto se va a necesitar personal femenino de primerísima calidad, al que se le pagará como Vigo sabe pagar: sin tacañería. . . Como tarde o temprano yo he de participar en la pre-pre-selección de los chicos y de las chicas que usaremos, decidí ganarle tiempo al tiempo y empezar a pre-pre-seleccionar prospectos. . . He de decirte que no soy el único que lo hace. Varios de los que mandan por encima de mí están, a su nivel, haciendo lo mismo: pre-pre-seleccionando. . .

—Ellos, los modelos, ¿lo saben? Sabino movió la cabeza:

—¿Lo de la nueva cuenta? No. . . Sólo saben que si los invito a venir a mi casa es porque tengo algo que a ellos les conviene, y ellos y ellas no se niegan a acompañarme porque saben que Sabino Lemus, el de la buena memoria con los amigos, la tiene muy mala con los ingratos y siempre se olvida de los que no colaboran con él. . .

A eso de las nueve llegó el primer grupo: tres muchachas y un joven rubio, lampiño y amanerado, que también, como ellas lo habían hecho, besó efusivamente en las mejillas a Sabino Lemus. Al mirar a Tico hizo un aspaviento.

—Darling, ¿quién es esta linda criatura. . .?

Divertido al mirar cómo se había ruborizado Tico, dijo Lemus:

—¿No lo conocías? Trabaja en el Grupo con nosotros. . .

Sonriendo siempre, el rubio examinaba a Tico con impertinencia:

—De haberlo visto antes, ¿habría podido olvidar a tal hermosura?. . . Dime, galán, ¿cómo dices que te llamas?

—Alberto Tebaqui Vidal. . . —respondió, fingiendo no mirar la mano que el otro le ofrecía.

—Para lo que gustes mandar, yo soy Israel Smith Machorro —se retorció después al reír—. Lo que oyes, galán: ma-cho-rro.

Informó Sabino Lemus:

—Israel es nuestro estilista estrella y, además, hermano de esta preciosidad: Vilma —por la cintura ciñó a la más alta de las tres muchachas que mariposeaban alrededor de la mesa husmeando las charolas, removiendo las botellas de champaña, seleccionando los discos y las cintas que pondrían en la consola—. ¿Sabes? Se me ocurre que Tico, gran fotógrafo como es, podría ayudarte a renovar tu portafolio, que ya está muy visto, Vilma darling. . .

Ella lo miró entonces con sonriente interés:

—¿Me tomarías las fotos. . . ?

—Claro que te las tomaría. . .

—¿Cuándo. . . ?

—Cuando usted diga. . . —respondió Tebaqui, ruborizándose nuevamente, porque la alta muchacha vestida de morado que se llamaba Vilma y que tenía el pelo tan rubio que parecía ser blanco, se había colgado de su brazo y le echaba su aliento, algo vinoso, a la cara.

Su hermano le dio una palmadita en la barba a Tebaqui:

—Uy, pero qué tieso y formal eres, criatura —y aflautó un poco la voz al remedarlo—. "Cuando usted diga. . .

En el tiempo que transcurrió entre la primera y la tercera botella de champaña, llegaron al departamento de Sabino Lemus siete jóvenes mujeres más (todas bien vestidas; alguna ya algo pasada de copas, pues venía de una larga sobremesa en la cama con ejecutivos y varios clientes de otra agencia de publicidad) que pusieron más música; que descalzas empezaron a bailar entre ellas; que formaron grupitos de murmuración; que de cuando en cuando, en parejas, se retiraban a uno de los tres cuartos de baño quizá a fumar mariguana, pues Sabino les pedía que fueran cuidadosas y no abrieran las ventanas; que rodeaban interesadas a quien las había invitado.

—¿Es cierto, Sabi, que hay una cuenta nueva, muy buena, en Vigo?

—Cuenta nueva y grande hay, es cierto, muñecas. De billete abundante, también. No pregunten más porque nada les diré. . . Sólo recuerden, eso sí, que los que estén cerca de mi corazón, gozarán del Reino. . . Dicho lo cual, silencio, que no hemos venido a hablar de cosas del trabajo sino a pasarla fenómeno. . .

Varias veces sonó el teléfono, que Sabino Lemus atendía con interés al principio y que terminó por dejar descolgado después de que una de las muchachas, la que había estado en la prolongada sobremesa, hizo una llamada y, sin despedirse de nadie, se marchó. Hubo un momento, lo advirtió Tebaqui (que seguía sintiéndose fuera de lugar entre tantas mujeres ruidosas y soportando el asedio, ya del todo abierto, del hermano de Vilma Smith), en que Sabino y una pelirroja, algo vulgar de tipo y de modales, pero muy atractiva de cuerpo, tomaron el camino de las recámaras y estuvieron ausentes quizá unos cinco minutos. Cuando reaparecieron, Israel susurró al oído de Tico, mientras insistía en servirle más champaña:

—Mucho tiempo para un pase de coca, y justo el mínimo para una chupada de picha. ¿No le parece, darling. . . ?

Lo único que deseaba Alberto Tebaqui era una oportunidad para marcharse de esa fiesta en la que estaba a disgusto porque era el único que no bebía, ni fumaba, ni

bailaba o participaba en ese desordenado *strip-tease* que Sabino Lemus dirigía, ya algo alegre por el champaña, con el batir de sus palmas. El acoso de Israel le resultaba igual de insoportable que los avances de Vilma sobre su bragueta, mientras, insegura la palabra, insistía en que fijaran una fecha para la sesión de fotos.

—Yo puedo cualquier día. Tú di cuando y. . .

Cerca ya de la medianoche, utilizando seguramente su propia llave, pues no tocó el timbre ni Sabino había acudido a la puerta, llegó al departamento un hombre algo gordo, bien trajeado, casi pelirrojo, que parecía conocer a todos. Varias de las modelos lo recibieron con besos, aplausos y silbiditos. A algunas de ellas, el que acababa de llegar les metió mano en el trasero o les palpó los pechos.

Sabino Lemus lo condujo al sitio donde se hallaba Tico, sentado entre Vilma y su hermano Israel.

—Quiero presentarte a un muy querido amigo, el senador Cecilio Cerezo. . .

Un poco ayudado por la mano de Cerezo, Tebaqui se levantó:

—Mucho gusto. . . Alberto Tebaqui Vidal.

—Ex senador, diría yo —había cordialidad en su sonrisa y mucha firmeza en el apretón que Tico recibió en la mano—. Encantado de conocer a un tan buen amigo de mi amigo Sabino. . . Don Belén, ¿está bien. . . ?

—Sí, señor. Gracias. . .

Lemus fue a preparar la bebida: ron y refresco de cola, a la que Cecilio Cerezo, dueño de una cuantiosa fortuna reunida a su paso por los cargos públicos y políticos que le tocó ocupar, se aficionó en sus años de provinciano pobre.

—Demasiado ruido aquí, ¿no te parece?

—Sí, señor. . .

—¿Te importaría si tú y yo hablamos en otra parte?

—No, señor —dijo Tebaqui, desconcertado. ¿De qué podía hablar con él, "en otra parte", ese hombre al que apenas dos minutos antes acababa de conocer?

Pues conocía la exacta ubicación de cada una de las habitaciones del departamento, que usaba como leonero porque cada mes contribuía al pago del alquiler, Cecilio Cerezo llevó a Tebaqui a un estudio que olía al humo de una pajita japonesa que se quemaba en un incensario. Momentos después entró Lemus con el vaso del que bebería el ex senador.

—Le pedí a Sabino que te invitara porque quiero que me hagas un favor. . . Un favor, muy sencillo para ti, pero importante para mí —asentó sobre el escritorio el vaso apenas probado—. Necesito hablar con don Belén Tebaqui en su casa, y nadie puede ayudarme mejor que tú.

Nerviosamente, frotándose las rodillas con las manos algo sudorosas, prometió Tico:

—Puedo darle el número privado del teléfono, o el de Buenavista que él siempre contesta. . .

Sin dejar de sonreír, Cecilio Cerezo movía la cabeza:

—Esos números los tengo. . . El servicio que te pido, porque sé que si quieres me lo puedes hacer, es otro: quiero hablar, personalmente, con don Belén. . . No más de un cuarto de hora; vaya, diez minutos. Per-so-nal-men-te. Estoy seguro de que si don Belén me recibe, le interesará lo que voy a proponerle. . . ¿Me darás la mano, amigo Tico?

—Don Belén no recibe a nadie en la casa.

Terció Sabino Lemus:

—Habrà buena plata para ti en esto. . .

—Mucho muy buena —apoyó Cerezo.

—Y con sólo querer no te será difícil ayudarnos.

—¿Cómo. . . ?

—Tú y yo somos amigos y compañeros de trabajo, ¿no? —Tebaqui reconoció que así era—. Don Cecilio y yo somos amigos tuyos, ¿verdad?

—Buenos amigos. . . —subrayó Cerezo.

—Como amigos tuyos que somos, tú nos invitas a tu casa un día a la hora en que puedan encontrarse, como por casualidad, don Cecilio y don Belén. . . Entonces, tú y yo nos hacemos a un lado para que ellos hablen con libertad. . .

—Como ves, nada del otro mundo. Nada que no pueda hacerse. ¿Lo harás, Tico?

—Claro que lo hará. . . —dijo Lemus, sacudiéndolo afectuosamente por el hombro—. ¿Verdad que sí?

—En cuanto se pueda, yo te aviso. . . —prometió a la defensiva Alberto Tebaqui Vidal.

PARA BELÉN TEBACUI casi siempre resultaban tediosas las reuniones del Consejo de Administración del Banco de Ambos Mundos, del que formaba parte desde hacía años por la cuantía del capital propio y, sobre todo, por la impresionante cantidad de millones de la Unión Mutualista de Comerciantes Asociados que manejaba. Y si asistía a todas era porque debía hacerlo, celoso de los intereses de la UMCA, y porque le daban oportunidad de enterarse de cosas que eventualmente podrían beneficiar sus negocios particulares.

La de ese mediodía transcurría sin mayores novedades hasta que se sometió a la consideración de los miembros del consejo (que después irían en grupo a comer al Club de Banqueros) la petición, avalada por el Comité de Crédito, de un financiamiento por doscientos cincuenta millones de dólares para construir un hotel turístico en la capital; crédito, se aclaró, que otros bancos nacionales y extranjeros estaban ya dispuestos a syndicar debido a las garantías ofrecidas por quien lo solicitaba: una nueva compañía de la que eran socios varios de los más notorios políticos, parientes de políticos, gobernadores de provincia, funcionarios del régimen e inversionistas del país. Peticiones de ese tipo, así no fueran tan cuantiosas, le eran hechas con frecuencia al Banco de Ambos Mundos, por lo que esa no llamó mucho la atención del señor Tebaqui. Sin embargo, lo sacó de su modorra escuchar que el hotel en proyecto iba a ser edificado a no más de ciento cincuenta metros de distancia de la manzana donde se hallaban las casas de su propiedad.

Como el Comité de Crédito la recomendaba muy favorablemente, la operación fue aprobada.

Durante la hora de los tragos, Tebaqui apenas intervino y luego, a lo largo de la comida, nadie lo escuchó narrar hazañas o anécdotas de los tiempos violentos de la Guerra Religiosa del 34; ni, como era su costumbre, hablar mal de gobierno y de quienes lo dirigían, excepto el señor Presidente. Se limitaba a escuchar y a reflexionar. Lo que hacía mucho no le ocurría estaba sucediéndole esa tarde: como un cosquilleo en todo el cuerpo padecía la ansiedad de la codicia. Hizo cálculos. En cuanto se

conociera la noticia de que un hotel de doscientos cincuenta millones de dólares iba a ser construido en ella, los precios de la zona subirían instantánea e incontroladamente. Aun las viejas, anticuadas, inservibles casonas elevarían su valor comercial y nadie sería capaz de evitar el vertiginoso encarecimiento de los alquileres. Se preguntaba cuánto más debería cobrarles, en el futuro inmediato, 3! Grupo Vigo y a los otros inquilinos, por los inmuebles que les tenía rentados.

Camino a su casa en el auto que con la prudencia de siempre conducía Benigno Acosta, el consejero Tebaqui, soñoliento por el coñac y el Rioja que había bebido antes, durante y después de la comida, alumbró una idea y supo, así, que su vieja codicia y ese alabado instinto suyo que le permitía hacer de cuantos intentaba negocios magníficos, seguían vigentes. ¿Por qué no aprovechar el auge que se avecinaba para el barrio, demoler sus casas y sobre el extenso predio levantar, a manera de productivo monumento a su memoria, el Centro Comercial Tebaqui, que Aarón siempre soñó fundar y que hubiera construido, tarde o temprano, de no haberse matado con su esposa y sus hijas gemelas en una montaña de Suiza?

Belén Tebaqui dio un par de cabezadas y eructó una vez. La insistencia del arquitecto Vigo, el querer comprarle sin regateos las casas que alojaban a algunas de sus empresas, ¿podría atribuirse a que Vigo tenía conocimiento de que un hotel turístico iba a ser levantado en las cercanías y deseaba sorprender al verdulero Tebaqui y embolsarse, a cambio de varias cartas y telefonemas, y de unos meses de paciencia, alguna suma sin duda considerable? El consuegro, Fernando Almaraz, que a su modo lo presionaba siempre que se veían en el Country, ¿sería también cómplice de Vigo en la conspiración? Todos los que en el club, en Buenavista (uno de ellos, el gran hijo de puta de Macario Ugartechea-Urrutia), en su propia casa (el ex senador Cecilio Cerezo, que tan ingrato había sido con Jerónimo Pío Rebollo) se habían acercado a él en las últimas semanas con la pretensión de querer comprarle sus nueve residencias, o las que él estuviera dispuesto a venderles, ¿qué tanto sabían del asunto del hotel? ¿Acaso no buscaban estafarlo, aprovechándose de su supuesta ignorancia? "Pues conmigo se joden. . . La tierra es mía y mío es, y seguirá siendo mientras yo viva, lo que está encima de ella.

Cuando llegaron a la casa, Benigno Acosta descendió para abrir la portezuela del lado derecho. Cerrados los ojos como si durmiera, Tebaqui seguía pensando. A su edad, cansado de tanto bregar, enfermo además del corazón, ¿tenía caso meterse en el espantoso embrollo que sin duda sería construir el Centro Comercial Tebaqui, cuyos planos, que él guardaba en alguna parte, encargó Aarón a un bufete de arquitectos? Cierto que podría ganar mucho, mas, ¿para qué ser dueño de otros millones si su familia concluía en él, y si veinte años antes, cuando completó sus primeros mil, se aburría de seguir contándolos?

Suspiró, parpadeó, buscó dónde apoyar la mano antes jar. "Si Aarón viviera, sería distinto." Asintió: "Lo que yo debo hacer ahora que todavía me queda vida, como dice Rafaela, es seguir el consejo del doctor Monter: olvidarme por un tiempo de los negocios, que Salud Solís seguiría manejando, y llevarme de viaje a mi mujer, para que juntos veamos lo mucho que no hemos visto y, aunque yo no creo en esas tonterías, para acompañarla a los Santos Lugares de Jerusalén y a Roma para que no se muera

sin haber mirado de carne y hueso al Papa. . . Del Centro Comercial, ni hablar. No me interesa. . ."

Después, como aliviado de no tener que cumplir un compromiso desagradable, el presidente vitalicio de la UMCA procedió a salir del Buick.

EL ACCESO DE tos fue muy violento, quizá el más violento y prolongado de la noche, porque le siguieron intensas convulsiones. Parecía como si alguien estuviera estrangulando a Belén Tebaqui y que éste se defendiera con la fuerza que aún le quedaba en el cuerpo ya vencido en parte por los medicamentos que Monter le había suministrado. Parecía también, por la forma en que jadeaba, que algo, que no conseguía remover, estaba obstruyéndole la garganta. Su jadeo se convirtió en una especie de silbido y luego, ajh, ajh, ahj, en el eco de una queja.

Sólo abierto un ojo, quieto en el sillón de terciopelo, escondido en esa penumbra que ya olía a sudor de enfermo, a humor de viejo, Alberto observaba al abuelo Tebaqui sentado en la cama, gimiendo, separados del cuerpo los brazos como alas sin vuelo, con el barniz rojizo alumbrándolo, en espera de que a su respiración volviese poco a poco la paz.

Presurosa como siempre, y alarmada, apareció Rafaela Vidal. Tico cerró el ojo vigilante. La recámara volvió a llenarse de cuchicheos de la mujer y de retobos de don Belén. "Ahora, pensó, el Señor tardará mucho en volver a dormirse. Es posible también que Mamá Fala se quede con él, por si las flemas siguen ahogándolo. . ."

NO HABÍA SUPUESTO Tico Tebaque que para tomar "unas cuantas fotos" (como le dijo Sabino Lemus al comunicarle que con la aprobación de Larry Vigo lo había incluido entre los que irían a Caleta) fuera necesario movilizar en autobuses y aviones a poco menos de medio centenar de personas: productores, redactores, modelos, maquinistas, peinadores, fotógrafos, camarógrafos, scriptgirls, laboratoristas, ejecutivos, coordinadores, utileros, escenógrafos, recaderos y elementos de seguridad y de relaciones públicas, que tendrían a su cargo elaborar los comerciales *piloto* que Vigo Ad sometería a su nuevo cliente.

Algunas de las modelos, unos pocos de los productores y ejecutivos, los jefes del área técnica y sus auxiliares (Tebaqui lo era de Isaac D'Artañán) y el coordinador, Sabino Lemus, fueron alojados en claras alcobas del ala destinada por Lorenzo Vigo a hospedar a quienes invitaba a esa casa de veraneo desde la que se dominaba en su total amplitud la hermosa bahía. Para el resto del personal se disponía de habitaciones en uno de los grandes hoteles del balneario cuya publicidad internacional manejaba desde hacía años Vigo Ad.

—Para lo que venimos a hacer, ¿no te parece que somos demasiados?

—Espera a que empiece el trabajo fuerte. Entonces, sí que seremos muchos. . .

Porque ofendía su sentido del pudor, molestaba a Tico que Sabino se paseara desnudo por la recámara mientras acomodaba su ropa en un closet que olía a insecticida, y que no le importara que la ventana abierta del jardín tuviese descorridos los visillos y levantada la persiana. Se acercó a ella para cerrarla discretamente y al asomarse descubrió que en una de las cercanas habitaciones de enfrente dos de las

chicas modelos también se exhibían sin ropa a la vista de los peones que podaban la grama o limpiaban de yerbajos los arriates.

—Esto, ¿es siempre así? —preguntó algo turbado, y Lemus, un poco atrás de él, mirando sin morbo ni curiosidad a la modelo que ahora, con los pechos expuestos, los miraba a ellos y les sonreía, comentó:

—En las locaciones, sí. En nuestro negocio, apréndelo ya, ver a alguien en pelotas, o ser visto así, nada significa. A esas nenas las tendrás desnudas durante horas, mañana —volvió al interior para terminar de colgar los trajes de verano que había llevado—. ¿Te dije que Vilma se incorporará a nuestro grupo en cuanto termine de grabar con los de la televisión?

—No.

—Pues ahora tendrás tiempo de llevártela a la cama. . . Aquella noche le gustaste y la dejaste ganosa. . . No te rías; me lo dijo.

Como en realidad era poco lo que tenía que hacer allí, además de preparar temprano el equipo que usaría Isaac D'Artañan y de limpiarlo por la noche, o de copiar en el laboratorio portátil algunos negativos que el jefe de expresión visual de Vigo Ad elegía, Alberto Tebaqui se dedicaba, con sus largos telefotos y la ayuda del motor eléctrico que le había añadido a su cámara Nikon, a tomar secuencias de instantáneas de las modelos que D'Artañan colocaba aquí y allá con rigidez de estatuas. Tebaqui, por el contrario, siempre a distancia, procuraba fotografiarlas en movimiento para mejor captar sus gestos, sus reacciones, su espontánea vitalidad.

Por las noches revelaba sus rollos. Hacía pruebas de contacto y después de cortarlos en tiras de seis cuadros guardaba cuidadosamente sus negativos. A Sabino Lemus le parecían fantásticas, "cojonudas, che" (decía imitando el acento piálense que en ocasiones traicionaba a Larry), muchas de esas fotografías.

—¿De verdad crees que son buenas. . .?

—No es que lo crea, las estoy viendo. . .

Larry Vigo apareció en el jardín de su casa, luego, de haber desayunado en la contigua con el Presidente de la República, cuando estaban siendo retratadas por D'Artañan las modelos extranjeras que la tarde anterior habían llegado a Caleta en el jet del Grupo. La presencia del arquitecto Vigo le produjo a Tico Tebaqui, al tiempo que un secreto regusto, mucha inquietud; las manos empezaron a sudarle cuando Vigo, como si por casualidad lo hubiera descubierto de pronto entre tantos, alzó el brazo para saludarlo desde la otra orilla de la piscina dentro de la cual, espectaculares en su desnudez, posaban la morena de los ojos color de uva, la pelirroja con cara de muñeca triste y Vilma Smith, la rubia platino de los torneados senos.

—¿Todo okey. . .? —la voz amable de Larry Vigo saltó por sobre el agua intensamente azul de la alberca.

—Sí, señor. . .

Una nueva fotografía iba a ser tomada, con su cámara de gran tamaño y difícil movilidad, por Isaac D'Artañan. Se pidió silencio. Larry volvió a sonreír a Tico y siguió charlando en voz baja y bebiendo "la mezcla de la casa", con los dos hombres de mediana edad y la mujer de pelo amarillo que con él compartían la fresca sombra del quitasol multicolor.

LA VOZ de:

—Una hora para comer. . . —se dio treinta minutos más temprano de lo que se había venido dando en los mediodías anteriores, seguramente, comentó Sabino Lemus con Tebaqui, debido a que ya tenían hambre los tambaleantes caballeros y la dama que estaban siendo atendidos por Larry, o a que estaban ya tan borrachos a causa del champaña, de los bloody-mary, de las pina colada, de los coco fizz, de los vodka martini, que el señor Vigo temía que no alcanzaran a gustar los platillos típicos del país y algunos famosos guisos del puerto, que había ordenado preparar en su honor.

Adornada con canastas de flores y de frutas, la mesa del buffet fue colocada en una parte fresca y sombreada del jardín. Las modelos que toda la mañana habían posado sin ropa dentro de la alberca, reaparecieron con unos bikinis tan escasos que las hacían lucir muy atractivas. La morena y la pelirroja buscaron la compañía de Vigo y de los representantes de la casa patrocinadora de la cuenta. Vilma Smith, la de Tebaqui.

—Tenemos pendientes, Tico, las fotos que me prometiste. . . El domingo podrías tomármelas aquí, si quieres. . .

—Te he tomado ya algunas. . .

—¿De verdad?

—Sí. . . A Sabino le gustan.

—¿Me dejarás verlas. . . ?

—Cuando volvamos. . .

—Por la noche, hoy, ¿qué vas a hacer. . . ?

—Todavía no sé qué necesite el señor D'Artañan. . .

—¿Me llevarías a bailar?

Sabino Lemus, que en ese momento llegaba con las dos copas de champaña que había ido a buscar para él y para Alberto, respondió:

—Claro que te llevara a bailar. . . Haremos un cuarto: Vilma y Tico, Gladys y yo. . .

Algo iba a replicar Tebaqui, pero no alcanzó a hacerlo porque se acercaba a ellos el arquitecto Vigo. Con una seña que ella entendió, Lemus le ordenó a Vilma que se marchara.

—¿Cómo la estás pasando, Tico? —preguntó Larry, mirando de soslayo a la modelo que se alejaba ondulando el taparrabos.

—Muy bien, señor. . .

—He sabido que has estado tomando fotos por tu cuenta. . .

Temeroso de ser reprendido, Tebaqui se disculpó:

—Sólo unas pocas, para practicar, y como recuerdos para mí. . .

—Sabino, que es incapaz de guardar secretos —dijo Lorenzo Vigo con una media sonrisa— me ha dicho que muchas de esas fotos tuyas son verdaderamente buenas. . .

—Lo son —ratificó Lemus.

Seguramente Lorenzo Vigo sorprendió la mirada de reproche que Alberto Tebaqui Vidal le estaba dirigiendo a Lemus, porque se apresuró a decirle:

—Como eficaz colaborador nuestro que es, Sabino ha valorado tu talento; ese talento, joven y original, que uno debe estar buscando siempre. . . Me gustaría ver todas tus pruebas de contacto. . .

—Sí, señor. . .

Vigo se dirigió entonces a Lemus:

—Ocúpate de que me las lleve.

LO QUE su colega Monter le había dicho la noche anterior cuando fue a recibirlo al Aeropuerto, lo comprobó por la mañana, luego de los primeros exámenes, el cardiólogo Earl J. Church. Tebaqui notó su preocupación en el ceño.

—¿Cómo me encuentra, doctor?

En su aceptable español, el médico que cada tres meses llegaba de Houston a visitarlo, indicó:

—No tan bien como yo esperaba. Menos tranquilo que la última vez. ¿Disgustos, mucho trabajo, tensiones?

—Lo de siempre, doctor. . . —repuso evasivo Belén Tebaqui.

Sonrió Earl J. Church:

—Como el doctor Monter y yo le hemos dicho, ya es hora de que tome usted un descanso, de que se olvide de sus negocios, de que le baje un poco la velocidad a su paso. . .

—Y de que se vaya a viajar con la señora —apoyó Monter.

Impaciente murmuró Tebaqui:

—El viaje se hará. . . —Le molestó la sonrisa incrédula de su médico—. Claro que se hará, carajo, pero a su tiempo. . .

EL ARQUITECTO Vigo, al que no le había resultado fácil encontrar la bodega de Lácteos LOR, presentó una de sus tarjetas de visita a Benigno Acosta, de guardia en el exterior de la oficina, y le pidió que lo anunciara. Momentos después, Belén Tebaqui salía a recibirlo.

—¿Un coñaquito?

—Con gusto.

Tebaqui se disculpó por tener que servirlo en algo tan impropio como un cono de papel. Pasaban ya las 3:30 de la madrugada. Lo sabía porque a esa hora en punto el contador Salud Solís, decía: "Que tenga usted buena noche, don Belén", tomaba abrigo, sombrero y bufanda, y se marchaba para volver a las diez de la mañana.

—¿A qué debo el honor, arquitecto?

—Nuestro amigo, el señor Almaraz, le habrá dicho que me encontraba de viaje fuera del país. . .

—Algo de eso le oí.

—Le habrá dicho también, supongo, que aún sigo en espera de una decisión suya.

—Me lo dijo, sí —Belén Tebaqui echó el cuerpo hacia atrás, para apoyarlo en el respaldo del sillón.

—He venido a verlo, don Belén, para saber si ha tomado usted esa decisión.

—Todavía no, arquitecto, porque usted no ha sido derecho, franco, parejo conmigo. . . Sabía lo del hotel y quiso aprovecharse. ¿O ahora lo va a negar. . .?

Seramente indicó Lorenzo Vigo:

—Quiero aclarar, señor Tebaqui, que cuando lo visité en su casa ignoraba todo lo relativo a ese hotel en proyecto. Me interesaba, y sigue interesándome, adquirir sus propiedades porque necesito, como entonces le dije, mayor espacio para mis actuales oficinas. . . Acostumbro ser claro en mis negocios, muy derecho como usted dice, y le

hubiera planteado el de la compra-venta de las casas en términos igualmente claros y derechos si hubiera sabido, repito, que existía la posibilidad de ese hotel. Pero, en fin, estoy aquí, señor Tebaqui, para recibir su respuesta. . .

—Vender no me interesa. Se lo digo hoy como se lo dije aquel día.

—Bien —Lorenzo Vigo depositó el cono de papel dentro de la escupidera de latón que había a un lado del escritorio—. Tal vez desee escuchar la propuesta que he venido a hacerle. . .

—Hmmm. . .

—He sabido que se propone usted construir el Centro Comercial Tebaqui sobre los terrenos que hoy ocupan las casas. . .

—Cierto.

—Siendo así, quiero hacerle saber que me agradaría asociarme con usted en tal empresa. . .

—Hmmm.

—Casualmente, y porque tiene alguna relación con nosotros, he visto en el taller donde fueron hechos los planos que encargó, hace varios años ya, su hijo Aarón.

-¿Y...?

—Para aquel tiempo eran buenos. Para éste, ya no lo son. Todo ha cambiado desde entonces: el valor de la tierra y el concepto de lo que debe ser un *mall* enclavado en una área urbana tan populosa e importante como esa en la que se encuentran sus propiedades. . .

—Hmmm. . .

—Le propongo dos opciones concretas. Una: comprarle.

—Olvídese, no vendo.

—Otra: formar una sociedad para construir y administrar el *mall* Tebaqui. Dispongo de fondos prácticamente ilimitados.

—Muchos millones tendrá usted, arquitecto.

—Los suficientes, señor Tebaqui, para financiar este proyecto; un proyecto, el que le mostraría de interesarle, que supera en mucho al suyo original. . . Si llegáramos a asociarnos crearíamos la primera Torre Comercial de América Latina; por no decir, en su tipo, del mundo. Treinta, cuarenta, quizá cincuenta pisos de almacenes, estacionamientos, bancos, salas de cine, teatros, cafés, restaurantes, bares, oficinas, consultorios médicos: una ciudad dentro de la ciudad, con todos sus servicios. Algo fuera de serie, señor Tebaqui. Insisto, el dinero, por mucho que sea, no será problema. Lo que importa, es contar con el predio adecuado, y ese usted lo tiene. . .

De un enérgico trago, Tebaqui bebió el coñac, arrugó el vasi-to de papel y de cualquier modo lo arrojó a un rincón. Se levantó

226

y empezó a caminar, nunca más de ocho pasos, con la cabeza inclinada como lo hacía siempre que reflexionaba. Se detuvo a mirar el movimiento incesante de la nave. El, que gobernaba con su palabra a cientos de miles de seres; él, cuyas decisiones eran Ley incluso para los poderosos, podía soportarlo todo, o casi todo; pero no tolerar, se dijo, que alguien viniera a pretender ponerle el pie encima, como parecía ser la intención de Lorenzo Vigo "Que se meta sus millones y su torre rie cincuenta pisos poi donde le quepan", pensó molesto. "Ahora va a oírme. . ."

Lo encaró, retadoramente:

—Nunca he tenido socios en mi vida, arquitecto, y tampoco me interesa empezar a tenerlos ahora. . . Millones, sin farolear, también tengo los míos. . . El Centro Comercial Tebaqui voy a construirlo yo, como mi hijo quería. . .

—Su terreno, señor Tebaqui, merece algo mejor que un almacén que estaría bien en los suburbios; pero no en la zona en que se encuentra. . .

—Eso es asunto mío. Lo haré a mi manera, como está en los planos.

—No se precipite, señor Tebaqui. . .

Belén Tebaqui, de pronto colérico, empezó a apuntarle con el índice a la cabeza, y Lorenzo Vigo no sabía a qué atribuir tan sorprendente cambio de humor, ni la actitud casi amenazadora con que se dirigía a él:

— . . y aprovechando que está aquí, quiero pedirle que desocupe las casas que le alquilo. . .

Lorenzo Vigo se había levantado también:

—¿Trata usted de decirme que. . . ?

—No trato; estoy diciéndole que quiero tener desocupadas mis casas, para tirarlas lo antes posible. . .

Vigo, que había tratado tipos difíciles, pero pocos más ásperos y ninguno más impulsivo que Tebaqui, le recordó sin dejar de sonreír:

—Quizá ha olvidado usted, don Belén, que hace apenas unos meses, y en los términos que usted fijó, hemos renovado por dos años más los contratos de alquiler de las cinco casas que ocupan mis oficinas. Como empresario que es usted, sabrá bien que un contrato no puede ser desconocido, renunciado, unilateralmente. . .

Gruñó belicosamente Belén Tebaqui, mordisqueando el puro sin encender:

—Yo no tengo firmado ningún papel con usted.

—Su abogado lo hizo a nombre suyo.

—Aunque él lo haya hecho, no reconozco ningún arreglo que no haya discutido yo mismo. . . Usted, arquitecto, óigame bien: va a desalojar in-me-dia-ta-men-te mis casas, ¡y no se hable más. . . !

Ahora seriamente, pues no era cuestión de sonreír, ni tampoco contemporizar con ese individuo irascible y torpe, el arquitecto Vigo advirtió:

—Creo que serán nuestros abogados, no usted ni yo, quienes entenderán de este asunto. . . El hecho de que existan, recientes y vigentes, esos contratos. . .

—Olvídese de trucos, y por su propio bien no le busque mangas al chaleco, arquitecto. . . Usted me devuelve mis casas sin darle más vueltas, y yo. . .

Vigo se limitó a decir:

—Que sus abogados discutan con los de nuestro departamento jurídico.

Bruscamente, respirando de prisa como si escaseara el aire, Tebaqui abrió la puerta y mantuvo la mano apoyada sobre la perilla de metal, gastada por el uso de sesenta años, en espera de que Lorenzo Vigo abandonara la oficina en cuyo exterior, alerta siempre, velaba Benigno Acosta.

DE BUENA VISTA, Tebaqui fue directamente a su casa, sin detenerse, como acostumbraba todas las mañanas, en el Country. Prefería cancelar su baño de vapor, y los largos momentos que le gustaba pasar descansando sentado bajo el agua de la

ducha, a tener que encontrarse con el consuegro Fernando Almaraz, a quien sin duda su cliente, el arquitecto Vigo, ya le había informado de la discusión que en la madrugada tuvo con él.

También, como de costumbre, su esposa lo aguardaba con el desayuno que él comería sin mirarla, ni siquiera hablarle, entretenido en la lectura del periódico que terminaría de hojear en la cama.

—Anoche, ya tarde, te llamó el arquitecto Vigo —dijo Rafaela Vidal Tebaqui.

—Hmmm. Fue a verme a la bodega.

—¿Por el asunto de las casas. . . ?

—Sí, pero lo mandé al carajo. Le dije que no están en venta. . .

—Ah. . .

— . . . porque he resuelto hacer yo mismo el Centro Comercial.

En la cara de Rafaela Vidal se inmobilizó un gesto atribulado:

—Me habías dicho, Belén, que no te meterías en eso.

—Pues ahora te digo que sí voy a meterme. . . El Centro Comercial Tebaqui voy a construirlo aquí, donde tú y yo estamos sentados; aunque eso sea lo último que haga. .

—Tu corazón, Belén; recuerda tu corazón.

—Oh, dale y jode con mi corazón. . . —del modo que lo hacía siempre y que se exaltaba, Tebaqui se arrancó del cuello la servilleta y la arrojó sobre la mesa.

—Piensa bien en lo que vas a meterte, Belén.

—Puah.

—A nuestra edad, Belén. . .

—No se hable más. . . —exigió él y ordenó después—. Como también voy a tumbar esta casa, ve buscando por el sur dónde cambiarnos. . .

—A los que alquilan las otras, a los Alvarez, al señor Armendariz, a los señores Casillas, a don Josecito, ¿qué vas a decirles, Belén. . . ?

—Que se salen o los saco. . .

Apoyó la planta del pie pesadamente en el primer peldaño y empezó a remontar la escalera.

LEJANOS Y AMORTIGUADOS, a veces; próximos y vivos, otras, llegaban a la recámara de Belén Tebaqui los ruidos de la ciudad nocturna: algún fragmento de música, el golpeteo imperioso de un claxon, el alarido fugaz de una ambulancia o de una patrulla policial, el estruendo del jet rezagado que hacía vibrar los cristales de las ventanas. Ya sin el calor que habían ido guardando durante el día, los muros de la casa crujían de cuando en cuando, y a ratos, entre el cielo raso y el techo, se escuchaban las que parecían ser, y quizá fueran, discretas carreritas de ratones insomnes.

Lo único que en ese momento deseaba Alberto Tebaqui era que la abuela se marchara, pero ella seguía al pie de la cama, fantasmal en su hábito carmelita, cuidando el sueño de don Belén. Tico se preguntó cuántas veces habría deseado Rafaela Vidal la muerte del hombre con el que llevaba viviendo, y padeciendo malos tratos, cuatro décadas. Se preguntaba también si el amor, o la costumbre en que el amor llega a convertirse (como Larry había dicho para que él no lo olvidara), bastaría

para olvidar agravios y rencores y para hacer tolerable la compañía de alguien a quien se detesta, o por quien se sabe detestado.

Su caso, por ejemplo.

Lo que Alberto no estaba dispuesto a perdonarle a Belén Tebaqui era la forma en que lo había tratado desde que era niño. ¿Cómo olvidar su constante rechazo, su desdén; la crueldad con que juzgaba sus actos; la brutalidad, primero física, después sólo verbal, pero igualmente dolorosa, de sus castigos; el constante hacerle sentir con su actitud, más que con sus palabras, que era un indeseado al que se tolera en recuerdo del padre del que nunca se habla; un intruso al que no se le reconoce mérito así haya podido demostrarle que era capaz de sobresalir en algo y merecer el reconocimiento ajeno, sin tener que valerse del apellido Tebaqui? Cuando renunció a seguir estudiando en el Instituto Militarizado Internacional (luego de las borrascosas discusiones con don Belén que rechazaba la mediación del doctor Monter y la de Rafaela, uno y otro tratando de convencerlo de que debía conceder a su nieto la libertad de hacer, o trabajar en, aquello que le gustaba y para lo que tenía vocación y capacidad) y después, al convertirse en una pequeña celebridad que recibió un estimulante premio y un contrato por ser ese año "el más creativo" de los colaboradores del Grupo Vigo, ¿no se recrudeció la enemistad del abuelo, que no miró el cheque ni quiso saber cómo, o por qué, había ganado tal suma, y que terminó por retirarle la palabra durante semanas?

—Deberías sentirte orgulloso de Albertito, como me siento yo, Belén —había dicho Rafaela Vidal, en cuyas manos, amorosamente, había puesto Tico el primer dinero que ganaba.

—Si se avergüenza del apellido Tebaqui, si nada más es Vidal, ¿por qué he de sentirme orgulloso de él, eh?

—Por sí mismo Tico está abriéndose camino, como de joven, con tu esfuerzo, te lo abriste tu, Belén.

—Puah. . . No se hable más.

Alberto Tebaqui apretó los párpados y, como cuando era niño, los mantuvo así para dar tiempo a que el deseo que había formulado se cumpliera; pero al abrirlos nuevamente la abuela Rafaela continuaba en el mismo sitio, al pie de la cama, tocada.

ERA IMPOSIBLE contarlos, pero Sabino Lemus calculaba que serían más de dos mil quinientos (con los que llegaron a última hora e incluyendo también a los que sin invitación habían conseguido Colarse) los personajes que llenaban por completo las trescientas mesas circulares del comedor improvisado en la gran sala de fiestas del "Príncipe Hugo", que Larry, en una audaz maniobra que incluyó capitales árabes, japoneses y mexicanos, acababa de añadir a la División Hoteles del Grupo Vigo. Los había de la publicidad, de los medios, de la industria cinematográfica local y de la de los cosméticos; del negocio editorial y del textil. Abundaban los políticos y los toreros famosos; los astros de la televisión y centenares de mujeres, todas lindas, cuyos rostros y cuerpos aparecían con frecuencia en las pantallas y en los anuncios. Tampoco escaseaban los pintores y los intelectuales que el arquitecto Lorenzo Vigo tenía bajo contrato para darle "imagen" a sus empresas.

—¿Contento, Tico?

—Muy nervioso. . .

Detrás de la mesa de honor, y en los otros muros de la sala, así como también en el vestíbulo del hotel, habían sido colocadas las veinticuatro enormes ampliaciones de las fotografías que un jurado compuesto por ejecutivos del Grupo-Vigo y presidido por Larry, había seleccionado entre las miles de excelentes logradadas por los artistas de Vigo Internacional en los últimos doce meses. De esas veinticuatro, seis (todas tomadas en Caleta, incluso la que sirvió de tema, o *leitmotiv*, a la campaña de publicidad de la nueva cuenta) eran obra de quien, al pie de cada una, recibía el sencillo crédito de A. T. Vidal, *staff member*.

En la mesa que compartía con Lemus y Gladys, Israel Smith y su hermana Vilma, así como otros modelos, Tico sintió el aliento de Vilma en el oído:

—¿Te llevo en mi coche al departamento de Sabino?

Lemus había organizado, dijo, una orgía íntima en honor de Tico, a la que sólo serían invitados unos pocos varones y, en cambio, muchas amigas. Tebaqui aceptó sin entusiasmo.

—Sí —y permitió que Vilma le acercara el muslo por debajo de la mesa y que le tomara, también secretamente, la mano.

La ceremonia de premiación fue más vistosa, emocionante y alegre que ninguna de las anteriores. En su discurso, el arquitecto Vigo anunció un aumento general de salarios, lo que complació mucho a quienes iban a resultar beneficiados, y recordó los tiempos en que el Grupo, hoy poderoso, era sólo el proyecto de un sueño. Evocó los nombres de los que en ese ayer lo ayudaron a poner las bases de "este respetable imperio que hemos creado", y en honor de los ausentes pidió un aplauso y en el de los allí presentes él ofreció el suyo.

Procedió después, conforme al programa, a premiar "a lo mejor, a lo más distinguido" del capítulo local del Grupo durante el ciclo que esa noche culminaba con el sarao para celebrar un aniversario más de Vigo Enterprises, y el éxito, "aunque esperado, extraordinario", de la última campaña, cuya originalidad le había valido ser incluida entre las veinte mejores realizadas en el mundo en el curso del año anterior.

Según su especialidad, cada uno de los galardonados recibió del señor Vigo frases de estímulo, su correspondiente testimonio (charola de plata, cheque y anillo) y, según sus gustos, hobbies o preferencias, algún obsequio más personal, y, lo que más valía para todos ellos: la amistad del Big Boss en forma de abrazo, los varones; y de abrazo y beso, las mujeres.

Correspondió a Tico Tebaqui ser el último en subir al estrado. Una apretada ovación, que el propio director general puesto de pie inició con sus palmas, recibió al tímido fotógrafo (que seguía sintiéndose incómodo dentro del smoking que el sastre del arquitecto Vigo había cortado para él) y se prolongó quizá más de un minuto después de que llegó junto a Larry, con el rostro enrojecido y los dedos pegajosos de sudor.

De lo que sobre él dijo Lorenzo Vigo, muy poco pudo retener, a causa del aturdimiento de la emoción, el nieto de Belén Tebaqui; entre eso, alguna frase que le pareció importante:

— . . . este joven, tan verdaderamente querido por todos nosotros, este valioso y modesto Alberto Vidal, merecedor como nadie del título de "El más creativo de los elementos del Grupo Vigo", que hoy le entregamos, es el mejor ejemplo de lo que

puede hacerse cuando al artista se le concede la libertad, la libertad de la imaginación, que entre nosotros disfrutan todos. . .

Como era ya tradicional, después de ser entregados los premios se iniciaba, con el concurso de los mejores conjuntos musicales del país, y la participación de los artistas de mayor fama, la fiesta que duraría hasta el amanecer. En un detalle que a muchos en secreto les parecía cursi, inadmisibles en un hombre de tanta *clase* como era él, aunque en público lo consideraran espontáneo y estimable gesto democrático, el arquitecto Vigo bailaba la primera media docena de piezas con las secretarías, telefonistas, edecanes y empleadas administrativas del Grupo que habían ganado tal honor en una rifa, y luego se retiraba discretamente para que el personal y los invitados pudieran estar más a su gusto sin tener que guardar demasiada compostura en presencia del director.

En el momento en que Larry Vigo, rodeado por los que aún seguían aplaudiendo sus habilidades en la pista de baile, se disponía a iniciar la cuarta de las seis piezas, su secretaria, Ida Katz, se acercó a Tebaqui y muy quedamente, para que sólo él pudiera escucharla, le comunicó:

—El señor Vigo ha decidido que formes parte del pequeño grupo de amigos que irá a su casa de San Eulalio a beber con él una copa en privado. . . Sin decírselo a nadie, baja al garaje del sótano y espéralo allí. . .

Mucho más que haber recibido de sus manos el cheque, la charola, el diploma y el anillo de oro, lo emocionaba que Larry estuviera invitándolo a su casa; y lo emocionaba porque ello, de algún modo, significaba que ese hombre fascinante que era el arquitecto Vigo se fijaba en él (en él, que había llenado ya dos gruesos álbumes con recortes de noticias, fotografías, caricaturas y comentarios relativos a sus variadas actividades profesionales y mundanas), ya no como un buen trabajador a su servicio sino como alguien digno de figurar entre las personas de su amistad.

—Ahora vuelvo —le dijo a Vilma Smith—. Te encargo mis cosas. . .

—¿A dónde vas. . . ?

—A lavarme las manos. . .

MENOS DE DIEZ minutos llevaba Tebaqui esperando cerca de la limusina Mercedes dentro de la cual dormitaba el chofer, cuando el ascensor depositó en la profundidad cavernosa del garaje subterráneo al arquitecto Vigo y a las dos modelos, la pelirroja y la morena, que habían trabajado en Caleta y que habían sido desde entonces sus constantes compañeras. La del cabello encendido caminaba con paso algo indeciso sin que le importara ir arrastrando el abrigo de piel. Colgada del brazo del director general, la otra llevaba en la mano una botella de champaña recién abierta.

—Gracias por aceptar, Tico. . .

—Gracias a usted, arquitecto.

—Quizás eché a perder tus planes de esta noche. Me acaban de informar que tenías fiesta en lo de Sabino.

—Oh, no. . .

—Tal vez prefieras no venir a mi casa con mis amigos y con mis amigas —apretó a ambas contra su cuerpo y besó a una y luego a la otra, antes de añadir— y con los otros que nos alcanzarán en San Eulalio. . .

—Quiero ir con usted. .

Vigo le hizo un guiño y luego de soltar a las mujeres para que entraran en el largo automóvil negro, rozó suavemente la mejilla de Alberto con la punta de los dedos.

—Nice boy. Ahora pasa tú. . .

Cruzaron la ciudad y tomaron el camino ascendente que llevaba a San Eulalio, a través de los viejos barrios que fueron favoritos de los ricos de otra época. Aunque la velocidad a que iban no era excesiva, Lorenzo recomendaba al chofer que guiase más despacio a fin de no adelantar demasiado a los que vendrían siguiéndolos por la carretera.

Cuando llegaron a San Eulalio (un pueblo alguna vez muy distante de la capital, que al crecer ésta había quedado incorporado a ella, aunque sin perder el señorío que lo distinguía por sus calles angostas y adoquinadas, sus plazas, sus monasterios del virreinato, sus casonas solariegas del XVIII y del XIX protegidas por altas bardas de piedra volcánica, y sus hermosos templos barrocos), las dos modelos, más ebrias y muy alegres, cantaban, reían y discutían entre sí. A Tico seguían sudándole las manos y tenía la impresión de que Larry Vigo, así no lo hiciera directamente, había venido observándolo todo el trayecto; del mismo modo, recordó, que en otros tiempos lo observaba Tony Toralli.

Un bocinazo de la limusina hizo funcionar su mecanismo electrónico y la inmensa puerta de madera labrada se abrió por sí misma, lentamente, para que el vehículo pudiera entrar y luego rodar por los caminitos que conducían, a través de los jardines, a la casa, muy parecida a una fortaleza, que se levantaba al fondo con su fachada en parte cubierta por hiedras y bugambilias, a la que una adecuada iluminación contribuía a que resaltara la textura de los sillares con que fue construida poco después de la Conquista.

—Alguna vez, Tico, esto fue parte del Convento Mayor de los Carmelitas —le explicaba Larry Vigo, a medida que seguidos por las dos mujeres caminaban ambos hacia la sala principal—. Las guerras de Independencia, cuatro o cinco revoluciones; la Cristiada y la desidia oficial, lo convirtieron en la ruina que era cuando lo compré. No quiero decirte cuánto tiempo y cuánto dinero fue necesario invertir para dejarlo así de lindo, habitable y a mi gusto. . .

—Parece un museo —comentó Tico, y le quedó la sensación de haber dicho algo estúpido.

—Es un museo—recalcó Vigo, con orgullo, deteniéndose para que Tebaqui pudiera admirarlos—. Todo lo que aquí miras: cuadros, muebles, esculturas, cortinajes, tallas, libros, objetos que sirvieron al culto, mascarillas, imágenes de santos, todo es antiguo y auténtico, incluido el aire. . .

—Ah. . .

Se preguntaba Tebaqui, recordando las continuas lamentaciones de su abuela por la falta que le hacía contar con los suficientes, cuántos criados necesitaría Vigo para conservar, en tal orden y limpieza, el lugar que habitaba. Se preguntaba también dónde podrían hallarse, pues no había visto a ninguno, excepto al chofer, que se retiró en su propio automóvil cuando pasada la media noche el arquitecto le indicó que podía marcharse a descansar.

La sala principal, que había sido la capítular del convento, exhibía lo mejor de lo que Vigo llamó "mi modesta colección de cosas viejas" lienzos de Ribera, El Español, Zurbarán y de Luis Morales El Divino; retablos flamencos; muebles y arcones de Berruguete; alguna mesa italiana del Renacimiento (cuya trágica historia prometió contarle algún día); una chimenea rústica, y bastantes Dolorosas y Cristos agónicos de autores castellanos. Como en su oficina de la ciudad, allí también había, abiertos sobre fascículos comprados en Burgos y Salamanca, grandes libros de música, gastados misales con páginas de pergamino y hermosas láminas, y, en las estanterías, millares de volúmenes encuadernados en piel, con las iniciales LV en el lomo.

—Lo que me extraña —dijo Vigo, mirando una vez más el reloj-joya que llevaba en la muñeca— es que todavía no llegue ninguno de los otros que invité.

Las mujeres se habían puesto a bailar lentamente, con los ojos cerrados, como si compartieran un secreto gozoso, ajenas a la música barroca que ya sonaba cuando entraron en la casa. Lorenzo Vigo llenó dos copas con champaña, entregó una a Tebaqui, y le indicó que ocupara un asiento junto a él. Por decir algo, al cabo de un tiempo Tico comentó:

—Bailan bonito. . .

A su vez, Larry produjo unas palabras en el idioma que Tico le había oído emplear en Caleta, cuando hablaba o discutía con ellas, y ambas, entonces, empezaron a moverse con mayor rapidez, a frotar uno contra otro sus cuerpos de un modo que Tico se ruborizó, y luego de padecer un leve arqueo de náusea (como le ocurría siempre que en el burdel se quedaba a solas con la muchacha que para él había elegido esa tarde de viernes Iris Abril), retiró la mirada de las que seguían bailando tomadas por las caderas y pasándose la lengua, al compás que iba marcándoles Vigo.

—¿Quieres ver cómo se hacen el amor? Son fantásticas, de verdad, fantásticas — le preguntó de pronto y Tico descubrió en los ojos de Lorenzo Vigo algo más que excitación o curiosidad; algo así (hablarían de ello en otro tiempo y en otro lugar, cuando recordaran esa noche en que las dos mujeres bailaban aturcidas por la *Música de banquete*, de Telemann) como un turbio temor a que la respuesta de Tebaqui fuera otra y no el seco y ruboroso:

—No —que le entregó.

Vigo detuvo el clap, clap estimulante de sus manos; pero ellas, como si no lo hubieran escuchado, como si sólo obedecieran a sus sentidos, continuaron en ese juego del que excluían a todos los que no fueran ellas mismas. Él gritó algo y sólo entonces dejaron de moverse. La del pelo rojo rebatió en su lengua extranjera y Larry volvió a levantar la voz, y las dos mujeres, va dócilmente (una llevando a rastras el abrigo) salieron de la sala sin mirar a Tico ni al hombre que las mandaba a su recámara.

—Ah, estas mujeres locas que se ponen cachondas en cuanto se les pasan los tragos. . . —Por segunda o tercera vez Vigo volvió a mirar su reloj—. Muy raro que todavía, a esta hora, no aparezca nadie. Casi la una y ni siquiera llaman por teléfono para disculparse. . .

—Sí, muy raro. . . —murmuró Tebaqui, sólo para no quedarse callado.

—Visto lo tarde que es, me parece difícil ya que vengan. Tal vez se perdieron o quizá olvidaron que la reunión iba a ser aquí. . . El caso es que no llegan —Su copa chocó

suavemente con la de Tebaqui—. Me siento apenado contigo, porque te quedaste sin ir a tu propia fiesta con Sabino y las chicas. . .

Durante unos segundos la mirada de Tico anduvo perdida en ese vacío de iglesia. Empezaba a sentirse cansado y, a causa de lo que había bebido en la fiesta del hotel y luego allí, un poco como si no fuera él. Dijo:

—No iba a ir, de todos modos. Esas fiestas no me gustan, —a su vez miró la hora en su propio reloj. Pasaban treinta y cinco minutos de la una. Recordó a su abuela. Pidió— : ¿Podría hablar por teléfono a mi casa?

—¿Para qué, tan tarde?

—Para que uno de los choferes venga por mí. . .

—No es necesario que te vayas. Quédate a dormir aquí.

—Mi abuela estará preocupada, esperándome. Cuando salí del hotel no le avisé que llegaría muy noche. . .

—La llamaré yo. . . ¿No será imprudente hacerlo a esta hora?

Alberto Tebaqui se levantó. Le parecía estar de pie sobre algo blando y movedizo:

—Si no le hablo yo, ella se asustará. Creerá que me ha pasado algo. . .

—Entonces iremos los dos al teléfono. Ven por aquí. . .

Alberto Tebaqui no se inmutó cuando Larry Vigo (en cuya mirada había descubierto la tarde aquella de su primer encuentro en el despacho de don Belén, el mismo fulgor que había visto antes, en otros días de su vida, en los ojos del Padre Leoncio y luego en los del mayor Toralli) lo tomó por el brazo y lo condujo sin prisa, hombro con hombro y en silencio, a la escalera por la que habían desaparecido, rumbo a las recámaras, las dos modelos. Tico tenía las manos secas, y la boca también.

CON LOS OJOS cerrados, Tico estaba preguntándose si esa música que parecía fluir de los muros, del piso de baldosas, del techo sostenido por oscuras vigas, y también de los espesos cortinajes, era todavía la que se escuchaba en la casa a la hora de la madrugada que entró en esa habitación elegida por Lorenzo Vigo para que en ella pasara la noche. ¿Acaso el tiempo se había detenido y ese era el mismo minuto durante el cual, como Larry se lo había solicitado, estuvo contándole algo más de su joven vida?

Recordaba poco, pero sí lo suficiente para saber que algo, con lo que nunca se atrevió a soñar, se había operado en él, dentro de ese dormitorio en el que se mezclaban el olor del cedro de los muebles con el de la dulce lavanda que perfumaba su cuerpo. ¿En qué momento, olvidado ya, se desnudó? ¿Fue él, desordenado siempre, quien con tal esmero dobló su camisa de seda, su ropa interior y aun sus calcetines antes de colocarlos sobre el arcón en el que ahora los veía? El smoking, la corbata de moño, la faja, ¿los había colgado él en el armario? ¿Qué delirios evocó de pronto para que su virilidad se manifestara así de rotundamente al percibir también en el aire tibio, como escondido y en espera de que él lo descubriese, el aroma del amor — un olor, ese, más fino pero igual de grato, que aquél que impregnaba el estudio del noveno piso cuando estaban juntos Antonio Toralli y él?

Al apartar un poco la cortina y recibir la claridad en los ojos, Alberto Tebaqui sintió que le dolía la cabeza como siempre que abusaba de su cuerpo masturbándose.

De algún lugar cercano del jardín subían hasta él rumores de voces y de risas y algo parecido a un chapoteo. Se asomó y, desnudo como ellas estaban en la piscina, Tico se

puso a mirar cómo jugaban, lanzándose una pelota de plástico, la pelirroja y la morena, esa morena que muchos en la agencia, y no pocos en las columnas de chismorreo social que aparecía en diarios y revistas, consideraban "la señora" de Lorenzo Vigo por ese año, y que el propio Larry (eso no lo había olvidado) llamaba ambiguamente "la amiga íntima que a veces nos vemos obligados a mostrarle a los demás".

—¿Cómo amaneció esta mañana el querido amigo Tico? —preguntó Larry, al tiempo que le ponía un brazo sobre los hombros.

—Bien, gracias —dijo Tico, apenado por su desnudez.

—Te he traído el desayuno. Seguramente tendrás hambre.

—Un poco. . .

Larry, que muy temprano se había levantado para correr como todos los días un par de millas alrededor del jardín, vestía un short de terciopelo negro y una rebordada guayabera color palo de rosa; la llevaba sin abotonar y el vello entrecano ocupaba su pecho de atleta. Calzaba sandalias rústicas de cuero tejido que un amigo, igual de joven pero menos tierno que Tebaqui, le había obsequiado hacía poco en una playa del Pacífico.

—Ahora. A desayunar.

Tan solícita como era la abuela con él, Larry lo sentó ante la mesa sobre la que había dispuesto las dos bandejas que contenían el desayuno y a las que daban un toquecito de color, como gotas de fuego, unas flores de bugambilia. ¿De qué medios se habría valido Lorenzo Vigo para saber que la omelette de queso blanco, entre tiras de tocino frito y rodajas de salami, era la que más le gustaba, y que el jugo que prefería, por ser bueno para los ojos, era el de zanahoria. . .?

—Con la esperanza de que te gustara, personalmente he preparado el desayuno para ti. . .

—Gracias, Larry —respondió, atreviéndose ahora a buscarle los ojos a Vigo, que volvió a turbarse, aparentemente sin razón, como le había ocurrido ya una vez la noche anterior, allí en la recámara, a causa de otra mirada directa de Tico.

—Gracias a ti. . . —comentó Larry, casi humildemente, acercando los labios al borde helado del vaso que contenía zumo de mandarina. Como siempre que descubría a alguien con las cualidades de Alberto, con la tierna inocencia del nieto de Belén Tebaqui, el arquitecto Lorenzo Vigo sentía que su felicidad era doble: por el descubrimiento en sí y porque le agradaba convertirse, para el otro, así fuese por corto tiempo, en la imagen insustituible. Recordó algo que había leído, entre vuelos, en un aeropuerto de Alemania: "Necesito ocuparme de alguien para poder ocuparme de mí mismo, y dar a otros el afecto (si podía, evitaba usar, pensar, la palabra amor) que en alguna época deseo y no siempre encuentro."

—¿Por qué, Larry. . .?

—Fue una linda noche, dear boy. . .

Tebaqui no consideró necesario preguntar más; pedir que se le aclararan dudas. Sólo entonces estuvo consciente de que seguía estando desnudo, y no le avergonzó ya que Larry Vigo pudiera mirarlo así. Quizá sintiese algo de aturdimiento, pero ninguna culpa.

VERDADERAMENTE enfureció a Belén Tebaqui que Heleno Lara hubiera aparecido al frente de ese escándalo de claxons, sirenas y porras de victorias, a cumplir con él una cita que debía celebrarse, según se convino con el Presidente, en privado, sin fanfarronerías ni testigos, fotógrafos, locutores y periodistas; y desde luego sin esos que seguían bajando de los grandes autobuses de los sindicatos obreros y las sociedades estudiantiles que habían llegado a la casa precedidos, como si formaran parte de una comitiva de funcionarios y parientes del Ejecutivo, por una aparatosa descubierta de motociclistas uniformados.

—Puah. . . —bufó, apartándose de la ventana desde la que dominaba un tramo de la calle, y luego ordenó a Rafaela Vidal Tebaqui—: Baja y dile a Benigno y a los muchachos que sólo dejen entrar el hijodeputa de Lara; a nadie más. . . Y dile también que si a Lara no le gusta eso, lo mande a hacer gárgaras. . .

Seguía sintiéndose enfermo, muy quebrantado del cuerpo; pero, sobre todo, colérico, porque no sólo debía avenirse a hablar con Heleno Lara en las condiciones que el Presidente le impuso, sino recibirlo allí, en su casa, a la hora que Lara fijo; lo que equivalía a añadir a la injuria la humillación. "Pero, más temprano que tarde El señor me va a pagar por esta jugadita".

Entre Heleno, que insistía en pasar seguido por sus estruendosos acompañantes, y Benigno Acosta, que cumplía la orden de sólo permitir que entrara el líder de los Estibadores Libres, se produjo una rápida fricción a través de la mirilla enrejada de la puerta.

—Tú nada más, Lara. Así lo quiere don Belén.

—Los compañeros que vienen conmigo, los amigos de la prensa, y mis asesores, tienen derecho a oír lo que yo y Tebaqui vamos a decirnos. . .

—Sólo tú, Lara, y si no te gusta, pues ya te estás yendo. . .

Algo explicó Heleno Lara a los que lo rodeaban, y del grupo se levantaron silbidos de burla y de protesta, y aun reventaron algunos: "¡Muera el Pulpo Tebaqui!" Al cabo, Lara condescendió:

—Nomás porque nuestro amigo El-Señor-Presidente nos pidió que fuera así, acepté hablar a solas con Tebaqui. . . Ustedes, compañeros, calma; no me hagan quedar mal exigiendo estar presentes. . . Di mi palabra y he venido a cumplirla. Entraré yo solo, compañeros, pero en ningún momento y por ningún motivo, comprometeré la pureza, la legalidad, la razón a nuestro movimiento reivindicador de los derechos que la parte patronal pretende negarnos. . . Déjame pasar, Benigno. . .

Como no era esa la primera vez que entraba en la casa, Heleno Lara conocía bien cómo llegar al despacho de Belén Tebaqui. Acosta le permitió cruzar el jardín, y en silencio se limitó a seguirlo. A distancia, prontas las metralletas por si era de urgencia intervenir, vigilaban los otros choferes y el jardinero.

ACOSTUMBRADO desde hacía más de veinte años a sus explosiones de mal humor, que se habían ido haciendo peores y más frecuentes a medida que envejecía, el abogado Arqueles Olmos se limitaba a reprimir los bostezos y a mirar las manchas ocres del techo, mientras Belén Tebaqui seguía llevando sus gritos de un extremo a otro del despacho de la planta baja. Los dos jóvenes pasantes, que nunca habían visto de bulto al hombre de las tormentas, tragaban gordo cuando los miraba de reojo, y se

quedaban sin color, o enrojecían más, como si fuera suya la culpa de que las cosas no pudieran ser resueltas con la rapidez que exigía el cliente ni en los términos que a sus intereses convenía.

—Millones: eso es lo que me cuesta cada año su mierda despacho, y qué me da a cambio cuando le pido que me arregle un asunto que cualquier tinterillo de pueblo, cuantimás un abogado como usted, hubiera terminado así, en un dos por tres, con solo querer.

Pausadamente, siempre cruzados los brazos sobre el pecho, con un gesto de paciencia, y mucha calma en la voz, Arqueles Olmos replicó:

—Le consta a usted, don Belén, que llevamos semanas, meses ya, tratando de encontrar una fórmula de conciliación con los abogados del Grupo Vigo. . .

—¿Y por qué carajos, dígame, no la encuentran?

—Porque no es tan sencillo como parece, don Belén.

Uno de los jóvenes pasantes se atrevió:

—Si me permite, señor Tebaqui. . .

Agriamente lo encaró don Belén:

—A usted, ¿quién le está preguntando su opinión? —y con un relámpago de sus ojos fulminó al que había hablado y, de paso a su compañero. Los jóvenes pasantes se retorcieron, apretando sus idénticos portafolios contra el pecho.

Intervino el titular del Bufete Notarial Olmos y Asociados:

—Ellos, don Belén, conocen bien la situación; por eso los he traído. . .

Al abogado, cuyo aliento olía a los whiskies del aperitivo y al Marc de sobremesa, lo increpó Tebaqui:

—¿Cómo que no es sencillo echar fuera de mis casas a esas gentes?

—No lo es, créame usted.

—¿Le costó trabajo sacar a los otros que ya se largaron, abogado?

—La situación era muy diferente con ellos, señor. . .

—Era igual, abogado. . . Inquilinos míos, unos; inquilinos míos, los otros. ¿Dónde está, dígame, la diferencia?

—En los contratos, don Belén. Allí ha estado siempre la diferencia. . . —y como si fueran uno, los pasantes asintieron, apoyando a su jefe.

—Contratos, contratos. Papeles nada más. . . ¿Qué no tiene otro disco que no sea: contratos, contratos?

—Papeles, don Belén, a los que hay que concederles respeto, y reconocerles validez, queramos o no. . .

—Puah. . .

—Los inquilinos que ya desocuparon, lo hicieron, recuérdelo usted, porque no aguantaron la presión que les pusimos, o porque no quisieron litigar contra usted; y, sobre todo, porque desde hacía muchos años no existían entre las partes, usted y ellos, contratos; sólo convenios verbales. . .

—Puah. . .

—Con el Grupo Vigo es diferente. . . Tiene contratos firmados y registrados, y no hay modo de intimidarlos con amenazas o ablandarlo con promesas de indemnización. . . Para negociar, me han solicitado esta mañana que se les garantice un plazo mínimo de un año, el que les hace falta para terminar parte de su nuevo edificio. . .

—¿Un año? Están pendejos. ¡Un año. . .! Lo que usted debe hacer es encontrar la manera de joder a Vigo. . . El tipo, lo he sabido, es extranjero. . . En el Ministerio del Interior tenemos amigos que nos ayudarían a echarlo del país. . .

—El arquitecto Vigo obtuvo la nacionalidad' hace once años. . . Yo propongo, don Belén, que seamos razonables, y que concedamos el plazo de gracia que solicita. . . ¿No me ha dicho usted que las obras del Centro Comercial no las podría empezar antes de diez o doce meses. . .?

—Puah. . . Nada, nada. . . El tipo se sale ahora. . .

—El pleito se enconará. . .

—Que se encone.

—Según yo lo veo, no tiene objeto empeñarnos en un litigio que, de entrada, tenemos ya perdido. . .

Con otro perentorio movimiento de su mano en alto, tan perentorio y enérgico que los dos pasantes creyeron que iba a golpear al abogado Olmos, le impuso silencio:

—Óigame bien: eso de que Vigo no se saldrá de mis casas, está por verse, abogado, y voy a demostrarle a usted que cuando se quiere arreglar algo por la buena o por la mala, pues se arregla. . . No se hable más y vayase a trabajar. . .

ERA ESA LA primera vez en la noche que la respiración de Belén Tebaqui se escuchaba así de pareja, así de tranquila. Por momentos, pensó Alberto, parecía como si el aire de sus pulmones hubiera dejado de pasar zumbando entre sus encías y sus labios. Para no alarmarlo con la imprudencia de algún ruido, Tico estiró muy lentamente la pierna derecha, y esperó. Lo que repercutía dentro de su cabeza era el eco de sus latidos. Sentía pegajosas, ajenas y torpes las manos. Un vehículo seguramente muy pesado, pues la casa se sacudió un poco, pasó por la calle. Miró hacia la cama: igual que unos segundos antes, el abuelo continuaba inmóvil bajo las sábanas, pintado por el resplandor rojizo entre los cojines. Aguardó otro tiempo y se atrevió a bajar del sillón de terciopelo granate la pierna izquierda. Dejó los pies apoyados sobre la alfombra.

Levantarse del asiento en el que llevaba tantas horas al acecho exigió de Tico precauciones semejantes a las que tomó para bajar las dos piernas. Estas, lo notó al quedar de pie, empezaron a temblarle: en las rodillas una flojedad que no recordaba haber sentido antes, ni siquiera en momentos difíciles; quizá sólo así de inseguras las tenía aquella mañana de Laguna Blanca cuando saltó de la *Vicky I* y echó a caminar, rodeando de curiosos, por el muellecito de madera.

Si estaba ya profundamente dormido y a su merced, como toda la noche había deseado que estuviera, ¿por qué no acercarse a la cama y proceder en la forma en que lo había ideado?

"Un poquito más, sólo para estar seguro de que no va a despertar, defendiéndose." No tenía caso que volviera a sentarse. Prefirió seguir como estaba: pilar de sombra y silencio.

AUNQUE LARRY le había dicho muchas veces que en realidad no tenía importancia la polémica en la que llevaban enredados tanto tiempo el abogado de don Belén y los representantes jurídicos del Grupo Vigo, y aunque también muchas veces le hubiera asegurado que fuese cual fuere el arreglo a que se llegara, ello no afectaría en modo alguno la relación personal que entre ambos existía ni tampoco la profesional de

trabajo, Alberto Tebaqui no podía evitar sentirse incómodo. ¿Cómo ser el amigo, el protegido del hombre a quien su abuelo amenazaba todos los días con expulsarlo de sus casas a patadas? ¿Con qué cara presentarse ante Larry cada mañana si uno y otro sabían quién era el responsable del último atropello, de la última agresión, del más reciente y pueril atentado contra las empresas que ocupaban las propiedades motivo de litigio? ¿Cómo fingir ignorancia sobre algo que, Lorenzo Vigo el primero, todos sabían? Llegó a pensar (e incluso a comentarlo con Rafaela Vidal, que como siempre no se atrevió a opinar y sólo dijo: "Haz lo que creas que debes hacer") en renunciar a su empleo en la agencia y marcharse de la ciudad, para no seguir dividido entre la lealtad que le debía a su familia y su afecto por Vigo; y si no en dimitir, sí en solicitar un puesto en alguna de las muchas filiales del Grupo en el extranjero. ¿A quién preguntarle qué hacer en una situación como esa si quienes podían entregarle su consejo eran precisamente los responsables de sus dudas?

—Insisto, *my boy*, no tiene importancia este leve conflicto, ni siquiera personal, qué ha surgido entre el señor Tebaqui y el Grupo. . .

—El es muy necio, Larry, y cuando algo se le mete en la cabeza. . .

—Aún los tercios terminan por cansarse. . .

—Ojalá. . .

La mano de Lorenzo Vigo cubrió la rodilla de Alberto Tebaqui y sus dedos la presionaron tiernamente. En el espejito retrovisor coincidieron los ojos de ambos: algo tristes, apagados, los de Tico. Como siempre que despedía temprano al chofer en la oficina porque no lo iba a necesitar más, Larry conducía por el camino a San Eulalio, uno de sus tres autos sport: un Mercedes 450, convertible, color plata vieja.

Estuvieron en silencio, mirando cómo la luz de los fanales iba despejando de sombras el camino. Aunque no llevara encendida la radio, Larry Vigo parecía estar escuchando y marcando su ritmo con los dedos sobre la rueda del volante, una música interior.

Tico se apartó un poco de Vigo para poder mirarlo mejor, de perfil, atento a la carretera. Como le venía sucediendo en las últimas semanas, pensó en Antonio Toralli. Era innecesario, y además injusto, establecer comparaciones. Quizá en lo único en que uno y otro coincidían era en que amaban la juventud. Fuera de eso, ¿tenían algo en común? En todo diferente a Tony, Larry no era afecto, ni lo había sido nunca según decía, a ir a cafés de promiscuidad como Rudy's, ni a ciertos baños públicos cuya sordidez no atenuaba del todo que fueran lujosos; ni encontraba "encantador", "cachondo", el estruendo brutal de las motocicletas, ni buscaba la compañía de chicos tan huecos como los que tenían a Tony por ídolo e instructor; la lectura de las páginas deportivas de los diarios le parecía idiota a Larry y risible que alguien perdiera el tiempo resolviendo con la ayuda de un *Pequeño Larousse* comprado en un baratillo de autoservicio, el crucigrama del diario de la noche.

El mayor Antonio Toralli (no reconocerlo sería una canallada) había aparecido en su vida, como un deslumbramiento, en la época en que necesitaba la amistad, la compañía, el afecto de alguien como él: rudo, vital, abierto, que no le negó su tosca y viril ternura y que le dejó algunos lindos recuerdos, pero ninguna influencia perdurable. ¿Qué conservaba de Tony en la memoria como no fuera el olor de su cuerpo, la emoción de algunas de sus caricias, el sonido de sus carcajadas? A Lorenzo Vigo, en

cambio, le habían bastado unos pocos meses, después de la noche de San Eulalio, para modificar profundamente su vida y sus ideas sobre las relaciones humanas.

¿Quién, si no Larry, le había enseñado a pensar como ahora pensaba, y a refinar sus gustos? ¿Quién, si no Larry, lo había hecho cambiar, sin exigírselo, desde su modo de vestir hasta el de comportarse en la mesa de un restaurante, fuera este el Jockey Club, el Hipódromo, o el Club de Banqueros? ¿Acaso no imitaba a Larry al hablar, al vestir, al caminar?

—Porque a fin de cuentas, dear boy, ¿qué es la vida sino una buena y larga pelea? A don Belén le gusta pelear, y aunque trato de evitarlo, yo también peleo cuando alguien me invita o me reta. . . En este asunto de las casas, entiéndelo así y deja de preocuparte por cómo vaya a terminar, lo que a tu abuelo lo atrae, lo que verdaderamente le gusta, es la pelea en sí, no tanto ganar o perder. El sabe que será derrotado por la razón legal; pero eso no le importa, pues mientras esté batallando contra mí será feliz. .

—Ha dicho que te sacará de sus casas aunque eso sea lo último que haga. . .

—También a mí me lo ha gritado por teléfono. . . Lo que el señor Tebaqui pierde de vista, él, que se niega a concederme un plazo razonable para desocupar, es que cuando este asunto llegue a su fin en los tribunales ya habremos terminado el edificio en el sur y nos mudaremos tranquilamente. . .

LOS PRIMEROS invitados que llegaron a San Eulalio, en taxi, fueron un hombrecito en sus cuarenta, de pelo largo y seboso, vestido con ropa de peón, sin calcetines y calzando zapatillas, y su acompañante, un joven de gafas que se turbaba si alguien se le quedaba mirando. El arquitecto Vigo hizo las presentaciones:

—Manolo Urrutia: Alberto Vidal, nuestro fotógrafo as.

—Mucho gusto —murmuró Tico.

Urrutia, a quien un afortunado azar político acababa de llevar a la Academia de la Lengua, lo examinó curiosamente y luego dejó que su mirada viscosa bajara a la entrepierna de ese chico Vidal del que tanto se estaba hablando en el círculo de amigos de Larry, y también en el de sus enemigos.

—Not bad; not bad at all —y con sus dos manos buscó la de Alberto. Mientras Urrutia sonreía a Tico, plegando apenas los labios en cuyas comisuras parecía haberse congelado una espuma de semen, Lorenzo Vigo ilustró:

—Manolo es el glorificado autor del libro tan divertido *Síntesis de los opuestos, o como me ves te verás*, del que leímos algunas páginas la otra noche. ¿Recuerdas?

—Ah, sí, sí.

En su turno, Urrutia presentó al chico de la gafas:

—Es mi nuevo descubrimiento: YoYo, sin apellido, futura gloria juvenil de nuestras bellas letras. . .

LOS ÚLTIMOS en marcharse de San Eulalio, cerca ya de las cuatro de la madrugada, muy ebrios y discutiendo, fueron el propio Manuel Urrutia (que casi llegó a los golpes con el Ministro de Cultura, porque éste, al serle presentado YoYo como "Mi querido sobrino", dijo, dándole un tironcito en la mejilla: "Claro que conozco a YoYo: fue sobrino mío hace seis meses, ¿verdad?"); un reseñista al que le daba por orinarse sobre los

muebles no bien se le complicaban las copas con el humo de la mariguana que fumaba, y un matrimonio, de pintora y médico, que compartían al mismo adolescente.

En el curso de esas casi seis horas, durante las cuales no faltaron el champaña, los vinos y los licores de gran marca; los canapés que hacían circular los meseros de "Chez Michel" (un restaurant de cinco estrellas en el que Larry tenía acciones) y los más variados pastelitos árabes, ni dejó de escucharse, así pocos la apreciaran, la música barroca que en la cercana capilla producían las *cuerdas* de la Sinfónica Nacional, pasaron por San Eulalio unas cuatrocientas personas, calculó el arquitecto Vigo cuando ya todos se hubieron ido.

—¿Te diviertes?

—Sí.

—¿Contento?

—Mucho.

—Gente muy realizada, como ves.

—Aja. . .

Larry lo había presentado, conforme llegaban, a cada uno y de cada uno recibió Alberto Tebaqui una sonrisa, una mirada de aprobación, un guiño. En algunos alcanzó a percibir un gesto, una mueca, el golpe de un ojo severo. Varias veces sintió que esas muecas, esas sonrisas, guiños y palmaditas que recibía de los invitados, eran en realidad para Lorenzo Vigo —aprobación, felicitación, quizá envidia porque disponía ahora de ese chico que, de pie junto a él, les daba la bienvenida en el vestíbulo de la gran casa que nunca había estado más hermosa.

Tico pensó en Tony Toralli. Él también lo presentaba así, sonriendo de orgullo, en Rudy's; en los baños "Dionisio", en las cafeterías que frecuentaban. Sus amigos no eran famosos ni, menos todavía, importantes como los de Larry; pero el orgullo de Tony al lucirlo (se daba cuenta ahora) era idéntico al de Vigo esa noche. Lo que al principio le pareció mortificante (esa "puesta en sociedad" ante los miembros de la "hermandad a la que pertenecemos, Tico") terminó agradándole, y envaneciéndolo un poco ser conocido por los que habían hecho el largo viaje a San Eulalio para mirar "al chico de Larry". Ser "el chico de Larry", le permitía sentirse el más envidiado de todos los jóvenes allí reunidos —esos jóvenes, menos afortunados que él, que acompañaban a tanto vejestorio, a tantos ridículos marica.

Y la fiesta hubiera seguido siendo perfecta para Alberto Tebaqui Vidal si en algún momento el escultor Omar del Val (feliz porque esa tarde había recibido el productivo encargo de llevar al bronce el rotundo cuerpo de la favorita del Presidente de la República: estatua al desnudo que adOrmaría la fuente de quinientos parques públicos en el país), no le pregunta:

—¿A qué hora viajan mañana Larry y tú?

—¿Viajar? ¿A dónde?

—A Río y a Buenos Aires.

—No lo sabía. . .

—Ay, criatura, qué mal informado estás. . .

A partir del minuto de la indiscreción de Omar del Val (né Vallejo) la fiesta perdió interés para Tebaqui, y la cólera le dejó su seco sabor a cobre en la boca.

Cuando en la recámara le ofreció un vaso de leche ("nos hará bien a los dos, después del mucho alcohol que bebimos") y Tico Tebaqui dijo agriamente que no apetecía nada que no fuera dormir, el arquitecto Vigo le reprochó:

—¿Por qué esa forma de contestar. . . ?

Tebaqui lo miró casi altaneramente, sin timidez, como el propio Larry le había enseñado cuando se trataba de apoyar, aunque fuese con una mirada, algo que decía porque tenía, o creía tener, razón para decirlo.

—Antes, dime tú: ¿por qué no me hablaste de eso. . . ?

—¿Hablarle de eso? ¿Qué es eso. . . ? —Sólo puesto el pantalón del pijama, cuya parte superior gustaba usar Tico las noches que dormía en esa casa, Lorenzo Vigo se acercó a Tebaqui, que sentado en la cama había endurecido la mandíbula y miraba al vacío.

—Lo del viaje de mañana a Río y Buenos Aires. . . Todo lo sabían menos yo.

—Lo sabían, dear boy, los que tenían por qué saberlo. Sólo esos.

—Está bien. . . —Tebaqui, furioso, se cubrió la cabeza con las manos, rechazándolo.

Suspiró Lorenzo Vigo. Le aguardaba un largo viaje y muchos días de negociaciones que serían difíciles. Un tiempo después de que apagó la luz y un poco antes de entrar en el sueño, se dio cuenta de que una mano de reconciliación buscaba la suya.

DISPUERTO A arreglar las cosas "a su manera", a fin de conseguir que Lorenzo Vigo y sus abogados "entraran en razón" y "por las buenas" decidieran mudarse, Belén Tebaqui puso en práctica un plan de hostigamiento que no resultó lo efectivo que había supuesto. Interrumpir con inexplicables periodos de silencio e insoportables intromisiones de estática el servicio telefónico del Grupo, molestaba, sí, pero no era suficiente, como tampoco lo era privarlo durante horas de luz y energía eléctrica pues el Grupo disponía de planta propia para las situaciones de emergencia. Tebaqui consiguió que "manos amigas" suspendieran el suministro de agua a las cinco casas y a los laboratorios fotográficos que dentro de ellas funcionaban tres turnos ininterrumpidamente; pero el gerente administrativo, Sergio Ochoa, resolvió el problema comprando en las colonias pobres, de la periferia, y con camiones cisterna que conducía a donde se necesitaba, los metros cúbicos del líquido que hacía falta.

Siempre masticando el habano que nunca encendía, Tebaqui reflexionó que si ese plan había fallado se imponía organizar otro u otros. Fue entonces cuando Benigno Acosta, que muy raramente hablaba y más raramente aún producía alguna opinión si no le era solicitada, sugirió utilizar parte de la basura que en la Central se apilaba por cientos de toneladas todos los días.

—Puah. . . —resopló el Amo Belén, aprobando—. Adelante, y a ver qué coños pasa.

Esos "secretos aliados" que cobraban en la caja chica de Salud Solís y que Tebaqui llamaba "nuestros amigos del Ayuntamiento" encontraron ingeniosa, y fácil de llevar a la práctica, la idea de Acosta que Tebaqui les presentó como propia esa misma noche en su bodega de Buenavista.

—Si así lo manda usted, mañana empezarnos.

—Cuanto antes, mejor. . .

AL FILO DEL mediodía, cuando la afluencia de peatones y vehículos alcanzaba su máximo de intensidad, uno de los camiones recolectores de basura que el alcalde había adquirido en Francia el año anterior, entró en la atestada calle en la que el arquitecto Vigo tenía sus empresas. Verlo en el barrio de la elegancia tan a deshoras (los desperdicios sólidos eran recogidos siempre de madrugada) causó extrañeza, y verdadera expectación, que de pronto su motor empezara a fallar, como si estuviese malcarburado, y que luego de varias sacudidas terminara deteniéndose justo frente a la principal de las casas del Grupo.

Para averiguar por qué la gran máquina se había estacionado allí, salieron de Vigo Ad los policías de seguridad, al tiempo que se acercaba también el motociclista de Tránsito que venía proporcionándole, como estaba convenido, discreta protección.

—Súbelo a la banqueta para que no estorbe a los otros coches —ordenó el uniformado y el chofer, como pudo, montó sobre la acera las gruesas llantas del flanco izquierdo.

Un policía de seguridad del Grupo Vigo le hizo ver:

—Está tapando la entrada del estacionamiento. Tendrá que moverlo de allí. . . Los dueños de esos autos —aludió a los sesenta o setenta ahí estacionados— saldrán a lonchar dentro de un rato. . .

—No se preocupe, compañero. Ahora queda arreglado el problema —dijo el chofer—. Un poco de mecánica y listo. . .

Un cuarto de hora después, próxima a sonar la una de la tarde, el policía de seguridad volvió:

—¿Ya acaba. . .?

—Casi, casi. . .

Como el motor funcionaba dificultosamente, el de tránsito comentó que para facilitar la maniobra quizá conviniera deshacerse de parte de la carga (que sería recogida por otro vehículo del Servicio Municipal de Limpia), y al chofer le pareció que eso ayudaría. Subió a la caseta y puso a funcionar el mecanismo que hacía bascular el depósito donde se almacenaba la basura; pero seguramente él no se fijó bien en lo que hacía o el mecanismo estaba averiado, porque de pronto se abrieron las compuertas y una fétida cascada de frutas podridas, visceras de res, verduras fermentadas, excrementos humanos, perros y gatos muertos, papeles, trapos, trozos de plástico, pedacería de botellas, y aun la cabeza de un caballo flaco al que le habían reventado los ojos, se derramó sobre la banqueta haciendo recular a los curiosos que por docenas se habían reunido.

—Ya la cagaste, compadre —fue lo único que dijo el motociclista desde el sitio al que se había retirado prudentemente para evitar que al caer lo alcanzaran los desechos.

—Ni modo, compañero. Esta madre se desbocó.

—Checa si ahora funciona el motor. . . —sugirió el motociclista, y luego se cubrió boca y nariz con un pañuelo porque la pestilencia era fuerte.

El chofer oprimió el botón de la marcha y el motor respondió sin dificultad.

—Creo que ya se arregló esto —fue su veredicto de experto—. No jalaba bien porque veníamos muy cargados. . .

—Pues ahora muévete para no seguir molestando —dijo el uniformado, echando a andar su propia máquina.

Vigorosa y ágilmente, aligerado de las varias toneladas de carga que habían venido transportando desde Buenavista, el camión del Servicio Municipal de Limpia se alejó de allí, abandonando una alta montaña de basura sobre la acera, ante la entrada del predio donde ejecutivos, funcionarios, modelos, técnicos, clientes, visitantes y proveedores del Grupo Vigo estacionaban sus automóviles, vans o furgonetas. El Jefe de Seguridad, un sargento con una descascaradura de viruela en cada pómulo, se acercó al motociclista, mientras sus dos subordinados lo amparaban:

—¿Quién va despejar toda esa mugre. . . ?

Acelerando ruidosamente, el motociclista indicó:

—Alguien vendrá a llevársela; no te preocupes. . . —y sin más, se puso en movimiento y se perdió, calle arriba, culebreando entre los autos.

ENTRE LAS 12:52, en que se le avisó lo que había sucedido, y las 17:30, en que la mayoría del personal terminaba sus labores, el gerente administrativo, Sergio Ochoa, llamó unas veinte veces al Servicio Municipal de Limpia. Su voz, amable al principio, colérica a medida que otras voces lo iban remitiendo de una oficina a la siguiente, de un jefe a su inmediato superior, hizo contacto (se lo referiría a Larry Vigo, ya de vuelta de su viaje al sur) con no menos de nueve funcionarios diferentes y de todos obtuvo, casi, la misma respuesta:

—Quisiéramos poder resolverle su problema, licenciado Ochoa, pero esta oficina no está facultada para intervenir. Será mejor que exponga usted su caso a la de. . . —y, serviciales, le proporcionaban el nombre, y el número de teléfono, de quien quizá podría producir la orden que Sergio Ochoa estaba solicitando.

El día era particularmente caluroso y el hedor empezó a extenderse incontenible, más y más intenso a medida que la temperatura ganaba grados. La pestilencia, y las grandes moscas que llegaron con ella, alcanzaban cafés, casas de té, bares, refresquerías, almacenes, boutiques, salas de belleza, sastrerías, bancos, joyerías, hoteles, casas de cambio de moneda, consultorios médicos, librerías, confiterías donde se interpretaba el tarot y se echaban las cartas de la baraja española, situadas en un radio de cinco o seis manzanas.

Dentro de las oficinas del Grupo, la secretaria Ida Katz, dos de los peinadores, cuatro modelos de ropa interior y D'Artañan, vomitaron, enfermos de asco.

Sergio Ochoa pudo al fin localizar en su casa al Secretario Privado del Secretario de Acuerdos del Secretario Auxiliar del alcalde; le expuso la situación y "a sabiendas, Larry, de que estaba comprometiendo un poco su nombre pidiéndole un favor", solicitó a él que interviniera de algún modo con la urgencia que el caso demandaba.

—A esta hora, licenciado Ochoa, es difícil cursar, así sea por teléfono, una orden que sea obedecida con la necesaria rapidez. . . Si me permite decirlo, no veo tan dramático el caso. Entiendo perfectamente lo molesto que resulta ese mal olor de que me habla. Es más, casi lo estoy percibiendo. Pero, ¿se ha puesto a pensar que esa basura será despejada esta misma noche por el recolector asignado a la zona?

A los ejecutivos, clientes, funcionarios, modelos, visitantes y proveedores, que no pudieron sacar sus vehículos a causa de la basura, se les envió a donde quisieron ir en taxis que Sergio Ochoa ordenó contratar, y a todos se les dijo que por la mañana, ya sin

dificultad, podrían recoger sus propios autos, pues para entonces la entrada estaría despejada.

PUNTUAL COMO todas las madrugadas, excepto la del domingo, a las 2:30 am llegó ante el Grupo Vigo el camión que recogía los desperdicios depositados en los tachos que desde la media noche colocaban sobre la acera los que tenían a su cargo el aseo de oficinas, escenarios, estudios, talleres y laboratorios. El conductor y sus dos auxiliares, que en Vigo Ad cobraban una suma semanal a manera de propina, se rehusaron a recoger también la basura ya desperdigada por el arroyo.

—¿Por qué, si el Ayuntamiento prometió que ustedes se la llevarían? —demandó saber el gerente Ochoa, que había resuelto permanecer en su oficina, pese a las molestias, hasta no estar seguro de que lo dicho por el Secretario Privado se cumplía.

—Por dos razones, señor —explicó el chofer un costeño picado de negro.

—¿Cuáles?

—Una: ya venimos muy cargados y eso que todavía no vamos ni a la mitad del recorrido de hoy; y, dos: como esa basura la regó un compañero de otro turno, nosotros no podemos levantarla porque estaríamos invadiendo jurisdicciones, y eso, estatutariamente, si me permite el término, nos está prohibido por el Sindicato. . . Pero lo seguro, señor, es que los compañeros del primer turno pasen temprano a barrer. . .

Aunque justificaba la ira del gerente Ochoa mientras le refería el episodio del camión y cuanto pasó después, el arquitecto Vigo no dejaba de encontrar divertida y muy barroca de principio a fin la ofensiva de Belén Tebaqui.

—Créame o no, Larry: la basura permaneció allá afuera cinco días: cinco días de pesadilla. La mitad del personal se reportó enfermo y la otra mitad, ya se imaginará, trabajó mal. . .

—¿Por qué no se contrató, desde el principio, a quien pudiera despejar el área?

—Lo hice, Larry, pero eso provocó que se le impusiera una multa, que nosotros tuvimos que pagar, a la empresa contratista, y otra al Grupo. . .

—¿Multas?

—Así es, Larry, a la empresa porque sin autorización estaba haciendo algo, recoger basura, que es de la exclusiva competencia del Ayuntamiento, y a nosotros porque al poner la basura en la calle estábamos infringiendo, ¡y cinco días con sus noches lo infringimos!, el Reglamento Sanitario de la ciudad. . . Hubo una tercera multa: la Jefatura de Tránsito nos acusó de estorbar la libre circulación de peatones sobre la acera. . .

—Ahora, Sergio, tranquilo. Todo ha pasado y, estoy seguro no se volverá a repetir. . .

—Eso de la basura fue lo de menos, Larry. Lo de las ratas fue aún más horrible.

ASÍ TAMBIÉN a su casa la hubieran invadido las moscas y todo en ella apestaría terriblemente, lo que estaba sucediendo le producía regocijo a Belén Tebaqui. Su mujer se la pasaba de la mañana a la noche quejándose de dolor de cabeza, nariz y boca metidos en un pañuelo que humedecía con agua de colonia.

—Me corto un güevo si después de esto no se largan. . .

—Se largarán, don Belén —concedía Benigno Acosta.

—Antes de mucho, cuando estén hasta el culo, los abogados de Vigo vendrán a pedir paz. . .

—Vendrán, don Belén.

Pero no aparecieron ni al segundo, ni al tercero, ni al quinto días. Tampoco pretendieron reanudar pláticas con el abogado Arqueles Olmos después de que el Alcalde, presionado por las quejas que los vecinos publicaron en los diarios y merecieron comentarios en los informativos de la televisión, ordenó que la basura fuera retirada al amanecer del sexto, lo que una cuadrilla hizo en sólo veinte minutos. El arquitecto seguía de viaje y sin instrucciones personales suyas nadie estaba autorizado a parlamentar con don Belén, a quien irritó enterarse de que su detestado inquilino, por hallarse fuera del país, se había librado de padecer los efectos de sus ataques. Un comentario casual de Salud Solís, a propósito de los perjuicios que ese mes habían causado a los negocios de los socios de la UMCA las voraces ratas que depredaban en Buenavista, le inspiró al señor Tebaqui la idea de utilizarlas contra su adversario.

En las setenta y dos horas siguientes, los hombres que Benigno Acosta comisionó, habían seleccionado, entre las que acertaron atrapar, unas cuatrocientas o quinientas de las ratas más grandes que pudieron encontrar en bodegas y comercios, y como el Jefe Belén lo había ordenado, las conservaban dentro de costales de nylón, de hecho indestructibles, que se usaban para envasar azúcar. Acosta se arriesgó a comentar que muchas, quizá demasiadas, morirían de hambre en ese encierro.

—Con que la noche del jueves siga viva la mitad, es suficiente. ¿Te imaginas, Benigno, lo encabronados que estarán estos animalitos cuando los soltemos. . . ?

La puesta en libertad de las ratas fue llevada a cabo entre las tres y las cuatro de la madrugada del jueves al viernes. Con la ayuda del jardinero, y de los choferes de guardia, Benigno Acosta se encargó de vaciar el contenido de esos costales vivos y ruidosos dentro del jardín común a las cinco casas ocupadas por el Grupo Vigo. Que los respectivos fondos de las propiedades de Tebaqui colindaran, facilitó la maniobra.

—Imagínese lo que fue aquello, Larry: miles de ratas feroces, rabiosas, hambrientas, destruyéndolo todo, devorándose unas a otras; despedazando los canarios y los tucanes de Vigo Ad; invadiendo oficinas, estudios, almacenes, laboratorios, archivos, áreas de recepción. Este despacho suyo, también. . . ¡La pesadilla de pesadillas! Una verdadera película de horror que nos tocó vivir en su ausencia hace apenas una semana. . . El personal, sobre todo femenino, se negó de plano a trabajar y yo le di la razón. . . He cuantificado los daños y verá que no fueron pocos. Por fortuna, I hope, el seguro nos cubre. . .

Lorenzo Vigo le entregó una sonrisa de simpatía al Gerente Administrativo:

—Si tenemos algún problema con la aseguradora, avísame.

—En verdad, no me explico por qué las cosas se complican cuando usted está fuera, Larry. . . Parece como si al salir de viaje se llevara todo el orden, toda nuestra buena suerte. . .

Un par de veces asintió Lorenzo Vigo y el gerente Ochoa supo que el Director General estaba dando por recibido ese largo informe de calamidades. Se levantó para retirarse.

—Nada de lo que ha sucedido volverá a repetirse, Sergio. Puedes estar seguro de ello. . .

Vigo lo estaba. Tenía por qué estarlo.

LA LLAMADA telefónica que le hizo esa tarde, llevó a Tebaqui a la conclusión de que Lorenzo Vigo había al fin "doblado las manos" luego de las presiones, y que buscaba, como él había dicho que sucedería, un entendimiento de paz. Después de colgar, procedió a marcar lentamente el número del teléfono del abogado Olmos.

Reconoció la voz, siempre aguardentosa, que respondía a la suya.

—Quiero que venga a mi casa a las seis, abogado. Porque a las seis y media estará aquí el arquitecto Vigo.

—Allí lo veré, don Belén.

—¿Ve usted, abogado, como sí se pueden arreglar las cosas, cuando se quiere, del modo que a uno le conviene, eh?

—En efecto, don Belén.

—A las seis. No se retrase.

Belén Tebaqui procedió a vestir, como todas las tardes, el traje de grueso paño, no negro, tampoco gris o azul marino, sólo ya indefiniblemente oscuro, que usaba durante su jornada nocturna de trabajo en Buenavista.

LORENZO VIGO llegó a casa de Tebaqui cinco minutos antes de la hora fijada para la entrevista. Tico, que lo aguardaba, lo condujo, cruzando el jardín, al despacho de don Belén.

—El arquitecto está aquí, señor. . .

—Que pase él; tú, fuera. . .

Tebaqui permaneció sentado tras de su escritorio, mientras el hombre al que había estado aguardando con cierta impaciencia entraba en el sofocado despacho, y no respondió a su "Buenas tardes" ni tampoco le ofreció la mano. Se limitó a decirle que ocupara la silla contigua a la del abogado Olmos, que se había puesto en pie, cortés.

Con las manos cruzadas sobre el vientre, Tebaqui aguardaba. También aguardaba Lorenzo Vigo a que don Belén o Arqueles Olmos empezaran a hablar. Fue éste, al cabo de un silencio ya molesto, quien primero lo hizo.

—El señor Tebaqui le agradece que haya usted venido.

—Yo agradezco al señor Tebaqui su gentileza de aceptar mi visita.

—Hmmm —se limitó a expresar Belén Tebaqui.

—Estarán enterados, supongo —miraba a uno, miraba al otro, con una cierta sonrisa— que permanecí en el extranjero más tiempo del que originalmente había calculado. . .

—El señor Tedaquí tuvo conocimiento de ello.

—Me permití enviarle recado sobre el particular a don Belén. . . —dijo Lorenzo Vigo y pensó: "Es como estar hablando de un ausente al que representa su figura de cera. . ."

Con los ojos entrecerrados, Belén Tebaqui examinaba a Lorenzo Vigo. Sus pulseras de oro tintineando en las muñecas, las uñas barnizadas; el gahné de seda; cierta elegante suavidad en el movimiento de sus manos y aun de su cuerpo cuando le procuraba otra postura en la silla de respaldo recto, ¿acaso no confirmaban, ahora que se fijaba en ello, los rumores que había escuchado, no pocas veces, en el Country Club, en las juntas del Banco de Ambos Mundos y en labios de personas que decían

conocerlo de antiguo, incluso antes de que llegara a radicar al país —rumores según los cuales el arquitecto Lorenzo Vigo, así se le viera siempre acompañado en público de mujeres invariablemente hermosas, no negaba su amistad y su protección personal y profesional a los innumerables artistas e intelectuales, de dudoso sexo la mayoría, que formaban parte de su círculo de íntimos? El único que protestó porque la hombría de Vigo pudiera ser puesta en duda, fue el consuegro Fernando Almaraz. "El arquitecto Vigo es tan macho como tú o como yo, y si en torno a él mariposean maricas y mariconas eso no quiere decir que él lo sea. . . Trato a Vigo desde hace años y si algo raro hubiese visto en él, si algo que no fuera normal supiera de él, te lo habría dicho, Belén, sobre todo sabiendo que tu nieto trabaja en sus empresas " Como lo había hecho después de recibir aquel anónimo en el que se le avisaba de la sospechosa camaradería de Antonio Toralli con Alberto, el señor Tebaqui ordenó que se le pusiera el ojo encima a Lorenzo Vigo, y luego de varios meses de vigilancia tan discreta que ni siquiera Salud Solís se enteró de que estaba siendo llevada a cabo, el Jefe Tebaqui pudo saber, en palabras del comandante de la Judicial, Mireyo Parma, que el sospechoso era varón derecho, afecto a las hembras y sin nada turbio o discutible en su vida privada. "De todos modos", pensaba en ese momento observándolo, escuchándolo hablar "de todos modos a mí me parece que sí hay algo de puto en él, aunque Almaraz y Parma me juren que no lo es. . ."

—Supongo que también habrán tenido ustedes conocimiento de las cosas extrañas que sucedieron en mis oficinas durante las semanas que estuve fuera. ¿Se le informó de eso al señor Tebaqui?

—¿De qué, arquitecto? —Belén Tebaqui clavó entonces los codos sobre el escritorio que no había recibido desde hacía años el trato del barniz; mezcló los dedos de sus manos y con ellas reunidas le dio un punto de apoyo a su mandíbula.

—Oh, de tantos incidentes que se produjeron, señor Tebaqui: inexplicables cortes de luz; continuas suspensiones en el servicio telefónico; interrupción total, que no sólo a nosotros afectaba, del suministro de agua; amontonamiento de basura frente a nuestras oficinas, y por último, ubicados ya en la locura, una masiva invasión de ratas tan enormes como las que únicamente es posible encontrar en los grandes mercados de abasto; ratas, señor Tebaqui, que llegaron como llovidas del cielo y que dañaron buena parte de nuestras instalaciones. . .

El abogado Olmos, que en ese momento necesitaba desesperadamente un trago, no se sintió capaz de soportar en los suyos los ojos burlones de Vigo, y se puso a mirar el techo. Lentamente, como si quisiera así restablecer la distancia que desde el principio había puesto entre el arquitecto y él, Belén Tebaqui volvió a reclinarsse en su sillón.

—Primera noticia, ¿verdad, abogado?

—Sí, señor. . .

—No supe nada de eso que me cuenta. . . Imagino, arquitecto, que habrá usted mandado levantar actas para que la policía averigüe cómo fue que sucedió todo eso, ¿eh?

Serio, ya sin la sonrisa constante en los labios ni el brillo de simpatía en la mirada, Lorenzo Vigo indicó:

—Hacerlo ahora sería perder el tiempo, como lo fue cuando mi personal denunció ante las autoridades, a medida que en sus diversas fases se producía, la campaña de

hostilidad de que se nos hizo objeto. . . Campaña, señor Tebaqui, que sólo pudo tener un propósito. . .

—¿Que sería cuál?, según usted. . .

—¿Le parece necesario que lleguemos a las explicaciones?

—Si ha venido a reclamarme algo, a acusarme de que yo tengo algo que ver con eso que le sucedió, pues ya me lo va diciendo. . .

Calmadamente, mientras Olmos se removía en el asiento, Lorenzo Vigo puntualizó:

—A lo que he venido, señor Tebaqui, no es a acusarlo de algo que quizá pudiera o no probar. . . He venido a recordarle que soy partidario, lo he sido siempre, de la negociación, de buscar fórmulas de arreglo. No recurro nunca a las amenazas porque no creo en su eficacia. Cuestión de temperamento o de educación. . .

Intervino el abogado Olmos con timidez, para no enojar más de lo que ya parecía estar, a Belén Tebaqui:

—Si me autoriza, arquitecto, yo quisiera. . .

Resopló entonces el Presidente Vitalicio de la UMCA:

—Deje usted que el señor siga hablando. . .

Corrido, Arquiles Olmos obedeció. Sus manos temblaban ligeramente. Para aquietarlas, con ellas se cubrió las rodillas.

—Para terminar, señor Tebaqui, voy a poner en claro esto: si usted ha utilizando sus influencias políticas y policiacas para echarme, yo me veré obligado, para quedarme, a recurrir también a mis propias influencias, que no son, créame, modestas en calidad y cantidad. . . Así que dejémonos de juegos, señor Tebaqui, de ratas y de basura, y esperemos, si insiste en negarse al arreglo amistoso, a que los tribunales le concedan la razón a quien la tenga. . .

Desde el pasillo, donde había estado escuchando a través de la puerta que deliberadamente no cerró del todo luego de que Larry hubo entrado en el despacho, Alberto Tebaqui Vidal oía vociferar a don Belén:

—La razón la tengo yo. . . Y usted se va a largar de mi casa, pero ¡ya! Antes de un mes las desocupa, porque voy a empezar a tirarlas y me importará un carajo quién esté dentro. . . Se sale de mis propiedades o por mis güevos lo echo. Dése, pues, por enterado, y si lo que acabo de decirle no le gusta, también podemos arreglarnos, donde sea y a la hora que guste, de hombre a hombre, si es que entiende usted lo que es eso.

.. .
Tebaqui resollaba ruidosamente por el esfuerzo de su furia. Se había apoyado con los puños, como un mandril colérico, sobre el escritorio. Una gruesa vena pulsátil le deformaba el cuello. Por unos segundos, sólo el silbido de su respiración se escuchó en el despacho.

Hasta Tico llegó entonces la voz de Larry Vigo, que respondía sin alterarse.

—He venido a su casa en plan de conciliador, señor Tebaqui. Pero me marchó llevándome la impresión de que el de la razón no es el lenguaje que usted entiende. Gracias por su tiempo. Buenas tardes.

Antes de que pudiera ser sorprendido espionando, Tico subió de prisa por la escalera y se agazapó en el primer rellano. Desde allí alcanzó a mirar a Larry y al abogado Olmos, que lo seguía. Uno y otro salieron de su campo visual, que unos instantes después

ocupó la figura de Belén Tebaqui, empequeñecida, aplastada por efecto de la perspectiva:

—Recuerde que se lo advertí. . . O deja mis casas antes de un mes, o le va a pesar. .

Mientras escoltaba a Vigo hacia la puerta de la calle, el abogado Olmos trataba de disculpar el comportamiento de quien era el mejor, pero también el más intratable y difícil, de los clientes de su bufete.

—Es un hombre enfermo, fatigado y ya viejo, el señor Tebaqui, y por todo pierde los estribos, se sulfura y sin pensar dice cosas que ofenden y de las que luego se arrepiente. Le ruego, arquitecto, que no tome en serio esta pequeña, lamentable discusión, ni lo que de desagradable para usted pudo haber expresado, repito: sin pensarlo, don Belén. . . Sus abogados y yo seguimos trabajando, seguros de poder llegar pronto a un acuerdo. . . Ellos y yo nos damos cuenta de que la palabra clave en todo esto es: tiempo —le sonrió entonces, muy débilmente, con cierta complicidad—, y tiempo es el que sigue corriendo. Puedo asegurarle que todo se va a arreglar de un modo o de otro. . .

—Estoy absolutamente convencido de ello, abogado.

Se despidieron en la puerta:

—Buenas noches, arquitecto, y, una vez más, solicito su comprensión.

CARGADO de tufo de coñac el aliento, Tebaqui apareció en el comedor donde Rafaela Vidal terminaba de alistar la mesa para que él pudiera merendar antes de marcharse a Buenavista. Con ella se encontraba Tico, que había bajado de su recámara para curiosear los titulares y la sección de predicciones astrológicas del diario de la tarde.

—¿Sirvo ya? —preguntó ella, solícita.

—No voy a comer nada. . .

—Tienes el estómago vacío desde la mañana y no puedes irte así.

—He dicho que no voy a comer nada. ¿Está claro?

Con un movimiento tan brusco como inesperado, Tebaqui se quitó de encima la mano que Rafaela Vidal había puesto sobre su antebrazo derecho. Ya un poco a distancia, ella preguntó tímidamente.

—Has hecho coraje, ¿verdad?

—Puah. . .

—Bien sabes que no debes enojarte, Belén, pues tu corazón lo resiente.

—Puah. . .

—Algo calientito que comieras. . .

—Carajo. ¿Cuántas veces he de repetir que no tengo hambre?. . . Me voy. . .

—Te acompaño, Belén. . .

No respondió Tebaqui y arrastrando los pies regresó al corredor. De pronto se detuvo y también lo hizo, un poco sorprendida, casi tropezando con él, su esposa que lo seguía. Volviéndose, Belén Tebaqui centró su dura mirada en Alberto, al que hasta entonces, como de costumbre, parecía no haber visto.

—Ey tú, muchacho —lo llamó.

—Si, señor. . . —acudió Tico, temeroso, y a la defensiva, como siempre que el abuelo le hablaba en tono de mal humor.

—Óyeme bien: no quiero que vuelvas a trabajar con el marica hijodeputa que acabo de echar. ¿Está claro. . . ?

—Belén, no te exaltes. . . —le rogó su mujer.

Tebaqui seguía mirando al hijo de Aarón, que se había puesto muy pálido:

—¿Entiendes lo que te digo? Cuidado con seguir tratando a esa gente. ¿Me oyes?

—Usted sabe, señor, que tengo un contrato con la Agencia.

—Se rompe, y sanseacabó. . . —Tebaqui volvió a levantar el índice de las amenazas—. Que no sepa yo que sigues enredado con esos tipos, porque si llego a saberlo. . . —y a su mujer, que se disponía a seguirlo—. Tú, quédate; no necesito colas.

Ofendida, y a punto de llorar, Rafaela Vidal se encontró después enfrentada, en la puerta del comedor, al pálido y furioso Alberto.

—¿Con qué derecho ese señor me ordena que deje mi trabajo?

Ella le tomó la cara con las manos:

—Cuando algo lo contraría, tu abuelo no sabe bien lo que dice. . .

—Desde ahora te digo, mamá, que no renunciaré a la agencia. ¿Por qué he de separarme. . . ?

—No empeores más las cosas, hijito. . .

—Si ese señor insiste en que no vuelva al trabajo, me largaré de aquí. . .

—¡Tico. . . !

—Si no lo he hecho antes, Mamá Fala, ha sido para no mortificarte. . .

—Sé más consecuente con él. Colócate en su lugar. Piensa en sus problemas. En el estado de su salud. El día menos pensado su corazón nos dará otro susto. Perdona sus arrebatos. . .

El estaba moviendo la cabeza, mientras la abuela lo sermoneaba. Después dijo, seguro de que iba a causarle daño:

—Tú que pides tanto por todos, ¿cuándo le pedirás a Dios el valor que te ha hecho siempre falta para mandar a ese señor a donde merece estar. . . ?

DE MADRUGADA, desnudo sobre las sábanas como se había acostumbrado a dormir desde que oyera a Larry decir que sólo en la desnudez total encuentra el cuerpo su verdadera libertad, Alberto Tebaqui tomó al fin, luego de haber estado cavilando durante horas, la decisión que mejor le parecía: no renunciaría a su empleo en la agencia y sí en cambio aceptaría acompañar al arquitecto Vigo a ese viaje de trabajo por el Mediterráneo, que lo mantendría fuera del país unos dos meses, los que le harían falta para formalizar ciertos arreglos relativos a la coproducción filmica multinacional que había organizado con banqueros y cineastas de Río y Buenos Aires, y para elegir, en las islas griegas y en algunas calas de la Costa Brava catalana, los parajes donde serían rodados los centenares de escenas a cielo abierto que demandaba el libreto. "Lo único que hago es darle tiempo a don Belén para que se le pase el enojo y para que el pleito que tiene con Larry se arregle, como Larry opina, por sí solo. . . Cuando regresemos, eso me ha dicho Larry, a ese señor se le habrán quitado las ganas de

seguir peleando. . . Desaparecer será seguir el consejo que me ha dado Mamá Fala siempre que él está de malas: quitarme de enfrente mientras le dure el mal humor. . ."

Cerró los ojos para no seguir resistiéndose al sueño. Su memoria fue entonces un mundo de recuerdos. "¿Por qué, entre tantos, éste de Tony y yo aquella tarde de viento y lluvia, que pasamos juntos en el despacho del noveno piso cuando empezábamos a ser amigos?"

ANTES DE permitirle a Heleno Lara entrar en ese despacho al que en otros tiempos se acercaba con frecuencia a solicitar favores, delatar conspiraciones, recoger sobornos, recibir órdenes de Belén Tebaqui, preguntó Benigno Acosta:

—¿Qué armas portas, Lara?

—Ninguna. Búscalas. . . —el líder de los Estibadores Libres de Buenavista, alzó los brazos y separó las piernas para que Acosta pudiera cachearlo.

—Está bien. Espera. . .

Por segunda o tercera ocasión desde que aguardaba a Lara, Belén Tebaqui sobó la automática calibre .45, de uso reglamentario en el Ejército, que tenía, amartillada ya, en uno de los cajones del escritorio, abierto para poder meter la mano en él rápidamente de ser inevitable. Levantó la mirada y la dirigió a la puerta por la que asomaba, como la de un degollado, la cabeza de Benigno.

—¿Entró él solo. . . ?

—Sí, señor. . .

—¿Desarmado?

—Sí, señor.

—Déjalo que pase.

Desde su sillón de resortes que chirriaban un poco si se forzaba, con el peso del cuerpo, el ángulo de respaldo, Tebaqui emitió un "Puah" que sonó como un eructo, y produjo un comentario que de ninguna manera agradó a Heleno Lara, que no se acercaba a él con la encogida humildad de otros días, sino con cierta fachendosa arrogancia.

—Vaya, vaya, vaya. Al fin se deja ver el cabroncito. . .

Que don Belén le hablara así, usando términos como cabroncito, pendejo, hijodeputa, comemierda, además de jodido, maricón y lamegüevos, fuese en broma o en serio, no resultaba para Lara o para aquéllos que trabajaban con Tebaqui en la Central de Abastos, nuevo ni tampoco ofensivo; pero que lo recibiera con ese tono de insolencia era algo que él, en ese lugar y en ese momento, no estaba dispuesto a tolerar. Se detuvo, duro el ceño:

—Sin injurias, don Belén, Vamonos respetando. ¿Le parece?

—Te has vuelto muy delicado estos días, Heleno. Antes, cuando venías a pedirme cosas, sí que aguantabas vara. . .

Desde el mismo sitio donde se había plantado sobre la raída alfombra de estilo francés, Heleno Lara le advirtió:

—Siga con sus tallas, don Belén, y me largo. . . Estoy aquí obedeciendo una orden del señor Presidente. La acepté para demostrarle a él que no soy yo, ni quienes represento, los que estorbamos las negociaciones para ponerle punto final cuanto antes al paro de Buenavista. . . De no estar usted enfermo, aunque no me parece que lo esté

mucho, yo no habría tenido que venir a verlo aquí, a su casa, sino que estaríamos hablando en público como los trabajadores exigimos desde el principio. . . Así que cálmese, señor Tebaqui, y trátame decentemente. . .

Aunque no lo invitó a que lo hiciera, Heleno Lara ocupó la silla y, escritorio de por medio, quedó frente a Tebaqui.

—Ahora —carraspeó don Belén— Lara, vas a saber por qué estás allí sentado. Mi amigo, el señor Presidente., preocupado por lo que tú y tu gente le han hecho a la ciudad y al país con su huelguita, paralizando ilegalmente Buenavista y dejando sin comida a millones de gentes; el señor Presidente, repito, que es mi viejo amigo personal, me rogó, ¿me entiendes?, le rogó a su amigo Tebaqui, a mí, que aceptara recibirte en mi casa para hablar y ver de qué manera arreglamos, hoy, o cuanto antes, la pendejada esta. . . De no haber sido porque el señor Presidente se toma la molestia de llamarme para pedirme el favor, a mí no me ordenó nada, a mí me pidió el favor, tú estarías allá afuera. Eso, seguro. . .

Burlón, aunque sin quitarse de la cara la seriedad, asintió el líder de los hombres en paro. Cuando hablaron, el Primer Mandatario le había recomendado que ignorara las provocaciones que le haría Tebaqui y que se limitara (esas fueron sus palabras) a seguirle la corriente.

—Pues usted dirá, don Belén. . .

Gangosa la voz, Belén Tebaqui propuso:

—Primero di tú. . .

DE PIE ALLÍ, junto a la cama cubierta suavemente por la luz roja como si recibiera el resplandor de una fragua lejana; atento el oído a cualquier cambio de ritmo, de tono o de intensidad que pudiera producirse en la respiración ya muy tranquila del hombre que dormía, Alberto Tebaqui seguía padeciendo, intolerable al cabo de tantas horas de contenerse, la urgencia de ir a orinar. Decidió arriesgarse a que un mal calculado movimiento suyo, un tropezón, el rechinado de una duela del piso, despertaran a don Belén, y, padeciendo una agonía de miedo entre un paso y el que le seguía, se encaminó al cuarto de baño. ¿Cómo evitar que el chorro, al caer en el fondo de agua del wc, no alborotara el silencio? ¿Por qué no descargar dentro del lavabo, lo que le permitiría controlar el volumen y la velocidad del líquido apremiante? En el espejo del botiquín, bien delineada, podía ver la silueta de su cabeza. A causa del fulgor bermejo que iluminaba la alcoba y que alcanzaba a llegar hasta allí, sus cabellos sin alinear parecían filamentos incandescentes. Pensó, no sabía por qué en ese momento, en Sabino Lemus, y en lo que habían hablando cierto mediodía que comieron juntos en Molinaro.

SABINO LEMUS no había llegado aún cuando Tico Tebaqui, algo tímidamente, entró en Molinaro, pero tenía mesa reservada para dos con vista al jardín de los llamingos. Se veían poco en la agencia y desde hacía varios meses no habían vuelto a reunirse fuera de la oficina para, como antes, tomar café, comer juntos, o ir a algún cine-club por la noche.

—El viaje a Caleta, ¿bien?

—Sí. Bien —Tebaqui sintió que se ruborizaba. Ese viaje de tres días, acompañando a Larry y a la estrella del filme que aquél coproduciría, había sido hecho, al menos así se organizó, dentro del mayor secreto.

—¿Aprobó la señora el nuevo script?

—Creo que sí. . .

—Larry sabe bien cómo manejar a esa clase de mujeres —Sabino Lemus probó su martini—. En realidad, Larry sabe cómo manejarnos a todos. . . Yo siempre he dicho que es un gran padrote de hombres; uno que hace de ti lo que quiere y que suavemente, sin que te des cuenta, te obliga a que lo sirvas según le conviene. ..Ya propósito, quise que nos viéramos hoy, aquí, porque deseo hablarte de algo que va a interesarte. . . ¿Has oído ya de la Agencia Taurus?

—Sí, algo.

—Los de Taurus, que se acaban de instalar con muchos dólares, han visto tu trabajo, que entre paréntesis yo les mostré, y se interesan en hacer contacto contigo.

—Tú, ¿estás con ellos?

—Lo que se dice estar, no estoy, pero los asesoro en algunas cosas. Por ejemplo, en recomendarles talento local. . . Tus fotos, las de creación personal y las de encargo, les gustan y desean comisionarte proyectos especiales bien pagados. ¿Cuándo quisieras que te presentara con ellos?

Alberto Tebaqui no alcanzó a llevarse a los labios el vaso de jugo de naranja que había pedido:

— Sabes que yo no puedo trabajar en ninguna otra agencia.

—Lo de tu exclusividad con Larry, lo sé. . . No se trata de que renuncies a Vigo Ad, sólo de que entres en relación con los ejecutivos de Taurus. . . Hablar con ellos en nada te afecta. . .

Se habían acercado con los platos pedidos, el capitán y dos meseros. Mientras los servían, Lemus saludó a varias personas (al exsenador Cecilio Cerezo, entre otras) o a distancia fue saludado por ellas. Evidentemente, le pareció así a Tebaqui, Sabino era un parroquiano popular en ese lugar de mucho lujo, decorado al estilo de las viejas tabernas de Nueva Orleans, que a las tres y cuarto de la tarde rebosaba ya de políticos, banqueros, artistas, funcionarios, industriales, comentaristas de la televisión, únicos capaces de pagar los precios que se cobraban en Molinaro, cuya propiedad se atribuía al sobrino de un miembro del gabinete.

Cuando el capitán terminó de aderezar la ensalada y se retiró con los meseros, dijo Lemus:

—Comprendo que te resistas a relacionarte con quienes supones competidores de nuestra agencia. Pero no es ese el caso. Taurus trae sus propias cuentas y no viene a quitarle a nadie las que ya tiene. . . ¿Me permites un consejo?

—Di.

—Déjate conocer por ellos.

—Pues. . .

—Sé lo que estás pensando —Lemus lo miraba críticamente—. Desayunar, comer, cenar o simplemente tomar un café o una copa con los de Taurus no significa que traicionas a Larry, ni que faltes a su compromiso de lealtad con Vigo Ad; compromiso que, por otra parte, nadie te ha exigido. . .

—Larry es amigo. . .

—Sabe ser amigo, muy buen amigo además, mientras uno le interesa en una forma o en otra; pero lo es bastante menos cuando uno deja de interesarle o de serle útil. . . Digo esto sin ánimo de censurar a Larry, sólo porque me consta que así es él. Hoy tú eres su consentido: el que lo acompaña a todas partes; el que presenta a sus amigos en San Eulalio o fuera de allí; el que recibe los mejores créditos en la agencia y en las revistas que el Grupo edita. . . Mañana, ¿lo serás? ¿Seguirás siendo su chico mimado cuando aparezca por ahí, o él lo descubra con su ojo infalible, otro muchacho guapo y talentoso, o quizá sólo guapo, que te sustituya en el afecto de Larry, como alguien me sustituyó a mí hace años, y como más recientemente tu sustituyiste a Rolando Avellaneda, al que Larry le ha confiado, en compensación por los "servicios prestados", la sucursal de Caracas? No me consideres ingrato con Larry por lo que te estoy diciendo. Larry es un gran tipo, despiadado si hace falta; encantador si necesita serlo. Todo corazón y generosidad, también, y música barroca para impresionar. . . —por lo bajo silbó varios compases de Telemann—. Pero, a veces, ese Larry maravilloso se convierte en el Larry detestable. . . Lo que uno pueda sentir por él, no cuenta ni le importa. Solamente cuenta lo que él siente por ti, lo que te pide que tú le des. . . Espera, déjame terminar: tú acabas de llegar al Grupo y de conocer a Larry. Yo, en cambio, llevo tiempo metido en ese agujero, observando a distancia a Larry; a distancia ahora, porque han pasado hace mucho los días en que él me permitía, como te lo permite a ti hoy, observarlo de cerca; diría: al alcance de la mano. . . Alguien, en cierto momento, me dijo respecto a Larry más o menos lo hoy te he dicho, y, como tú a mí, no lo creí, y me indignó oírlo. . . Eso, botarlo a uno cuando tiene con quien reemplazarlo, lo ha hecho, lo seguirá haciendo. Es su estilo. . . ¿Sabes quiénes son, dónde están y haciendo qué, los que hubo antes. . .? Algunos seguimos en la agencia, otros. . .

Odiándolo, Alberto Tebaqui Vidal lo interrumpió:

—Tú, ¿vas a dejar Vigo Ad para irte con Taurus?

—No, mientras tenga un empleo en el que me pagan relativamente bien, en el que me permiten ganar algo extra y en el que todos, de Larry para abajo, me estiman. . . I am a Vigo's man, y lo seré siempre; pero eso no impide que tenga mis propias opiniones y que procure mantener abiertos, como ahora con Taurus o siempre que es posible, otros caminos, otras puertas, por si mañana o dentro de un siglo hiciera falta. En cuanto a ti. . .

—Diles a esos amigos tuyos que no me interesa lo que puedan ofrecerme. . .

Lemus no insistió más. En realidad no había ido a comer á Molinero con Alberto Tebaqui para hablarle de Taurus, sino para algo mas personal, que a él le convenía. Cató el blanc-de-blancs que le presentaba el capitán; lo aprobó y aceptó que le sirvieran una copa. Después, dijo:

—He sabido, bueno, lo sabemos todos, que a su regreso de Europa, Larry va a hacer una reestructuración de la agencia antes de que nos mudemos al nuevo edificio. . . Como es natural, van a producirse vacantes y reubicaciones, y una de esas vacantes será la que deje Jack Magaña, al que mandan a la sucursal de México. . . Con un poco que tú me ayudes hablándole, Larry me dará el puesto de Jack; un ascenso que creo merecer. . .

—¿Por qué no se lo pides tú directamente a Larry?

—Se lo pediré, claro, pero tu influencia cuenta más que la mía. . .

Irónico, preguntó Tebaqui:

—Tus intereses, entre comillas, ¿no se afectarían en caso de que te dieran el puesto de Jack?

—Por eso no te preocupes. Me las arreglaría. No es igual ser un simple office-boy de lujo, aunque pomposamente te llamen coordinador de ejecutivos, que jefe del Departamento de Producción del Grupo. ¿Me ayudarás?

—Será cuestión de buscar la oportunidad. . .

—Oportunidades tendrás muchas, ahora que andes de viaje con él. . .

Con tarjeta de crédito pagó Sabino Lemus la cuenta y en efectivo gratificó al capitán y a los dos meseros; a la cigarrera que le llevó tres habanos; al portero uniformado y al botones vestido de rojo que lo atendió en el suntuoso cuarto de aseo para caballeros. Tebaqui permaneció en el recibidor de mármoles y espejos que olía a Chanel 5. Estaba celoso y dolorido, reconoció. "¿Por que tenía Sabino que hablarme de los que han sido amigos de Larry antes que yo, incluido él? ¿Por qué mencionar el nombre de Rolando Avellaneda, al que ahora odiaré aunque no lo conozca? Pidiéndome que solicite para él ese ascenso, ¿no hace Lemus que me sienta como la querida del patrón que interviene en favor del amigo, del pariente pobre?"

Perfumado, fumando un "Davidoff", reapareció Sabino Lemus:

—¿Te llevo a alguna parte?

—Prefiero irme caminando.

MUY SONRIENTE, formando con los dedos índice y medio de cada mano la V de la victoria, Heleno Lara salió de la casa y, al tiempo que lo alumbraban los reflectores de los hombres de la televisión, los suyos ponían en el aire una porra jubilosa. Después de un rato, Lara les ordenó que aguantaran su entusiasmo y, obteniendo el silencio, procedió a responder preguntas ante las cámaras.

—¿Considera positiva su entrevista con Belén Tebaqui?

—Muy positiva.

—La UMCA, ¿reconoció al fin el derecho a la sindicalización que tienen los Estibadores Libres de Buenavista?

—Lo reconoció.

—Los Estibadores Libres y la UMCA, ¿firmarán contrato de trabajo?

—Firmarán.

—¿Pronto?

—Pronto.

—¿Estuvo en plan cooperador el señor Tebaqui?

—Lo estuvo.

—¿Considera que la intervención de las autoridades superiores, el Presidente de la República y el Ministro de Asuntos Laborales, fue decisiva para que las partes en conflicto llegaran hoy a un acuerdo preliminar?

—Lo fue.

EN SU RECÁMARA, por la noche, algo amodorrado por el sedante que el doctor Martín Monter le había metido en el cuerpo, Belén Tebaqui (frente al televisor cuya pantalla

ocupaba desde hacía tres minutos Heleno Lara) seguía el desarrollo del Informativo de las diez.

—Puah. . . —volvió a gruñir, incómodo entre las sábanas, y continuó escuchando:

—En su opinión, señor Lara, el reconocimiento que ustedes acaban de recibir, en principio, por parte del grupo patronal que durante treinta meses no había aceptado el diálogo, ¿legítima la causa. . . ?

—La legítima. . .

—Si la UMCA hubiera procedido más razonable y políticamente, ¿habría habido necesidad de que ustedes, los trabajadores, recurrieran al bloqueo?

—No.

—Este triunfo sindical y moral, ¿cómo lo considera usted?

—Como un definitivo golpe de muerte, como un puntillazo, al pulpo Belén Tebaqui.

Fuera del alcance de la cámara, aunque no del micrófono que recogía el diálogo y los ruidos de la calle, se escuchó otra voz:

—El Pulpo, ¿es Belén Tebaqui o el sistema por él creado?

—El sistema.

—Su nuevo sindicato, ¿se propone seguir combatiendo a ese Pulpo-Sistema-Tebaqui?

—Hasta acabar con él.

—¿Cree usted poder lograrlo?

—Nadie vive para siempre. . . —respondió Heleno Lara, seguro de no haber hablado de más y de haber obedecido las recomendaciones que le hiciera el Presidente de la República: "Conteste sólo lo necesario, y, si puede, mejor quédese callado".

Estalló entonces una nueva porra y Heleno Lara repitió ante las cámaras su gesto fanfarrón de victorioso.

Colérico, Belén Tebaqui alcanzó a tientas la campanita de cobre que tenía siempre a su alcance sobre uno de los dos burós, junto al reloj digital de grandes números luminosos, y los frascos innumerables de medicamentos, y empezó a sacudirla, llamando a gritos a su mujer para que apagara esa mierda de televisor.

UNA SEMANA antes del día fijado por Larry para la partida, Alberto Tebaqui Vidal informó a su abuela que las revistas de Grupo para el que trabajaba habían resuelto enviarlo a Europa en misión periodística y que estaría ausente dos meses, o quizás algo más. Rafaela Vidal lo abrazó, lo besó y terminó rogándole:

—Ve muchas cosas bonitas para que me cuentes cuando vuelvas. . .

—Las veré y te contaré, Mamá Fala; y de todas partes te mandaré postales.

— Hará frío por allá, Tico. Así que abrigate bien; cuida tu estómago y no te malpases. . .

— Sí, mamá. . .

— Ah, si pudiera ir contigo. . .

— Algún día iremos juntos tú y yo. . .

— Ojalá Dios Nuestro Señor me preste vida y salud. — La súbita preocupación le oscureció el rostro de la Señora Tebaqui — . ¿Le avisarás a tu abuelo que sales de viaje.

— ¿Crees que le importe? ¿Desde hace cuántos días no me ve, no me habla, ni le interesa saber si existo. . . ?

— Es necesario avisarle. Debes hacerlo, Alberto. . .

— ¿Para que me diga que no y se enoje si de todos modos me voy. . . ?

Los ojos de Rafaela Vidal se llenaron de lágrimas turbias. Movía la cabeza, desalentada:

— Ah, mi Dios, si supieras cuánto me mortifica ese disgusto eterno entre ustedes.

Se encontraban en el comedor. Ella, acompañándolo; Alberto desayunando lo que esa mañana le había preparado la cocinera, Julia, cuando escucharon los pasos de Belén Tebaqui. Simultáneas las miradas de uno y de otra cayeron sobre la carátula cobriza del viejo reloj Jurgens, de pared. El señor de la casa volvía de Buenavista hora y media más temprano. Rafaela Vidal se levantó rápidamente para ir al encuentro de su esposo, preocupada porque nunca, excepto que estuviese enfermo, dejaba la Central de Abastos antes de las ocho. Como le habían enseñado a hacer desde niño cuando su abuelo aparecía donde él estuviese, el hijo de Aarón Tebaqui se levantó al ver entrar a don Belén.

— Siéntate y sigue desayunando — ordenó Tebaqui, sin hostilidad. Parecía muy fatigado. Su cara, sin afeitarse, estaba gris.

— ¿Te sientes bien, Belén? ¿Quieres un café, un vaso de leche o de jugo? — preguntó Rafaela.

— Nada, nada. . .

— ¿De verdad. . . ?

Tebaqui se había apoyado, con las dos manos, en el respaldo de la silla que ocupaba siempre en la cabecera de la mesa, y miraba a Tico con curiosidad.

— ¿Así que te vas a Europa con el señor ese, eh? — pregunto al cabo, sorprendentemente tranquilo, casi blando y conforme.

—Me mandan las revistas. . . —respondió Alberto Tebaqui con un tartamudeo de turbación, y pálido.

—¿Siquiera van pagándote bien?

—Sí, señor. . .

—De hacerte falta dinero, lo pides.

Tico miró entonces a su abuela, que estaba mirándolo a él, igual de sorprendida.

—Gracias, señor; pero ellos cubren todos mis gastos. . .

Lentamente, como si hubiera recuperado fuerzas, Belén Tebaqui retiró las manos de la silla. Dijo:

—Pásala bien, muchacho, donde andes. Gózala ahora que puedes hacerlo. . .

Asintió Alberto, impaciente y desconcertado:

—Sí, señor. . .

Sin prisa, arrastrando los pies, Belén Tebaqui abandonó el comedor. Ya a solas, Tico y Rafaela Vidal se miraron sin saber qué pensar; sin tener nada, teniendo tanto, qué decirse. Después ella comentó:

—¿No te lo he dicho una y mil veces? Tu abuelo es hombre bueno. Sólo es cuestión de entenderlo. Ya ves, no lo ha enojado saber que te vas. . .

Pensativo, Alberto Tebaqui se preguntaba cómo habría podido enterarse don Belén de que Larry y él se marchaban a Europa, y por qué, luego de tantas amenazas,

parecía no sólo estar conforme sino gustoso de que acompañara al hombre contra el que tenía pleito.

DE VUELTA a la recámara Tico contempló a Belén Tebaqui tendido en el respaldo rojizo como si lo estuviera en un charco de sangre. Se atrevió a tocar suavemente, por encima de las sábanas, uno de sus pies. Tebaqui no se movió. El mismo agitado, le colocó una mano abierta sobre el pecho, buscándole el lugar de los latidos. Tebaqui tampoco pareció sentirlo. Tico supo entonces que no había por qué esperar más. Haría lo que había resuelto hacer: seguro de que el abuelo había muerto, iría a su propia recámara; allí tomaría dos de las pastillas somníferas que cuatro meses antes le diera el doctor Monter, volvería a ese lugar, se echaría, descalzo y sin remordimientos, en el sillón de terciopelo granate y se pondría a dormir con la placidez con que ahora dormía el esposo de Rafaela Vidal. Nadie dudaría jamás, ni nadie podría dudar nunca si en el caso de sospecha improbable se le hiciera la autopsia a su cadáver, que el señor Tebaqui había fallecido durante el sueño a causa de una crisis cardiaca.

LAS FIESTAS que el escultor Omar del Val ofrecía en su estudio-galería-residencia solían ser incluidas por los columnistas escrupulosamente invitados a ellas, entre las mejores del año tanto por su rumbosidad como por la relevancia social, política, artística o económica de quienes asistían; y una de las mejores, no sólo de esa temporada sino de muchas otras, había sido la que esa noche organizó, a solicitud de este, en honor de Lorenzo Vigo y de quienes lo acompañarían en su viaje por las islas griegas: la aparatosa vedette sudamericana que sería la estrella femenina del film; el personaje nacional, en receso momentáneo, que aportaría al negocio de la coproducción algunos de sus millones; el veterano cineasta Sócrates Ayub, que dirigiría la película, y el joven fotógrafo Alberto T. Vidal, que se encargaría de documentar con su cámara la búsqueda de escenarios naturales y, sobre todo (lo sabía y en secreto lo envidiaba), a librar de tedio las horas muertas del arquitecto Vigo. El grupo abordaría el Supersónico de las 19:30 pm, lo que permitiría a Larry y a Tico, que desde la víspera tenía su equipaje en San Eulalio, desvelarse sin problemas.

Lo que casi nunca hacía, al menos en público, Larry consumió, brindando con todos, muchas copas del champaña que Omar del Valle, ataviado con algo que parecía ser un peplos, hacía repartir generosamente, pues Vigo Films pagaría la cuenta. A eso de las tres de la madrugada, el político y la vedette se retiraron, y media hora más tarde Lorenzo Vigo se marchó, con Tico, y nadie le tomó a mal que lo hicieran sin despedirse.

—Será mejor, Tico, que manejes tú —sugirió Omar del Valle—. Es muy noche y Larry está cansado. ¿Verdad que sí, Larry?

—Sí, sí. Vamonos ya. . .

Al recibir de lleno en la cara el aire frío del jardín, el arquitecto Vigo se dio cuenta de que estaba más ebrio de lo que suponía estar, y de que en esas condiciones resultaba peligroso conducir el Mercedes hasta San Eulalio.

—¿Te sientes bien, Larry? —y Larry se limitó a entregarle a Alberto Tebaqui las llaves del automóvil.

La borrachera de Larry, como todo en él, era discreta; elegante, si pudiera decirse así, pensó Tico, mirándolo de reojo cuando, con el Mercedes a media velocidad, tomó a la cuesta arriba el camino a San Eulalio.

—Fue una bonita fiesta —dijo, para interesarlo y evitar que de las frecuentes cabezadas Larry pasara al sueño.

—Linda, linda fiesta, así fue. . . Omar es la perfecta señora de casa, y sabe recibir como duquesa. . . —después, Vigo empezó a tararear alguna de las frases musicales que le hicieron recordar a Tico la primera noche que pasó con Vigo y también, pero con rencor, la confidencia que Sabino Lemus le hiciera en Molinaro. Cerrados los ojos, sonriente, Larry le informó—: Cuando regresemos del viaje, todo el lío que nos armó tu abuelo habrá terminado, y el buen don Belén no me hostilizará más. . .

—¿Crees que todo pueda arreglarse. . . ?

—*Of course, dear boy.* . . A estas horas, el Presidente de la República, a quien le rogué intervenir en el asunto, le habrá ordenado al señor Tebaqui que deje de presionarme el tiempo, ya poco, que falta para que termine la decoración del nuevo edificio del Grupo. . . Y le guste o no, don Belén tendrá que obedecer, y tragarse su bilis, pues favores como los que el Presidente pide no le pueden ser negados. . .

—Qué bueno. . . —comentó Tico y se alegró de que alguien, a quien el abuelo jamás se atrevería a desobedecer, hubiera intervenido para evitar, con su autoridad, que siguiera progresando la discordia.

Lorenzo Vigo había dejado de canturrear y, al parecer, dormitaba con la cabeza apoyada en la parte alta del respaldo forrado de ante. Tebaqui dobló a la izquierda, rodeó la placita de San Eulalio, dejó atrás el convento, y por la callejuela empedrada con cantos de río condujo el auto hacia la casa.

MOMENTOS DESPUÉS de que el Mercedes de Larry se alejó del estudio-galería-residencia del escultor Del Val, el comandante Mireyo Parma se comunicó por la radio de su auto particular con quienes, a muchos kilómetros de ese sitio donde había pasado más de seis horas al acecho, esperaban su aviso metidos, también desde hacía horas, dentro de un sedán negro y sin placas estacionado en un recodo del camino desde el que podían vigilar la calle que desembocaba frente al portón de la casa-fortaleza del arquitecto Lorenzo Vigo.

—Salieron. Al muchacho, nada. Sólo al viejo. ¿Okey?

—Okey —respondió una voz.

Mireyo Parma cortó la comunicación y abandonó el cascado micrófono sobre el asiento, junto al otro agente, miembro de su grupo en la Judicial, que con él había compartido el tiempo de la guardia.

—¿Nos vamos a esperarlo allá? —preguntó el agente.

La respuesta de Parma, que en ese momento iniciaba un bostezo, fue un cabeceo afirmativo. Sin encender los faros, el judicial que manejaba el auto se alejó de esa calle para dirigirse a "allá", el sitio secreto de los suburbios del oeste donde Mireyo había resuelto retener a la persona que se ocuparían de atrapar los que estaban en San Eulalio.

La idea de secuestrar a Lorenzo Vigo, y negociar su libertad a cambio de un rescate de dos millones de dólares, se le ocurrió al comandante Parma cuando, por órdenes del

Amo Tebaqui, vigilaba los pasos de ese hombre, muy conocido en la ciudad. Al cabo de varias semanas de ir sobre sus huellas; de enterarse de sus rutinas, costumbres y manías; de averiguar con quién se relacionaba y dónde en plan de negocios o en forma particular, a Mireyo Parma no le quedó duda de que la de Vigo era una vida extraña y bastante irregular, la de uno que no era lo que aparentaba ser: un sujeto rico, famoso, popular y raro, y por ello vulnerable, ideal para el chantaje permanente. "Eso vendrá después, reflexionó el jefe de grupo, Mireyo Parma. Primero lo primero: los dólares grandes. Lo otro, más tarde. Para sacarle dinero a uno como él siempre hay tiempo. . . Cobrado el rescate se le deja en paz unos meses, antes de empezar a pasarle el recibo para callar lo que uno sabe sobre sus mariconerías." Parma bostezó nuevamente y calculó que al amanecer tendría a Vigo amordazado y con esparadrupo cubriéndole los ojos. Cuarenta y ocho horas después haría llegar a los periódicos y a los informativos de la televisión, fotografías del prisionero y, fechado en una Cárcel del Pueblo, un mensaje del "Frente Internacional de Liberación de los Oprimidos", FRIOP, lo que le daría carácter político al secuestro y confundiría a las autoridades.

COMO NUNCA lo había hecho antes, Tico no supo usar el dispositivo que desde el interior de ese, y de los otros automóviles del arquitecto Vigo, permitía abrir, con la ayuda de una celda fotoeléctrica, el portón de madera labrada. Para no molestar con el claxon a quienes a esa hora dormían en la casa o en las vecinas, decidió utilizar la llave larga que correspondía a la cerradura central. Para alumbrarse, dejó los fanales encendidos, pero apagó el motor. Algo murmuró Larry y Tico dijo suavemente: —Ya llegamos. . . —en el momento en que descendía del Mercedes.

DESPUÉS RECORDARÍA (no con mucha claridad, pues todo sucedió rápidamente, quizá en no más de quince o veinte segundos) que escuchó, o le pareció escuchar, el ruido del motor de un automóvil que era puesto en marcha en un lugar sin duda cercano.

—¿A qué distancia de usted? —el Agente del Ministerio Público que recogía su declaración en esa oculta oficina de los sótanos, muy cerca de los cuartos de tortura, a la que fue conducido por orden del General, cuando se supo quién era él y qué había sucedido en San Eulalio, demandaba precisión en los detalles—. Importa mucho que lo recuerde. Ruido de coche, dice usted. ¿Nuevo, viejo, compacto, grande. . . ?

—No lo sé. Lo echaron a andar y luego, sin que tampoco pueda decirle cómo o de dónde, aparecieron los tres tipos.

—Describalos. . .

—El que me golpeó era bajo, fuerte, prieto de cara.

—¿De raza negra? ¿Mulato?

—No, prieto, indio. . . Traía puesta una chamarra de cuero, con cuello de piel, también oscura; tal vez, azul. . .

—¿Qué hacía usted cuando el auto y los tres desconocidos se acercaron?

—Trataba de abrir la puerta de la casa. . . Entonces fue cuando los vi, jaloneando a Larry, al arquitecto Vigo, que seguía sentado en el coche. . .

—Jaloneándolo, ¿eso dijo?

—Sí, para sacarlo a fuerzas, pero él se defendía. . .

—¿No gritaba pidiendo auxilio. . . ?

—No.

—¿Qué hizo usted al darse cuenta de que el arquitecto Vigo era atacado. . . ?

—Me acerqué a ayudarlo. . .

—¿Fue entonces cuando el de la chamarra lo atacó a usted?

—Sí. Me pegó en el estómago y yo me caí. . .

—Los otros dos, ¿cómo eran?

—No los vi. No podría. . .

—Usted les dijo a los compañeros de la patrulla que lo recogieron —el Agente del Ministerio Público, abultadas de cansancio las bolsas bajo los ojos, se refería a los dos uniformados que en silencio escuchaban la declaración de Alberto Tebaqui Vidal—, que estando ya tirado en el suelo oyó que uno de los desconocidos le ordenaba al que estaba pateándolo a usted: "Al muchacho, no. . . A ese no, pendejo. Sólo al viejo." ¿Eso fue lo que oyó usted?

—Sí, señor —admitió Alberto Tebaqui, que seguía sintiéndose muy dolorido por el puñetazo y los puntapiés, y enfermo de náusea.

—Después, ¿qué. . . ?

—Oí el balazo.

—¿Está seguro de que fue un balazo?

—Se oyó, lo oí, como si lo fuera. . .

—¿Vio usted disparar a alguno de esos individuos?

—No, señor. Tirado, sólo pude oír el balazo. . .

—¿Y. . . ?

—Después, el arrancón de las llantas cuando los tipos se fueron en su coche. . .

—Llevándose al arquitecto Lorenzo Vigo. . . —el Agente del Ministerio Público echó un vistazo a lo que el mecanógrafo había ido escribiendo a medida que Tico hablaba, y continuó—. Que uno de esos sujetos haya ordenado al otro que a usted no se le hiciera daño, que a usted no se le tocara, ¿significa algo para usted? ¿Le encuentra algún sentido a la consigna: "Al muchacho, no. . . A ese no, pendejo. Sólo al viejo"? Diga, ¿le parece que en alguna forma esos desconocidos estaban obedeciendo instrucciones de limitarse a sólo secuestrar al arquitecto Vigo, pero no a usted, a quien debían respetar. . . ?

—No sabría decirle, señor.

—Por lo general, los secuestradores acumulan información relativa a las personas que se disponen a raptar. Perteneciendo usted a una familia rica, siendo nieto único de un personaje como es su abuelo don Belén, ¿no le resulta inexplicable, sospechoso, que no lo hayan secuestrado a usted también? Si lo que indudablemente buscan esos hombres es dinero, ¿cómo es que no se llevaran de paso, si lo tenían en sus manos, a usted, joven Tebaqui? Como que algo no cuadra, ¿verdad?

—Sí.

—¿Conoce usted bien al arquitecto Vigo?

—Trabajo para él. . .

—¿Sabe si tiene enemigos. . . ?

—Que yo sepa, no. . .

—¿Comentó con usted, con alguien, alguna vez, si lo habían amenazado o si sentía que estaba siendo vigilado?

—No, señor. . . —pero Alberto Tebaqui recordó nuevamente al mayor Antonio Toralli, y las palabras con las que le informó que sentía estar siendo espiado a toda hora y en todas partes.

—Lo que no encaja en todo esto —comentó el agente encendiendo otro de sus largos cigarros negros sin filtro—, es por qué lo respetaron a usted, por qué no lo secuestraron. Como hipótesis de trabajo podría decir que esos hombres estaban cumpliendo una venganza en la persona, exclusivamente, del arquitecto Vigo. . . "Al muchacho, no. A ese no, pendejo. Sólo al viejo." En esas frases puede estar todo. . .

—Sí, señor. . .

Tico Tebaqui había pensado lo mismo, ya a bordo de la patrulla que apareció por San Jacinto, minutos después de que los desconocidos huyeran llevándose al arquitecto Vigo. "Estoy seguro de que don Belén mandó hacerle esto a Larry en venganza porque Larry consiguió, como me dijo, que el Presidente de la República le ordenara al viejo no seguir molestando. . . Esos hombres, ¿por qué no han de ser tres de los que don Belén utiliza en Buenavista; gente, por ejemplo, de Blas. . . ?

Más allá de la puerta de cristales de esa polvorienta oficina donde se hallaban el Agente del Ministerio Público, el mecanógrafo, Alberto Tebaqui y los dos patrulleros que lo levantaron del charco de vomitadura sobre el que seguía gimiendo y descubrieron las manchas de sangre en el asiento delantero del Mercedes abandonado y el rosario de goterones entre las piedras, se produjo un revuelo de gente que se acercaba a paso largo, muy de prisa, por el angosto pasillo que olía a orines y a humo viejo.

—Ahí vienen el General y don Belén —avisó el policía que vigilaba, por fuera, la puerta.

El Ministerio Público, el mecanógrafo de la cabeza parda y los dos uniformados asumieron la posición de firmes para recibir al Jefe de la Policía Metropolitana y a don Belén Tebaqui, su amigo, compadre, socio en algunos negocios; pero no su compañero de armas en la Campaña del 34, porque el General sólo había olido la pólvora que se quema en el polígono de tiro de la Jefatura. El único que permaneció en la silla, cabizbajo, pálido y tembloroso de frío y de rencor, fue Alberto.

No saludó a nadie ni a ninguno en particular le hizo la pregunta el General de cuatro estrellas:

—¿Acabó su declaración?

—Sí, mi General.

—¿La firmó?

—Eso iba a hacer, General. . . —dijo el Agente del Ministerio Público, abandonando al fin su inmovilidad.

Alberto Tebaqui había alzado la cabeza, y encontró la mirada de don Belén esperando la suya. Ni simpatía, ni amistad, menos aún afecto, halló en sus ojos duros, quizá reprobatorios, durante los segundos que los dejó detenidos en los de su nieto.

—¿Estás bien tú? —fue lo único que preguntó, heladamente.

Muy rápidamente, el General y Jefe pasó los ojos por encima de los apretados párrafos de prosa legal, y luego le cedió los nueve folios a Belén Tebaqui, que se limitó a preguntar, sin mirarlos:

—Mi apellido, ¿quedará fuera, General?

—Te di mi palabra, Belén. . . Ni a la prensa, ni a la televisión, ni a la radio se les dirá nada sobre el secuestro para no estorbar la investigación. . . Tampoco se hará público que tu muchacho estaba con el arquitecto Vigo cuando las cosas sucedieron. Es más —dijo, recuperando las páginas que Tebaqui le devolvía—, yo personalmente guardaré el acta en cuanto la firme este niño. . . ¿Le parece bien, abogado. . . ?

Al Ministerio Público quizá le pareciera absolutamente irregular que un funcionario policiaco, por grande que fuese su importancia, quisiera conservar un documento de tal naturaleza, pero se limitó a sonreír:

—En mejores manos no podía estar, mi General.

Tico dejó su firma en los márgenes de cada página y en el espacio en blanco al pie de la última. Le sudaban las manos y sentía que su aliento apestaba a vómito, lo que lo mortificaba tanto como estar allí, esperando a que Belén Tebaqui terminara de charlar con el General.

—Te agradezco, compadre; que me hayas llamado a Buenavista.

—Deber de amigo, Belén. En un principio, ¿sabes?, creí que el secuestrado era tu nieto. . . Por cierto, voy a comisionar a unos muchachos para que te lo cuiden. . .

—De eso se encargará mi propia gente, General. . . Lo que sí he de agradecerte es que vigiles que no vayan a meter mi apellido en esta porquería de asunto.

NO PORQUE en realidad lo necesitara, sólo por complacer y así tranquilizar a Rafaela Vidal que lo había llamado por teléfono para decirle nerviosamente, entre sollozos, que algo horrible acababa de sucederle a su nieto, el doctor Monter le hizo un reconocimiento a Alberto, y lo encontró bien. Los golpes no le habían producido mayor, daño, interno o externo, y excepto por una leve arritmia, su condición física, a la hora de examinarlo cerca ya de las diez de la mañana, era normal. De su inagotable maletín, Monter extrajo un frasco ("Muestra médica. Prohibida su venta") que contenía, según la etiqueta, doce pastillas color de rosa.

—Procura dormir por ti mismo —le recomendó a Tico—, pero si no pudieras hacerlo, a causa de tus nervios, entonces toma una de éstas. . . Como te noqueará ocho horas seguidas, sería preferible que te esperaras a la noche. . .

Aunque llevaba ya más de veinticuatro horas sin dormir, y le dolieran la cabeza, por la desvelada, y el cuerpo por la golpiza, Tico Tebaqui no lograba conciliar el sueño. Dormía a ratos y despertaba, sudoroso y sobresaltado, recordando en sus detalles el inexplicable incidente de San Eulalio, y preguntándose, seca la boca por la angustia, dónde estaría Larry, y qué habrían hecho con él los hombres que se lo llevaron. ¿Lo habrían asesinado con el disparo que estaba seguro de haber oído? "De haberlo matado, lo habrían dejado allí", pensaba, y volvía a apretar los párpados, no sabía si para contener las lágrimas o con la esperanza de poder dormir sin interrupciones el resto del día.

La sospecha volvía a arraigar en él. ¿Quién si no Belén Tebaqui tenía los medios y sobre todo los furiosos motivos para organizar el ataque? Muy extraño le parecía ahora que pensaba en ello (y lo que sucedió en el comedor una semana antes adquiría su exacto sentido), que Tebaqui no sólo no se hubiera enfurecido cuando supo que su nieto, desobedeciendo órdenes expresas suyas, había resuelto marcharse a Europa con Lorenzo Vigo, lo que equivalía a un rompimiento con su familia, sino que con una

generosidad en él sorprendente le hubiese ofrecido dinero para sus gastos. ¿Acaso el abuelo le había concedido permiso a sabiendas de que el viaje no se iba a realizar, porque estaba dispuesto a impedirlo del modo que fuese, para darle una lección a su inquilino, a ese arquitecto cuyos leguleyos llevaban meses enfureciéndolo un día sí y otro también con sus argucias legales? ¿Portarse así de taimadamente amable y bondadoso con él, no era tanto como, según refrán que la señora Tebaqui repetía a veces, "vendarse el dedo antes de cortárselo"?

Más improbable, por demasiado simplista, le parecía la teoría expuesta por el General y Jefe y que Belén Tebaqui ("Este, para hacerme creer que él no metió mano. . .") encontraba muy lógica.

—Un tipo como Lorenzo Vigo, que no sigue ninguna de las normas mínimas de seguridad que exigen estos tiempos, que es muy rico y hace ostentación de lo que tiene, que anda para arriba y para abajo sin escolta, que vive casi en despoblado, que usa esos coches tan lujosos, que aparece todos los días en los periódicos y en la televisión, un tipo así, repito, es pieza fácil, segura, y de eso se aprovecharon los que lo estaban esperando. . .

—¿Quiénes pudieron ser? —se arriesgó Alberto a preguntarle, mientras se dirigían a casa en el Buick que guiaba Benigno Acosta.

—¿Cómo que quiénes? Pues algunos de los muchos cabrones a los que ahora les ha dado por poner bombas, asaltar bancos y secuestrar a gente adinerada. . . — Frunciendo el ceño lo miró—. Y para que a tí, que ya te salvaste por milagro, no te pase lo mismo que a ese señor, de hoy en adelante no vuelvas a salir sin que alguno de los muchachos te acompañe. Tú, Benigno, encárgate de que lo cuiden. Y no se hable más.

.. Dominado al fin por la fatiga, Alberto Tebaqui Vidal fue quedándose dormido. "Si se tratara de un secuestro para sacarle dinero a Larry, ¿por qué se lo llevaron nada más a él y no también a mí, como se pregunta el que me tomó la declaración? ¿Por qué el grito «Al muchacho, no. . . A ese no, pendejo. Sólo al viejo»? ¿Quién si no don Belén pudo haber ordenado que únicamente plagiaran a Larry, y que a mí no me hicieran nada, que me dejaran allí. . .?"

POR MÁS que la policía quiso mantener en secreto la noticia de la desaparición del arquitecto Lorenzo Vigo, hasta en tanto los secuestradores no fijaran la cuantía del rescate y la forma, el sitio y la hora en que debía ser pagado, el rumor de que "el carismático empresario, editor, hotelero, publicista y productor cinematográfico" había sido raptado por varios desconocidos a la puerta de su mansión de San Eulalio, llegó a las redacciones de los periódicos poco después del mediodía, y por lo tarde que era ya para concederle un mayor espacio únicamente alcanzó modestos recuadros en la primera plana de los vespertinos, o, a lo más, una nota-pie de grabado bajo una fotografía de Larry tomada del archivo.

EN LA CHAROLA con la merienda que insistió en hacerle tomar en la cama, Rafaela Vidal Tebaqui le llevó a Tico el periódico que se compraba en casa y mientras él bebía el café con leche, ella encendió el televisor portátil y buscó el canal que a las siete de la noche proyectaba su segundo Informativo. Hacia el final de la sección destinada a

comentar los eventos culturales y artísticos que ocurrían en la metrópoli, se habló del arquitecto Vigo; pero no en relación con su secuestro sino a la fiesta que en su honor, para despedirlo, había organizado en su estudio-galería-residencia el escultor Omar del Val. En algún momento apareció "el joven maestro de la cámara, Alberto T. Vidal" charlando no lejos de Larry, que se veía al fondo, con uno de esos sujetos pegajosos y amanerados que nunca dejaban de asediarlo en los cocteles o las cenas a que asistía con Vigo.

—De seguro que a las diez Jacinto Olmedo dirá algo. . . —conjeturó la señora Vidal, sentada en la cama, esperando a que Alberto terminara de merendar sin entusiasmo.

Como todas las noches desde hacía ya un cuarto de siglo, la imagen de Jacinto Olmedo, el famoso comentarista, ocupó su lugar en la pantalla de millones de televisores de la República y de buena parte del continente. Anunció las tres principales noticias que durante las últimas horas se habían producido en el mundo, citó luego la más importante del ámbito nacional:

—Lo que apenas este mediodía era un vago rumor, se ha con firmado ya como una trágica realidad: el arquitecto Lorenzo Vigo al que hoy al amanecer varios individuos emboscaron cuando llegaba a su casa en San Eulalio, fue hallado muerto. En opinión del médico forense, el fallecimiento del polifacético Larry Vigo, como era afectuosamente llamado, debe atribuirse a un cuadro de anemia aguda, consecuencia, ésta, de la herida que le produjo el proyectil que a quemarropa le fue disparado dentro de su automóvil. Se supone que el señor Vigo se desangró en muy pocos minutos. Aunque las autoridades policiacas siguen negando hasta el momento que alguien acompañaba a la víctima en el momento de ser interceptada, reporteros de este Informativo han podido averiguar, gracias al testimonio de varias personas, que un joven viajaba con él en el coche sport. . . El cadáver de Lorenzo Vigo fue descubierto, a eso de las 9:30 de esta mañana, a no más de seis kilómetros, montaña arriba, del lugar donde fue atacado. . .

"El cadáver de Lorenzo Vigo. . ." Las palabras que Jacinto Olmedo acababa de pronunciar le causaron a Tico Tebaqui el efecto de un golpe que lo dejó aturdido y sin memoria. Se tendió lentamente bocarriba sobre la cama, las manos enlazadas bajo la cabeza, abiertos los ojos, incapaz de pronto de recordar quién era él y quién el hombre del que seguían hablando desde el televisor:

—Plenamente confirmada la identidad, hemos hecho una entrevista con la ahora viuda del desaparecido empresario —y sobre escenas de Larry obtenidas en la fototeca del canal, se escuchó, muy marcado su acento francés, la voz de Ludmila Vigo—. "Oh, ha sido terrible, terrible, sobre todo porque mi esposo, Larry, debía llegar hoy aquí, a París. . . He decidido que el cuerpo sea incinerado, según fueron siempre los deseos de Lorenzo. . . Esta noche saldré para allá, en el trascontinental, para recoger las cenizas. Lo único que puedo agregar, señor Olmedo, es que ha sido algo verdaderamente trágico" —Olmedo colgó el teléfono que le permitió hablar con Ludmila Vigo, y añadió—: Verdaderamente trágico el fin de ese caballero, inmensamente apreciado, que fue Lorenzo, Larry Vigo. . . Una breve biografía suya.

Como si las palabras de Jacinto Olmedo lo arrullaran, Alberto Tebaqui fue entregándose sin resistencia al sueño, y se olvidó de apagar el televisor que siguió funcionando, vacía ya su pantalla, el resto de la noche.

AL VER QUE don Belén se hallaba sentado a la cabecera de la mesa escuchando a su esposa leerle, una a una, las muchas notas que en conjunto creaban la-noticia-del-momento (el secuestro y posterior asesinato del multimillonario Lorenzo Vigo), Alberto, que bajaba a desayunar ya cerca del mediodía, quiso retroceder, escabullirse sin ser visto; pero no pudo hacerlo porque el abuelo Tebaqui, molesto por la interrupción, gruñó:

—Cómo jodes. . . Entra ya y siéntate —señalándole su silla con el dedo autoritario. A Rafaela Vidal, que al ver a Tico había suspendido la lectura, le ordenó—: Sigue. ¿Qué esperas. . . ?

Tico escuchó entonces en sus truculentos detalles cómo se había producido el hallazgo del cuerpo, y las opiniones de quienes (artistas, promotores, banqueros, profesionales de los medios) lamentaban indignados la muerte de Vigo y criticaban a las autoridades que, debiendo hacerlo, descuidaban la protección y la seguridad de los ciudadanos.

—El arquitecto nunca usó escolta —apuntó Rafaela, citando a uno de los reporteros.

—Con escolta o sin escolta —comentó bruscamente Belén Tebaqui—, a esos tipos medio raros, y para mí que Vigo lo era, siempre acaban matándolos así, con mucho misterio.

Rafaela Vidal protestó en un tono que casi nunca solía usar:

—Siquiera por respeto a quien a sido juzgado por Dios Nuestro Señor, no digas esas cosas sucias, Belén. . .

Tebaqui se dirigió a Alberto:

—¿A ti, que trabajabas en su negocio, no te pareció que el tal Vigo era bastante amanerado?

—No, señor. . .

—Pues a mí sí, algo marica. Puah. . .

Ya sin interés, sólo porque su marido lo exigía, Rafaela Vidal siguió leyendo. Tico había bajado los ojos y se miraba las palmas de las manos sudorosas. Fue en ese momento cuando tuvo la certeza de que algún día, si se le presentaba la oportunidad, mataría al patán sin sentimientos que era su abuelo. "El mandó asesinar ayer a Larry, como también mandó que acabaran con Tony Toralli en aquel accidente. . . No me preguntes por qué estoy seguro. No tengo pruebas; sólo la corazonada de que don Belén ordenó hacerlo. . ."

—Eso fue todo, Belén —anunció la señora Tebaqui cuando hubo leído la última línea de la última información relativa al plagio y muerte de Lorenzo Vigo.

Algo farfulló Belén Tebaqui al abandonar la silla y luego, encañonando con el índice la cabeza de Alberto, reiteró la prohibición de la víspera:

—Y nada de que sales de la casa sin alguien que te cuide. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Tú, mujer, vigila que éste ande siempre protegido.

—Sí, Belén.

NO PORQUE obediéndolo quisiera complacer a su abuelo, sino porque había perdido el interés, Alberto Tebaqui no volvió a salir a la calle durante semanas. De la mañana a

la noche permanecía encerrado bajo llave en su recámara, echado sobre las sábanas sin tender; aburrido frente al televisor, buscando en la fatiga de la reiterada masturbación alivio y olvido. "El viejo mandó matarlo. Estoy cada día más convencido de que él lo ordenó, porque le urgía que Larry desapareciera." Leer lo aburría, así fuesen las revistas de fotografía que coleccionaba o las que el cartero entregaba periódicamente a los que vigilaban la entrada. Lamentaba no disponer, como tantos muchachos de su edad, del recurso de la droga o del alcohol, para no seguir recordando. Una tarde, mientras Belén Tebaqui dormía y Rafaela Vidal miraba las telenovelas, bajó a la bodega y robó una botella de coñac. Deseaba embriagarse, pero al tercer sorbo bebido a pico se sintió enfermo y estuvo vomitando, con el estómago y la lengua quemados, durante varias horas. Comprendió entonces que su rencor debía padecerlo sólo él y a solas. Si no en la recámara, se escondía en el cuarto oscuro de la azotea y se arriesgaba a salir de él si estaba seguro de que no tropezaría con don Belén.

—Sería bueno que fueras ya a la peluquería y que te rasuraras. . . —le sugirió una mañana Rafaela, tímidamente, al ver cuánto se había dejado crecer el cabello y la barba.

—Voy a ir, sí. . .

—Y también que te mudaras de ropa, Tico. ¿Hace cuánto no te quitas la que llevas puesta?

—No empieces otra vez con eso, mamá.

—¿Diez días, quince; tres semanas? Ya hueles mal, mijito.

—Oh, mamá: ya estás como él: molestándome, criticándome, presionándome. . . ¿Por qué no me dejas en paz?. . . Me bañaré cuando yo quiera, me cambiaré de ropa cuando yo quiera, me lavaré los dientes cuando yo quiera, no cuando ustedes, tú y ese señor, me lo ordenen. . .

—¿Te sientes bien, Albertito? —Fue lo único que a la señora Vidal se le ocurrió preguntarle—. ¿Quieres que el doctor Monter venga a verte. . .?

—Lo único que quiero es que no se metan conmigo y que dejen de estar jodiéndome. . . —Entró en el cuarto de baño y azotó la puerta. Permaneció allí hasta que su abuela se fue, después de haber tendido la cama y de haber recogido lo que había disperso sobre la alfombra.

EL ÚNICO de quienes con él habían trabajado en Vigo Ad que lo llamaba por teléfono con cierta asiduidad, era Sabino Lemus, pero Tico le hacía llegar siempre una mentira para no tomar la bocina (dormía, estaba en la ducha, en el cuarto oscuro revelando rollos, enfermo, fuera de casa) o la promesa de, a su vez, llamarlo él pronto.

—¿Por qué no quieres platicar con el señor Lemus, que es tan amable?

—No estoy de humor. . . Cuando vuelva a comunicarse, entonces sí; te lo prometo. . . —y el día que Sabino llamaba nuevamente, Tico hacía que se le repitiera otra de sus excusas de siempre: "¿No se dará cuenta Lemus de que no quiero hablar con él? ¿Que no estoy dispuesto a permitir que venga a verme y me hable de Larry? ¿Cuándo dejará de insistir?" Las reiteradas negativas no desalentaban a Sabino Lemus, que seguía telefoneando a la casa para preguntar cómo estaba Tico y para hacerle saber que su estimación seguía siendo inalterable. De tanto hablar con el señor Lemus para disculpar

a Alberto, Rafaela Vidal terminó por cobrarle simpatía. Ambos empezaron así a compartir preocupaciones por la salud y por el grado de abatimiento de Tico, y a preguntarse qué podrían intentar para que volviera a ser el chico animoso, entusiasta y activo, que fue durante el año y los meses que trabajó cerca del arquitecto Vigo.

—Si lo viera usted, señor Lemus, no lo conocería: está en los puros huesos. Apenas come. Nunca sale. Lleva semanas sin bañarse ni ponerse ropa limpia. ¡Si lo viera. . .!

—Estará verdaderamente enfermo. . .

—Más que enfermo, muy impresionado todavía por la muerte del señor Vigo. . . Tal parece que a él también lo hubieran matado esa noche. . .

—Me gustaría ir a saludarlo.

—Venga cuando guste, señor Lemus. A mi pobre Tico le hará mucho bien hablar con usted, verlo. . .

—Puedo ir ahora. Estoy aquí, en la oficina. Llegaría en un minuto. . .

—Lo espero en esta su humilde casa, señor Lemus.

—Sería mejor que no le avisara que voy para allá.

—Nada le diré, señor Lemus. . .

TOMADO POR sorpresa (para abrir la puerta había dejado la cama desde la que veía el tedioso western nacional que esa tarde proyectaba el canal en el que tenía sintonizado el televisor), Alberto Tebaqui no tuvo tiempo, ni ya excusa, de negarse a recibir en la cueva de su recámara a Sabino Lemus, que llegaba en compañía de la abuela.

—Hola, Tico. . . —Sonriente, Lemus le ofrecía los brazos.

—¿Qué hay? —expresó Tebaqui, desabrido.

—Como el señor Lemus tenía muchas ganas de verte, le pedí que viniera. . .

—Se te extraña por allá, Tico.

—Gracias. . .

Comprendió Lemus que su presencia desagradaba a Tico y, siempre manteniendo la sonrisa, expresó, para romper el silencio en que habían caído:

—Bueno, ya te he visto. Otro día volveré. . .

Se escandalizó la señora Tebaqui por la descortesía de su nieto Alberto:

—¿Es que vas a dejar que se vaya, así nada más. . .?

—Quédate. Pasa. . . —dijo Tebaqui, sin entusiasmo, y sólo entonces se apartó para que Lemus entrara por la puerta que no había abierto del todo.

Sin hablarse, casi sin mirarse (Alberto, avergonzado de que Lemus lo encontrara así, con solo el sucio pantalón del pijama y la camiseta ya gris de tan sudada; Sabino, incómodo porque sentía haber sido admitido a fuerza) uno y otro aguardaban a que la mujer del hábito carmelita terminara de alisar las sábanas, de esconder bajo la cama los zapatos abandonados, de hacer correr un par de veces el agua del inodoro, de abrir la ventana para que el aire del exterior renovara el que llevaba horas, quizá días, allí encerrado.

—¿Les ofrezco algo? ¿Café, té, un refresco. . .?

—Nada, señora; muchas gracias. . .

Rafaela Tebaqui estaba en ese momento junto al aparato de televisión, con la mano apoyada en el botón del encendido:

—¿Apago para que el ruido no los moleste?

—Sólo bájale el volumen —pidió Tico, y Sabino Lemus, comprendiendo que al negarse a que su abuela apagara el televisor Alberto estaba dándole a entender que esperaba que su visita fuera breve, le indicó:

—No voy a quedarme mucho rato, señora. . .

Al abandonar la recámara, la abuela Tebaqui les rogó:

—Platiquen a gusto. . .

Tebaqui ocupó la cama. Lemus el sillón que doña Rafaela había librado de lo que lo cubría. De reojo, a veces, miraban la pantalla. Sabino se decidió al fin:

—Por el Grupo las cosas andan de cabeza. . .

—¿Ah, sí? —Muy desangeladas salieron de su boca las dos palabras.

—Ahora todos mandan, Ochoa, Correa, Kats, todos. Y claro, nadie atina a hacer nada. Se habla incluso de que algunas de las cuentas grandes están por ser canceladas. Un desmadre. Y por si faltara, lo que no quedó revuelto al morir Larry lo está revolviendo la viuda. . .

—Ah. . .

—La señora ha vuelto con sus abogados y sus contadores franceses, y en todo está metiendo la nariz. . . Por lo que se dice en el Grupo, ella va a liquidar las empresas, a vender las propiedades, incluido el edificio nuevo, y a llevarse a Europa todos los billetes. . .

—Vaya. . . —La mirada de Alberto Tebaqui andaba fuera, en las lejanas montañas que se veían por la ventana.

—Otros aseguran que la viuda va a nombrar nuevos ejecutivos, a tomar nuevos socios, a cambio de que sigan manejando los negocios que fueron de Larry y que a ella le den su tajada de las utilidades. . .

—Hmmm. . .

—Lo que esta mañana ya se le vendió a la sudamericana que iba a trabajar en la película, fue la casa de Larry, en San Eulalio. . . El padrino de la niña compró, de paso, todo lo que había dentro: muebles, cuadros, piezas arqueológicas, coches. Todo. . .

—Lástima que hayan vendido San Eulalio.

—Sin Larry aquello no sería lo mismo.

Poco a poco el humor de Tebaqui había ido dejando de ser hosco. La curiosidad, o quizá sólo el interés, animaban su rostro demacrado del que sobresalían, no del todo cubiertos por los pelos de la barba, los altos pómulos.

—Tú, los demás, ¿cómo van a quedar si las cosas se complican más?

—Los demás, no sé. . . Yo voy a solicitar que me liquiden, para llevarme algo de dinero.

—¿A qué piensas dedicarte?

—¿A qué, si no a lo mismo, que es lo único que sé hacer?

—Trabajo no te faltará.

—¿Recuerdas a la gente de Taurus de que te hablé? —Tico asintió: la recordaba—. Me ofrecen una situación de primera: coordinador de Áreas Regionales en América Latina, con sede, seis meses, en la ciudad de México, y en Río, los otros seis. Magnífico sueldo, prestaciones, viáticos, etcétera. . .

—Para ti, perfecto.

—Además de saludarte, he venido porque los de Taurus siguen apreciando tu trabajo y desean que colabores con ellos, con nosotros, bien como *staffer*, bien como *freelancer*. . . Te garantizan lo que a ti te interesa y que Larry jamás nos regateaba: libertad de creación. . . Aunque sé que para ti la cuestión del sueldo es algo secundario, lo que están dispuestos a pagarte, de llegar a un acuerdo, es como para no despreciarlo. . . El jueves tengo junta con ellos. ¿Qué puedo decirles respecto a ti. . . ?

—Todavía no he pensado lo que voy a hacer.

Sabino Lemus lo miró entonces fijamente, casi con dureza:

—Permíteme que te lo diga, Alberto. Lo que pasó pasó y tú no puedes quedarte así, quieto como una piedra, para siempre, recordando cosas, pensando en lo que hubo; llorando por lo que se acabó. . . ¡Qué carajo, Tico! No te desperdicies. Coge tu cámara y vuelve a trabajar. . . —Le sonrió, acercándose, plantándose frente a él, junto a la cama—. Di a dónde quieres ir y allá irás por cuenta de Taurus. Lo que importa es que dejes ¡ya!, de estar dándole vueltas a lo otro, a lo que no puede ser revivido. Olvídalo, y a otra cosa mariposa. . .

—¿Y quién te dice que quiero olvidarlo?

Comprendió Sabino Lemus, después de oír el tono de la voz de Tebaqui, y de hallar en su rostro de cera esa violenta, dura y decidida expresión, que ya nada tenía que hacer o decir allí.

— Ese es tu problema. Ten presente, sin embargo, esto: en Taurus habrá siempre disponible para ti, sea aquí o en el extranjero, un puesto de trabajo. Piénsalo.

—Lo pensaré. . .

Lemus miró a Tebaqui con irónica compasión. "Muy jodido, más que a ninguno de los que fuimos sus amigos, dejó Larry a este pobre niño. Muy jodido. . ."

FUE ESA NOCHE, mucho después de que Sabino Lemus se marchó, cuando, en el televisor que se disponía a apagar porque ya tenía sueño, encontró Alberto Tebaqui respuesta a las preguntas que durante tanto tiempo se había hecho, quizá desde que de niño empezó a odiarlo por el terror que su presencia le infundía; por la brusquedad de su trato y por la antipatía, casi repugnancia, que demostraba tenerle como si fuera culpa suya ser el indeseado bastardo de Aarón: ¿cómo matar a Belén Tebaqui y no ser culpado de su muerte? ¿de qué modo reventar a ese hombre de corazón encallecido?, ¿en qué forma ejecutar a quien decidió que les fuera quitada la vida a Antonio Torelli y a Lorenzo Vigo? Lo que en un principio le pareció vagamente familiar (algo que él escuchó a Larry explicar y, en presencia de todos, demostrar, a propósito de un comercial de los relojes Asahi que en ese momento estaba siendo proyectado en la pantalla) se materializó de pronto en su sensible memoria, y allí estaba aquella mañana en su luminosa oficina, elegantísimo como siempre, Larry Vigo, y estaban también, rodeándolo y escuchando sus palabras, las chicas que grababan lo que se decía en las juntas, las que tomaban notas; los ejecutivos de la cuenta; los que escribirían los textos; los que llevarían al videotape o al film las escenas del importante spot piloto que iba a ser grabado; D'Artañan, Correa, Sergio Ochoa, la secretaria Katz, Sabino Lemus y varios más.

—La idea —había dicho Larry, y Alberto lo recordaba ahora, sentado en la cama, sudorosas las manos, llena de saliva la boca—, la idea que debemos desarrollar, y

sobre la que habrá de incidir toda la campaña de lanzamiento de la marca en el país, es simple: aunque el reloj Asahi parece ser idéntico, por su diseño y algunas de sus características, a otros cuatro o cinco relojes de su precio, también japoneses o alemanes, en realidad no lo es. . . En remarcar esa diferencia, en convencer de su efectividad al que reciba el mensaje, radicará el éxito de Asahi y de la agencia. . .

Larry procedió entonces a representar ante quienes seguían el hilo de sus ideas, lb que más tarde (cuando los spots fueran filmados y con fotografías ilustrados los anuncios para diarios, revistas y posters) correspondería animar, cada uno en un escenario ad hoc, al deportista, al actor, al intelectual, al catedrático, al periodista, al pintor, quizá también al torero, al político, al personaje de sociedad, que sería contratado para que respaldaran con la fama de su nombre la bondad del reloj que estaba ofreciéndose.

A una seña de Lorenzo Vigo, la secretaria Katz acercó el televisor, que ya estaba funcionando cuando ellos llegaron, y su poderoso regulador de voltaje. Después, con la precisión de una enfermera instrumentista, fue entregándole uno a uno los objetos que se hallaban sobre una mesita con esferas de cristal en las patas para permitir su rápido y fácil manejo.

—Aquí tenemos —Vigo iba enumerándolos así que los mostraba— aparatos, gadgets, de uso diario ya, que utilizan la energía de las llamadas "pilas-de-larga-duración", que pueden funcionar, sin que haya necesidad de reemplazarlas, entre cinco y diez años como mínimo: relojes de pulso y de bolsillo, calculadoras, exposímetros, micrófonos inalámbricos, cámaras fotográficas, marcapasos, y otros, y también nuestro Asahi. . *". El Asahi es operado por una batería similar a la que activa a todo esto, y sin embargo. . . Observen ahora con atención. . .

Procedió a colocar sobre el televisor, o sobre el regulador de voltaje, nunca más de cinco segundos, los relojes, las calculadoras, los marcapasos, los exposímetros, las cámaras, y luego los fue entregando, para que los examinaran, a los presentes.

—¿Se dan cuenta? Todos han sido sensiblemente afectados por las radiaciones del televisor y, en particular, del regulador de voltaje, y han dejado de funcionar; algunos, hasta en tanto no se les instale una nueva batería; otros, por un tiempo, mientras la suya se repone: cuatro o cinco horas, de menos. . . En seguida, el test del Asahi. Lo dejaremos medio minuto en el televisor y otro medio, en el regulador.

Todos, con innegable curiosidad, esperaban el resultado. Nadie dudaba que sería positivo, pues Larry seguramente había hecho ya esa prueba Asahi antes de arriesgarse a repetirla en público.

—Es tiempo, señor —indicó Katz, que había llevado la cuenta de los segundos.

Vigo recogió el reloj y lo cedió al que tenía más cerca, Sergio Ochoa.

—Está funcionando, Larry. . .

—Por supuesto que está funcionando, porque al Asahi no lo afecta ningún tipo de radiación como a toda esta chatarra. El secreto está en la batería que lo mantiene en marcha. Batería única en el mundo, y que sólo Asahi utiliza, porque fueron sus propios técnicos quienes la desarrollaron. . . Eso es lo que debemos vender: "Asahi es infalible: no lo dañan las corrientes electromagnéticas, ni la proximidad de imanes altera su marcha, ni los cambios de temperatura influyen en su exactitud. . ."

Las ideas de unos empezaron a contrastarse, a encontrarse, con las de otros. Vigo dejó que el entusiasmo corriera unos minutos. Cada nueva cuenta era un nuevo reto para todos, y todos lo aceptaban, en especial desde que Larry anunció que a partir de ese año Vigo Ad compartiría una "parte sustancial" de sus utilidades con quienes, esos hombres y esas mujeres, las hacían posibles.

Después, hizo chocar entre sí las palmas de sus manos, y dijo, risueño:

—Ahora pongamos a fatigar nuestro talento y a producir esas luminosas ideas creativas que nos dan fama y dinero. . .

Eso había ocurrido una mañana, casi siete meses antes de que Vigo fuera secuestrado y luego sacrificado, y en ese comercial ideado por Larry acababa Alberto de encontrar la fórmula para cometer, produciéndole una muerte que nadie sospecharía premeditada, el asesinato de Belén Tebaqui. Y sabía ahora de qué medio valerse para matarlo. Sería cuestión, se dijo, alegre por primera vez en mucho tiempo, de esperar a que se presentara la oportunidad.

Por la mañana, cuando terminaba de tomar el desayuno, acompañado por Rafaela Vidal, anunció:

—Ya me aburrí de estar encerrado. Al rato voy a salir. . .

—¿Vuelves a trabajar?

—No, por ahora. Iré al Country a bañarme y cortarme el pelo, y luego a caminar por ahí, a ver gente, a tomar fotos. . .

—Me da mucho gusto, Tico, mucho. . . ¿Cuál de los muchachos quieres que vaya contigo. . .?

—Ninguno.

—Recuerda lo que ordenó don Belén: que no salieras sin alguien que te cuidara.

—Siempre he andado solo, y no necesito pistoleros. . .

—Si sabe que te fuiste sin compañía, don Belén va enojarse contigo por desobedecerlo, y conmigo por permitirte. . .

—Por mí, que se enoje el señor. . .

—No quiere que te pase lo que al arquitecto, o a esas otras pobres personas a las que han estado secuestrando últimamente. . .

—Si me secuestraran, se alegraría, y con tal de no pagar un peso de rescate, don Belén dejaría que me mataran. . .

—Alberto, ¡qué barbaridades estás diciendo! Si don Belén dispone que salgas con un ayudante es porque quiere que andes protegido. . .

Él le dio una palmadita tranquilizadora en la mano antes de levantarse de la mesa:

—Si Dios nos protege siempre, como tú dices, pues que sea El quien se encargue de cuidarme, y no uno de los matones de don Belén. . .

PARA EL, ese era el fin de la espera. Para Belén Tebaqui, el de la vida. Sin temor, tranquilo, como si fuese otro el que estuviera haciéndolo con deliberada lentitud para no producir ningún ruido, Alberto Tebaqui sintió que iba sumergiéndose en la luz rojiza del reloj digital que había estado encubriendo, desde que Rafaela Vidal se olvidó de apagarlo, el pulsar también rojizo del foquito-piloto del regulador de voltaje.

Lo sostuvo con las dos manos. Conoció un titubeo: ¿si la batería del marcapasos que usaba Belén Tebaqui fuera, como la de los relojes Asahi, inmune a la influencia

electromagnética del regulador? Si fallara el recurso del infarto provocado con esa caja caliente y muy pesada, de todos modos mataría, como fuese, a su abuelo.

Dio un último paso, el que todavía lo separaba de la cama, y mantuvo el regulador suspendido largamente, a unos cuatro o cinco centímetros, sobre el pecho de Tebaqui; pero lo que él esperaba, los espasmos que le curvarían el cuerpo, la sacudida que sin duda padecería cuando el corazón dejara de funcionar al ser afectado el mecanismo que lo hacía latir, no se produjeron.

Desconcertado, Tico Tebaqui volvió a colocar el regulador bajo la mesa metálica que sostenía el aparato de televisión, y lo apagó. Se dio cuenta de que las manos estaban sudándole.

—Don Belén. . . —dijo, suavemente primero, y luego en voz más alta—: ¿Me oye, don Belén. . . ?

Le pareció que el abuelo estaba demasiado quieto, extrañamente inmóvil. ¿Acaso. . . ? Como si no quisiera creer que hubiese ocurrido ya lo que acababa de pensar, le tomó la mandíbula con la tenaza de sus dedos, y lo sacudió. Inerte, la cabeza de Belén Tebaqui cayó hacia un lado cuando Alberto retiró su mano. Se atrevió después a buscarle con el oído el lugar del corazón y sólo encontró silencio. Se dio cuenta entonces de que el viejo se había ido de la vida pasando del sueño a la muerte; y que al morir de ese modo, sin estertores y quizá sin sufrimientos, el muy hijo de puta le había negado, ¡esa también!, la satisfacción de vengarse matándolo, para conseguir, así, la verdadera libertad que ni él ni Rafaela Vidal habían conocido nunca.

—¿Por qué, por qué. . . ? —empezó a sollozar, mientras zarandeaba el cadáver aún tibio, y el sollozo se hizo grito de furia que alcanzó, en su recámara de insomne, a la abuela Tebaqui; y cuando ella abrió la puerta y vio a su nieto abrazado al cuerpo de don Belén, no necesitó preguntar nada.

El que ahora iba a necesitar de su amparo, y también de su obediencia, era Alberto, el joven Hombre-de-la-Casa, que seguía sacudiendo a Belén Tebaqui y llenando ese momento del amanecer con la colérica pregunta:

—¿Por qué, por qué. . . ?

La Paz, Baja California Sur;
Cuernavaca, en México.
1980-1982.